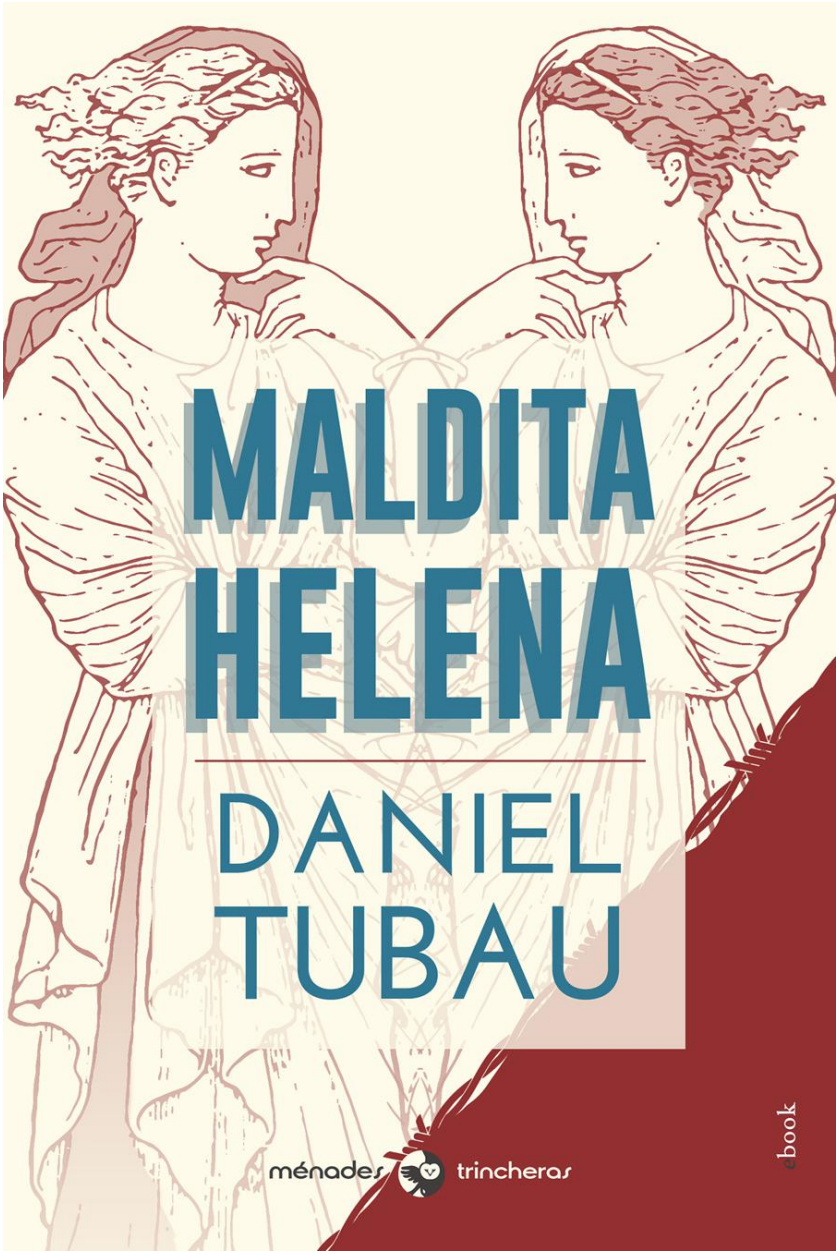
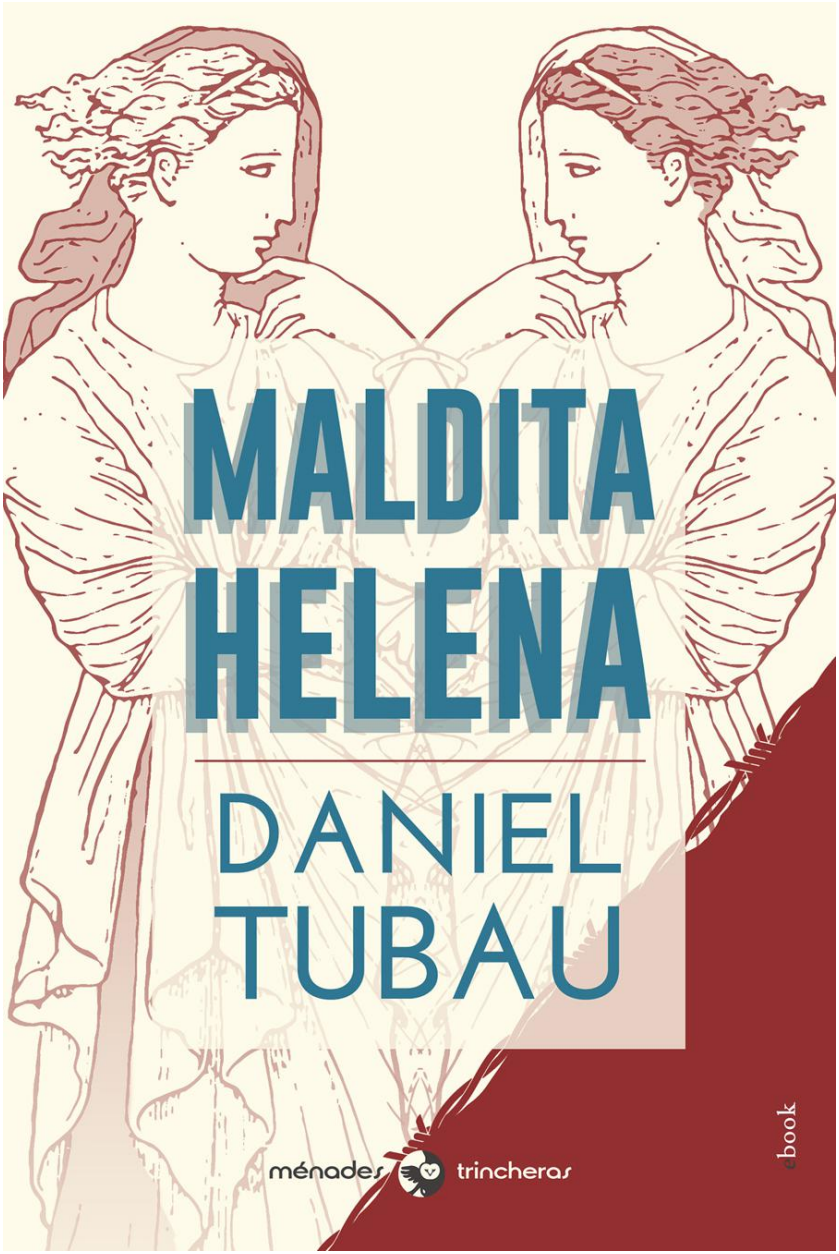

MALDITA
HELENA
DANIEL
TUBAU
ménades
trincheras
ebook


MALDITA
HELENA
DANIEL
TUBAU
ménades
trincheras
ebook

Maldita

Helena

Daniel Tubau

trincheras

Maldita Helena

Primera edición, 2019

© Daniel Tubau

Diseño de portada, ilustraciones y mapas:

© Sandra Delgado, dibujo libre basado en un antiguo grabado de Penélope

© Imágenes interiores:

Figura I: Aeneas Jerrers, por Iohannes~eswiki. Licenciado por CC BY-SA 4.0 Figura VIII: Casco de colmillos de jabalí, Museo Arqueológico de Heraclión, por afrank99. Licenciado por CC BY-SA 2.5

© Editorial Ménades, 2019

www.menadeseditorial.com

ISBN: 978-84-120204-5-8

ménades
EDITORIAL

MALDITA HELENA

1

VIAJES CON HELENA

1.1. Declaración de intenciones

Del mismo modo que hizo Montaigne al comienzo de sus ensayos, quiero advertir a mis lectores acerca de lo que este libro no es. No es un ensayo sociológico, psicológico o histórico acerca de Helena de Troya y tampoco un estudio acerca de la mujer en la Grecia arcaica, aunque también es todas esas cosas, pero solo de una manera modesta.

Pretendo aquí, y no es poco, buscar las huellas de la Helena mitológica, ofrecer un incompleto catálogo de las diversas visiones acerca de esta mujer que tanto interesó a la antigüedad, un inventario, en definitiva, de algunas de las muchas sugerencias que ha dejado este mito. La visión hecha de visiones que ofrezco de ella es tan poco exhaustiva que sería muy atrevido pretender que se trata de un retrato fiel. Por otra parte, me he limitado al mundo grecolatino, dejando fuera de mi mirada las mil y una visiones posteriores de Helena que nos ha ofrecido la literatura, la música, el cine, la poesía o el teatro a lo largo de más de dos mil años, cuando ya la voz de los antiguos dioses no se escuchaba en los templos abandonados.

En este libro me olvidaré, por lo tanto, de la Helena que se paseó por las páginas de Oscar Wilde, a la que el ingenioso artista enfrentó a la Virgen María y comparó con Jesucristo, y de la Helena que se unió a Fausto en los versos de Goethe, o de aquella Helena de Kazantzakis que encuentra el verdadero hombre de su vida en ese compañero ocasional de aventuras que fue el Ulises de la Ilíada, pero al que también abandona en busca de nuevos amores y nuevas inquietudes. No viajaré con la Helena de Marlowe, aquel «rostro

que lanzó mil naves y quemó las altas torres de Ilión» y que inspiró a Isaac Asimov la unidad de medida llamada «millihelen», la cantidad de belleza necesaria para lanzar un barco al mar. De todas esas Helenas me olvidaré en este libro. Y lo haré porque no creo que ninguna de ellas nos revele, a no ser por una inesperada pero puramente casual coincidencia, algo del mito original de Helena.

Hermann Fraenkel nos advirtió acerca de la tentación de los historiadores de la Grecia arcaica de escribir «de atrás hacia delante», es decir, de examinar las acciones de los griegos antiguos a la luz de las de los griegos de la época clásica, convirtiendo a los héroes de Homero en filósofos de la naturaleza, discípulos de Sócrates, políticos a la altura de Pericles o personajes de los dramas de Esquilo, Sófocles y Eurípides.[1] Este procedimiento produce en los lectores una sensación de inevitabilidad en la historia griega y trasmite la impresión, con toda probabilidad engañosa, de que existe un destino inevitable que lleva desde los héroes de Troya hasta la democracia ateniense de Pericles. Al leer a los investigadores del mundo griego, nos dice Fraenkel, nos parece distinguir una línea clara que conecta los orígenes remotos de los griegos con las últimas muestras de su genio que podemos considerar que va más allá de la época helenística y llega hasta los primeros siglos de nuestra era, quizá hasta los Evangelios cristianos y los textos del Nuevo Testamento, que Fraenkel considera las últimas muestras del genio griego. La razón de esta engañosa continuidad es que fueron los propios griegos, y tras ellos los romanos, y tras ellos los cristianos, quienes dibujaron los primeros trazos de la línea, real o imaginaria, que une su pasado y su presente, por lo que poco se puede reprochar a los modernos eruditos que, al intentar conocer a los héroes de Homero, acudan una y otra vez a obras e ideas muy posteriores. Conviene, de todos modos, tener presente la advertencia de Fraenkel y recordar siempre que es el pasado el que influye en el futuro y no a la inversa, que fueron los griegos de épocas remotas los antepasados de los de la Grecia clásica y helenística, y no al contrario.

No se puede negar, sin embargo, que el presente también inventa el pasado, como decía aquel historiador ruso que en tiempos de Stalin se lamentaba de que lo difícil no era predecir el futuro sino el pasado, siempre sujeto a los caprichos y reescrituras del tirano. O

como nos reveló Borges con su Pierre Menard autor del Quijote, al mostrarnos que un texto idéntico no significa lo mismo en el siglo xvi escrito por Cervantes que en el siglo xx escrito por Menard. O como, antes de Stalin y de Menard, ya nos dijo Nietzsche al recordarnos que «cada nueva época histórica crea a sus griegos». Reescribimos continuamente nuestro pasado y lo adaptamos a nuestros intereses, revelando y ocultando lo que nos conviene o lo que nos avergüenza. Pero, una vez admitida esa gran verdad, hay que añadir que todas esas reescrituras no pueden modificar lo que ha sucedido, sino tan solo nuestra visión acerca de ello, porque, como admiten incluso los teólogos más estrictos, ni siquiera Dios puede hacer que lo que ha sido no haya sido, aunque sí puede borrar su recuerdo, del mismo modo que lo hacen las arenas del tiempo, al menos hasta que los arqueólogos las remueven para impugnar, en apenas unos años, esa labor de siglos.

Mi intención en este viaje en busca de Helena ha sido aplicar el método opuesto a escribir de «atrás hacia delante» y hacerlo «de delante hacia atrás». No convertir a los héroes de Troya en personajes de una tragedia de Eurípides o un diálogo de Platón, sino intentar encontrar en los textos de filósofos, poetas y dramaturgos las huellas de algo muy lejano: el mito original de Helena. Practicar, en definitiva, una arqueología de los mitos, del mismo modo que se hace una arqueología de las ciudades o de los lenguajes, como cuando se intenta descubrir las palabras de la lengua indoeuropea original a través de la comparación de todos sus descendientes, desde el español, el francés o el ruso hasta el latín, el griego, el persa o el sanscrito. Del mismo modo que la presencia de una palabra casi idéntica en todas esas lenguas nos hace pensar que en la lengua indoeuropea existía un término semejante, la mención de un detalle relacionado con Helena por parte de un dramaturgo, un poeta o un mitógrafo puede indicarnos que los tres han tomado ese motivo común de un mito lejano hoy perdido. Por lo tanto, aunque soy consciente de los muchos riesgos, en Maldita Helena también he recurrido a autores muy posteriores a la época de la guerra de Troya con la esperanza de encontrar pistas que nos conduzcan a la Helena original. Porque se da la paradoja de que un cronista tardío puede disponer de una fuente arcaica que no estuvo al alcance de los autores que le precedieron, a pesar de que ellos estaban más cerca del hecho narrado. Esa es la razón de que recurra a autores

tan tardíos como el bizantino Eustacio de Tesalónica, que vivió en el siglo xii de nuestra era. Tampoco hay que olvidar que Hesíodo y Homero, los primeros autores que nos hablan de Helena, ya se encontraban a siglos de distancia de la época en la que ella pudo vivir.

Por otra parte, este es un ensayo muy personal y caprichoso, que va de un lado a otro. Mi única ruta narrativa es la de los viajes de Helena y no es mi intención ofrecer respuestas estupendas ni lecciones de ningún tipo. He aplicado el célebre dicho de Confucio: «Estudiar sin pensar es inútil y pensar sin estudiar es peligroso», por lo que he investigado el mito de Helena sin tomarlo como una simple excusa para mis divagaciones, pero tampoco he querido limitarme a repetir lo que otros pueden contar mejor que yo. En definitiva, lo que he aprendido a lo largo de la investigación me ha llevado a reflexionar y esas reflexiones, a su vez, me han empujado a investigar con más atención. Es cierto que en ocasiones me he desviado del asunto principal, para acabar desembarcando, ¡con qué placer y alegría!, en lugares inesperados, pero esa es la mejor recompensa que nos ofrecen los clásicos: hacernos pensar siempre de manera renovada acerca de las eternas cosas.

Con estas modestas pretensiones, solo me queda desear que encuentres, lectora o lector, suficientes estímulos para llegar hasta el final.

1.2. Helena según quienes la conocieron

Ella suele criticar a las mujeres ligeras y por Helena desaprueba la Ilíada entera.

Propercio

, Elegías

Si tuviera que empezar este libro a la manera tradicional, o como

todavía se hace con algunos personajes dignos de un bestseller hagiográfico, reuniendo testimonios y elogios de quienes han conocido a la protagonista de esta biografía, es decir, Helena, me vería en verdaderas dificultades para encontrar a un único testigo fiable de las andanzas de esta mujer extraordinaria. Ahora bien, puesto que contamos con el precedente de Don Quijote de la Mancha, que se inicia con los poemas escritos por Amadis de Gaula y Orlando Furioso en honor al ingenioso hidalgo, o incluso con un diálogo en verso entre Babieca y Rocinante, me siento autorizado a reproducir aquí las palabras de aquellos que conocieron a Helena, aunque solo fuera en la imaginación y en los versos de los poetas y dramaturgos. Debo anticipar, eso sí, que en el caso de Helena los elogios, encomios y defensas no serán lo más frecuente.

Podríamos empezar por lo que se decían entre sí los ancianos de Troya al verla caminar cerca de ellos:

No es extraño que troyanos y aqueos,[2] de buenas grebas,[3] por una mujer tal estén padeciendo duraderos dolores: tremendo es su parecido con las inmortales diosas al mirarla.[4]

Las compañeras de juegos y carreras de Helena, en la noche de bodas de su amiga, proclaman que entre las doscientas cuarenta jóvenes más hermosas de Esparta «ninguna hay impecable cuando se la compara con Helena» y anuncian al novio que:

De Zeus es la hija que ha venido a acostarse bajo tu misma manta, como ella no pisa la tierra aquea alguna.[5]

Otro testimonio, ahora en forma de lamento, nos llega desde el anónimo coro del Agamenón de Esquilo:

¡Ay, loca Helena! ¡Tú sola hiciste que perecieran muchas vidas, muchísimas vidas al pie de Troya![6]

En un sentido parecido se expresa otro coro, el de la Helena de Eurípides:

Tú eres hija de Zeus, Helena; tu alado padre te engendró en el seno de Leda. Después, tu nombre ha sido en tierra helénide símbolo de traición y de infidelidad, de falta de justicia y de dios.[7]

Y esta es la opinión de su suegra Hécuba, esposa de Príamo y madre de Paris, su raptor:

Ella arrebata las miradas de los hombres, destruye las ciudades, pone fuego a las casas. Tal es su poder seductor. Yo la conozco, y tú, y cuantos han sufrido.[8]

Teucro, uno de los guerreros que lucharon en Troya y que allí vio morir a su hermano el gran Áyax de Telamón, exclama al ver a una mujer en todo parecida a Helena:

Estoy viendo la odiosísima imagen sanguinaria de la mujer que me perdió a mí y a todos los aqueos. ¡Que los dioses te rechacen, escupiéndote, por tu parecido con Helena![9]

Si buscamos entre los parientes de Helena, encontramos a Ifigenia, su sobrina, que pronunció estas palabras poco antes de ser sacrificada por Agamenón:

¡Ah, desdichada de mí, que he encontrado amarga, amarga, a la maldita Helena; me asesina y perezco bajo los tajos impíos de mi impío padre![10]

Y finalmente, contamos con el testimonio de la propia Helena:

¡Ojalá que el mismo día en que mi madre me dio a luz se me hubiera llevado un maldito remolino de viento hasta una montaña o sobre las olas del mar resonante, donde el oleaje me habría tragado antes de que estos hechos hubieran tenido lugar![11]

Tras leer estos testimonios, que admiran la belleza de Helena pero también su efecto fatal, muchos lectores se preguntarán quién era esta mujer alrededor de la cual giró todo el mundo griego.

1.3. El regreso de Helena

Helena de Troya es uno de los personajes más conocidos no solo de la antigüedad grecolatina, sino de toda la historia, a pesar de encontrarse en el movedizo terreno que separa a las leyendas y los mitos de la certeza histórica. En la antigüedad, empezando por Homero en su Ilíada y en su Odisea, nadie dudó de su existencia, aunque muchos detalles de su agitada vida se discutieron sin descanso. Pero cuando la cultura grecolatina entró en un cierto letargo y los antiguos dioses fueron sustituidos por el dios judío, cristiano y musulmán, se extendió el escepticismo acerca de todo lo que contaban los antiguos narradores, hasta el punto de que «griego» se convirtió en sinónimo de mentiroso. Satisfechos con sus propias mentiras, con su creencia en un dios inmutable que sin embargo crea el mundo, una virgen que da a luz a su hijo

fecundada por un espíritu, un dios inmortal que muere en la cruz o un paraíso de leche y miel en el que cada hombre disfrutará de setenta y dos mujeres, los seguidores de los tres monoteísmos desterraron a los héroes de Troya al cuarto de los niños y a los libros de fábulas. Y con ellos se fue Helena.

Llegado el siglo xix, cuando el cristianismo ya había perdido casi por completo su vigor y gran parte de su dominio sobre las almas y los cuerpos de los europeos, persistía el escepticismo acerca de todo aquello que había contado Homero. Fue entonces, en las navidades de 1829, cuando los ojos de un niño de siete años se detuvieron en un grabado de Voltz que aparecía en una Historia Universal ilustrada que le había regalado su padre. En el grabado se veía a un guerrero que cargaba con un anciano a hombros y al que acompañaba un niño, quizá de la misma edad que el joven lector. Al fondo de la imagen se podía distinguir a varios guerreros luchando junto a las torres de una ciudad que estaba siendo devorada por el fuego. El guerrero era Eneas, el anciano, su padre Anquises, y el niño, Ascanio. Los tres huían de Troya, la ciudad que había sido incendiada y saqueada por los griegos en venganza por el rapto de una mujer, Helena de Troya.

Cuando aquel niño vio esa imagen, intuyó por primera vez cuál era su destino en la vida, pero tuvo su confirmación cuando años después escuchó a un molinero borracho recitar versos de Homero. El ahora joven Heinrich Schliemann no entendió nada, pero le sedujo la melodía de aquel idioma y rogó a Dios aprender griego alguna vez. Después de muchas vicisitudes, sin duda dignas de un Homero que las cantara, Schliemann dominaba más de cinco idiomas, entre ellos el griego clásico de Homero, y se había hecho rico, tanto como para buscar los muros de aquella imagen infantil. Finalmente, en las costas de Turquía, bajo las colinas de Hisarlik, encontró las ruinas de una ciudad que identificó como Troya. Y allí descubrió también un tesoro con muchas piezas de oro. Tras probar los collares a su propia esposa, la griega Sofia, pensó por un instante que se encontraba ante la mismísima Helena de Troya y que esas joyas habían adornado la belleza incomparable de la mujer destructora de ciudades y matadora de hombres. Helena había vuelto a la vida y los antiguos mitos y leyendas habían escapado de los vistosos volúmenes de cuentos para niños para entrar en la

historia.[12]

1.4. Leyenda, historia, mitología

El redescubrimiento de Troya, y con él el de Helena, nos ha permitido cambiar nuestras ideas acerca de la antigüedad, al darnos cuenta de que muchas de las historias de Homero, Hesíodo y otros poetas griegos no eran simples fábulas, pero también han tenido un efecto mucho más radical, que intentaré explicar de manera sencilla.

En la antigüedad, los griegos pensaban en la guerra de Troya y en Helena como en una parte fundamental de su historia como pueblo. Fue en las llanuras de Troya donde los diversos reinos griegos se unieron por una causa común, el rescate de Helena, y se enfrentaron por vez primera a los bárbaros. Esa guerra se convirtió en el modelo a imitar cuando los descomunales ejércitos persas se presentaron en tierras griegas casi un milenio después y fueron vencidos[13] por una alianza de estados griegos, y siguió siéndolo cuando el macedonio Alejandro, que llevaba siempre encima un ejemplar de la Ilíada, venció a Darío y estableció el imperio más extenso hasta entonces conocido. Los héroes a los que imitaban los soldados que vencieron a los persas en Maratón y Salamina eran Aquiles y Áyax, los consejeros a los que emulaban en las asambleas eran Néstor y Ulises,[14] la mujer a la que debían imitar, Penélope; aquella a quien no debía parecerse una mujer decente, Helena. Los personajes de las dos grandes epopeyas de Homero y los escritos del mitógrafo Hesíodo contenían la historia más remota de los griegos y las razones de su orgullo como pueblo. El recuerdo de aquellos tiempos se repetía una y otra vez, en el teatro, la filosofía y la poesía, pues allí estaba el origen de lo griego, de lo helénico.

Sin embargo, existían ciertos problemas para conectar el tiempo de aquellos héroes con la Grecia antigua y clásica. Los griegos eran conscientes de que habían transcurrido varios siglos entre los acontecimientos de Troya y su propia época, pero no prestaron demasiada importancia al asunto hasta que empezó a desarrollarse

un pensamiento más metódico, racional y razonable, gracias a los filósofos presocráticos y a las investigaciones de los primeros historiadores, como Heródoto y Tucídides. Fue entonces cuando se extendió cierto escepticismo acerca de los antiguos relatos. Por una parte, los griegos pensaban que Homero había vivido en la época de sus poemas y que incluso había presenciado la guerra de Troya, que solían situar hacia el año 1200 antes de nuestra era, aunque se llegaron a proponer al menos dieciséis fechas diferentes, desde el 1346 hasta el 1127 a.n.e., así como un gran asedio anterior, el de la ciudad de Tebas, pero, por otro lado, no resultaba muy claro cómo se habían trasmitido los poemas homéricos hasta la época plenamente histórica, que es la que se inicia con la primera Olimpiada, en el año 776 antes de nuestra era. ¿Qué había sucedido durante esos más de cuatrocientos años? A pesar de las muchas lagunas en su conocimiento histórico, los griegos de la época clásica y helenística pocas veces pusieron en duda que la guerra de Troya hubiera tenido lugar, pero los expertos modernos sí acabaron por adoptar esa conclusión y dictaminaron que todos esos personajes, entre ellos Helena, habían sido inventados por poetas y cantores inspirados.

Sin embargo, como ya sabemos, Schliemann descubrió Troya, y de este modo situó a Helena y a todos los que lucharon por ella más cerca de la historia que de la leyenda. Ahora bien, los descubrimientos de Schliemann y sus sucesores ofrecieron respuestas a viejos enigmas, pero plantearon otros. El primero fue cuál de las nueve ruinas sucesivas que se encontraron en la colina de Hisarlik era la de la Troya de Helena. Schliemann pensó que era Troya II, y parece seguro que se equivocó, como el mismo reconoció poco antes de morir, cambiando la apuesta por Troya VI, quizá equivocándose de nuevo. Hoy en día se considera que la Troya homérica es la VII A, aunque no todos están de acuerdo y expertos como Michael Wood apuestan, como Schliemann, por Troya VI.[15] Otros enigmas y descubrimientos que nos ha deparado la arqueología son más difíciles de resolver y habrían asombrado a los propios griegos de la época clásica, porque afectan directamente a su identidad y a la de Helena. Nos encontraremos con esas y otras sorpresas a lo largo de nuestro periplo con esta mujer tan viajera llamada Helena.

El viaje se inicia, como toda biografía, antes del nacimiento de su protagonista.

---

1 Hermann Fränkel, Poesía y filosofía de la Grecia arcaica.

2 Los aqueos son lo que hoy llamamos griegos. Los propios griegos se consideraban emparentados con los aqueos que lucharon en Troya, aunque hay ciertas dudas acerca de que realmente lo estuvieran, como se verá más adelante.

3 Las grebas son protecciones que llevaban los guerreros y que llegaban desde la rodilla, a menudo protegiéndola también, hasta los tobillos.

4 Homero, Ilíada.

5 Teócrito, Epitalamio de Helena (en Bucólicos griegos).

6 Esquilo, Agamenón.

7 Eurípides, Helena.

8 Eurípides, Las troyanas.

9 Eurípides, Helena.

10 Eurípides, Helena.

11 Homero, Ilíada.

12 En la actualidad, en el museo Pushkin.

13 En 481 a.n.e. tuvo lugar el intento de invasión de Grecia por el persa Jerjes y en 334 a.n.e. la invasión de Persia por Alejandro.

14 En este libro llamaré al héroe que combatió en Troya y protagonizó el libro de viajes más conocido de la historia (la Odisea) por su nombre romano, Ulises, y no por el más conocido y griego, Odiseo, debido a que el uso de Ulises está tan extendido que para muchos lectores resulta chocante llamarlo Odiseo. Del mismo

modo, adopto el uso estándar de la palabra «griego» (denominación latina a partir de una tribu del Epiro) para referirme a los helenos.

15 Michael Wood, In Search of the Trojan War.

2

RÍO EUROTAS

(esparta)

2.1. La hija del cisne

Los hacedores de mitos, es decir, los poetas, nos cuentan que Helena nació de un huevo fecundado por Leda. Es un comienzo extraño para una mujer que pretende ser histórica, pero estamos obligados a respetar, al menos por el momento, las leyes del mito.

La razón de un nacimiento tan extraño fue que Zeus, el dios supremo de los griegos, se enamoró de Leda, una mujer de genealogía muy discutida. A Leda, en efecto, se le atribuyen varios padres, como Glauco, Sísifo o Testio, y muchas madres, como Laofonte, Deidamea, Eurítemis, Leucipe o Panteidula. Es probable que esta cantidad de padres y madres se deba al deseo de emparentar a Leda con diversas regiones de la antigua Grecia. Así, Glauco se supone que era corintio, mientras que Testio era etolio.

Fueran cuales fueran sus padres y sus madres, Leda estaba casada con el rey Tindáreo de Esparta cuando Zeus se fijó en ella y la acechó en las orillas del río Eurotas. Para seducirla, el dios se transformó en cisne y fingió que le perseguía un águila. Leda acogió al cisne en su regazo, momento que aprovechó el padre de los dioses para fecundarla, algunos dicen que mediante la fuerza, aunque no parece razonable que Zeus se tomara tantas molestias previas para después emplear un método que estaba al alcance de su omnipotencia desde el principio. Aunque no faltan las violaciones en la biografía de Zeus, por lo general prefería emplear la seducción y el engaño.

Ese mismo día, Leda tuvo amores con su marido y fue fecundada de

nuevo, por lo que acabó por dar a luz dos huevos semejantes:

Júpiter (Zeus), metamorfoseado en cisne, poseyó a Leda, hija de Testio, a orillas del rio Eurotas. De él dio a luz a Pólux y a Helena; y de Tindáreo a Castor y a Clitemnestra.[16]

Las dos parejas de gemelos vivieron vidas casi paralelas. Helena y Clitemnestra se convirtieron en reinas de Esparta y de Micenas, casándose con dos hermanos, Agamenón y Menelao. Cástor y Pólux se convirtieron en una pareja inseparable, la de los Dioscuros («hijos de Dios»).

2.2. Los dioses que aman a las mujeres

En casi todas las mitologías abundan los encuentros sexuales entre los dioses y los humanos, semejantes al de Zeus con Leda. Se han inventado muchas interpretaciones psicoanalíticas, ideológicas, metafísicas e incluso políticas para intentar explicar esta extraña afición de los dioses.

Se supone que los dioses son seres superiores, inmensamente poderosos, sabios y bellos, mientras que los seres humanos somos criaturas imperfectas que nos arrastramos sobre la tierra a merced de todo tipo de calamidades. Y, sin embargo, los dioses están interesadísimos en nosotros. Da la impresión de que pasan gran parte de su tiempo mirándonos, vigilando lo que hacemos… y enamorándose de nosotros.

¿Puede ser que las relaciones entre dioses y hombres reflejen el deseo de los mitógrafos de elevar su propia autoestima, la de la humanidad? ¿O sucede que en las antiguas religiones dioses y humanos no estaban tan radicalmente separados como lo están en las religiones evolucionadas? Hesíodo parece estar de acuerdo con esta concepción en Trabajos y días:

Ahora si quieres te contaré brevemente otro relato, aunque sabiendo, —y tu grábatelo en el corazón— cómo los dioses y los hombres mortales tuvieron un mismo origen.[17]

En la mitología griega encontramos a menudo a héroes que se enfrentan a los dioses, a veces con éxito. En la Ilíada, Diomedes no rehúye el combate con las divinidades que ayudan a los troyanos y llega a enfrentarse al mismísimo dios de la guerra Ares, al que hiere en un costado, y a Afrodita, a la que hiere en la mano. En el Génesis también se nos dice que Jacob combatió con un ángel o quizá con el propio Dios:

Se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: «Déjame, porque raya el alba». Y Jacob le respondió: «No te dejaré, si no me bendices». Y el varón le dijo: «¿Cuál es tu nombre?» Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.[18]

En cuanto al sexo con los mortales, encontramos esa afición entre los ángeles del Génesis, a los que en los textos judíos se conoce como «los hijos de dios»:

Los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron para sí mujeres de entre todas las que les gustaban.[19]

La costumbre llegó hasta los orígenes del cristianismo, cuando Dios se fijó en María y la hizo concebir a Jesús. ¿De qué manera? Según

intérpretes cristianos como San Efrén de Siria (307-373), a través de las orejas (conceptio per aurem), pues el espíritu de Dios se introdujo como verbo por el oído (concepit ex auditu):

No bien hubo pronunciado la Virgen con toda humildad estas palabras, el Verbo de Dios penetró en ella por la oreja, y la naturaleza íntima de su cuerpo, con todos sus sentidos, fue santificada y purificada como el oro en el crisol. Quedó convertida en un templo santo, inmaculado, mansión del Verbo divino. Y en el mismo momento dio comienzo el embarazo de la Virgen.[20]

Este es el poder del verbo, del logos, que más adelante veremos que tiene mucha relación con el mito de Helena.

Pero es en Grecia donde encontramos una y otra vez a dioses buscando amantes entre las mujeres. Destacan Poseidón y su hermano Zeus, que tienen decenas de hijos e hijas con mujeres. Del dios del mar se conocen más de cincuenta amantes humanas, además de dos o tres decenas divinas o semidivinas, como ninfas o nereidas. Su hermano Zeus no se queda atrás e incluso lo supera.

Entre las decenas de amantes de Zeus, Leda destaca, como ya hemos visto, porque, para seducirla, el Padre de los dioses se tomó un trabajo especial, transformándose en animal y urdiendo un engaño. A pesar de que sus uniones con diosas, seres semidivinos y mujeres mortales se cuentan por decenas, solo en diez o veinte ocasiones Zeus se transformó en un animal. En un águila para seducir a Egina, en un fénix con Casiopea, un toro para raptar a Europa, un oso con Mantea, un águila para llevarse al Olimpo al joven Ganímedes o incluso en una hormiga para poseer a Eurimedusa. Es decir, que, como denunciaron siglos después los cristianos, los dioses griegos no solo eran pecadores, soberbios y adúlteros sino que también practicaban la zoofilia.

---

16 Higinio, Fábulas.

17 Hesíodo, Trabajos y días.

18 Génesis 32:22-30

19 Génesis, 6:2. Las Escrituras hebreas usan las expresiones «los hijos del Dios verdadero» y «los hijos de Dios» en Génesis 6:2, 4; Job 1:6; 2:1; 38:7 y Salmos 89:6.

20 José María Salvador González, Per aurem intrat Christus in Mariam. Aproximación iconográfica a la conceptio per aurem en la pintura italiana del Trecento desde fuentes patrísticas y teológicas.

3

Ramnunte

(Ática)

3.1. Némesis, la otra madre de Helena

Cuentan que una vez Leda encontró un huevo.

Safo

Existe una curiosa historia que conecta a Helena con Ramnunte, una ciudad del Ática, la región de la que es capital Atenas. Según este mito, la verdadera madre de Helena no habría sido Leda, sino una ninfa llamada Némesis de la que se enamoró Zeus y a la que persiguió por medio mundo. La ninfase transformó en pez y se arrojó al agua para huir de su acosador, pero Zeus, de quien ya conocemos sus capacidades transformistas, se convirtió en un castor y nadó tras ella. De nuevo en tierra, Némesis adoptó la forma de otros animales, pero no logró escapar de Zeus, que también se transformaba en animales más feroces y rápidos. En su último intento, Némesis adoptó la forma de un ganso salvaje y se elevó en el aire, pero Zeus la alcanzó en forma de cisne y la poseyó en Ramnunte. Allí, por lo tanto, fue concebida Helena, aunque meses después Némesis dejó el huevo de color Jacinto (azul) en un pantano de Esparta, donde lo encontró Leda, la esposa del rey Tindáreo.[21]

No todos están de acuerdo con esta versión y aseguran que para conseguir a Némesis Zeus se convirtió en un cisne y que fingió ser perseguido por un águila. De este modo logró que ella lo protegiera en su seno, momento que el dios aprovechó para violarla. Cuando

tiempo después puso un huevo, Hermes lo arrojó entre los muslos de Leda y ella dio a luz entonces a Helena.[22]

A pesar de que en el arte, no solo grecolatino, sino universal, el motivo de Leda y el cisne ha sido uno de los más populares, parece que los autores más antiguos consideraban que la verdadera madre de Helena fue Némesis y que solo más tarde empezó a transferirse esa función a Leda. Según nos cuenta Pausanias en su libro dedicado al Ática, Fidias representó a Helena «conducida por Leda junto a Némesis».[23] También en una obra perdida del comediógrafo Cratino llamada Némesis, parece que uno de los personajes tenía que representar a Leda, como una gallina que empolla un huevo que no es suyo:

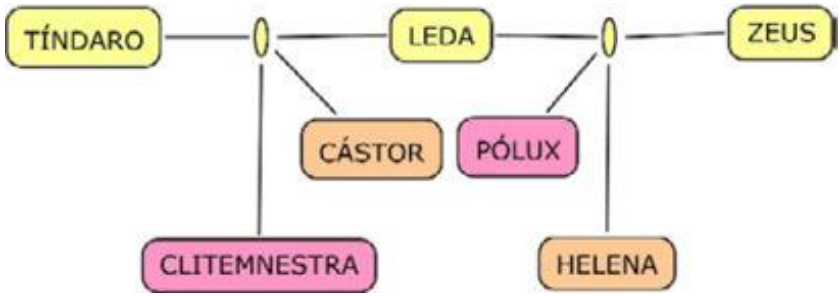
Leda, te toca. No tienes que diferenciarte en nada de una gallina distinguida en tus maneras, empollando este huevo de aquí, para que nos hagas salir de él un hermoso y admirable pájaro.[24]

Homero y Hesíodo no llegan a mencionar el nombre de la madre de Helena, aunque Higinio dice que Hesíodo aseguraba que la madre no era ni Némesis ni Leda, sino una hija de Océano, lo que nos hace sospechar un descuido del propio Higinio, puesto que Némesis era precisamente hija de Océano. También se discute si esta Némesis madre de Helena se puede identificar con la diosa Némesis, que, como se puede deducir, es una entidad asociada a la fatalidad. Esta genealogía es muy tentadora, porque muestra uno de los aspectos más llamativos del mito de Helena, su carácter de mujer que lleva a la perdición a los hombres y los pueblos.

3.2. El padre humano de Helena

En el nacimiento de Helena existe un tercer elemento que es también un motivo repetido de muchos mitos griegos: los héroes o

heroínas son al mismo tiempo descendientes de un dios y de un mortal, son semidioses.



Genealogía de Helena, Clitemnestra y los Dioscuros

Es cierto que Leda fecundó un huevo nacido de la simiente de Zeus, pero ya sabemos que ese mismo día se acostó con su esposo Tindáreo, que también la fecundó. Tiempo después, dio a luz dos huevos y de cada uno de ellos salieron los hijos y las hijas de Zeus y de Tindáreo. Se suele afirmar que del huevo divino surgieron Helena y Cástor, mientras que del humano nacieron Pólux y Clitemnestra, aunque poetas y dramaturgos ofrecen también otras combinaciones, incluso con tres hermanos en un solo huevo:

Esos trillizos que ves nacidos de un solo huevo, se consideran hijos de padres y madres inciertos. Los gestó Némesis, pero fue Leda la que, como madre, los empolló; sus padres son Tindáreo y Júpiter: aquél lo cree, pero este otro lo sabe.[25]

Helena, por lo tanto, es hija de un dios, pero también tiene un padre mortal, Tindáreo. Su familia, por este lado humano del árbol genealógico, se mueve alrededor de dos ciudades, Micenas y Esparta.

Todo comenzó en la ciudad de Esparta, donde reinaba Ébalo junto a

su esposa Gorgófone (primera mujer en contraer nupcias tras la muerte de su marido). Los hijos del matrimonio eran Tindáreo, Icario y Arene, pero el heredero del trono fue un hijo ilegítimo, que Ébalo había tenido con una ninfa llamada Batia. Este hijo se llamaba Hipocoonte y en cuanto se hizo con el trono, expulsó a Tindáreo y sus otros hermanos de Esparta. Fue durante su exilio en Etolia cuando Tindáreo conoció a Leda.

Tiempo después, gracias a la intervención del gran héroe Heracles, que mató a Hipocoonte y a sus doce hijos, Tindáreo consiguió hacerse con el trono de Esparta.

Tindáreo tuvo varios hijos, como Timandra y Filónoe, que nacieron de manera natural y otros cuatro hijos, nacidos a partir de los dos huevos que fecundó Leda:

Leda de bucles hermosos semejante a los resplandores de la luna, al fecundo lecho de Tindáreo subió y alumbró a Timandra, a Clitemnestra de ojos de vaca y a Filónoe, que en su figura competía con las inmortales.[26]

---

21 Robert Graves, Los mitos griegos. Lo cuenta Pausanias en su Descripción de Grecia (Ática). Ateneo coincide con esta versión, que atribuye a los Cantos Ciprios.

22 Apolodoro en su Biblioteca dice que Némesis puso un huevo tras su unión con Zeus y que un pastor lo encontró y se lo entregó a Leda, que lo guardó en un cofre, hasta que nació Helena.

23 Pausanias, Descripción de Grecia.

24 Ateneo, Banquete de los eruditos.

25 Ausonio, Epigramas.

26 Hesíodo, Catálogo de las mujeres.

4

TEMPLO DE ÁRTEMIS ORTIA

(Junto al río Eurotas, Esparta)

4.1. El primer raptor de Helena

Casi mil años antes de la Guerra del Peloponeso Helena fue el origen del primer conflicto entre Atenas y Esparta, que tuvo lugar unos veinte años antes de la guerra de Troya.

El rey Teseo, después de matar a Minotauro y escapar de Creta con Ariadna y abandonarla en la isla de Naxos; después de haber raptado a una amazona (Antíope, Melanipa o Hipólita según las diversas fuentes) y perderla tras el nacimiento de su hijo Hipólito;[27] después de raptar a Anaxo de Trecén, después de casarse con Fedra, que se suicidó tras haber acusado de violación a su hijo adoptivo Hipólito, al que Teseo mató creyendo en sus palabras… Después de todas estas accidentadas y violentas relaciones con mujeres, el viudo Teseo y su amigo Pirítoo quisieron buscar nuevas esposas y decidieron que las dos fueran hijas de Zeus.

La primera hija de Zeus que les llamó la atención fue Helena de Esparta, la joven hija del rey Tindáreo, pues, como nos cuenta Isócrates, el rey Teseo, después de ver a Helena,

que todavía no estaba en la flor de la edad pero ya sobresalía de las demás, quedo tan prendado de su belleza… pensó que no merecía la pena vivir con los bienes que le rodeaban sin la compañía de aquella.[28]

Píndaro, que era sin duda un mal pensado, decía que la verdadera razón era que Teseo quería emparentar con los Dioscuros.

Para obtenerla, los dos amigos decidieron recurrir a un método muy común en la época para conseguir esposa, el rapto. Puede parecer que se trata de costumbres bárbaras y antiguas, pero es un sistema que todavía se practica en muchos lugares del mundo, donde las mujeres se compran, se venden, se intercambian o incluso se secuestran o raptan. Es un procedimiento que se practica en zonas dominadas por integristas musulmanes y que al parecer se está produciendo en algunos lugares de China, dada la escasez de mujeres, y en algunos países de África.

También, por supuesto, continúa la trata de blancas en todo el planeta, incluso en los países más desarrollados, aunque en este caso la intención no suele ser conseguir una esposa, sino una esclava sexual a la que explotar. Recientemente se ha descubierto que en la tribu originaria más prestigiosa e idealizada por los antropólogos, los yanomami, el rapto de mujeres es una de las principales razones por las que las diversas tribus entran en guerra. Se trata de guerras pactadas entre los hombres de tribus diferentes, con la intención de raptar a las mujeres de la otra tribu. En esas guerras se hieren o se matan algunos hombres, pero, al mismo tiempo, se apoderan de las mujeres ajenas, que es su verdadera intención.

Los cronistas nos cuentan que Teseo y su amigo Pirítoo decidieron raptar a Helena mientras estaba en el templo de Ártemis Ortia, danzando en honor de la diosa cazadora junto a sus compañeras, y quizá también junto a su hermana Clitemnestra. Era una tradición que las mujeres realizaran estos ritos sin ser molestadas y por eso se consideraba especialmente impío que los hombres interrumpieran estas ceremonias. Teseo y Pirítoo no solo las interrumpieron, sino que raptaron a Helena en mitad de un rito sagrado.

---

27 La abandonó o la perdió en la guerra contra sus compañeras.

28 Isócrates, Defensa de Helena.

5

TEGEA

(Arcadia)

5.1. El sorteo de Helena y la promesa fatal

Cuando estaban ya a la altura de Tegea, en la Arcadia, la región con la que todavía hoy nos referimos a un lugar idílico, campestre y de ingenuidad pastoril, Teseo y Pirítoo se detuvieron para sortearse a Helena, pero antes hicieron un pacto: el ganador de la apuesta ayudaría al perdedor a conseguir otra esposa, que también fuera hija de Zeus. Teseo ganó la apuesta y le correspondió Helena, pero al mismo tiempo selló de manera trágica su propio destino y el de Pirítoo.

6

AFIDNA Y ATENAS

6.1. La novia infernal

Cuando Teseo y su amigo llegaron a Atenas, el pueblo se escandalizó al ver que Helena era todavía una niña. Además, todos temían un conflicto con los poderosos espartanos, pues estaban seguros de que Cástor y Pólux, o quizá el rey Tindáreo en persona acudirían a rescatarla. Teseo, que no era muy popular entre los suyos desde que había decretado la reordenación del Ática, al unir a las ciudades y pueblos en una federación, pensó que era preferible esconder a Helena y la llevó en secreto a Afidna, donde la dejó al cuidado de su propia madre, Etra.[29] Según Plutarco, en las Ciprias se contaba que Teseo mató a un tal Afidno a causa de Helena, pero no sabemos mucho más de esta historia.[30]

Después, los dos amigos fueron en busca de la mujer que había elegido Pirítoo como esposa. Esta vez el viaje era incluso más peligroso que el que les había llevado a Esparta, porque Pirítoo eligió entre las hijas de Zeus ni más ni menos que a Perséfone, la esposa del señor de los infiernos griegos, Hades. Fue allí, en el oscuro reino subterráneo, donde la buena suerte que hasta entonces había tenido Teseo se acabó. Hades les recibió con fingida cortesía y les invitó a sentarse mientras decidía acerca de su atrevida pretensión. En cuanto se sentaron, los dos héroes se quedaron pegados a las sillas infernales, incapaces de despegar sus atrevidos traseros. Años después, sin embargo, Heracles visitó el infierno y Hades le permitió rescatar a Teseo y a su amigo, siempre y cuando fuera capaz de separarlos de sus asientos. Heracles agarró a Teseo por los brazos y tiro de él con toda su fuerza, hasta que logró despegarlo de la silla, aunque dejándose en ella parte de su trasero. Dicen que esta es la causa de que los atenienses se caractericen por

su culo flaco y escurrido. Con Pirítoo no hubo tanta suerte y se quedó en el infierno para siempre.

La versión humana o mundana de este mito, la que prefiere Plutarco en sus Vidas paralelas, en las que compara a Teseo con Rómulo, es que Teseo y Pirítoo no descendieron a los infiernos, sino que intentaron raptar a la hija del rey de los Molosos, Eidoneo, que había reproducido en su hogar un pequeño infierno familiar, al llamar Perséfone a su esposa, Core a su hija y Cerbero a su perro. Se supone que él mismo se identificaba con Hades, también conocido como Eidoneo.[31] En cualquier caso, también en esta versión, el rapto terminó en fracaso y Pirítoo fue despedazado por el perro mientras que Teseo permaneció en prisión durante un tiempo.

Aprovechando la ausencia de Teseo, los dos hermanos de Helena, Cástor y Pólux, conocidos como los Dioscuros, acudieron con un ejército a Atenas para reclamar su devolución, pero no pudieron encontrar a la muchacha hasta que, tras saquear toda la región, un hombre llamado Academo les reveló que Teseo la había escondido en Afidna, ciudad que los dos hermanos saquearon. En agradecimiento a Academo, los espartanos le honraron en vida y respetaron siempre sus tierras, que con el tiempo albergarían la Academia de Platón. Otras versiones dice que en realidad Academo y Maratón llegaron desde Esparta con las tropas de los Dioscuros y que de ellos procede el nombre de la Academia y el pueblo de Maratón, que luego sería célebre por una batalla que a su vez daría origen a la prueba más extrema de los Juegos Olímpicos modernos.

Esta invasión de los espartanos, que precedería en casi mil años a las de la Guerra del Peloponeso, sería la explicación de que en Atenas se rindiese culto a los Dioscuros.

De este modo terminó el primer rapto de Helena que, como se ve, ya siendo tan joven pudo ser calificada como causante (aunque sin ninguna responsabilidad por su parte) de la muerte de hombres y la destrucción de pueblos y ciudades, la maldición que siempre la acompañaría tras la guerra de Troya.

Existe, sin embargo, una versión, nada popular, según la cual quienes raptaron a Helena fueron otra pareja de grandes héroes, y enemigos mortales de los Dioscuros, Idas y Linceo. En este caso,

Teseo no habría sido el raptor, sino quien rescató a Helena y se la devolvió a los espartanos. Otra versión aseguraba que el propio Tindáreo puso a Helena bajo la protección de Teseo, porque temía que la raptara o la violara Enareforo, hijo de su hermano Hipocoonte, al que Tindáreo había arrebatado el trono con ayuda de Heracles.[32]

La historia del primer rapto de Helena sorprende a primera vista, como si fuera un relato tardío, creado para relacionar al gran héroe de Atenas con la mujer más célebre de la antigüedad, pero lo cierto es que Homero en la Ilíada menciona entre las criadas de Helena a Etra, la hija de Piteo, es decir, la madre de Teseo.[33] Y resulta difícil explicar de otra manera qué hace la madre del ateniense Teseo como esclava de una espartana.[34]

---

29 Teseo quizá era fruto de una violación, la de Etra por el rey Egeo de Atenas, con el consentimiento del padre de la muchacha, Piteo de Trecén, que la hizo acostarse con Egeo tras emborracharlo.

30 Plutarco, Teseo.

31 Lo cuenta Plutarco en su Teseo (Vidas paralelas).

32 Plutarco se refiere a estas versiones en sus Vidas Paralelas: Teseo.

33 Otra versión asegura que la razón por la que Etra estaba en Troya como criada de Helena era que tiempo atrás el hermano de Paris, Héctor, había atacado la ciudad de Trecén y que fue entonces cuando se llevó entre los cautivos a la madre de Teseo. Algunos, como Aristarco, pensaban que la presencia de Etra era una interpolación posterior a Homero para justificar la participación de Atenas o de los hijos de Teseo en la guerra de Troya.

34 El rapto de Helena por Teseo lo cuentan muchos autores, como el poeta Alcman o Diodoro de Sicilia en su Biblioteca histórica.

7

CÉNCREAS

(Acaya/Argós)

7.1. El baño de Helena

De ser cierto que Helena quedó embarazada de Teseo y dio a luz a Ifigenía, quizá también lo sería lo que asegura Pausanias: que en la Argólida, enfrente de Cencreas estaba el Baño de Helena, un lugar en el que desde una roca cae hacia el mar agua salada «que da la impresión de que empieza a caldearse».[35] Y allí cerca está el santuario de Ilitia, que Helena dedicó a la diosa tras dar a luz en Argos a Ifigenia. Para dar más verosimilitud a su relato, Pausanias dice que los argivos afirmaban que Ifigenia era, en efecto, hija de Teseo y Helena y que varios poetas escribieron sobre este asunto, como Euforión de Calcis, Alejandro de Pleurón o Estesícoro de Hímera, al que conoceremos más adelante.

Por otra parte, Lempriere en su impresionante A classical dictionary[36] me puso sobre la pista de otra Helena, a la que encontramos en las páginas de Plinio. Esta Helena que vivía en Esparta y a la que se confundía con la hija de Leda. Se cuenta que esta otra muchacha llamada Helena iba a ser sacrificada cuando un águila se precipitó sobre el altar y arrebató al sacerdote el cuchillo. El sacrificio se detuvo al instante y además se abolieron para siempre los sacrificios humanos. No es extraño que se confundieran estas dos Helenas y resulta difícil pensar que no estén relacionadas: una mujer sacrificada, como Ifigenia, y un águila en el que es obvio que debemos reconocer a Zeus, el padre de Helena.

---

35 Pausanias, Descripción de Grecia (Corinto y la Argólide)

36 Lempriere, A Classical Dictionary containing a full Account of all the Proper Names mentioned in Ancient Authors (1788), también conocido como Bibliotheca Classica.

8

Terapne

(Esparta)

8.1. La novia de toda la Hélade

A Helena, por su magnífica belleza, la deseaban en matrimonio muchos pretendientes procedentes de distintas ciudades.

Higinio

, Fábulas

Alrededor del altar del sacrificio se reúnen guerreros poderosos. Entre ellos podemos reconocer a Ulises, de anchas espaldas y piernas cortas, a Agamenón y Menelao, extranjeros rubios. Desde la lejana tierra de Tesalia acude Patroclo, el mejor amigo del joven rey de los mirmidones, Aquiles. También está allí el gigantesco Áyax, hijo de Telamón, que viene desde la isla de Salamina. Diomedes procede de Argos, hijo del héroe Tideo, que perdió la inmortalidad que Atenea le llevaba cuando la diosa vio como el moribundo devoraba los sesos de su enemigo. Y también están allí Esquedio y Epístrofo, hijos de Ífito, el amigo y quizá amante del gran Heracles y el arquero Filoctetes, así como dos médicos excelentes, Podalirio y Macaón, hijos de Asclepio, el dios de la medicina. Se trata de una verdadera colección de héroes, dignos hijos de sus padres.[37] Y si sus padres lucharon en Tebas de las siete puertas y acompañaron a Heracles y a Teseo en sus aventuras, a ellos les esperan también grandes batallas, que siempre serán recordadas, y una guerra en la que muchos de ellos morirán por causa de lo que va a suceder hoy aquí.

En algún lugar cercano, una muchacha contempla a todos esos hombres, quizá con algo de temor y mucha inquietud, porque todos se han reunido allí por ella. La muchacha es Helena y ellos son sus pretendientes. Tal vez Helena admira a alguno de esos hombres, quizá deteste a otros. Pero no será ella la que elija, sino su padre Tindáreo, que ahora se acerca al magnífico caballo que espera en el altar del sacrificio. El espectáculo es demasiado espantoso para ser contemplado, por lo que Helena cierra los ojos y solo escucha los gemidos violentos del caballo y el sonido de su cuerpo al derrumbarse. Cuando vuelve a mirar, la escena es atroz. Los pedazos sanguinolentos del caballo se extienden sobre la gran mancha de su sangre. Y allí, tomando cada uno de los pretendientes un pedazo de la carne aún caliente, Patroclo y Áyax, Idomeneo y Menesteo, Eumelo y Polipetes, Ulises y Menelao, todos juran que aceptarán la elección y que si alguna vez el marido de la muchacha necesita ayuda, quedarán comprometidos a acudir en virtud del sacrificio de este caballo consagrado a Poseidón.

De una manera semejante a esta, según nos cuenta Pausanias, que visitó la tumba del caballo sacrificado más de mil años después, Tindáreo logró, siguiendo los consejos de Ulises, que los pretendientes de Helena se comprometieran a acudir en ayuda de su marido siempre que lo necesitara. De este modo, todos los pretendientes pertenecen, tras el juramento, a una comunidad que podríamos llamar helénica, no porque sean caudillos helenos o porque en ellos resida la helenidad, sino porque todos han deseado a la hermosa Helena. Tindáreo, satisfecho, se acerca a su hija y para su sorpresa le pide que coloque la guirnalda sobre la cabeza del hombre con el que quiere compartir su vida. Helena, sin dudarlo, se acerca a Menelao.[38]

¿Por qué eligió a Menelao? No lo sabemos. Algunos dicen que su padre ya lo había decidido mucho antes y que ella simplemente obedeció sus deseos. De este modo, Tindáreo unió su destino con el de los dos poderosos hermanos atridas, tras casar a su hija Clitemnestra con el rey de Micenas, Agamenón, y a Helena con Menelao, al que él mismo nombrará rey de Esparta, al convertirlo en su heredero. Y no menos importante fue sin duda el asegurarse el apoyo constante de Ulises, al que prometió a su sobrina Penélope. Pero la versión preferida por los poetas y dramaturgos es que todo

lo ha urdido el propio Ulises, para asegurarse de que, de no conseguir a Helena, al menos podrá conseguir a Penélope, sobrina de Tindáreo. La verdad es que es un plan digno de él.

En cuanto al sacrificio del caballo, parece el recuerdo de tiempos verdaderamente lejanos, pues coincide con costumbres semejantes en la India védica, donde el sacrificio del caballo o asvameda era uno de los ritos principales, que servía precisamente para que todos los príncipes acataran la soberanía de uno de ellos. También lo encontramos en la primera dinastía china de la que hay certeza arqueológica, la de los Shang, de la que se sospecha un origen o influencia indoeuropea. En tumbas shang se han encontrado a veces decenas de caballos sacrificados. Esta presencia de los caballos, no solo en los sacrificios o en las tumbas, sino llevando los carros de guerra, es una característica de muchos pueblos indoeuropeos, desde los micénicos a los indios védicos, los celtas o los hititas, de los que se ha conservado el primer manual conocido de entrenamiento de caballos. En cuanto al caballo sacrificado, Pausanias dice que en la representación de Némesis que hizo Fidias aparecen junto a ella Helena, su madre Leda y un caballo llamado Hipeo. ¿Sería este el nombre del caballo sacrificado?

Tras la boda con Menelao, Helena y él pasaron algunos años reinando en paz en Esparta, pues sabemos que tuvieron una hija llamada Hermíone y que cuando esta niña tenía diez años, sucedió algo que cambió para siempre no solo la vida de Helena, sino también la de todos los príncipes y guerreros que un día compitieron por su mano.

8.2. ¿Quiénes eran los pretendientes de Helena?

Antes hemos conocido los nombres de algunos de los pretendientes de Helena, no todos, pues cada autor que se ocupó del tema añadió uno o dos, a veces para dar prestigio a su propia ciudad, otras siguiendo el dictado del noble o gobernante que sostenía su esfuerzo poético con dádivas y premios. Esta es precisamente una de las razones por las que resulta a veces muy difícil reconstruir el

sentido de un mito, pues a partir del núcleo original suelen crecer como una planta trepadora que se enreda sobre otra, con ramas y más ramas de variantes. La caída de una ciudad puede dar origen a la desaparición de su nombre en un catálogo, mientras que el ascenso de otra puede hacer que se le busque un hueco. La lista de los pretendientes de Helena nos habla de lugares y pueblos evocadores, extraños, a veces misteriosos, y también nos revela algunas sorpresas, como la ausencia, en casi todas las listas, de Aquiles, el protagonista de la Ilíada y soberano de los mirmidones de Etolia. Sin embargo, vemos que sí está en la lista su amigo y amante Patroclo. La razón es que Aquiles era entonces muy joven, pues pertenecía a una generación posterior, lo que, como veremos más adelante, le hará más adecuado como novio de Ifigenia, la sobrina de Helena. Patroclo y Aquiles proceden de Ftia (Tesalia, al norte de Beocia).

Muchos pretendientes acuden desde el Peloponeso, que es la parte continental de Grecia unida a la península ateniense por el istmo de Corinto. En el Peloponeso había varias regiones políticas, como la Arcadia, Mesenia, Laconia y Argos o la Argólide, además de Acaya, la tierra de los aqueos.

De Mesenia procede Antiloco, hijo del rey Néstor de Pilos, que en sus buenos tiempos era un «destructor de ciudades» y que había participado en grandes epopeyas, como la caza del jabalí de Calidón, junto a los Dioscuros, Teseo y Pirítoo; en el asedio de los Siete contra Tebas o como vencedor de todas las pruebas, excepto la carrera de carros, en los juegos fúnebres de Buprasión, pero que ahora es un anciano en el que todos buscan consejo, como se ve una y otra vez en la Ilíada. También desde Mesenia, se unen a la gran ceremonia dos médicos ilustres, Podalirio y Macaón, hijos de Asclepio (Esculapio en latín), el legendario creador de la medicina.

Desde la otra gran región de las penínsulas del Peloponeso, la Argólide, acude como pretendiente Diomedes, que ha participado en la segunda guerra de Tebas y, al contrario que su padre Tideo, sí ha conquistado la ciudad. En cuanto a la ciudad de la que es rey Diomedes, ha dado lugar a muchas confusiones, pues se dice que es Argos, pero también se cree que esta ciudad estaba bajo control del aqueo Agamenón. También resulta llamativo que Agamenón reine

sobre una ciudad, Micenas, que está situada a tan solo veinte kilómetros de Argos, la capital de la Argólida. Homero en la Ilíada distingue entre los argivos como Diomedes y los aqueos como Agamenón y Menelao, los dos hermanos que también desean casarse con Helena, que estaban establecidos en el norte del Peloponeso, en la región llamada Acaya («tierra de los aqueos»). En cuanto a las restantes regiones del Peloponeso, desde Élide acude Anfímaco, y desde Arcadia Agapenor.

Frente a las costas de Élide, ya en el Mar Adriático, hay varias islas, como Ítaca y Zacinto, conocidas como la región de Cefalonia. Desde allí acude el más astuto de los hombres, Ulises, que ya sabemos que es el autor del pacto que obliga los pretendientes a acudir en defensa del que se case con Helena.

La ciudad de Atenas está representada por el rey Menesteo, que colaboró con los Dioscuros cuando invadieron el Ática buscando a su hermana Helena; aprovechando que Teseo ha quedado atrapado en el Hades, Menesteo se ha convertido en monarca de Atenas, se dice que por ser el primer demagogo populista, pues criticó las reformas de Teseo para ganarse el apoyo de los pobres y alcanzar el poder absoluto. Curiosamente, en la interminable lista de pretendientes de Helena también se encuentra el lapita tesalio Polipetes, hijo de Pirítoo, el gran amigo de Teseo.

Junto a la región de Ática hay una pequeña isla llamada Salamina, que está destinada a jugar un papel fundamental siglos más tarde cuando los persas de Jerjes invadan Grecia, y también en la sangrienta guerra que tiempo después enfrentará a Atenas y Esparta. Los bravos guerreros de Salamina tienen razones para enorgullecerse, pues gobierna sobre ellos el gran Áyax, hijo de Telamón, que impresiona por su corpulencia y envergadura, pues saca una cabeza al más alto de los pretendientes.

La isla de Creta presenta a Idomeneo, que también destaca por su incomparable belleza y que representa a una cultura admirada por todos, la de los herederos del rey Minos, que encargó a Dédalo la construcción del Laberinto de Cnosos y que durante siglos dominó los mares.

Finalmente, debemos mencionar que desde el oeste de Creta, junto

a las costas de lo que hoy es Turquía, acuden pretendientes desde la isla de Cos (Fidipo) y la de Rodas, con Tlepólemo, personaje que jugará un importante papel en la vida de Helena, o más bien su viuda

A todos estos reyes ha atraído hasta Terapne (o quizá hasta Amiclas) la increíble belleza de Helena, aunque también podemos sospechar que la posibilidad de emparentar con el poderoso rey Tindáreo y acceder al trono de Esparta es también una tentación casi irresistible, como sugiere Dión de Prusa: «Muchos pretendientes vinieron de fuera de Grecia por la reputación de la belleza de Helena y también por el poder de sus hermanos y su padre».[39]

La historia de las bodas de Helena y la posterior participación de todos estos reinos en la guerra de Troya, provocada por el rapto de Paris, resulta difícil de creer por sus descomunales dimensiones, pues ya hemos visto que los pretendientes proceden de prácticamente todas las regiones de lo que hoy es Grecia, de Creta e incluso de lugares tan lejanos como la isla de Rodas, por lo que es razonable pensar que quizá Homero inventó una geografía fantástica situada hacia el año 1200, inspirándose en parte en los estados griegos de su época, hacia el 750 a.n.e. Sin embargo, ya sabemos que el lugar más fantástico de todos, la ciudad a la que fue llevada Helena, tras ser raptada, fue descubierta por Schliemann. Pero también es cierto que el descubrimiento de nueve ciudades sucesivas en las colinas turcas de Hisarlik no es suficiente para probar que Homero no se inventó el resto, e incluso se podría dudar de que esa ciudad fuera Troya, puesto que no se halló ninguna escritura que confirmara los nombres ofrecidos por Homero y otros mitógrafos. Pero los arqueólogos, que en la época de Schliemann no eran tan pacientes como los de ahora, enseguida se pusieron a buscar las ruinas de las ciudades legendarias de las que procedían los pretendientes de Helena.

8.3. El descubrimiento de dos nuevas épocas históricas

Si Schliemann solo hubiera encontrado Troya, muchas de las dudas

acerca de las historias de Homero persistirían. Sin embargo, después del casi novelesco descubrimiento de Troya llegaron los de otras ciudades mencionadas por Homero, como Pilos, la ciudad de la que era rey el sabio anciano Néstor,[40] o Micenas, la capital del gran general Agamenón. Además, en ciudades que habían permanecido habitadas, como Atenas o Tebas, también se encontraron restos de una época anterior, que se correspondía con las fechas de la supuesta guerra de Troya. Y, superando todo lo anterior, Arthur Evans descubrió en Creta el palacio de Cnosos.

Los descubrimientos arqueológicos a menudo nos permiten conocer el pasado mejor que quienes vivieron en él. En este caso, nos han permitido conocer la época de los héroes de Troya con mucha más precisión que los griegos de la época antigua, clásica y helenística y quizá incluso mejor que los propios guerreros que conquistaron la ciudad. Sabemos no solo que comían, gracias a sus restos, sino incluso qué enfermedades tenían y a veces qué parentesco étnico existía entre gentes diversas. También sabemos mucho de sus intercambios comerciales, gracias sobre todo a los restos de cerámica.

El descubrimiento de Troya, la ciudad que estaba en el origen de la nación griega, era sin duda una gran noticia, pero también empezaba a extender una sospecha inquietante: la de que aquellos que lucharon en Troya por Helena no fueran griegos, sino una población anterior. Al fin y al cabo, los primeros testimonios de la lengua griega se remontan a los años 750 antes de nuestra era, mientras que las ruinas de la Troya homérica eran cuatrocientos o quinientos años anteriores. Se tenía la certeza de sucesivas invasiones de Grecia en ese paréntesis entre unos y otros, así que la sospecha de que los griegos no eran los héroes de Troya sino los que acabaron con ellos se hacía cada vez más insoportable.

Los descubrimientos que siguieron al de Troya depararon una sorpresa adicional, el tesoro más preciado en cualquier descubrimiento arqueológico y que no se había encontrado en ninguna de las nueve ciudades troyanas: textos escritos. Arthur Evans encontró en Creta varias escrituras, aunque le llamaron la atención dos de ellas, el lineal A y el lineal B, dos tipos de textos que empleaban los mismos signos de un silabario pero que parecían

expresar lenguajes diferentes. Aunque el lineal A todavía no ha sido descifrado y se ignora qué idioma esconde, el lineal B, gracias a la aportación de Michael Ventris, sí reveló su gran secreto: se trata de griego arcaico. ¡Mediante el lineal B se escribía la misma lengua que muchos siglos después sería representada con las letras del alfabeto griego!

La razón de que en Cnosos se usaran los mismos signos que empleaban los cretenses para una lengua todavía desconocida (el lineal A) pero también para escribir lo que conocemos como un tipo de griego arcaico (lineal B) es que probablemente los pueblos que habitaban Grecia conquistaron o al menos ocuparon la isla hacia el año 1400 a.n.e., adoptando el silabario que encontraron allí (el lineal A). Y con esos signos escribieron su propia lengua. También en Pilos, en Micenas y en otras ciudades de la Grecia continental, así como en varias islas, se han encontrado textos escritos en lineal B, aunque, como ya dije antes, ninguno en Troya,[41] tal vez porque los métodos de excavación de Schlieman acabaron con todo lo que no brillara como el oro. Se supone, en consecuencia, que fue tras la conquista o dominio sobre Creta cuando estos pueblos griegos empezaron a emplear la escritura, pues no hay muestras de otra escritura anterior que hubieran podido emplear.

Para decirlo de manera sencilla: en contra de las inquietantes sospechas que surgieron tras el descubrimiento de Troya, ahora se podía afirmar que los héroes de Troya sí que hablaban griego, aunque lo escribían con signos cretenses y no mediante las letras griegas que conocemos, que son una modificación del alfabeto fenicio.

Habría sido sin duda maravilloso encontrar en lineal B fragmentos de la Odisea o la Ilíada, pero los textos traducidos no son muy interesantes desde el punto de vista literario. Suele tratarse de cuentas comerciales, asuntos relacionados con los impuestos o el vasallaje de ciudades y pueblos o de la compra y la venta de suministros y víveres. Por fortuna también hay muchos textos de carácter religioso que, aunque sencillos, al menos nos ofrecen menciones de muchas de las divinidades griegas, incluso de algunas que hasta entonces se pensaba que habían llegado mucho más tarde a Grecia, como Dioniso. Quizá te estés preguntando, querida o

querido lector, si entre los nombres encontrados en las tablillas escritas en lineal B estaba el de Helena.

La respuesta es negativa, aunque sí se han encontrado nombres que coinciden con los de algunos personajes que la conocieron, como Aquiles, Idomeneo, Teseo, Creteo, Néstor, Enaltes, Juto, Ayax, Glauco y Éolo.[42] Esto no significa que quienes llevaban esos nombres fueran los mismos personajes, pues muchos de los hallazgos son claramente anteriores a la época de la guerra de Troya, pero al menos sí demuestran que en aquellos tiempos existían nombres como los que Homero da a sus héroes.

Los descubrimientos en Creta y en la Grecia continental y las islas hicieron que los historiadores añadieran una época anterior a la historia griega conocida, que llamaron micénica (por las ruinas de Micenas, en el Peloponeso) y otra anterior, la minoica (por el rey Minos de Creta). A veces se prefiere usar el compuesto «época minoico-micénica», aunque existen serias dudas acerca de que los minoicos y los micénicos fueran pueblos emparentados antes de la invasión de Creta por los micénicos. Los micénicos eran griegos (si hablar griego es ser griego, algo que no tiene por qué ser siempre cierto), mientras que los minoicos tal vez no lo eran o quizá pertenecían a una oleada de pueblos indoeuropeos pre griegos o casi griegos, pero muy anterior.[43]

Los descubrimientos arqueológicos devolvieron la credibilidad a Homero de una manera asombrosa. En las ruinas micénicas se encontraron objetos, o sus representaciones, que son mencionados en la Ilíada y la Odisea, como los grandes escudos en forma de muro o de dos círculos unidos en forma de ocho, que no eran conocidos cuando se difundieron los poemas de Homero, ya en época plenamente griega. Eso parece probar que en los textos homéricos se conservan huellas de un pasado lejanísimo, aunque también se sabe que se han insertado muchos pasajes posteriormente, que hoy en día se consideran anacrónicos. En la Ilíada, por ejemplo, se mencionan armas de hierro, pero se sabe que los soldados de la época micénica luchaban con armas de bronce. Sin embargo, en contra de lo que a veces se dice, como cuando Fraenkel[44] se burla de que Homero hable de «armas de bronce» y furia semejante al «fogoso hierro», lo cierto es que sí conocían el

hierro, pues se ha encontrado un anillo de hierro en una tumba micénica cercana al santuario del Menelaion de Esparta.[45] Así que, al menos en este sentido, Homero es muy fiable cuando dice que en los juegos funerales de Patroclo, Aquiles ofrece como premio un trozo de hierro. En cuanto a las armas de hierro, ¿quién sabe si algún guerrero micénico llegó a usarlas? Cuando los hijos de Antímaco piden a Agamenón que no los mate, le ofrecen oro y bronce en abundancia y el «tan fatigoso hierro»,[46] lo que podría indicar que el hierro se conocía pero que era más valorado incluso que el oro por la dificultad de obtenerlo. Es cierto que no se han encontrado armas de hierro, pero, en caso de existir, podrían ser muy escasas y apreciadas. Cuanto más valioso es algo, menos probabilidades existen de encontrarlo en una excavación arqueológica, pues sus propietarios no estarían dispuestos a perderlo. Si se trata de armas de hierro en una época en la que no abundan, sería una de las posesiones más preciadas. Es por eso que las dataciones de los tiempos antiguos no se hacen con restos de hierro, de oro o de piedras preciosas, sino de cerámica, algo que se encuentra en abundancia, pues nadie se preocupaba de recoger los fragmentos rotos de cerámica tras una invasión, un saqueo o un incendio.

Mi confirmación favorita de las huellas micénicas en los textos de Homero es el casco hecho con colmillos de jabalí, que era desconocido en la época en la que se difundieron los poemas de Homero (posteriormente al año 776), pero que se ha encontrado en tumbas micénicas:[47]

Meriones le entregó a Ulises un arco, un carcaj y una espada, y acto seguido, se caló en la cabeza un yelmo hecho de cuero; por dentro se encontraba firmemente tensado por gran cantidad de apretadas correas, mientras que por fuera, los blancos dientes de un jabalí de brillantes colmillos lo recorrían de parte a parte perfecta y hábilmente encajados; en medio iba fijado un fieltro.[48]

Ese tipo de cascos, por cierto, parece reconocerse también en las representaciones egipcias de la batalla contra los Pueblos del Mar,

lo que parece probar que entre esa misteriosa gente del mar, de la que se hablará más adelante, había micénicos.[49]

Otro ejemplo quizá más sorprendente es que Homero habla de ropas untadas en aceite, para darles más brillo, una costumbre desconocida en la Grecia posterior, pero de la que se han encontrado restos arqueológicos.[50] Y uno más, la primera mención a la escritura, que encontramos en la Odisea, donde se dice que Belerofonte llevó a la región de Licia una tablilla de pino untada con cera y escrita. Pues bien, también se han encontrado estas tablillas en las ciudades micénicas.

1900 a.n.e.	Primeras oleadas de pueblos de lengua pr
	Esplendor de la cultura minoica en Creta,
1450 a.n.e.	Caída del poder de Cnosos.Presencia y pr
	Micenas, Pilos, Tirinto y otras ciudades m
1300 a 1100 a.n.e.	Época en la que pudo vivir Helena. Guerr

Cronología minoico-micénica. Elaboración propia

8.4. La increíble memoria homérica

Tras casi dos siglos de descubrimientos, el resultado más llamativo es que la geografía de los reinos que participaron en la guerra de Troya según Homero es extremadamente similar a la que nos han revelado las excavaciones arqueológicas. De las ciudades que Homero menciona en el llamado Catálogo de las naves, donde enumera a los jefes y a los reinos que acuden a Troya, se han identificado dos tercios de los lugares mencionados. Las increíbles coincidencias entre los textos de Homero, que, recordemos, se datan hacia el año 750 a.n.e. y los descubrimientos arqueológicos de la época micénica, anterior en 500 años (hacia el 1250 a.n.e.) parecen obligarnos a elegir entre dos posibilidades. O bien existía una escuela de cantores que conservaba sus historias con métodos más fiables que la simple trasmisión personal de uno a otro, o bien existían archivos escritos que se podían consultar.

Es cierto que parece difícil creer que se pudieran trasmitir datos tan precisos por el simple uso de la memoria y la trasmisión oral, aunque hay muchos trucos nemotécnicos y se sabe de memorias asombrosas. Grandes expertos en la memorización como Ramón Campayo han demostrado las posibilidades de la memoria cuando se aplican ciertos métodos,[51] y es posible que los rapsodas que se entrenaban desde la infancia en la memorización lograran grandes proezas. De hecho, uno de los métodos más célebres para recordar muchos datos, conocido como de los loci o lugares, se atribuye al griego Simónides y tiene su origen en una anécdota protagonizada (¡casualidad de casualidades!) por los dos hermanos de Helena.

Se dice que sucedió cuando el tirano Scopas se negó a pagar a Simónides el premio por una oda en la que habría excesivas referencias a los dioscuros Cástor y Pólux (y probablemente alguna a Helena). Durante una fiesta posterior en casa de Scopas, llamaron

a la puerta y dos desconocidos pidieron que Simónides saliera para hablar con él. El poeta salió de la casa, precisamente en el momento en que se derrumbaba entera, matando a todos los asistentes. Los cadáveres quedaron tan destrozados que resultaban irreconocibles, pero Simónides fue capaz de saber quién era quién recorriendo las ruinas, pues recordaba en qué lugar y en que habitación estaba cada uno de los invitados. Los dos desconocidos que preguntaron por Simónides eran, por supuesto, Cástor y Pólux.

Sin embargo, en el caso de los cantores que trasmitieron los antiguos mitos griegos o micénicos, no sería extraño que hubiera existido una escuela de cantores como las de los celtas. Se ha pensado que la principal de esas escuelas de rapsodas era la de los llamados homéridas, pero que había otras que llegaron a ofrecer una cierta competencia, como la del propio Simónides.

Por otra parte, la fiabilidad de la tradición oral también ha sido fuertemente contestada. Las investigaciones de Matias Murko, Milman Parry y Albert Lord en el siglo xx, entre los cantores serbios, mostraron que las variaciones que se producen por la trasmisión oral son tan grandes o mayores que las que pueda cometer un copista en un texto escrito y que la tradición casi nunca es tan de fiar como nos gusta creer.[52] Quizá no sea casualidad que a Simónides se le atribuya la invención de cuatro letras del alfabeto griego (ω, η, ξ, ψ), lo que podría ser un indicio de que en la trasmisión de los cantos fue esencial la escritura.

Pero, aunque la tradición oral casi siempre se parece al juego del teléfono roto, un estudio atento de los mitos también puede depararnos grandes sorpresas, porque tras un rasgo fantástico podemos desenterrar una explicación racional y descubrir que la imaginación ha conservado bajo una apariencia insólita el recuerdo difuso y confuso de lo que alguien vio y contó, pero que con el tiempo se hizo tan extraño que se precipitó en el reino de la ficción. Por eso, historias como la del Minotauro quizá tienen su origen en las representaciones de toros en la Creta minoica, o en una dinastía identificada con el nombre «toro», o quizá es un recuerdo de los espolones de barcos cretenses con cabezas de toro, o tal vez de la fiesta de los toros cretenses en la que hombres y mujeres hacían acrobacias saltando sobre grandes toros, como se ve en los

increíbles frescos descubiertos en Cnosos pero también en Egipto. O quizá el mito sea el resultado de una combinación de todas esas posibilidades. Los centauros parecen guardar el lejano recuerdo de una población que no conocía los caballos o que al menos no cabalgaba y guerreaba sobre ellos. Los dragones y otros monstruos de fuego, presentes en la China de los Shang y los Zhou o en Grecia en los mitos de monstruos como Tifón, con cien brazos y diez cabezas, pueden ser el recuerdo de los carros de guerra en los que combatían tres guerreros, el auriga, el soldado, casi siempre de origen noble, y un arquero que, además, podía lanzar flechas de fuego. A Heródoto, el padre de la historia, se le ha reprochado su fantasía y se le ha llamado «padre de la mentira», pero tras algunas de las tradiciones que nos ha trasmitido se han descubierto llamativas coincidencias con descubrimientos arqueológicos.

En cualquier caso, aunque los cantos homéricos se trasmitieran al principio de forma oral, cuando la época oscura se va disipando, los versos homéricos comienzan a difundirse por todas partes, trasmitiendo historias no de la generación anterior, sino de quinientos años atrás, de la época en la que vivió Helena.

---

37 Los pretendientes según Apolodoro en su Biblioteca: Odiseo, hijo de Laertes; Diomedes, hijo de Tideo; Antiloco, hijo de Néstor; Agapenor, hijo de Anceo; Esténelo, hijo de Capaneo; Anfimaco, hijo de Cteato; Talpio, hijo de Éurito; Meges, hijo de Fileo; Anfiloco, hijo de Anfiarao; Menesteo, hijo de Peteo; Esquedio y Epístrofo, hijos de Ífito; Políxeno, hijo de Agastenes; Peneleo, hijo de Hipalcimo; Leito, hijo de Alector; Áyax, hijo de Oileo; Ascálafo y Yalmeno, hijos de Ares; Eléfenor, hijo de Calcodonte; Eumelo, hijo de Admeto; Polipetes, hijo de Pirítoo; Leonteo, hijo de Corono; Podalirio y Macaon, hijos de Asclepio; Filoctetes, hijo de Peante; Eurípilo, hijo de Evemón; Protesilao, hijo de Ificles; Menelao, hijo de Atreo; Ayax y Teucro, hijos de Telamón; y Patroclo, hijo de Menecio.

Por su parte, Higinio propone esta lista: Antiloco, Ascálafo, Ayante Oileo, Anfimaco, Anceo, Blaniro, Agapenor, Ayante Telamónio, Clitio el cianeo, Menelao, Patroclo, Diomedes, Peneleo, Femio, Nireo, Polipetes, Eléfenor, Eumelo, Esténelo, Tlepólemo, Protesilao, Podalirio, Eurípilo, Idomeneo, Leonteo, Talpio, Políxeno, Prótoo,

Menesteo, Macaon, Toante, Ulises, Fidipo, Meriones, Megete, Filoctetes.

38 Higinio y Eurípides dice que fue Helena quien eligió a Menelao o que al menos ella le colocó la guirnalda.

39 Dión de Prusa, Discurso troyano.

40 Descubierta por Carl Blegen en 1939.

41 Recientemente se han descubierto signos escritos en Troya, un sello en lengua luvita, y muchos creen que esa era la lengua que hablaban los troyanos. Por otra parte, Schliemann sí que encontró algunas inscripciones, en idiomas que no pudo reconocer, quizá porque, al parecer, se trata de lineal A, el lenguaje encontrado en Creta y todavía no descifrado, cuyos signos se emplearon para escribir el griego primitivo (el lineal B), pero que Schliemann no llegó a conocer.

42 Nombres que ofrece Robert Graves en Los mitos griegos.

43 Entre las diversas conjeturas acerca de la lengua en la que están escritas las tablillas e lineal A encontradas en Creta, una de las más plausibles es que se trataba de una lengua indoeuropea.

44 Fraenkel, Poesía y filosofía en la Grecia arcaica.

45 Castleden, The Mycenaeans.

46 Homero, Ilíada.

47 Castleden, The Mycenaeans.

48 Homero, Ilíada.

49 Ver imágenes en pp. 298 y 299.

50 Castleden, The Mycenaeans.

51 Ramón Campayo, Desarrolla una mente prodigiosa.

52 Ver, en especial, The Singer of tales, de Albert Lord.

9

AMICLAS Y ¿ESPARTA?

(Lacedemonia)

9.1. Canción de boda de Helena y Menelao

El poeta Teócrito nos contó los inicios de la noche de bodas de Helena y Menelao en un hermoso Epitalamio de Helena en el que dice que todo sucedió en el palacio del rubio Menelao de Esparta. El poeta nos cuenta que en la cámara nupcial recién pintada doce muchachas adornadas con flores de Jacinto, marcando con los pies una danza, dirigen pullas irónicas y provocativas al novio:

Caro esposo, ¿tan pronto te has dormido? ¿Es que te pesan demasiado las rodillas? ¿Es que eres dormilón? ¿Es que estabas muy bebido cuando fuiste a la cama? Pues si querías dormir pronto, debieras hacerlo solo, y dejar a la muchacha jugar con las muchachas a la vera de su madre amorosa hasta la última hora de la noche, que pasado mañana y al siguiente día y año tras año ella será tu desposada.[53]

Se supone que todo esto lo hacen ante la puerta cerrada de los recién casados. En su canción, las compañeras cuentan que ellas son las hasta entonces compañeras de Helena en las danzas y ejercicios atléticos que practican las muchachas espartanas, algo que siempre llamó la atención en otras ciudades griegas, pues las jóvenes se ejercitaban desnudas en ejercicios atléticos que solían considerarse varoniles. Todavía en época romana, Propercio elogiaba con entusiasmo la costumbre de las espartanas:

Admiramos, Esparta, las muchas reglas de tu palestra, pero todavía más los grandes valores del gimnasio femenino, porque las jóvenes ejercitan sus cuerpos desnudos en juegos, no infamantes en medio de varones que luchan, cuando la pelota burla entre los brazos los rápidos lanzamientos, o resuena el curvado gancho del aro giratorio, o una mujer, cubierta de polvo, se detiene en un extremo de la meta para soportar las heridas en el duro pancracio: ya ata con cuerdas sus brazos alegres a los guantes, ya hace girar en redondo el peso arrojadizo del disco, o ya sigue a los perros nativos con el cabello salpicado de escarcha por las largas cumbres del Taigeto: golpea el picadero con los caballos, ciñe la espada a su pecho de nieve y cubre su virginal cabeza con hueco bronce, como el escuadrón guerrero de las Amazonas, que, con el pecho desnudo, se lava en las aguas del Termodonte».[54]

Propercio añade que la propia Helena se adiestraba junto a sus hermanos Cástor y Pólux y «empuñaba las armas con los pechos desnudos sin que se ruborizaran los dioses hermanos».

Pero ahora, en la noche de bodas de Helena, sus compañeras saben que ya no la verán adiestrarse junto a ellas:

Hermosa joven, muchacha encantadora, tú eres ya ama de casa. Nosotras iremos temprano a la pista de carreras y a los prados floridos para formar guirnaldas olorosas, pensando mucho en ti, Helena.[55]

Las muchachas se retiran tras su canto, pero no sin antes prometer que regresarán cuando acabe la noche y que también adornarán con guirnaldas un árbol y que en su corteza se podrá leer a la manera doria: «Venérame, soy el árbol de Helena».

También desean a Helena y al novio una noche de amor y pasión, y

que la diosa Leto les dé buenos hijos, que serán mejores si se parecen a la madre, y que Cipris, es decir, Afrodita, les conceda «amor por igual».

Ya veremos que eso no sucederá, porque Afrodita tiene otros planes.

9.2. Esparta no es Esparta

Cuando pensamos en Esparta, enseguida imaginamos a los 300 espartanos que lucharon contra los persas en el paso de las Termopilas y en los que se enfrentaron y vencieron a Atenas tiempo después en la Guerra del Peloponeso. Los mitógrafos nos han trasmitido el nombre de Esparta como capital de la ciudad en la que reinaron Helena y Menelao, así que es inevitable imaginarlos como los precursores de los austeros espartanos.

Sin embargo, entre la época de Helena y la Esparta histórica transcurrieron muchos siglos, pues aunque en la Ilíada y la Odisea se mencione Esparta, los arqueólogos que buscaron la antigua capital en la que reinó Helena bajo la Esparta actual no encontraron restos micénicos y sugirieron que la capital de Lacedemonia quizá era Terapne o Amiclas, más al sur.

Recientes descubrimientos en Esparta y en sus cercanías están haciendo que los historiadores revisen las ideas anteriores, pero aún así hay que advertir que, en un sentido fundamental, Helena no era espartana, pues la cultura micénica a la que ella pertenecía fue conquistada por invasores venidos del norte, los dorios, que en fechas cercanas al año 1000 antes de nuestra era ocuparon casi toda Grecia, con excepción de Atenas, que fue el único asentamiento aqueo o micénico que no fue ocupado. Tras desviarse de Atenas, los dorios invadieron el Peloponeso y lo conquistaron también por entero (con excepción de la Arcadia), es decir: Mesenia, Élide, Acaya, la Argólide o Argos y Lacedemonia, la tierra de Menelao y Helena. Los arqueólogos, sin embargo, no están por completo seguros de si antes de la llegada de los dorios se produjo otra invasión o si el poder micénico fue derribado por una revuelta

popular o por un cambio dinástico. En consecuencia, los dorios quizá se limitaron a aprovechar la devastación provocada y el debilitamiento del poder micénico o aqueo para establecer su dominio sobre la región.

Por otra parte, la tradición consideraba que los dorios no eran por completo extranjeros, sino que se trataba de los heraclidas, descendientes de Heracles (el Hércules latino), que regresaban a sus tierras siglos después de haber sido expulsados. Sea cierto o no, de lo que no cabe duda es de que hablaban griego, aunque una variante diferente de las otras dos, la de los eolios y la de los jonios. Los relatos mitológicos explicaron estas diferencias entre poblaciones de habla griega diciendo que un tal Helén, hijo de Deucalión, tuvo tres hijos: Doro (los dorios), Eolo (los eolios) y Juto, que a su vez tuvo a Ion (jonios) y Aqueo. Los dorios se extendieron por el Peloponeso (excepto Arcadia) y por Creta, que ocuparon, así como por algunas islas.

Los dorios o los invasores anteriores que les precedieron destruyeron la capital en la que gobernaban los descendientes de Helena y Menelao, aunque los aqueos o micénicos resistieron varios siglos al sur, en la ciudad de Amiclas. La población segregada y esclavizada por los espartanos, los ilotas, se supone que eran los descendientes de los aqueos o micénicos, es decir, al menos en sentido figurado, los nietos de Helena y Menelao.

En definitiva, Helena no era espartana, si por Esparta entendemos la Esparta que se inicia con el célebre legislador Licurgo, que acabó enfrentándose a Atenas en la cruel Guerra del Peloponeso muchos siglos después. Además, Helena tampoco era doria, a pesar de que, incluso en la antigüedad, se la consideró una representante y modelo de mujer doria. Como suele suceder con muchas invasiones, los dorios se apropiaron de la herencia cultural de las tierras que ocuparon e incluso es posible que ellos mismos llevaran el mito de Helena a otros lugares.

Por otra parte, cuando nos referimos a Menelao como rey de Esparta, solemos dar por supuesto que Helena es la reina consorte, es decir, que el trono pertenece a Menelao. Sin embargo, el anterior rey de Esparta era el padre de Helena, Tindáreo, que también era rey de Micenas. Fue Tindáreo quien casó a sus dos hijas con dos

extranjeros, Menelao y su hermano Agamenón, y después les cedió el trono de los dos reinos. Así que podríamos pensar que eran ellas las reinas y ellos los reyes consortes.

En la casi siempre confusa trasmisión de los mitos, algunos detalles nos hacen pensar que Helena no era una reina de adorno, sino que disponía de verdadero poder. En cierto pasaje de Homero, con el que nos encontraremos al final de los viajes de Helena, ella no pide permiso a su esposo Menelao para hablar y toma decisiones que parecen mostrar que es ella quien gobierna, o al menos que se la respeta en la corte como a una igual del propio rey.

Con Clitemnestra, la hermana de Helena que reina en Micenas junto a Agamenón, la primera impresión es que en este caso es tan solo una reina consorte, aunque es cierto que cuando Agamenón se ausenta por la guerra de Troya, es ella la que parece gobernar la ciudad de Micenas, pese a que para hacerlo se alía con el antiguo rey, Egisto, del mismo modo que en Ítaca parece gobernar Penélope, prima de Helena, cuando Ulises también permanece alejado, primero a causa de la guerra y después a lo largo de los diez años que dura el regreso del héroe. Es cierto que los pretendientes de Penélope ocupan el palacio con sus fiestas y que desprecian al hijo de Penélope, pero también lo es que esperan durante los veinte años que tarda Ulises en regresar sin hacerse con el trono.

A pesar de los ejemplos de Helena, Penélope e incluso Clitemnestra, en la época histórica de los griegos no encontramos apenas reinas, y menos en estados tan importantes como Micenas o Esparta, lo que parece señalar un gran cambio social en la consideración de las mujeres, que al parecer podían acceder al poder con más facilidad en los tiempos micénicos.

Más adelante volveré a ocuparme de este asunto y también veremos a Helena ejercer sus funciones de reina, pero ahora ha llegado el momento de trasladarnos al acontecimiento más célebre y comentado de la vida de Helena, que tuvo su origen en la visita de un extranjero.

9.3. El bello asiático y las tres diosas

«Recuerdo todavía tu himeneo, las antorchas que yo llevaba, corriendo junto a tu cuadriga; recuerdo cómo, sentada en el carro con Menelao, abandonaste recién casada la feliz morada paterna».

(Un esclavo recuerda las bodas de Helena y Menelao).[56]

Diez años después de las bodas de Helena y Menelao (lo sabemos por la edad de su hija Hermíone) llegó a Lacedemonia un barco procedente de una ciudad que rivalizaba en poder con todas las ciudades griegas, Troya. En el barco viajaba el príncipe Alejandro, también conocido como Paris, hijo del rey Príamo de Troya y hermano del gran Héctor. Según algunos autores, como Marcial, el troyano Paris primero visitó Amiclas, donde vivía Tindáreo, y quizá vio allí a Helena por primera vez, para después trasladarse a Esparta.

La historia de Paris había comenzado en un lugar situado en las costas de lo que Homero, Hesíodo o el historiador griego Heródoto llamaban Asia, para de este modo referirse a un mundo muy diferente de Europa, patria de los griegos. Paris nació en Troya y, aunque era hijo del rey Príamo, un adivino anunció al soberano que este hijo causaría la destrucción de la ciudad. Príamo ordenó a un pastor que abandonase al recién nacido en el monte, para que fuera devorado por las fieras. El pastor, como el cazador de la bella durmiente del bosque, se apiadó de la criatura y lo adoptó en secreto. Años después, el joven muchacho, que según todos los cronistas era casi tan bello como un dios, estaba cuidando de sus cabras y ovejas junto al monte Ida cuando se presentaron ante él tres mujeres de belleza cegadora. Paris entendió enseguida que se trataba de diosas, lo que no era tan insólito en aquellos dichosos tiempos, cuando de tanto en tanto las diosas elegían a algún humano para sus aventuras amorosas. En este caso no era una única diosa, sino tres, por lo que parece una temeridad pensar en una aventura erótica. Ellas enseguida le explican la razón de su presencia: le han elegido como juez de una disputa que mantienen.

Le cuentan que la diosa de la discordia, Eris, lanzó una hermosa manzana entre ellas durante la boda de Peleo y Tetis y exclamó: «¡Para la más bella!». Y claro, las tres quieren la manzana y el título de diosa más hermosa. Por alguna razón, tal vez aconsejadas por el dios Hermes que también está allí, han decidido que Paris será un juez imparcial y confían en su criterio, aunque enseguida cada una de ellas intenta influir en la decisión mediante todo tipo de promesas.

Hera, la poderosa esposa y hermana de Zeus, diosa vengativa que suele tener mala imagen pero que se dice que era la más bella de las hijas de Crono, le promete el poder absoluto y convertir a Troya en la ciudad que domine los mares. Atenea le ofrece el triunfo en la batalla y la sabiduría. Por último, Afrodita le promete algo mucho más modesto: casarse con la mujer más bella que existe, Helena de Esparta. Sin dudarlo, Paris entrega la manzana a Afrodita.

9.4. La insólita conducta de las diosas

Se ha señalado la paradoja de que en la Grecia clásica las mujeres están casi ausentes de la vida civil, mientras que sí están presentes en el mundo de los dioses e incluso pueden sobrepasar a sus colegas masculinos. Basta con recordar que Atenas está consagrada a la diosa Atenea, que vence a Poseidón en la competencia por la ciudad, al ofrecer el olivo frente al mar.

Las diosas hacen lo que no hacen las humanas y, por ejemplo, son infieles a sus maridos sin ninguna consecuencia, como la propia Afrodita que tiene amores con el dios de la guerra Ares y que aunque es capturada con las manos en la masa por su celoso marido Hefesto, sin embargo no recibe más castigo que algunas burlas. Por otra parte, aunque más comedidas que sus compañeros divinos, las diosas también buscan a los humanos para sus aventuras eróticas. Se cuentan algunas historias, como la de Eos, la Aurora, y su amante humano Titono, para el que pidió la inmortalidad pero no la eterna juventud, por lo que el muchacho acabó arrugándose más y más a medida que pasaban los años, hasta convertirse en un bulto

arrugado que la diosa colocó en una cesta. Varias de las diosas que sedujeron a humanos tienen relación con las andanzas de Helena, como Tetis, que sedujo a Peleo y tuvo con él a Aquiles, el gran guerrero de Troya.

Afrodita, además del dios de la guerra, también tiene amantes humanos y es, por lo tanto, «mujer de muchos hombres», aquello que era el máximo reproche para las hijas de Tindáreo, Helena, Clitemnestra, Filónoe y Timandra, y para su abuela Gorgófone o para la propia madre, Leda. Afrodita sedujo al dardanio Anquises e incluso le dio un hijo, el célebre Eneas, héroe aliado de Troya y antepasado de los romanos según Virgilio.

Las diosas también son sexualmente activas y seductoras en busca de presas. Es decir, las diosas se comportan como solían hacerlo los hombres (y los dioses). En algunos casos su comportamiento se podría comparar con el de la mantis religiosa, que después del placer decapita al novio. En un mito acadio, el héroe Gilgamesh es tentado por la diosa Inanna, pero él la rechaza recordando el fatal destino de sus amantes anteriores. Vale la pena citar casi íntegro el encendido reproche que el héroe hace a la diosa:

¡A ninguno de tus amantes has amado para siempre! ¿Ninguno de tus favoritos ha escapado a tus súplicas! Ven para que yo te recite la triste suerte de tus amores. A Tammuz le asignaste un lamento fúnebre anual. Tú amaste al polícromo Rabilargo: y luego de repente lo golpeaste y le cortaste las alas… Amaste al león, de incomparable vigor: y luego de repente no paraste de tenderle emboscada tras emboscada. Amaste al caballo, apasionado del combate: y luego, de repente, le asignaste la fusta con picos y tiras de cuero… Amaste al pastor, al pastor principal, quien amablemente, te preparaba tortas a la brasa y a diario te sacrificaba sus cabritas: y luego, de repente, lo golpeaste y lo transformaste en Lobo para que fuese perseguido por sus propios sirvientes… Amaste a Isullanu, el jardinero de tu padre. Tu posaste tus ojos en él y llegaste a provocarlo: «disfrutemos de tu vigor, oh Isullunu mío, acerca tu mano y tócame la vulva» […] (pero) lo golpeaste y lo trasformaste en sapo. Así pues, si tú me amas, también a mí me acabarás tratando como a ellos.[57]

Es interesante señalar que la diosa Inanna/Ishtar se ha equiparado con la Astarté fenicia y con las divinidades griegas Afrodita (responsable de la guerra de Troya y de las desgracias de Helena) y Ártemis, que también jugará un papel trascendental y cruel en este conflicto.

La promiscuidad de las diosas, así como su comportamiento con los dioses masculinos, a los que tratan de igual a igual, ha llamado la atención de los historiadores, pues esa era una actitud que no se consideraba posible, y que en ningún caso se recomendaba, para una mujer humana. Tampoco se consideraba que fuera una virtud la virginidad que caracteriza a algunas diosas importantes, como Hestia, la diosa del hogar, Atenea, patrona de la poderosa ciudad de Atenas, o Ártemis, la diosa cazadora. Esta divergencia entre las mujeres divinas y las humanas quizá nos revela algo más. Si fuera verdad, como dice Jenófanes,[58] que los humanos imaginan a los dioses a su imagen y semejanza y que los etíopes los hacen chatos y negros, mientras que los tracios los imaginan rubios y de ojos azules, entonces la presencia de tantas diosas podría indicar que las mujeres, o al menos algunas mujeres, también participaron en la elaboración de los mitos griegos. En el siglo xix, Samuel Butler, autor de la utopía Erewhom propuso una hipótesis que en el siglo xx recuperó Robert Graves: que la Odisea había sido escrita por una mujer. Una mujer que vivió tiempo después de Homero y que era, además, siciliana.

Esta hipótesis explicaría la atención que se presta al mundo femenino en los cantos de la Odisea, mucho más específica que en la Ilíada, sin duda, además de un mayor respeto hacia las mujeres. La hipótesis es interesante y no podemos descartarla, pero tampoco contamos con nada que lo pueda certificar. Por otra parte, encontramos también en muchos escritores una gran atención al mundo femenino, basta con pensar en Eurípides, al que incluso se ha llegado a considerar un feminista avant la lettre,[59] y en su amplia colección de mujeres, que incluso dan título a muchas de sus obras conservadas: Medea, Ifigenia, Electra, Hécuba, Andrómaca, Alcestis, Las suplicantes, Las fenicias o Las troyanas. Además de la obra que dedicó a nuestra protagonista: Helena.

No cabe duda de que siempre hay algo del autor en las obras que escribe, pero también hay que tener cuidado al establecer deducciones a partir de textos poblados por personajes que o son ficticios o se ven envueltos en aventuras nacidas de la imaginación. Como ya dije antes, se ha llegado a considerar a Eurípides feminista y es cierto que hay razones para ello, pero también se le ha considerado machista, por ejemplo, al leer esta exclamación: «Un hombre es más valioso que mil mujeres en la vida». Quien pronuncia esta sentencia es una mujer, Ifigenia, la sobrina de Helena, del mismo modo que quienes defienden a las mujeres en esa o en otras obras son otros personajes, hombres o mujeres, que pueblan la obra de Eurípides. ¿Cómo podemos estar seguros de que quien habla es Eurípides a través de Ifigenia? Si es él, entonces también hablará por boca de quienes contradigan a Ifigenia.

En definitiva, a pesar de que una lectura atenta de cualquier autor a veces nos puede permitir aventurar una hipótesis acerca de lo que pensaba, no siempre es tan sencillo, como bien saben los que intentan determinar (sin ningún éxito notable) qué es lo que pensaba realmente Shakespeare y si era machista o feminista, colonialista o libertador de pueblos sometidos, monárquico o republicano, católico o protestante, antisemita o defensor de los judíos. Ya Villiers de L'Isle Adam nos advirtió de los riesgos de identificar a los autores con sus personajes y nos recomendó no atribuir a Andersen las opiniones del patito feo o del soldadito de plomo.

Por otra parte, también resultan sorprendentes, por su diferencia con la situación de la mujer en la Grecia histórica, algunos personajes femeninos que aparecen en las obras de Homero, como Circe y Calipso o la joven Nausícaa hija del rey Alcinoo de los feacios, y por supuesto (y por encima de todas ellas) la propia Helena.

Esta divergencia entre el comportamiento que se recomendaba e imponía a las mujeres y el que se aceptaba entre las diosas se ha intentado explicar de diversas maneras. Podría ser un argumento en favor de la idea de que existió un matriarcado original, en el que las diosas eran más poderosas que los dioses masculinos y en el que quizá las mujeres también tenían más libertad, pero solo quizá.

No podemos asegurar que las mujeres vivieron o vivirían mejor en un matriarcado, entre otras cosas porque sabemos que los varones, quizá la mayoría, tampoco lo han pasado muy bien bajo el patriarcado, aunque hayan tenido, quizá no más tranquilidad o sosiego que las mujeres, pero sí el poder sobre ellas y la libertad de someterlas del mismo modo que ellos eran sometidos a los poderosos, de tal manera que las mujeres eran dos veces súbditas: de los poderosos y de sus esposos.

En la Grecia antigua, que se caracterizó por ser un patriarcado, aunque no siempre un heteropatriarcado, las mujeres fueron consideradas, o al menos así lo veía Aristóteles, como equivalentes a los esclavos o a los niños, es decir, seres humanos inmaduros e incapaces de realizar las funciones y tareas propias de los varones.

Curiosamente fue en Atenas donde las leyes contra las mujeres fueron más estrictas, mientras que en Esparta gozaron de mayor libertad (¿quizá debido a que Helena era espartana?). Tal vez en la primitiva Atenas tuvieran más libertad, pero la leyenda dice que el rey Cécrope cambió las leyes para privar a las mujeres de todos sus derechos. La razón fue precisamente la contienda entre Atenea y Poseidón por la ciudad de Atenas. Poseidón golpeó con su tridente una roca y creó un mar, lo que debió impresionar a todos, pero Atenea les ofreció el olivo. Los atenienses eligieron a Atenea, así que Poseidón inundó la región entera del Ática. Según una curiosa versión del enfrentamiento entre la diosa y el dios que nos ha trasmitido Agustín de Hipona en su Ciudad de Dios pero que se remonta al escritor latino Varrón, la votación para elegir al dios protector de la ciudad fue llevada a cabo tanto por hombres como por mujeres. Ellas tenían entonces derechos ciudadanos y eran mayoría, por lo que aunque todos los hombres votaron por Poseidón, las mujeres lo hicieron también unánimemente por Atenea y vencieron. Y fue entonces, para aplacar la inundación lanzada por Poseidón que Cécrope hizo una reforma y privó a las mujeres de sus derechos: a partir de ese momento ya no podían votar, no podían trasmitir su nombre a sus hijos y además no podían ser llamadas con el nombre de la ciudad capital Atenas, sino de la región, es decir, no «atenienses», como los hombres, sino «áticas». Eso sí, las mujeres, tanto en Atenas como en Esparta y en otros lugares, gozaban de más libertad cuando se acercaban a las

diosas, es decir, cuando se convertían en sacerdotisas o participaban en cultos y rituales. Una de las razones del escándalo de los atenienses por el rapto de Helena era que había sido raptada mientras participaba en ritos en honor de Ártemis Ortia. Existía una convención que establecía que el lugar en el que una mujer podía sentirse segura, incluso sin la presencia de hombres que la protegieran, eran los templos.

9.5. El rapto de Paris

«Es de piel blanca, como es natural, pues ha nacido de un cisne, y blanda, pues ha crecido de un huevo, muy dada al ejercicio físico y al deporte, y muy codiciada por ello, hasta el punto de que por poseerla a ella se producen guerras».

Afrodita describe Helena a Paris[60]

El episodio fundamental de la vida de Helena es su rapto por Alejandro Paris, el príncipe troyano. Esta es una historia que se ha contado muchas veces y los poetas, los dramaturgos y los mitógrafos discutieron interminablemente acerca de si Helena se escapó con Paris por propia voluntad o forzada por el troyano, que aprovechó la ausencia de Menelao, quien estaba en Creta en los funerales de su abuelo Catreo.

Coluto, un escritor tardío, nacido en Licópolis, en la Tebas egipcia, hacia el año 500 de nuestra era, dedicó al tema del rapto un poema bastante mediocre, en el que todo sucede de manera fácil y que termina con el llanto de Hermíone, la hija de Helena, que en un sueño ve a su madre que le dice que ha sido raptada.

Ovidio fabuló esta seducción con más ingenio en dos cartas, una romántica y melosa de Paris a Helena y otra más sensata de Helena a Paris. En la suya, Paris, que se muestra fatuo y orgulloso de su belleza, cuenta toda la historia de cómo estaba apacentando su

ganado en el monte Ida cuando llegaron las tres diosas y le nombraron juez de su contienda. También explica que desde el principio le gustó más Afrodita que Hera o Atenea, pero que le acabó de convencer la descripción que la diosa le hizo de aquella espartana llamada Helena y confiesa que, ahora que la conoce, puede decir que si hubiese competido en el juicio de las diosas, la ganadora habría sido ella. Por su parte, Helena responde que se mueve en un mar de dudas, que está obligada a sus deberes de esposa, pero que Paris le atrae, pues es un gran seductor. Finalmente, debatiéndose entre el sí y el no, sugiere que preferiría ser forzada, obligada a tomar esa decisión tan difícil. Para ponérselo más fácil, le dice al osado extranjero que sus criadas, una de ellas la madre de Teseo, Etra, serán cómplices de sus deseos.

Tal como presenta el relato Ovidio, Helena parece culpable y cómplice de la infidelidad, aunque también víctima de la irresistible seducción de Paris, tan hermoso como ella y tan dotado como ella (como veremos más adelante) para elaborar discursos persuasivos, además de proceder de una tierra rica y poderosa y de haber conocido a tres grandes diosas. Son muchas tentaciones al compararlo con Menelao, al que la tradición ha considerado de manera casi unánime como un rústico.

Otros autores en la antigüedad coincidieron con la descripción de aquel momento crucial en la vida de Helena. Más adelante veremos la ingeniosa defensa de Estesícoro y Eurípides, pero ahora vamos a detenernos en el elogio que de ella hizo un hombre que nació en una colonia griega de Sicilia, pero que prosperó en Atenas gracias a su elocuencia.

9.6. Elogio y defensa de Helena

Gorgias, el hombre que decidió defender a la mujer a la que todos atacaban, nació en Leontinos, una ciudad griega de Sicilia. Ha pasado a la historia como uno de los sofistas más importantes, quizá el más célebre de todos ellos, al que Platón dedicó un diálogo con su nombre. La fama de Gorgias, sin embargo, no fue póstuma, como

ha sucedido con tantos filósofos y escritores a los que no apreciaron en su época, puesto que en la Atenas de Pericles ya era admirado por todos, o por casi todos. Se dice que fue maestro del orador Critias y del historiador Tucídides y que fascinó a Alcibíades, el hombre que a su vez fascinó a Atenas durante mucho tiempo; también al dramaturgo Agatón, el anfitrión del delicioso banquete platónico. Se aseguraba incluso que Aspasia de Mileto afiló la lengua de su marido Pericles, o bien que escribió ella misma sus discursos imitando el estilo de Gorgias, pero añadiendo algo fundamental, la apariencia de verdad y sinceridad. Gorgias se consideraba capaz de hablar de todo y convencer de cualquier absurdo a sus oyentes, «proponedme un tema», decía, dispuesto a improvisar acerca de cualquier cosa imaginable, de defender lo indefendible y salir triunfante.

Pues bien, Gorgias, que en la antigüedad era considerado no solo el mejor orador sino casi el creador de la oratoria, hasta el punto de que se llegó a emplear «gorgiano» en Tesalia como sinónimo de retórico o persuasivo, decidió defender a Helena en su Encomio de Helena, pero que, según Isócrates, debería llamarse Defensa de Helena, puesto que en un elogio se muestra lo bueno de una acción, mientras que en una defensa se juzga injusto el ataque que alguien ha recibido. Y lo que Gorgias hace no es elogiar el comportamiento de Helena, sino justificarlo y atacar a quienes la atacaron.

Gorgias no niega que Helena se escapara con Paris y admite que viajó a Troya y permaneció allí los diez años que duró el asedio.

Ahora bien, a pesar de ello, dice Gorgias, Helena no es culpable de nada. Para demostrarlo procede de manera metódica y precisa, como un cirujano con su escalpelo, y examina una a una las cuatro explicaciones posibles del rapto.

El primer método es la fuerza imparable de los dioses, del destino, el fatum. Ahora bien, si estaba escrito que Helena debía ser raptada, ¿qué culpa puede tener ella? Esta es la conclusión de Gorgias, que todos debemos aceptar si aceptamos previamente un determinismo que nos dice que todo está escrito ya de antemano, por la voluntad de los dioses o por el choque de los átomos. «Insha'Allah», se dice en el islam cuando se desea que algo suceda pero inmediatamente se admite que solo sucederá si esa es la voluntad de Dios. Ojalá,

Dios lo quiera, Dios mediante, pues no es posible oponerse a la voluntad de Dios. Como es obvio, resulta imposible oponerse a una voluntad divina que traza nuestros destinos desde la eternidad, así que poco podría hacer Helena contra esa fuerza descomunal. En su Teodicea o justificación de Dios, el filósofo alemán Leibniz nos asegura que en la creación del mundo ya está contenido todo su devenir y que en el nombre «Julio César» ya se incluye la acción «cruzó el Rubicón». Julio César, dice Leibniz, ya ha cruzado el Rubicón antes de haberlo cruzado, antes de haber nacido, incluso antes de que la sucesión de eras geológicas separase los continentes, elevase las montañas, quebrase la tierra y ofreciese un surco al Rubicón.

Así que Helena es inocente si la divinidad o el destino decretaron que tenía que hacer lo que hizo. La conclusión de Gorgias, por cierto, no es invención suya, pues ya tenía muchos predecesores, entre ellos algunos de los que conocieron personalmente a Helena. Lo dice, por ejemplo, el rey de Troya: «Priamo, alzando la voz, llamo a Helena: “Ven aquí, hija querida, y siéntate ante mí y veras a tu anterior marido, a tus parientes políticos y a tus amigos. Para mi tú no eres culpable de nada; los causantes son los dioses, que trajeron esta guerra, fuente de lágrimas, contra los aqueos».[61]

Y aunque parezca sorprendente, lo dice también Penélope, el espejo invertido de Helena, la heroína que debía servir de modelo a las mujeres griegas. Penélope se muestra más comprensiva que la mayoría de los hombres que señalan a Helena como adúltera y da una muestra de la solidaridad entre las mujeres maltratadas o discriminadas, que hoy se ha popularizado bajo la palabra sororidad:

Ni siquiera la argiva Helena, nacida de Zeus, se habría unido a un extraño, en el amor del lecho, sí hubiera sabido que de nuevo los belicosos hijos de los aqueos la iban a reconducir a su casa en su querida patria. Pero un dios la impulsó a cometer tan vergonzosa acción. No meditó en su ánimo, desde un comienzo, su funesta locura, que para nosotros fue el principio de nuestra pesadumbre.[62]

Y no se piense que la cita está sacada de contexto, pues sucede todo lo contrario: Penélope recurre al ejemplo de Helena para someter a una última prueba a Ulises, una astucia digna de su ingenioso marido, pues lo que pretende es decir algo así como: «¿Cómo puedo yo estar segura de que eres realmente el hombre al que he esperado veinte años y que no me está engañando algún dios que haya adoptado tu figura o que me quiera seducir mediante un engaño? ¿Acaso no fue víctima Helena de la seducción combinada de Paris y Afrodita, que nubló sus sentidos para que escapase con el bello extranjero?». No sería la primera mujer engañada por un dios que asume la forma de su marido: también Alcmena se acostó con Zeus pensando que era su marido, ya que el dios había adoptado la apariencia de Anfitrión.

Una vez aclarado este punto, Gorgias nos dice que Helena también sería inocente si hubiera sido víctima de una fuerza, a la que llama «bías», menor que la de los dioses pero suficiente para forzarla, como la de su raptor, el troyano Paris. En este caso, todo habría sucedido en contra de su voluntad.

Descartada la fuerza en sus diversas formas, queda otro impulso poderoso, el del amor, la atracción erótica que Helena sintió hacia el bello troyano que apareció en la corte espartana. Pero también en este caso la culpa debe ser atribuida a un dios, o una diosa, a Afrodita, pues fue ella la que inspiró en Helena ese amor. Helena es de nuevo inocente, pues su voluntad nada habría podido contra esa otra fuerza imparable que pone en marcha el cosmos y lo mantiene en movimiento.

Tampoco en esta ocasión los argumentos de Gorgias eran insólitos, pues los encontramos de nuevo ya en Homero y en las quejas de la propia Helena, que acusa a la diosa Afrodita de sus desgracias, como veremos más adelante. ¿Y cuáles serían las razones de Afrodita para hacer sufrir a Helena? Según algunos, el hecho de que su padre Tindáreo se olvidó de la diosa en sus sacrificios.

Tras demostrar que Helena no sería culpable si la causa de su partida con Paris fue la voluntad de los dioses y el destino, o bien el uso de la fuerza por el troyano Alejandro, o bien el influjo de amor irrefrenable que le inspiró Afrodita, Gorgias se enfrenta a una cuarta causa que podría explicar el comportamiento de Helena y

quizá hacerla culpable, pues en esta ocasión no se emplea la fuerza cósmica o humana ni el impulso del amor que mantienen en marcha el universo entero.

9.7 Helena raptada por el logos

Resulta bastante sorprendente que entre los precursores de la teoría de los memes de Richard Dawkins, que sostiene que existen memes (genes culturales) que se apoderan de nuestros cerebros, no se mencione a Gorgias. La hipótesis de los memes, que propone un mecanismo cultural de transmisión de información similar al de los genes, tiene, además, un origen mitológico, pues debe su nombre a la madre de las Musas, la personificación de la memoria, es decir, Mnemosine.

Son muchas las semejanzas entre la descripción del poder del logos que hace Gorgias con la de la acción de los memes según el biólogo Dawkins:

Pues, al igual que unos fármacos extraen unos humores del cuerpo y otros, otros; y así como algunos de ellos ponen fin a la enfermedad y otros, en cambio, a la vida, así también las palabras producen unas, aflicción; otras, placer; otras, miedo; otras predisponen a la audacia a aquellos que las oyen, en tanto otras envenenan y embrujan sus almas por medio de una persuasión maligna. (Gorgias, Elogio de Helena).

Se debe considerar a los memes como estructuras vivientes, no metafórica sino técnicamente. Cuando plantas un meme fértil en mi mente, literalmente parasitas mí cerebro, convirtiéndolo en un vehículo de propagación del meme, de la misma forma que un virus puede parasitar el mecanismo genético de una célula anfitriona». (Dawkins, El gen egoísta)

Es a través de las reverberaciones del oído interno, como los sonidos se convierten en conceptos y los conceptos en ideas, logrando infectar nuestra mente como un virus ante el que no podemos luchar. Dawkins cita entre los memes más exitosos el de la religión, la idea de Dios o los dioses, que puede apoderarse de nuestro cerebro y convertirnos en profetas, en apóstoles, en acólitos o incluso en asesinos, tan solo en nombre de la fe hacia una criatura que, si no es demostrablemente imaginaria, al menos si es fundamentalmente imaginada. Otros ejemplos son el nacionalismo o las ideologías, lo que parece demostrar que cuanto más conceptuales y abstractas, cuanto menos concretas sean las cosas en las que queremos creer, con más fuerza funcionan esos pequeños virus o unidades de información cultural llamados memes.

Por cierto, que los propios dioses, y no tan solo la idea o el concepto de Dios, siempre se han comportado también como virus que intoxican la mente de sus seguidores, enajenándolos, es decir, sacándolos fuera de sí mismos, haciendo que les dominaran pasiones destructivas, como la ira, el orgullo o el simple fanatismo religioso. Homero menciona esta infección directa muy a menudo en la Ilíada: cada vez que un dios se apodera de la conciencia de un humano, para hacerlo cambiar de opinión.

Incluso en las ocasiones en las que un dios adopta la figura de otra persona, casi siempre debemos entender que no es que cree una copia de esa persona (aunque eso sí sucede en algunas ocasiones), pues sería sin duda chocante ver a dos aurigas idénticos o a dos reyes Agamenón juntos, sino que lo habitual es que se apodere como un virus infeccioso de esa persona, o al menos de su voluntad, enajenándolo, es decir, sacándolo de sí mismo para controlar todas sus acciones, al menos de manera transitoria.

El logos es, en definitiva, una infección semejante o quizá idéntica a los memes, que entra por nuestras orejas, como ya vimos que el Espíritu Santo entró en la virgen María para concebir a Jesús. ¡Quién iba a pensar que los cristianos utilizarían los mismos argumentos que un sofista como Gorgias para llevarlos aún más lejos y explicar la probable infidelidad de una mujer que no era Helena ni su hermana Clitemnestra, sino María, la esposa del

carpintero José!

Pues bien, si hasta ahora habíamos dado por cierto que Helena fue raptada por el troyano Alejandro, el sofista Gorgias nos revela que su verdadero raptor pudo ser otro, el logos. Es cierto, nos dice, que Helena se fue con su raptor, pero también lo es que se fue con Paris porque él la persuadió mediante palabras y discursos. Helena, por lo tanto, no es culpable.

Gorgias se planteó el Encomio de Helena como un ejercicio retórico para oponerse a la opinión dominante, es decir, a todos aquellos que condenaban a Helena. Su triunfo es también en cierto modo su fracaso, porque después de quedar convencido de la inocencia de Helena, su auditorio sin duda regresaba a su casa pensando algo como «Parece mentira, pero por un momento Gorgias me ha convencido de algo tan absurdo como la inocencia de Helena».

En cualquier caso, fuera cual fuese la causa, voluntariamente o forzada por el destino, la fuerza del amor cósmico, la violencia de un raptor humano o el poder del logos, Helena y Paris abandonaron juntos Esparta, se dice que aprovechando que Menelao había viajado a Creta para asistir a los funerales de su abuelo Catreo.

---

53 Teócrito, Epitalamio de Helena.

54 Propercio, Elegías.

55 Propercio, Elegías.

56 Eurípides, Helena.

57 «Los amores de Inanna/Ishtar», en Jean Bottéro: Cuando los dioses hacían de hombres.

58 Cita de Jenófanes.

59 Sin embargo, Eurípides también fue considerado todo lo contrario, un verdadero misógino Si damos fe a Aristófanes, las mujeres lo detestaban por lo mal que hablaba de ellas.

60 Luciano, Juicio de diosas.

61 Homero, Ilíada.

62 Homero, Odisea.

Amiclas y ¿Esparta?

Maldita Helena

Amiclas y ¿Esparta?

Maldita Helena

10

ISLA DE CRÁNAE

(Islote o península de Gitio, Lacedemonia)

10.1. El baño de Helena

Nada más partir del puerto de Gitio, en la costa de Lacedemonia, hay un islote llamado Marathonisi, que es la antigua Cránae. Paris alude a este lugar cuando, tras ser vencido en combate por Menelao pero rescatado por Afrodita en el último instante, regresa a la ciudadela de Troya y recibe los reproches de Helena por su cobardía, episodio en el que nos detendremos más adelante. Paris, indiferente a cualquier otra pasión que no sea la erótica, responde a las quejas de Helena:

«Pero ahora ven; tendámonos en el lecho y gocemos del amor. Nunca antes la pasión había envuelto mis entrañas de esta manera, ni siquiera entonces, cuando, tras raptarte, zarpé de la encantadora Lacedemonia sobre las naves, surcadoras del ponto, y en la isla de Cránae me uní a ti en amor sobre un lecho. Así es como yo te amo ahora y me domina un dulce deseo».[63]

Y ¿qué hacía mientras tanto Menelao? Estaba de viaje en Creta, en el entierro de su abuelo Catreo. Allí tuvo amores con Cenosia. Esta infidelidad, por supuesto, no se consideró nunca tan grave como la de Helena, ni siquiera fue reseñada como infidelidad, pues los hombres pocas veces o nunca cometían infidelidades, aunque se acostaran con decenas de mujeres (o de hombres).

Curiosamente, en el Olimpo sí que se tomaban en serio las infidelidades, en especial Hera, la esposa de Zeus, que no pasaba una, aunque su venganza no se dirigía contra el infractor, Zeus, sino contra las mujeres y los hijos nacidos de esa infidelidad.

---

63 Homero, Ilíada.

11

CITERA

11.1. La isla de Afrodita

Cuando el titán Crono destronó a su padre Urano y ocupó en su lugar el máximo poder del universo, cortó los genitales de su progenitor y los arrojó al mar. De la espuma que se formó cuando cayeron junto a la isla de Cítera, nació la diosa Afrodita, entre las olas del mar. Según esta versión, que nos cuenta Hesíodo, Afrodita es una diosa antiquísima, anterior incluso a Zeus, que es hijo de Crono. Otras versiones, sin embargo, como la del propio Homero, convierten a Afrodita en hija de Zeus y Dione, pero es muy posible que esta genealogía sea un intento de asociar a una antiquísima diosa con un dios recién llegado como Zeus. En Afrodita se reconocen los rasgos de divinidades como la Astarté fenicia, la Ishtar semita o la Inana de los sumerios. Ahora estamos acostumbrados a imaginarla como una diosa asociada a la belleza y el amor, pero Pausanias dice que en Esparta era adorada como diosa guerrera (Afrodita Areia) y que se la representaba tanto en Esparta como en Citera llevando armas. Recordemos la cercanía de Afrodita y Ártemis con la terrible y vengativa Inanna-Ishtar-Astarté y que en la Ilíada Afrodita acude al campo de batalla y se enfrenta en combate a héroes tan poderosos como Diomedes. Aunque la diosa sale herida y su intervención provoca burlas en el Olimpo, podemos sospechar que su papel quizá era más airoso en el mito original y también mucho más feroz. Posiblemente fue dulcificado para adecuarlo a la imagen de la diosa en la Grecia arcaica y clásica. Al fin y al cabo, fue ella la que puso en marcha la sangrienta guerra de Troya al prometer a Paris que conseguiría a Helena, la esposa de Menelao.

Pues bien, se dice que también en esta isla estuvieron Helena y

Paris y que fue aquí, y no en Cránae donde consumaron su amor, o donde ella fue violada, según creamos que se marchó con Paris voluntaria o forzadamente.

Dares, un autor tardío, va aún más lejos y dice que no solo fue en Citera donde Paris y Helena consumaron su amor, sino que, además, fue aquí donde se conocieron, y no en Esparta. Según Dares, Paris vio a Helena en un templo dedicado a Ártemis y Apolo en la ciudad de Helea y se encendieron ambos en tan ardiente pasión que Paris ordenó invadir el lugar y llevársela, acción que se realizó con el consentimiento de la propia Helena.[64]

Una tradición de la isla coincidía con esta versión, pues aseguraba que allí vivían Menelao y Helena, como cuenta un viajero inglés, Richard Guylforde, que visitó la isla en 1511:

El martes hacia el anochecer pasamos por la isla llamada Cerigo, la cual isla era llamada otrora Citeria, donde Helena, la reina griega nació. Pero posteriormente fue raptada por Paris en la isla llamada Cerigo haciendo un sacrificio en el templo, por el cual rapto se produjo después la destrucción de Troya, como muestra la famosa historia de la misma conocida en todas las lenguas.[65]

Tiempo después, otro viajero, este francés, aseguró haber visto un templo de Afrodita en el que seguían en pie dos columnas jónicas, algo que confirmó Wheeler en 1675, y una «estatua de una mujer de tamaño monstruoso vestida al modo griego», que Freely supone que era Afrodita, pero que también podría ser la propia Helena. Además del templo dedicado a Afrodita y el supuesto palacio de Menelao y Helena, había unos Baños de Helena, que todavía hoy en día son una atracción turística.

11.2. «Helena estuvo aquí»

Por lo que se ve, el viaje de regreso de Paris a Troya con Helena fue bastante accidentado, o al menos lo es en los recuerdos de los poetas y mitógrafos, que envían aquí o allá al barco troyano. En estas andanzas de Helena, como pasa en muchos mitos griegos, detectamos a menudo el interés de un lugar por atraerse a personajes de renombre para adquirir prestigio. «Aquí fue donde Helena y Paris consumaron su amor, en esta misma gruta», nos anuncian las actuales guías de viaje de la isla de Citera y probablemente lo mismo se hacía en tiempos de la Grecia clásica, como nos ha contado Pausanias en su extraordinaria guía de viaje por la Grecia clásica llamada Descripción de Grecia.

Hay que tener cuidado, sin embargo, porque muchas veces la presencia de un personaje mítico en un lugar determinado es una creación muy posterior que obedece a intereses de todo tipo, en especial político. Por ejemplo, para reivindicar que un lugar pertenece más a Atenas que a Esparta, o para legitimar el gobierno de una familia o de un rey. Se cree también que cuando los poemas homéricos empezaron a difundirse, en muchos lugares se inventaron falsos recuerdos para que coincidieran con los que contaba Homero o los otros poetas, como los autores de las Ciprias, Hesíodo, Simónides o Estesícoro. Fue sin duda una de las primeras muestras del turismo cultural, semejante a aquello tan popular en muchas tabernas de Madrid, de toda España e incluso de Cuba que presumen de que «Hemingway estuvo aquí». Muchos lugares de la antigua Grecia también presumieron de que «Helena estuvo aquí».

Por otra parte, en muchos de los recuerdos de Helena quizá también se puede aplicar aquel dicho latino que dice post hoc ergo propter hoc: puesto que sucede esto, entonces la causa ha sido aquella. Se busca una razón para la existencia de cierta costumbre, se intenta ir no de las causas a los efectos sino de los efectos a las causas, método razonable en ciencia, pero también fácilmente engañador. En especial cuando se tiene la intención de encontrar, como en el caso político y religioso un precedente honorable y brillante. Tal vez en muchas ocasiones se había olvidado el origen de una costumbre o el significado de una pintura y, al no poder desentrañarlo, se creó una nueva historia para explicar ese misterio. Robert Graves propone que a menudo un determinado mito procede de la interpretación errónea de la pintura de un jarrón cuyo

verdadero origen y significado se desconocía. Otros, como Mircea Eliade, sugieren que muchos mitos proceden de los ritos, de ceremonias cuyo significado también se había olvidado pero que había que justificar de alguna manera, por ejemplo porque los dioses in illo tempore («en aquellos tiempos, en el tiempo mítico») habían hecho esto o aquello. Y lo mismo puede haber sucedido a la inversa, es decir, que un mito no del todo entendido haya dado lugar a un rito.

---

64 Dares Frigio, Historia de la destrucción de Troya.

65 John Freely, El mundo de Homero.

12

EGIPTO

12.1. La profecía de Nereo

Píndaro dice que los vientos hicieron desviarse al barco de Paris tras el rapto de Helena y que se vio obligado a detenerse en las costas de Egipto, donde el dios marino Nereo le vaticinó el destino que les esperaba por causa de su traición a la ley de la hospitalidad:

En mala hora llevas a tu casa a la que Grecia reclamará con grandes tropas, conjurada para romper tu matrimonio y el viejo reino de Príamo.[66]

Y añade Nereo que Paris morirá en la guerra y que Troya será arrasada para siempre.

---

66 Horacio, Odas, Canto secular, Épodos.

13

CHIPRE

12.1. La otra isla de Afrodita

Tras pasar por Egipto, el barco de Paris, a causa de una tempestad desencadenada por la celosa Hera, se detiene en Chipre, tierra de Afrodita, aunque en competencia, como ya sabemos, con Citera, la primera etapa del viaje. Por eso la diosa a veces es llamada Afrodita Citerea y otras veces Cypris («chipriota»).

Los orígenes de la guerra de Troya se contaban en la antigüedad en unos poemas llamados las Ciprias, porque se ocupaban del tiempo anterior a la Ilíada de Homero y a los orígenes de la guerra, causada en último término, como ya hemos visto, por Afrodita o Cypris. El nombre ya indica la responsabilidad que se atribuye a la diosa en el desencadenamiento de la guerra.

Lamentablemente, solo se conservan algunos fragmentos de esos poemas, que sin duda habrían permitido aclarar muchos puntos dudosos en la vida de Helena, aunque también se sospecha que esos fragmentos no son tan antiguos como la Ilíada o la Odisea, sino que fueron escritos para rellenar los huecos que dejó Homero y resolver algunas cuestiones confusas. Por fortuna, sí que se conserva un cuidadoso resumen o índice de las Ciprias, llevado a cabo por Proclo.

Parece muy razonable que Paris, que ha emprendido este viaje para hacer efectiva la promesa de Afrodita, se detenga en Chipre para rendir cuentas ante la diosa, pero tal vez sus intenciones eran otras y se trató de una expedición de saqueo y piratería. La arqueología ha encontrado restos de dos invasiones o destrucciones en los palacios de la isla, una hacia el 1230 antes de nuestra era que se atribuye a los Pueblos del Mar, y otra hacia el 1190 que podría

deberse a refugiados griegos. También por esos años se detecta una clara influencia micénica en la isla. Como, además, los propios chipriotas aseguraban que la isla había sido colonizada por gentes de Argos, es muy tentador atribuir a Paris el primer saqueo y a Menelao (o a otros caudillos griegos), el segundo saqueo y quizá la primera colonización tras el regreso de Troya.

14

SIDÓN

14.1. Paris, saqueador de ciudades

En cuanto a la ciudad de Sidón, parece que en este caso no fueron vientos contrarios los que llevaron el barco de Paris, sino que se trató sin duda de una expedición de saqueo.

En estos viajes, los dos fugitivos parecen seguir el consejo que Constantino Kavafis ofreció tres mil años más tarde en su poema Ítaca, siguiendo el modelo del deambular de Ulises, porque estos versos se pueden aplicar a las andanzas de Paris y Helena tan bien como a las del protagonista de la Odisea:

Pide que el camino sea largo

Que sean muchas las mañanas de verano

en que llegues —¡con qué placer y alegría!—

a puertos antes nunca vistos.

Detente en los emporios de Fenicia

y hazte con hermosas mercancías,

nácar y coral, ámbar y ébano

y toda suerte de perfumes voluptuosos,

cuantos más perfumes voluptuosos puedas.

Ve a muchas ciudades egipcias

a aprender, a aprender de sus sabios.[67]

El saqueo o la estancia de Paris en Sidón, aparece, al menos de manera indirecta, en la Ilíada, cuando Homero dice:

Había allí mantos bordados, dignos de maravilla, obra mujeril de sidonia mano, los que con su noble Helena trajo de Sidón por el ancho ponto Paris, el de rostro divino».[68]

En el resumen que hizo Proclo de las Ciprias, los poemas que contaban otros acontecimientos relacionados con la Guerra de Troya, sus orígenes y sus consecuencias, se dice de manera explícita que Paris tomó la ciudad de Sidón:

Entretanto, Afrodita une a Helena con Alejandro. Tras su unión, una vez embarcada la mayor cantidad posible de riquezas, emprenden de noche la navegación. Hera les envía una tempestad. Tocando en Sidón, Alejandro se apodera de la ciudad.[69]

Dictis de Creta, un autor tardío, cuenta que el rey de Sidón acogió hospitalariamente a Menelao y Helena, pero que después fue asesinado y su palacio saqueado:

Así, todo lo que servía para la ostentación de la magnificencia real, lo robo de manera indigna, y mandó que lo llevaran a las naves.[70]

El pueblo sidonio reaccionó furioso al conocer la muerte de su rey y atacó a Menelao, quemando dos de sus naves, pero el troyano logró escapar y enderezar el rumbo hacia Troya.

El puerto de Sidón fue muy importante desde épocas lejanísimas, no solo por aquellos tejidos que menciona Homero, sino también por sus naves, que eran consideradas las mejores. Eso sí, tenemos que tener presente que la consideración de fenicios quizá sea anacrónica, pues en la época en la que se cree que tuvieron lugar los acontecimientos de la guerra de Troya, los fenicios como tales todavía no existían. Lo mismo sucede cuando Homero y otros autores se refieren a los troyanos y sus aliados como frigios, aludiendo a una población que quizá ocupó el lugar mucho tiempo después de la caída de Troya, aunque no hay acuerdo pleno en todas estas cuestiones. Y lo que es más importante, tal vez, como ya hemos visto, el mayor anacronismo sea referirnos a Helena, Menelao, Agamenón y todos los demás personajes de esta saga como griegos o helenos.

---

67 Constantino Kavafis, Ítaca.

68 Homero, Ilíada

69 Proclo, Resumen de las Ciprias.

70 Dictis Cretense, Diario de la guerra de Troya (Ephemeris).

15

TROYA

15.1. La princesa prometida

¿Qué le esperaba a Helena en Troya?, ¿qué le espera a una mujer raptada en una ciudad extranjera, que tal vez ha sido violada antes o durante el viaje, que se verá obligada a vivir lejos de su esposo, de su querida hija Hermíone y de todos sus familiares y amigos?

La sorprendente respuesta es que Helena no vive en Troya como una esclava, sino como una princesa. A su llegada a la ciudad, en la que reina el viejo Príamo, no se convierte en una concubina más de Paris, sino en su esposa legítima, no sufre el maltrato de quienes la rodean, sino que es tratada con respeto e incluso con cariño, o al menos eso es lo que nos cuenta Homero en la Ilíada y la Odisea, donde no muestra ninguna animadversión ni desprecio hacia Helena. Siempre que Helena aparece en las dos obras de Homero, nos revela su modestia, su honestidad y la buena relación que mantiene con los troyanos más importantes, a excepción quizá de Hécuba, la esposa de Príamo. Ya hemos visto el cariño con el que la trata su suegro, el rey de Troya, que la llama «querida hija», y tampoco faltan momentos de entendimiento con el gran héroe Héctor.

Dictis cretense cuenta una curiosa versión que explicaría lo bien recibida que fue Helena en la corte troyana, pues Helena le explicó a Príamo que su familia estaba más cercana a los reyes de Troya que los atridas Agamenón y Menelao, pues tanto la casa de los dardánidas de Troya como la de los tindáridas de Esparta y Argos descendían de los hermanos Dánao y Agénor. En consecuencia, Helena

pedía por último con lágrimas que no estimaran que debían entregarla, una vez que la habían acogido en su confianza. Todo lo que se había llevado de casa de Menelao eran sus propias pertenencias, y nada había cogido a excepción de eso.[71]

Siguiendo el relato de Dictis, al día siguiente Menelao fue convocado al palacio y allí Príamo preguntó a Helena si quería volver con los suyos:

Cuentan que ella dijo que no había navegado hasta allí en contra de su voluntad y que no se sentía a gusto en su matrimonio con Menelao. De esta manera los príncipes, quedándose con Helena, se retiraron de la asamblea llenos de júbilo.[72]

Menelao, ciego de furia, abandona el palacio y promete venganza.

En cualquier caso, sea o no creíble el relato de Dictis, a quien se da poco crédito entre los estudiosos, la situación de Helena en la corte resulta especialmente sorprendente porque todos los autores están de acuerdo en que en Troya los hombres practicaban la poligamia, en especial los que están asociados a la casa real, aunque con algunas excepciones. Príamo tiene decenas de hijos, más de cincuenta varones y hembras, lo que lo caracterizaba a ojos de los griegos como un rey oriental, puesto que en eso que ya entonces se llamaba Asia la costumbre de los harenes siempre tuvo mucho predicamento. Esa es una de las características que, en términos generales, distingue a lo que se ha dado en llamar Occidente: la monogamia, incluida la de los gobernantes. Esto no significa que no tuvieran amantes y que no emplearan prácticas infames, como el derecho de pernada, por el que los nobles pasaban la primera noche de bodas con las siervas que contraían matrimonio, pero el concubinato o los harenes no han sido casi nunca oficializados, como lo han sido en los países musulmanes, en la India o en China. Ahora bien, la lectura atenta de la Ilíada nos muestra que, aunque Príamo es sin ninguna duda polígamo, no parecen serlo algunos de

sus hijos, en especial Paris y Héctor.

15.2. Intentos de rescate pacífico

Antes de que se iniciara la guerra de Troya, cuando los barcos ya estaban preparados en la bahía de Ténedos, se dice que los griegos intentaron solucionar el conflicto mediante una o varias embajadas pacíficas y que enviaron a Troya a Menelao y a Ulises para negociar con el rey Príamo.

En la Ilíada, Anténor, uno de los ancianos de Troya, le cuenta a la propia Helena sus recuerdos de la visita de los dos extranjeros y la impresión que le causaron. Dice que cuando llegaron acogió a Menelao y a Ulises en su palacio y que Ulises era muy superior a Menelao en el discurso.

En otro momento de la Ilíada se confirma esta visita de Menelao y Ulises y se cuenta que Paris intentó matar a Menelao usando a un tal Antímaco:

El desafiante Antímaco, el mismo que en una ocasión propuso ante la asamblea de los troyanos que a Menelao, que había acudido en embajada con Odiseo, a un dios semejante, le dieran muerte allí mismo y no le permitieran ir de regreso con los aqueos.[73]

En fragmentos de poetas se cuenta otra visita a Troya en busca de Helena, la de Diomedes, rey de la ciudad de Argos, que llegó junto a Acamante, hijo de Teseo. Parece que durante el viaje a Acamante le dio tiempo para concebir a un hijo con una de las hijas del rey Príamo, así que resulta extraño que no reconociera a su abuela Etra entre las criadas, a la que, sin embargo, pudo liberar, después de la caída de Troya, tras pedirle permiso a Helena.[74]

Finalmente, en el relato de Dictis se dice que hubo una primera

embajada a Troya encabezada por Palamedes, que llegó incluso antes que el barco de Paris y Helena, lo que no es extraño dados los desvíos que Paris y Helena tomaron en su viaje.[75]

Heródoto, por su parte, admite que al menos una primera negociación tuvo lugar, pero que los sacerdotes egipcios le revelaron un relato asombroso que les había contado el propio Menelao. Según esta historia, los griegos desembarcaron en Troya y exigieron que les devolvieran a Helena y las riquezas robadas de Esparta, pero los troyanos

entonces y después, siempre que fueron requeridos, de palabra y con juramentos respondían que no tenían en su ciudad a Helena, ni en su poder los tesoros mencionados; que aquella y éstos se hallaban detenidos en Egipto.[76]

Pero si Helena no estaba en Troya, ¿dónde estaba? Lo averiguaremos más adelante.

15.3. ¿Quiénes son los troyanos?

Ya hemos visto que existen dudas razonables acerca de quiénes son los caudillos que participan en la guerra de Troya en el bando que asedia la ciudad. Parecen micénicos, aunque la seguridad no es absoluta y podría tratarse de pueblos que no solo invadieron Troya sino también las tierras micénicas, o quizá de una fracción de pueblos micénicos que se enfrentó a poblaciones anteriores. Del mismo modo, son muchas las dudas acerca de que podamos considerar que quienes participaron en la guerra de Troya puedan ser identificados con los griegos de la época antigua y clásica.

En el caso de Troya las incógnitas son mayores. En su afán por conectar todas las genealogías, los griegos situaron a los troyanos en el gran árbol de su cultura y emparentaron a los fundadores de

Troya con las otras familias míticas. Sin embargo, la familia troyana, aparte de la presencia de Zeus, que no falta nunca en cualquier árbol genealógico, no parece tan conectada como lo están entre sí las de los pueblos que atacan Troya.

Se ha dicho que los troyanos son los hititas y algunos indicios parecen apuntar en esta dirección. Los hititas eran un pueblo de lengua indoeuropea, como lo eran los micénicos y como lo eran los griegos, lo que podría explicar ciertas semejanzas entre todos ellos. Sin embargo, parece más bien que Troya era una ciudad estado aliada de los hititas. La razón se encuentra en las tablillas hititas en las que se menciona una ciudad llamada Wilusa o Wilios, que se ha identificado con Troya. Hay que tener en cuenta que el nombre homérico de Troya es Ilión (de ahí Ilíada, «historia de Ilión»). Si a Wilusa o Wilios le quitamos la W el resultado es Ilusa o Ilios, ya bastante cercano fonéticamente. En los textos hititas se han encontrado muchas referencias a esta ciudad, a la que se toma como aliada, e incluso se menciona a un rey llamado Alaksandus, en el que es tentador reconocer a Alejandro Paris, el raptor de Helena, a pesar de que ese rey de Wilusa vivió medio siglo antes de la fecha que se da a la guerra de Troya. Sin embargo, en la tradición mitológica no son raros los desplazamientos y a veces el nombre de un rey se confunde con el de alguno de sus sucesores, el de una dinastía o el de una rama familiar. Lo más sorprendente del asunto es que el tal Alaksandu podría ser un rey griego o micénico, de lo que sería indicio, además de su nombre, el que en el tratado hitita con Wilusa se diga que el dios que garantiza los términos del acuerdo en el lado de Alaksandu era «el dios de la tormenta del ejército» Apaliunas (A-ap-pa-li-u-na-aš), en el que no es difícil reconocer a Apolo, el dios que en la Ilíada protege a Alejandro Paris y que le ayuda a matar al mismísimo Aquiles. Por otra parte, fue el propio Apolo (junto a Poseidón), según las leyendas griegas, quien construyó para Laomedonte, abuelo de Paris, las murallas de Troya. Todo esto nos podría hacer pensar que la guerra de Troya es el recuerdo confuso y mezclado de un largo conflicto en el que en ciertos momentos los troyanos llevaron la ventaja, o en la gran paradoja de que con el tiempo se considerara que un griego (Alejandro) era un troyano, algo a lo que parecería señalar el hecho de que Paris no es uno de los hijos de Príamo, sino un supuesto hijo abandonado en el monte, un tipo de relato frecuente para justificar

el acceso al trono de un usurpador. Aunque se ha sugerido que el nombre Alejandro podría ser de origen lidio o frigio, también se cree que podría ser griego o micénico.

Los troyanos, en definitiva, parecen ser un pueblo no muy distante de los hititas o de los griegos, quizá protofrigios, porque las lenguas de todos ellos comparten características que hacen pensar que se separaron del gran tronco indoeuropeo quizá hacia finales del tercer milenio. El hecho de que no se encontrara ninguna escritura en Troya es sin duda lamentable y bastante insólito,[77] teniendo en cuenta lo mucho que escribían sus vecinos egipcios, asirios, hititas e incluso los hurritas de Mitanni, que también eran indoeuropeos y que también son candidatos a identificarse o al menos a relacionarse estrechamente con los troyanos. Recientemente, sin embargo, se ha encontrado en Troya VIIA un sello con inscripciones luvitas, que ha hecho pensar a muchos que en Troya se hablaba este idioma. También se discute incansablemente acerca de una asombrosa inscripción en luvita o luvio en la que el rey del estado de Mira menciona a un tal rey Muksus de Troya, perteneciente a una misma confederación de pueblos luvitas. Sin embargo, existen fuertes dudas acerca de la autenticidad de la larga inscripción que, según el arqueólogo James Mellaart, fue copiada en el siglo xix de un muro que después fue destruido. Mellaart dejó la copia de esa inscripción en sus papeles póstumos y, aunque los expertos en el idioma luvita no creen que fuera capaz de una falsificación de tal complejidad, Mellaart ya fue denunciado por falsificaciones relacionadas con su descubrimiento de Çatal Höyük y el supuesto culto a la Diosa Madre.[78]

Dejemos estos misterios, por el momento casi irresolubles, para regresar junto a Helena, aunque en este caso visitaremos un lugar en el que ella no estuvo, pero sí su sobrina Ifigenia. Allí tuvo lugar el acto más infame de la guerra de Troya.

---

71 Dictis cretense, Diario de la guerra de Troya.

72 Dictis cretense, Diario de la guerra de Troya.

73 Homero, Ilíada.

74 Tzetzes, A Licofron 495. En Poesía helenística menor. Poesía fragmentaria. También lo contaba Lesques en La pequeña Ilíada.

75 Dictis cretense, Diario de la guerra de Troya.

76 Herodoto, Historia.

77 Hay que aclarar que Schliemann sí encontró algunas extrañas inscripciones en Troya, aunque de una época muy anterior a la de la guerra de Troya. Algunas de esas inscripciones podrían estar en lineal A, idioma que entonces no se había descubierto y que sigue sin descifrar.

78 El propio hijo de Mellaart publicó un libro denunciando las falsificaciones de su padre.

16

ÁULIDE

(Puerto de Beocia)

16.1. Sacrificios humanos en la Grecia arcaica

Tras el fracaso de la misión de rescate de Menelao y Ulises en Troya, los caudillos griegos organizaron una poderosa confederación en la que debían participar todos los que hicieron la promesa junto al caballo sacrificado durante las bodas de Helena y Menelao. Muchos intentan librarse del compromiso, pero son reclutados uno a uno. El primero será Ulises, que se finge loco y conduce a toda velocidad un carro por los caminos de Ítaca. Pero Palamedes pone delante del carro al hijo de Ulises, Telémaco, y el héroe detiene a los caballos antes de atropellarlo, revelando su cordura. Después, el propio Ulises ayuda a reclutar a unos cuantos héroes remisos, como Aquiles, que se ha disfrazado de mujer. Ulises visita la corte y ofrece joyas increíbles a las mujeres. Entre las joyas hay un magnífico puñal y, al verlo, una de las jóvenes se siente fascinada por él. A pesar de que Thomas Browne y Coleridge dijeron que el nombre que Aquiles adoptó entre las mujeres era tan desconocido como la canción de las sirenas, la verdad es que sí nos ha llegado ese nombre: Pirra.

Finalmente, todos los antiguos pretendientes de Helena se reúnen en el puerto de Áulide bajo el mando de Agamenón y se disponen a marchar contra Troya, pero el viento no hincha las velas. Los dioses están enojados y es necesario un sacrificio para que los barcos puedan hacerse a la mar, dicen los adivinos. Pero se trata de un sacrificio incluso más cruel que el de un caballo, pues ahora la víctima debe ser la propia hija de Agamenón, Ifigenia. El general griego consigue que su esposa Clitemnestra envíe a la muchacha

desde Micenas, anunciándole que se casará con Aquiles. Pero, una vez allí, la sacrifica.

Saciado el apetito de los dioses crueles, los barcos se hacen a la mar y llegan a las costas de Troya, donde permanecerán durante diez años interminables, intentando derribar los altos muros de la ciudad de Príamo.

16.2. Dioses sedientos de sangre

En el sacrificio de Ifigenia parece detectarse un tiempo antiguo en el que las costumbres bárbaras todavía exigían sangre humana. Es un rasgo común a casi todas las culturas primitivas, tanto en Europa como en Asia o América.

Los relativistas culturales han intentado justificar estos espantosos sacrificios apelando a la diferencia cultural, en especial cuando se trata de culturas de América, aunque no suelen intentar justificar los sacrificios en la hoguera de la Inquisición por razones similares a las de los incas o los aztecas. Pero una reciente investigación ha cuestionado esas razones y revela que los sacrificios humanos tienen casi siempre relación con el intento de establecer jerarquías políticas. Cuanto más jerárquica es una sociedad más cruel se vuelve.

Por fortuna, incluso los reformadores religiosos dogmáticos se dieron cuenta, muchos siglos antes que los relativistas culturales, de que no se puede justificar lo injustificable y prohibieron los sacrificios humanos y, con el tiempo, también los de animales, sustituyéndolos por ritos inocuos como el del pan y el vino de los cristianos.

El sacrificio a los dioses fue uno de los desencadenantes de la incredulidad y el ateísmo, pero no solo por la inútil crueldad de los sacrificios humanos o animales o por el insaciable apetito y vanidad de dioses a los que solo les preocupa que les hagan ofrendas, sin duda insustanciales para criaturas tan poderosas, sino también por

el sospechoso silencio de los dioses que, al menos en época histórica, raramente o nunca se dignaban a agradecer de manera visible el gesto. En Grecia, se recuerda a Diágoras de Melos como uno de los primeros ateos. Diágoras se disponía a hacer un sacrificio de carne a los dioses, pero entonces advirtió que no tenía con qué encender la leña, así que fue a buscar fuego, dejando la carne en el altar. Al regresar descubrió que unos ladrones le habían robado la carne destinada a los dioses y pensó que si los propios dioses no podían cuidar de sus ofrendas cómo iban a cuidar de él o, lo que era más razonable, llegó a la conclusión de que esos dioses ni siquiera existían. En la India se cuenta una historia casi idéntica que también explica la conversión de un creyente al ateísmo, mientras que en el libro bíblico de Daniel se recuerda una estratagema de Daniel para demostrar al rey persa Ciro que no eran los dioses quienes disfrutaban de la carne del sacrificio, sino los sacerdotes: regó con ceniza el suelo del templo, lo cerraron y sellaron, y al día siguiente demostró que eran los sacerdotes quienes se comían las ofrendas destinadas a los dioses, al mostrar las pisadas que, tras entrar por un túnel secreto, habían dejado en la ceniza.

En los tiempos míticos de Helena los dioses todavía perseguían activamente a quienes olvidaban celebrar sacrificios en su honor, como hizo Afrodita con la estirpe de Helena, debido a que Tindáreo había olvidado un sacrificio, o como hace Ártemis en Áulide con la flota de Agamenón o el dios cristiano cada vez que los hebreos se olvidan de ofrecerle sacrificios. Sin embargo, llega un momento en el que los dioses, antes tan activos, guardan silencio, y no se manifiestan ni ayudan a sus fieles, ni siquiera a sus hijos, como pudo comprobar Jesucristo cuando ya era demasiado tarde. El silencio de los dioses o su sospechosa inactividad es común a todos los períodos en los que las sociedades no están obligadas por las creencias religiosas a mantenerse obedientes, y en ocasiones ese silencio de Dios o los dioses ha llegado a ser atronador, como se dijo después de Auswichtz.

¿Guardan silencio los dioses porque los creyentes han permitido que penetrase el escepticismo en sus mentes o para poner a prueba la fe de sus pacientes seguidores? ¿O sucede, por el contrario, que el escepticismo y una mayor exigencia de pruebas es lo que explica que los dioses ya no se manifiesten como antes, o que solo lo hagan

en lugares en los que abundan los crédulos o los ingenuos? La respuesta parece obvia, pero cada cual puede pensar lo que prefiera.

En cualquier caso, ¿por qué Ártemis exigía un sacrificio? Se dice que porque Agamenón había matado a una cierva consagrada a ella, o porque había presumido de ser mejor cazador que la diosa, o porque, como ya sabemos, su antepasado Atreo había incumplido una promesa a Ártemis.

16.3. Ifigenia, ¿hija de Helena?

Entre las sorpresas que nos deparan las diferentes versiones del mito de Helena, una de las más curiosas es la que asegura que Ifigenia no era su sobrina, sino su hija. Según esta versión, después de ser raptada por Teseo y rescatada por sus hermanos Cástor y Pólux, Helena regresó embarazada y dio a luz a Ifigenia en Argos, no es seguro si en la ciudad o en la región. Como era apenas una niña todavía, la criatura quedó al cuidado de Clitemnestra, que la adoptó y la trató a partir de ese momento como a su propia hija. La historia parece un poco inconsistente, porque si Helena era casi una niña también debía serlo su hermana Clitemnestra, puesto que ambas nacieron al mismo tiempo, aunque cada una de un huevo diferente. Euforión de Calcis y Alejandro de Pleurón proponen otra explicación.[79] Según ellos, Clitemnestra ya estaba casada con Agamenón, mientras que Helena todavía tenía que casarse con Menelao, por lo que se sugiere que Helena quiso ocultar a su nuevo marido que ya no era virgen o que tenía una hija de otro hombre. Esta explicación invierte las bodas de Helena y Clitemnestra, que por lo general se casa con Agamenón no antes, sino después de que su hermana Helena lo haga con Menelao.

A favor de la versión que hace a Ifigenia hija de Helena y Teseo se propone un juego etimológico: Ifigenia podría significar «engendrada con violencia o por la fuerza».[80]

Si Ifigenia fuera hija de Helena, su sacrificio ya sería un gran castigo para ella por abandonar a Menelao, aunque casi siempre se

ha argumentado lo contrario, cargando las culpas también en este asunto sobre Helena. Se decía que por su afán de rescatar a la infiel esposa de su hermano, Agamenón estaba dispuesto a sacrificar a su propia hija (y de Clitemnestra).

Lo curioso es que Homero no menciona a una hija de Agamenón y Clitemnestra llamada Ifigenia, pero sí a otra llamada Ifianasa que podría ser la misma persona, aunque también dice que Ifianasa y sus dos hermanas, Crisótemis y Laodicea, viven en el palacio de Micenas, cuando ya la guerra se ha iniciado. Tampoco menciona el sacrificio ni la posibilidad de que alguna de las hijas de Clitemnestra sea hija de Helena.

Al parecer, sí se mencionaba el sacrificio en las Ciprias, los poemas que cuentan los antecedentes de la guerra de Troya, o al menos eso asegura Proclo en su resumen.

Por su parte, Hesíodo en su Catálogo de las mujeres dice que Ifigenia no murió, sino que, por decisión de Ártemis, «es Hécate»,[81] diosa asociada con la muerte.

En la Ifigenia en Áulide de Eurípides, Ifigenia acaba aceptando el sacrificio y considera que debe entregar su vida porque así se podrá recuperar a Helena y lograr que, de este modo, «los bárbaros no cometan ningún delito contra las mujeres ni rapten ya más esposas de la Grecia feliz». Ifigenia se declara a sí misma como la verdadera conquistadora de Troya, puesto que su sacrificio es imprescindible para que los barcos se hagan a la mar y Troya pueda ser vencida. En ella toda la Hélade fija su mirada y solo de ella depende «la travesía de las naves y el asolamiento de Frigia». La muchacha termina exclamando:

Todo eso lo obtendré con mi muerte, y mi fama, por haber liberado a Grecia, será gloriosa.[82]

El sacrificio, voluntario o forzado, es en cualquier caso inevitable, pero, como es costumbre en el teatro griego, no llegamos a verlo en escena. Eurípides nos comunica el desenlace mediante un mensajero, que se lo cuenta a Clitemnestra, la desesperada madre:

El sacerdote tomó la espada e hizo su oración, mientras escrutaba su cuello, para hincar allí un golpe seguro. Y a mí me inundaba un enorme dolor en mi corazón y me quedé con la cabeza baja. ¡Y de repente sobrevino un milagro espectacular! Pues todo el mundo percibió claramente el ruido del golpe, pero nadie vio a la joven, por dónde desapareció en la tierra.[83]

El asombroso milagro se explica porque la cruel Ártemis, que fue la que pidió el sacrificio humano, se llevó en el último momento a la muchacha y la sustituyó por una cierva «de gran tamaño y admirable aspecto», que fue sacrificada en su lugar. Este final feliz queda un poco empañado por la reacción de Clitemnestra: «¿Cómo asegurar que este mensajero no refiere un falso relato?» Aunque enseguida llega Agamenón, que confirma la historia y exhorta a Clitemnestra a que regrese a Micenas de inmediato, su testimonio es el menos creíble de todos, pues la obra de Eurípides narra los sucesivos intentos de engaño que el general de los griegos urde para confundir a su esposa. Esto explicaría que, como se cuenta en todas las tradiciones, incluido el Orestes del propio Eurípides, Clitemnestra acabé por buscar venganza sobre su marido y que tanto ella como todos sus familiares odien a Helena, por considerarla responsable de la muerte de Ifigenia, como veremos más adelante.

---

79 Pausanías, Descripción de Grecia.

80 Poesía helenística menor. Poesía fragmentaria.

81 Hesíodo, Fragmentos.

82 Eurípides, Ifigenia en Áulide.

83 Eurípides, Ifigenia en Áulide.

17

TROYA II

17.1. Combate por Helena

Ya antes de Helena fue el coño una causa funesta de guerras.[84]

Horacio

Según Homero y los mitógrafos antiguos, la guerra de Troya duró diez años, aunque había sido precedida por acontecimientos que se remontan hasta el Juicio de Paris e incluso más allá. Durante todos esos años, la vida de Helena en la corte debió conocer diversos altibajos. Sabemos que tuvo ciertos problemas con Hécuba, la esposa del rey, pero que fue muy bien considerada por Príamo e incluso por Héctor. Los ancianos la respetaban pero también sabían que retenerla en contra de la voluntad de los griegos era un juego muy peligroso. Sin embargo, nunca queda del todo claro qué habría hecho Helena si hubiera podido decidir por sí misma. ¿Se habría quedado en Troya junto a Paris o habría regresado con Menelao? O quizá, puestos a imaginar que ella pudiera decidir, ¿le apetecería hacer otra cosa? Algunos pasajes de la Ilíada nos revelan que su relación con Paris ya no era muy buena en el décimo año de la guerra, como cuando en el Canto III asistimos al encuentro entre los dos esposos de Helena.

Primero vemos a Paris, «semejante a un dios», avanzando con su piel de leopardo en los hombros, su arco, una espada y dos lanzas, desafiando a quien quiera luchar con él. Lo ve entonces Menelao y de inmediato baja del carro dispuesto a tomar venganza, pues la costumbre de los héroes homéricos es usar los carros para moverse de un lado a otro del campo de batalla, pero la lucha la hacen a pie.

Los dos hombres de Helena están a punto de enfrentarse por fin, pero Paris siente que le tiemblan las piernas y retrocede, escondiéndose entre los suyos. Es entonces cuando su hermano Héctor le grita: «¡Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! Ojalá no te contaras en el número de los nacidos o hubieses muerto célibe». Después le dice que los «melenudos aqueos» se ríen de él por haber creído que debido a su imponente apariencia era un gran guerrero, pero que ahora ven que es un cobarde que huye de Menelao. Paris se avergüenza y sobreponiéndose al terror, pide a su hermano que todos los troyanos y aqueos dejen por un momento las armas, porque él está dispuesto a enfrentarse en duelo singular con Menelao:

Aquel de los dos que resulte vencedor y se alce con la victoria, que tome a la mujer con todas sus posesiones y la conduzca con bien a su casa.[85]

El combate entre Paris y Menelao es sin duda uno de esos momentos de máxima tensión que todos los oyentes o lectores esperan en un relato. Por fin el marido agraviado y el amante insolente se van a enfrentar. Además, este duelo será el fin de la guerra, pues quien resulte vencedor se quedará con Helena y el conflicto acabará. Los dos ejércitos se detienen, a ruegos de Héctor y Agamenón, dejan las armas en el suelo y despejan un amplio espacio para los dos combatientes. Pero antes realizan un sacrificio propiciatorio a los dioses.

Mientras tanto, la diosa Iris, bajo la apariencia de Laódice, otra de las hijas de Príamo, corre a las estancias de Helena para que no se pierda el espectáculo, claro antecedente de aquellos combates de las cortes medievales en los que los grandes guerreros luchaban por el favor de una mujer, como cuando Lanzarote y los caballeros de la Tabla Redonda lo hacían por Ginebra. Y claro, la Ginebra de la época micénica no puede perderse el combate que va a tener lugar en su nombre, así que Iris va en su busca:

Ven aquí novia querida, para que puedas contemplar las prodigiosas acciones de los troyanos, domadores de caballos, y los aqueos, de túnicas de bronce…Alejandro y Menelao, favorito de Ares, pelearán por ti con sus largas lanzas, y serás llamada esposa por aquel que venza.[86]

Junto a esas palabras, o quizá mediante las mismas palabras, gracias al logos, como nos diría Gorgias, la mensajera Iris logra transformar las emociones de Helena:

La diosa inspiró en su ánimo un dulce deseo por su anterior esposo, su ciudad y sus padres.[87]

Helena se dirige a las murallas, sube a la torre y allí es recibida cariñosamente por el rey Príamo, que le pide que le describa a los guerreros aqueos. Esta escena se ha llamado la Teichoscopia o vista desde la muralla, que posteriormente dio origen a casi un género literario. Helena comienza a describir a los guerreros que más asombran a Príamo, al general Agamenón, a Ulises, a Áyax el Grande, a Idomeneo de Creta… pero entonces se sorprende al no ver allí a dos de los más poderosos de toda Grecia, sus propios hermanos:

Soy incapaz de ver a dos caudillos de ejércitos, a Cástor, domador de caballos, y a Pólux, de magníficos puños, mis dos hermanos carnales, nacidos de la misma madre. O bien no siguieron al resto desde la encantadora Lacedemonia, o bien sí que les siguieron en las naves, surcadoras del ponto, pero ahora no quieren sumirse en la marea de los guerreros por temor a la infamia y a los muchos oprobios que me corresponden.[88]

A los lectores de la Ilíada siempre les ha sorprendido este pasaje. En

primer lugar, porque parece absurdo que en el décimo año de la guerra el rey Príamo todavía no conozca a sus principales enemigos. En segundo lugar, porque sea también en ese momento cuando Helena se entera de que no están allí sus hermanos Cástor y Pólux, y que ni siquiera sepa que están muertos, como enseguida nos aclara el narrador:

Así dijo, pero a estos ya los cubría la tierra, productora de grano, allí en Lacedemonia, su querida patria.[89]

Como Homero no explica de qué forma murieron Cástor y Pólux, algunos han afirmado que se suicidaron al saber que su hermana había abandonado a su esposo legítimo para escaparse con un extranjero. Sin embargo, aunque en todo momento nos estamos moviendo entre mitos y fábulas, hay ciertas propuestas que no resultan verosímiles ni siquiera en los mundos fantásticos de la interpretación mitológica o literaria,[90] como bien nos ha advertido Umberto Eco en Interpretación y sobreinterpretación. Esta es una de esas propuestas inverosímiles. Pensar que los temibles Dioscuros se suicidaran al conocer la noticia de la fuga, resulta una ofensa para estos dos héroes, que sin duda habrían intentado rescatar a su hermana, como ya lo hicieron tras su primer rapto, cuando Teseo se la llevó a Atenas. Sucede que a algunos autores les gustaba cargar a Helena con todo tipo de culpas reales o imaginarias, como cuando Eurípides dice que Leda, la madre de Helena, se suicidó también a causa de la vergüenza por la fuga de su hija.[91]

La versión más conocida de la muerte de Cástor y Pólux, como la que al parecer se contaba en las Ciprias, no responsabiliza a Helena de ningún modo, sino que dice que los Dioscuros se enfrentaron a otros dos hermanos, Idas y Linceo por un robo de ganado y que allí murieron tres de ellos. El único que sobrevivió, Pólux, de naturaleza divina por salir del mismo huevo que Helena, el fecundado por Zeus, pidió a los dioses que permitieran que compartiera su inmortalidad a medias con su hermano, cosa que le concedieron, pudiendo vivir y morir cada uno en días alternos. Aunque más adelante se les concedió la inmortalidad total, quizá gracias a

Helena y un lugar en el cielo, el de las estrellas gemelas de Géminis.

Da la impresión de que la escena entre Príamo y Helena en lo alto de las murallas pertenece al comienzo de la guerra y/o en el décimo año, por lo que sería lógico que viniese tras el catálogo de las naves, que tampoco es muy razonable que aparezca en el décimo año de la guerra. Podemos sospechar que estos cantos de la guerra de Troya figuraban al inicio del relato original, o bien que el asedio de Troya no duró diez años, porque en los nueve primeros años de la guerra los griegos se dedicaron a atacar a todos los aliados de Troya, como parece intuirse por ciertas alusiones, como las doce ciudades que ya ha destruido Aquiles o la embajada que llegó al rey Anténor encabezada por Ulises y Menelao para pedir la devolución de Helena. Otra explicación podría ser que los griegos, como se cuenta en otras variantes, primero atacaron otra ciudad, creyendo que era Troya, y que entre este saqueo, el regreso de la frustrada primera confederación y la partida de una nueva confederación pasaron ocho años. La costumbre es sumar estos ocho años a los de la guerra de Troya, pero tal vez se deban restar.

En cualquier caso, griegos y troyanos esperan que tras el combate entre los dos esposos de Helena vuelva la paz.

Cuando el combate se inicia, todo parece anunciar la victoria de Menelao y la muerte de Paris, al menos eso les parece a quienes están allí, en la llanura de Troya, contemplando el combate, pero nosotros, los lectores o los oyentes de Homero, contamos con información privilegiada y sabemos que Zeus no ha confirmado en su fuero interno los votos del sacrificio y que no permitirá la temprana muerte de Paris. Por lo tanto, asistimos al combate conociendo ya el desenlace, pero eso no hace que Homero se descuide en la vertiginosa narración y siga interesándonos y conmoviéndonos a su manera habitual.

Tras algunos escarceos, la lanza de Menelao logra atravesar todas las capas del escudo de su enemigo, pero Paris se libra inclinándose en el último momento para esquivar el golpe mortal. Poco después la espada del rubio espartano se rompe en tres o cuatro pedazos al golpear el casco de Paris, por lo que Menelao empieza a sospechar y se atreve a renegar del propio Zeus:

¡Zeus padre, no hay ningún dios más funesto que tú, pues aseguré que habría de pagar Alejandro su maldad y ahora mi espada se me ha quebrado entre las manos y mi lanza ha salido de mi palma sin llegar a alcanzarlo![92]

Poco después Menelao vuelve a atrapar a París, que es tan solo un pelele a su merced, lo agarra por la cinta de cuero que sujeta del casco y lo atrae hacia sí, dispuesto a acabar con su vida, pero Afrodita rompe la correa y Menelao se encuentra con el casco vacío en las manos. Todavía lo intenta una última vez Menelao y arremete con su pica de bronce a un Paris ya indefenso, pero de nuevo interviene Afrodita y se lleva al príncipe troyano lejos del terreno de combate:

Afrodita lo rescató con la facilidad de una diosa envolviéndolo en una densa neblina y fue a depositarlo sobre un lecho de fragante perfume.[93]

17.2. Helena se rebela contra la manipulación

«Dejad que el Padre Zeus decida, pero sin la ayuda de Afrodita, no sea que otro ladrón de mujeres casadas me rapte, a mí, la vergüenza de Grecia».

Lo que Helena habría dicho al ver el combate entre Paris y Menelao (Epigrama anónimo de la Antología Griega)[94]

Después de rescatar a Paris del terreno de batalla e impedir que Menelao acabe con él, Afrodita, adoptando la apariencia de una anciana, va en busca de Helena para que se reúna con su marido en el lecho nupcial:

Ven aquí; Alejandro te llama para que regreses a palacio. Se encuentra en los aposentos tendido sobre el labrado lecho, esplendente de belleza con sus ropajes. Nadie diría que viene de enfrentarse en combate contra un enemigo, sino que parece como si marchara hacia el baile o bien acabara de terminarlo y estuviera descansando.[95]

Y es en esta ocasión cuando Helena se rebela contra tanta manipulación e insulta a la diosa, a la que ha reconocido bajo su disfraz:

Desdichada, ¿por qué anhelas tanto seducirme con embustes? Pretendes llevarme a algún otro lugar más lejano todavía, a una de las bien habitadas villas de Frigia o de la amena Meonia, si también allí hay algún mísero mortal que sea favorito tuyo?

Helena que demuestra saber que Afrodita nunca se ha preocupado por ayudarla, empieza a expresar algunas sospechas acerca de la conducta de la diosa:

Como es evidente que ahora Menelao al divino Alejandro ha vencido y quiere llevarse a casa mi abominable persona, por eso ahora te presentas aquí con dolosas intenciones? [96]

La verdadera causa de las acciones de Afrodita es, en opinión de Helena, que la diosa desea a Paris como amante, lo que nos hace sospechar que tal vez el joven troyano le concedió la manzana en el juicio de las diosas pero que se resistió a sus requerimientos amorosos:

Ve y siéntate a su lado, apártate de la senda de los dioses y ojalá no vuelvas a regresar sobre tus pasos al Olimpo. Quédate para siempre gimoteando a su alrededor y mímalo hasta que te haga su esposa o incluso su concubina; pero yo allí no pienso ir, ¡vituperable sería!, a prepararle el lecho.[97]

Afrodita responde entonces, no menos furiosa:

No me provoques, testaruda, no sea que me enfurezca contigo y, dándote de lado, pase a odiarte con la misma intensidad con que ahora te he amado, y en medio del bando de los troyanos y de los dánaos suscite un lúgubre odio hacia ti y perezcas con una muerte aciaga.[98]

A Helena no le queda más remedio que obedecer, «sintió miedo Helena», y se reúne con Paris en el lecho.

17.3. ¿Son los dioses la voz de la conciencia?

El día en que Helena se fue con Paris dicen muchos que lo hizo porque Afrodita le nubló el pensamiento, cuando acude a ver el combate desde las murallas de Troya, es porque le ha avisado una diosa bajo el disfraz de una mujer, y cuando, como veremos más adelante, está a punto de traicionar a los griegos es de nuevo porque Afrodita se ha apoderado otra vez de su voluntad. No solo Helena, sino casi todos los personajes que desfilan por la Ilíada y la Odisea son víctimas una y otra vez de la influencia de los dioses. Ninguno de los héroes o heroínas parece tener libre albedrío, porque en las situaciones críticas son los dioses quienes dominan su mente y su voluntad.

Esta intervención continua de las divinidades en la psique humana ha hecho sospechar a muchos que los dioses no sean otra cosa que una metáfora para referirse a la conciencia y a todas esas personalidades o caracteres, temperamentos o emociones que nos dominan. Según esta ingeniosa interpretación, Homero sería un descreído que emplea a los dioses tan solo como un artificio para reflejar los cambios de ánimo o de humor de sus personajes. El helenista G.S. Kirk se refirió precisamente a la relación entre Helena y Afrodita, y en especial a la escena que acabamos de ver en la que Helena se rebela contra la continua manipulación de la diosa, como un ejemplo de cómo los dioses podrían ser «una proyección de las emociones personales».[99] Desde este punto de vista, el uso que hace Freud de los dioses griegos para ejemplificar los complejos psicológico, sería una adaptación moderna de lo que ya hiciera Homero.

La interpretación de los dioses como una metáfora de las pasiones de la mente humana es sin duda muy interesante, aunque no parezca del todo convincente.

Lo que sí podría representar el constante recurso a los dioses es el intento de justificar de alguna manera actos que eran inverosímiles desde el punto de vista psicológico: «alguien hizo eso porque un dios le obligó, pero no lo habría hecho si estuviera en el pleno dominio de sus facultades». Podría servir, por ejemplo, para explicar ataques de locura, como el que sufre Áyax cuando confunde a un rebaño de ovejas con Ulises y sus hombres y se lanza a por ellas, degollándolas. Se trata, sin duda, de un ejemplo más de esa necesidad universal que consiste en intentar librarnos de la responsabilidad sobre nuestras propias acciones y pensar que los demás actúan siempre movidos por intereses, necesidades históricas y económicas o porque los dioses se han apoderado de ellos. En el siglo

xx

esa responsabilidad divina se la hemos trasferido, de manera completamente paradójica a nuestra propia psique, como en el psicoanálisis freudiano, una psique atormentada y culpable que nos obliga a actuar de una manera determinada porque está llena de tabúes, complejos y pulsiones que nos impiden ejercer nuestra libre

voluntad. En este sentido sí creo que Homero y los griegos de la antigüedad empleaban a los dioses para lograr entender lo que les parecía inexplicable del comportamiento de una mujer o de un hombre. Como veremos más adelante, el propio Menelao recurre a la intervención de los dioses para exculpar a su esposa Helena de una traición a los griegos de la que todos sus compañeros fueron testigos.[100]

También podemos plantear la cuestión de una manera diferente y hacernos una pregunta: ¿qué deberíamos pensar de lo que hace cada uno de los personajes homéricos, entre ellos Helena, si aceptamos que realmente existieron? Si pensamos por un momento (y no hay nada que nos lo impida) que la crónica de la guerra de Troya es el recuerdo de un verdadero conflicto en el que participaron algunos o muchos de los personajes que aparecen en la Ilíada y en la Odisea, entonces sería razonable suponer que llevaron a cabo sus acciones por su propia voluntad, o bien obligados por circunstancias puramente humanas. Puesto que no parece sensato que hoy en día aceptemos alegremente la existencia de dioses como Zeus, Atenea, Apolo o Afrodita, esas acciones quedarían al desnudo, sin excusa trascendental. Este planteamiento devolvería a los héroes y heroínas su responsabilidad y nos ofrecería personalidades quizá más complejas, pero también más interesantes desde el punto de vista psicológico. Las historias de Homero, llenas de dioses que interfieren constantemente en las acciones de hombres y mujeres, podrían convertirse en relatos más parecidos a las sagas islandesas, en las que los héroes no buscan excusas a sus acciones recurriendo a la posesión divina. Quién sabe si las versiones micénicas de la Ilíada, irremediablemente perdidas (si es que existieron alguna vez) se parecían a esas sagas.[101]

Alessandro Baricco llevó a cabo el experimento de borrar a los dioses en su libro Homero, Ilíada, pero no puedo juzgar el resultado porque no lo he leído. Antes que él lo hizo Dictis, un misterioso autor que se proclamaba compañero del rey cretense Idomeneo, al que habría acompañado a Troya. Su Ephemeris o Diario de la guerra de Troya sería el de alguien que estuvo allí y lo vio todo con sus propios ojos. Dictis también elimina casi por completo la actividad de los dioses y hace que cada personaje cargue con su propia responsabilidad. Por desgracia, el relato de Dictis se

considera una falsificación realizada en tiempos de Nerón, cuando al emperador romano le llegó la noticia de que, tras un terremoto, se habían encontrado en Cnosos unos escritos dentro de una caja metálica. Como estaban escritos en una lengua desconocida, hubo que buscar a alguien que descifrara los signos. Al final se concluyó que estaba escrito en griego pero con caracteres fenicios, y se tradujo primero al griego y después al latín. Esta es la historia que se contó al emperador, que al parecer la creyó. El relato de Dictis fue durante la Edad Media la fuente principal para la historia de la guerra de Troya. A pesar de que hoy en día se considera una completa falsificación, los estudiosos tuvieron que retractarse de la idea de que nunca había existido un original griego, cuando se encontraron varios pasajes en papiros de Oxyrrinco. T.W. Allen llegó a sostener que quizá también existió ese relato original, escrito «en griego con caracteres fenicios» (¿en lineal B, en uno de los primeros intentos del griego alfabético?) y que procedía quizá de una crónica anterior a Homero.[102] La sugerencia es fascinante, pero hoy por hoy ha sido desestimada.

17.4. Problemas conyugales en el palacio de Troya

Más dulce era la pasión de Paris, cuando podía disfrutar de su Helena entre las armas griegas. Mientras vencen los dánaos, mientras resiste el troyano Héctor, él sostiene las mayores batallas en el regazo de Helena.

Propercio

, Elegías

Cuando Helena ve a su marido, el gran Alejandro Paris, descansando en sus habitaciones, tranquilo y feliz tras haber escapado de manera vergonzosa del combate con Menelao, se sienta en una silla que ha puesto para ella Afrodita y apartando la mirada, sin duda para no ser tentada por la belleza de su esposo, no se

puede contener y le reprocha su cobardía:

Allí se sentó Helena, hija de Zeus, que porta la égida, y, volviendo la mirada hacia un lado, increpó a su esposo con estas palabras: «Has vuelto del combate. ¡Ojalá hubieras muerto allí, derrotado por el poderoso guerrero que antes fue mi marido!».[103]

Paris replica que los dioses han favorecido esta vez a Menelao, aunque nosotros sabemos que sucedió más bien al contrario, lo que enseguida se confirma al presenciar una escena en el Olimpo en la que Zeus se burla de la ayuda constante que ha recibido Paris, mientras que las diosas partidarias de Menelao, Hera y Atenea, ni siquiera han intervenido. Y aquí presenciamos también, un poco asombrados, que, aunque Zeus desea poner término a la guerra y declara ante todos los dioses que Troya es su ciudad favorita entre todas las de los humanos, al final acaba cediendo a los ruegos y exigencias de Hera y permite que los juramentos sean rotos y que, a pesar de que Menelao ha resultado claramente vencedor, se reanude la guerra.

Pero a Paris todos estos asuntos no le interesan (probablemente nunca le han interesado), pues está dominado de nuevo por un irrefrenable deseo erótico hacia Helena, como ya vimos cuando visitamos con ellos la isla de Cránae.

Y mientras tanto, Menelao busca con desesperación a su enemigo en el campo de batalla, como en una escena de comedia bufa, pero nadie consigue encontrarlo, ni siquiera sus compatriotas troyanos, que con gusto lo entregarían al furioso espartano:

Si alguno lo hubiera visto, no lo habría ocultado por amistad, pues a todos ellos les resultaba igual de odioso que la negra muerte.[104]

17.5. Un juguete de los dioses

Se atribuye a Sófocles una sentencia en el Edipo rey:

Los hombres son juguetes de los dioses. Son como moscas en manos de niños crueles: las matan para divertirse.

Sin embargo, después de buscar esa cita, no pude encontrarla ni en Edipo rey ni en otras obras de Sófocles, unque se le atribuye en muchos libros e incluso, debo admitir para mi vergüenza, que también en uno mío.[105] Tampoco encontré la frase en las páginas de ningún otro autor grecolatino. La razón es que la sentencia pertenece a Gloster, que la dice en El rey Lear de Shakespeare.

Ahora bien, aunque no con esas palabras, es verdad que Sófocles, Esquilo y Eurípides expresan en diversas ocasiones esa misma idea, que somos un juguete en manos de los dioses. También lo dice Platón, sin duda recordando cómo manejan los dioses a los humanos en guerras como la de Troya:

Pensemos que cada uno de nosotros, los seres vivientes, es una marioneta divina, ya sea que haya sido construida como un juguete de los dioses o por alguna razón seria.[106]

Y es cierto que cuando leemos tanto la Iliada como la Odisea nos parece que los dioses son como los espectadores de un teatro que, desde su elevada tribuna del Olimpo, contemplan las desventuras de los hombres y las mujeres que luchan, aman, sufren y mueren en Troya y en toda la Hélade. Se puede comparar a los dioses, y no creo que sea ninguna exageración, con los usuarios de un videojuego, porque los dioses no solo manejan a los diversos personajes del drama, haciendo que ataquen o que se retiren, que se

encolericen o que amen, sino que también participan en la acción a través de diversos avatares con los que se presentan en el campo de batalla. Así, Apolo desciende a los campos de Troya para devastar las naves de los invasores aqueos y muestra que las obras de los hombres son para él como las distracciones de un niño:

Apolo delante iba con la muy venerable egida y demolía el muro de los aqueos con gran facilidad, como la arena junto al mar un niño cuando, nada más fabricar con ella pueriles juguetes, vuelve en su juego a desbaratarlos con las manos y los pies. Así también tú, invocado Febo, la enorme fatiga y el esfuerzo de los argivos desbarataste y en ellos provocaste el pánico.[107]

Apolo, Ares, Afrodita o Atenea se presentan en las habitaciones privadas de los reyes y reinas, en las tiendas de los guerreros o en el campo de batalla, disfrazándose de seres humanos, de aurigas, de criadas, de mendigos, de soldados. Todos estos dioses obedecen a Zeus, el gran jugador, el maestro de ceremonias, el titiritero, como se denomina a quien maneja los hilos en los Juegos de Realidad Alternativa. Lo curioso es que, a pesar de que Zeus es el dios al que ningún otro se atreve a desobedecer, la guerra de Troya acaba con su derrota, pues finalmente aceptará la muerte de su jugador favorito, Héctor, y la destrucción de su ciudad preferida, Troya.

En este entretenimiento para los dioses, Helena juega un papel principal, pues es la pieza que pone en marcha todo el juego. En torno a ella giran todos los personajes, unos antes y otros después, y es por ella por la que se saquean las ciudades y mueren los guerreros. Tal vez se piense que esta es una interpretación exagerada, pero basta con que escuchemos hablar a las propias piezas de este tablero, que al contrario que los obreros de Karl Marx, si saben, o al menos lo saben algunas de ellas, que son engranajes de la maquinaria. De la maquinaria celeste. La figura que equivale al rey del tablero de ajedrez, Príamo de Troya, se lo dice con toda claridad a la propia Helena, como ya vimos antes:

Tú para mí en absoluto eres culpable de nada, los culpables son los dioses, que trajeron contra mí esta guerra, causa de lágrimas, con los aqueos.[108]

Esta concepción fatalista, que convierte a los humanos en pasatiempo divino, coincide por completo con la que encontramos en la India del Mahabarata. Cuando los fabulosos ejércitos de los pandavas y los kuravas (la tendencia a la exageración india nos habla de un millón de guerreros) se enfrentan en la llanura de Kuruksetra, el héroe Arjuna empieza a dudar si debe partir a la batalla, pero entonces se le aparece el dios Krishna bajo la apariencia de un auriga, que es curiosamente la misma manera en la que se aparecen los dioses en la Ilíada a guerreros como Diomedes o Eneas. Krishna escucha las dudas humanitarias del guerrero, que no quiere dar inicio a un baño de sangre en el que morirán muchos de sus familiares en uno y otro bando, pero el dios azul le convence de que la batalla no significa nada en el orden del cosmos. El discurso de Krishna, que justifica toda crueldad y masacre basándose en la visión cósmica de conjunto, se convirtió en el libro de cabecera de los tintineantes hare-krishnas, el Bhagavad Gita o Canto del bienaventurado.

17.6. Tensión sexual no resuelta entre Helena y Héctor

Homero nos ofrece en sus inagotables versos lo que los guionistas de series de televisión llaman «tensión sexual no resuelta», un mecanismo narrativo que sirve para mantener al espectador enganchado a la trama, esperando que en algún momento se produzca el esperado encuentro entre los dos protagonistas.

Cuando Afrodita aleja a Paris del campo de batalla y lo lleva a sus habitaciones, se presenta allí su hermano Héctor y le reprocha que rehúya el combate y solo piense en los placeres del lecho conyugal. Helena se acerca entonces al gran héroe y le pide que descanse y le haga compañía, lamentándose también ella de la cobardía de su

esposo. Héctor rechaza la idea, pues se trata de un héroe al que nada distrae de su deber (es quizá el único héroe íntegro de la Ilíada), pero lo hace con amables palabras. A pesar de ello, en esta escena parece deslizarse la insinuación de una posible seducción:

Venga, ahora entra y siéntate en este escabel, cuñado mío, ya que la fatiga ha puesto cerco a tus entrañas más que a ningún otro por mi causa, perra de mí, y por el desvarío de Alejandro.[109]

Y responde Héctor:

Helena, no hagas que me siente, a pesar de tu aprecio, pues no me convencerás; m ánimo ya se muestra ansioso por correr en ayuda de los troyanos, quienes gran añoranza sienten por mí en mi ausencia.

Tiempo después, tras la muerte de Héctor a manos de Aquiles, Helena acompaña a su esposa y a su madre en las honras fúnebres y exclama:

¡Héctor, con mucho el más querido en mi ánimo de todos mis cuñados… Hace ya veinte años que vine de allí, dejando a lo lejos mi patria, y jamás oí de tus labios una mala palabra o un desprecio![110]

17.7. Tensión sexual resuelta entre Helena y Aquiles

El gran rival de Héctor, Aquiles, no era tan prudente ni tan íntegro como el troyano, o quizá era más sensual, y no dudó encontrarse en

secreto con Helena. Nos lo cuenta Proclo en su resumen de las Ciprias, poemas que se desarrolllaban en tiempos anteriores o que no se contaron en la Ilíada. Según estos relatos, Aquiles vio a Helena en un sueño que le inspiró su madre Tetis y desde ese momento quedó enamorado. Después pidió a Helena, que contemplaba la batalla desde las murallas de la ciudad, que se desnudara para él, y ella lo hizo. Finalmente, se concertó una cita amorosa:

Por entonces el propio Aquiles sucumbe ante la belleza de Helena, por lo que su madre, Tetis, y la diosa del amor, Afrodita, conciertan un encuentro entre el pélida [Aquiles, hijo de Peleo] y la esposa de Menelao.[111]

Ya vimos en las bodas de Helena en Terapne que Aquiles no concurrió como pretendiente, por ser demasiado joven, pero parece que la diferencia de edad no fue un impedimento para un encuentro sexual, y menos el hecho de que Helena estuviese casada con Menelao (al menos a efectos legales de los aqueos) y con Paris.

Ignoramos los detalles del encuentro, pero se ha sugerido que la belleza de Helena pudo ser lo que movió a Aquiles a cesar en su cólera y regresar al combate, en vez de la muerte de su amado Patroclo, quien, por cierto, sí había sido pretendiente de Helena.

De este encuentro dicen algunos que nació un hijo y quizá un amor inmortal, como veremos en los últimos capítulos de este libro.

17.8. Deífobo y Héleno compiten por Helena

Tras la muerte de Paris, Helena quedó viuda, pero ya sabemos que, desde su abuela Gorgófone, su familia es la de las mujeres que contraen segundas e incluso terceras nupcias, así que no es extraño que Príamo buscase en el amplio catálogo de sus hijos un nuevo

marido para Helena. Dos de ellos pretendían a la viuda: Deífobo, que es considerado el mejor guerrero de Troya tras Héctor, quien a estas alturas ya está muerto, y Héleno, al que su nombre parece predestinar al matrimonio. Héleno es un adivino, pero, como le sucede a su hermana Casandra, sus vaticinios no suelen ser tomados en cuenta. Tampoco su candidatura a la mano de Helena, porque la viuda es entregada a Deífobo.

Furioso y humillado, Héleno abandona Troya y se retira a una cueva. Allí es descubierto y capturado por los griegos, que logran que les cuente de qué manera puede ser tomada Troya: la ciudad no será conquistada si no están allí los huesos de Pélope (el héroe que dio nombre al Peloponeso), si no participa en la guerra Neoptolemo, el hijo de Aquiles, y si no es sacado de Troya el Paladión, una estatua de la diosa Atenea.

17.9. El caballo de Troya

Homero nos ha contado en la Ilíada parte del último año de la guerra, desde que Aquiles se retira del combate, furioso porque Agamenón le ha quitado a una esclava, hasta que el propio Aquiles mata a Héctor y el anciano Príamo le ruega que le devuelva el cadáver de su hijo para poder enterrarlo dignamente. La caída de Troya y la historia del caballo de madera la cuenta en la Odisea su propio artífice, Ulises.

El ardid es el siguiente. Los griegos una vez muerto Aquiles a manos del propio Paris, que atraviesa su talón mortal con una flecha, ya no confían en conquistar Troya por la fuerza y recurren al otro ingrediente fundamental de la Guerra, según Thomas Hobbes, el engaño. Construyen un gigantesco caballo de madera, capaz de esconder en su interior a unas cuantas decenas de soldados griegos, y después los barcos se hacen a la mar. Mediante todo tipo de engaños, logran que los troyanos crean que el caballo es una ofrenda a los dioses y que Troya no podrá ser conquistada si guarda tras sus muros esta magnífica pieza. Aunque varios adivinos, como Laocoonte y Casandra, avisan de la treta de los griegos, los troyanos

deciden meter el caballo en su ciudad inexpugnable, quizá incluso derribando un muro, ya que el caballo no cabe por las puertas de la ciudad. Esta acción dio origen en la antigüedad al consejo «Nunca aceptes regalos de los griegos» y en el presente a la expresión «troyano» para referirse a un espía infiltrado en los centros neurálgicos del enemigo o a un virus informático que logra entrar en nuestro sistema fingiendo ser inofensivo o disfrazándose bajo otra apariencia.

La guerra de Troya, que comenzó con el sacrificio de un caballo al que asistieron los pretendientes de Helena, se acerca a su fin, de nuevo con un caballo, un gran caballo de madera, en el que se ocultan muchos de los pretendientes de Helena, como Ulises y Menelao. El resto de los griegos espera en sus barcos, que permanecen escondidos en una ensenada. Cuentan con la colaboración de un traidor, Sinón, que al llegar la noche hace brillar una antorcha desde la tumba de Aquiles, aunque también Helena colabora y sostiene otra antorcha en la ventana de su habitación:

Como cuando la luna, llena de brillante fuego, dora con su faz el resplandeciente cielo; no cuando, afilando las puntas de sus cuernos, aparece por primera vez en e1 mes y despide una sombría oscuridad, sino cuando, redondeando el luciente círculo de su ojo, atrae los rayos reflejados del sol; tal entonces, radiante, la joven terapnea [Helena] levantaba su enrojecido brazo como guía de la amistosa llama.[112]

Tal vez esta comparación entre Helena y su antorcha con la luna, cual estatua de la libertad avant la letre, no sea casual, como veremos más adelante.

17.10. Menelao al fin frente a la esposa infiel

Al mismo tiempo que los barcos griegos regresan a las playas de Troya, los guerreros escondidos salen del vientre del caballo de madera y comienza el saqueo y la matanza en la esplendorosa ciudad. Quien quiera conocer el horror, puede encontrarlo en la vigorosa descripción de Trifiodoro, que no ahorra ningún detalle y que, con ello, ennegrece el mito y a los héroes, a pesar de que el autor renuncia a contarlo todo, excusándose con una elegante comparación:

Pero yo no podría cantar toda la avalancha de combates y los dolores de aquella noche explicándolos uno por uno; eso es tarea de las Musas; yo conduciré mi canto, como si fuera un caballo, de forma que gire rozando la meta.[113]

Lo que sí nos cuenta Trifiodoro es cómo Ulises y Menelao penetran juntos en el palacio, buscando a Helena y esparciendo la muerte a su alrededor. Menelao descubre al último marido de Helena, Deífobo, hermano de Paris, que huye lleno de espanto, pero Menelao lo alcanza y «golpeándolo en medio del vientre, le desparramó el hígado con los resbaladizos intestinos».[114] O, como cuenta Dictis, lo mató «después de haberle cortado primero las orejas, arrancado luego los brazos y por último, la nariz».[115] Después, el rubio conquistador agarra a Helena y la arrastra tras de sí:

Y a Menelao lo seguía temblorosa, cautiva de guerra, su esposa, alegrándose a veces por el final de las funestas desgracias, avergonzada otras; y aunque tarde, como en sueños, gemía a escondidas acordándose de su patria.[116]

Tras diez años de asedio, el motivo inicial, es decir, rescatar a la reina de Esparta, ya se ha diluido frente al horror cotidiano de una guerra sin fin. Muchos griegos sospechan de Helena, pues creen que

escapó con Paris por su propia voluntad y que ha sido cómplice y partidaria de los troyanos durante el largo asedio. Piden a gritos matarla y se arman con piedras con la intención de lapidarla. Otras versiones dicen que es el propio Menelao quien se dispone a atravesarla con su espada. Pero, en una y en otra versión, al encontrarse frente a Helena y ver sus pechos desnudos, dejan caer las piedras o la espada y la perdonan, como nos cuenta el grosero Tersites:

Pol lo menoh, Menelao, cuando eshó una mirada a loh meloneh de Helena, que ehtaba dehnuda, tiró la ehpada, creo yo.[117]

Más allá de la época de los poetas y mitógrafos, cuando ya eran los dramaturgos quienes dominaban la escena, Eurípides imaginará a un Menelao que se pone de acuerdo con Hécuba, la viuda de su gran enemigo Príamo, en que se debe matar a Helena. Es casi lo único en lo que han podido coincidir griegos y troyanos. Sin embargo, incluso en la obra de Eurípides, Helena no muere, sino que es llevada todavía viva a Esparta, donde Menelao quiere matarla. Pero todos sabemos que no lo hará.

Tras incendiar Troya, los crueles guerreros griegos regresan a sus hogares, pero pocos encontrarán un final feliz. Algunos son asesinados a su llegada, como el poderoso rey de Micenas, Agamenón, al que su esposa Clitemnestra degüella en venganza por la muerte de Ifigenia, otros como Diomedes, consiguen escapar por poco de un destino semejante. Algunos, en fin, tardan años en llegar a sus tierras, como Ulises, cuyo regreso o nostos se cuenta en la Odisea, o el propio Menelao, quien, junto a Helena, tarda al menos siete años en alcanzar Esparta. La razón es la venganza de los dioses, pues los griegos, tras conquistar Troya, no ofrecieron, de nuevo, los sacrificios adecuados. Estos regresos accidentados son la última muestra de la maldición de Helena, pues de las decenas de grandes héroes que compitieron por su mano, casi todos mueren en la guerra o en el regreso a su patria. Helena, aunque quizá no sea la verdadera culpable, merece sin duda el apelativo de destructora de ciudades y matadora de hombres.

17.11. Todo por una mujer

La importancia de Helena en el conflicto de Troya resulta llamativa por una razón: no se encuentra entre los griegos de la época clásica un esfuerzo comparable por causa de una mujer. Aquí de nuevo nos parece ver la diferencia entre la sociedad micénica y la de la Grecia clásica, diferencia a la que ya me referí al hablar del importante papel que juegan reinas como Clitemnestra y Helena, o del comportamiento de las diosas, tan diferente al que le era permitido a las mujeres humanas.

Aparte de algunas curiosidades aquí y allá, como la construcción del Taj Mahal en homenaje a la mujer amada en la india de los mogoles, no resulta fácil encontrar momentos en los que una mujer haya movido tanto interés. En China se habla de las cuatro mujeres más bellas y en especial de una de ellas Xi Shi, que jugó un importante papel al corromper a Fuchai, rey del antiguo estado de Wu, y hacerle descuidarse de sus deberes como gobernante y guerrero, pero se trata tan solo de un papel secundario. Tal vez solo en las cortes de amor medievales se encuentre a mujeres inspiradoras de las acciones de los grandes héroes y un modelo semejante al de Helena es el de Ginebra y otras grandes damas en el ciclo artúrico, por las que los caballeros entregaban sus esfuerzos y a menudo la propia vida.

En realidad, el ejemplo más cercano se encuentra de nuevo en la epopeya india del Mahabharata, que ya he comparado con los mitos griegos al referirme al sacrificio del caballo o asvameda y a la terrible guerra entre pandavas y kuravas, y a la idea, en todo semejante a la Ilíada, según la cual los dioses se divierten, o al menos se entretienen, viendo cómo se matan los hombres. Pues bien, la guerra del Mahabharata también fue provocada por una mujer.

Todo comienza, del mismo modo que en el mito de Helena, con la reunión de decenas de pretendientes que desean casarse con la joven Draupadi. Su padre, el rey Draupada, ha establecido que se

casará con aquel de entre ellos que sea capaz de curvar un poderoso arco y acertar un blanco. Es curioso que este motivo del arco indomeñable se encuentre también en el desenlace de la Odisea, cuando todos los pretendientes de Penélope intentan curvar el arco de Ulises en vano. Draupadi se casa con el vencedor, Arjuna, pero también con sus cuatro hermanos, hecho llamativo, pues aquí la polígama es Draupadi, que tiene cinco esposos. Es una mujer de muchos hombres, como Helena, pero no sucesivos. Tras la boda, los acontecimientos se precipitan y se inicia una guerra entre los pandavas y los kuravas que nada tiene que envidiar a la de troyanos y griegos y en la que Draupadi también demuestra un carácter activo, tan diferente al que se le permitía a las mujeres de la antigua India como el de Helena respecto a las griegas.

17.12. Helena, ¿un mecanismo malthusiano?

La teoría de la evolución recibió un impulso extraordinario cuando Charles Darwin leyó los escritos de Malthus acerca de la población, donde se decía que mientras que la población de especies puede crecer geométricamente, doblándose en cada generación (2-4-8-16…), no sucede lo mismo con los alimentos, que solo crecen aritméticamente (2-3-4-5…). Detrás de muchos mitos se detecta una preocupación evidente por la superpoblación, que parece reflejar la inquietud y la angustia de muchos pueblos cuando se enfrentaban a la situación dramática de no tener comida para todos. La guerra, ya lo sabía Zeus, es un método muy eficaz para regular la superpoblación, como sugirió Malthus y como lo han mostrado los sociólogos e historiadores. Los griegos también lo sabían, y la propia Helena lo declara:

Otros designios añadió Zeus a estos males, pues llevó la guerra al país de los Hélenos y a los desventurados frigios, para aliviar a la madre tierra de una gran multitud de hombres y para que cobrara fama el más valiente hijo de la Hélade (Aquiles).[118]

En la antigüedad, en efecto, se consideró que toda la guerra de Troya y el uso que para provocarla se hace de Helena, tenía como explicación la cólera de Zeus, que estaba fatigado, enojado o alarmado por el creciente número de los seres humanos, por su ruido incesante que se elevaba a los cielos y no le dejaba descansar:

Zeus que en lo alto truena meditaba acciones maravillosas, causar confusión en la tierra sin límites tras desordenada ruptura, y ya se afanaba por hacer desaparecer la abundante estirpe de los hombres civilizados; el pretexto era que perecieran las vidas de los semidioses.[119]

En este fragmento de Hesíodo, que por desgracia está incompleto, parece que lo que más molesta a Zeus es la cantidad de semidioses que poblaban la tierra, algo de lo que él mismo y su hermano Poseidón eran los principales culpables, como ya hemos visto al recordar su afición a las mujeres humanas. Para restablecer el orden en la tierra, Zeus maquina diversas estratagemas, como un Diluvio, al que sobrevive Deucalión, o guerras sucesivas, como la de Tebas y la de Troya, para de este modo acabar (se supone que al mismo tiempo de manera entretenida) con la raza de los semidioses y grandes héroes y contener la soberbia de los humanos. Nos hallamos también aquí con un mitema o motivo mítico que se encuentra en muchas religiones.

El dios sumerio Enlil, cansado del ruido incesante que provocan los humanos, decide también acabar con ellos mediante un diluvio, un mito que se trasmitió a los judíos con su Noé, equivalente del sumerio Ziusudra o del semita Utanapishti,[120] aunque el motivo final de Yahvé no queda tan claro y se dice que estaba asqueado por la impiedad de los humanos. En otra ocasión, cuando los humanos intentan llegar hasta Dios con la torre de Babel, Yahvé los derriba en el fango, de manera semejante a como Zeus derriba a los gigantescos Oto y Efialtes, que intentaron alcanzar el Olimpo colocando el monte Osa sobre el Pelión.

La lucha de Dios o los dioses contra los hombres ha sido una constante en todas las culturas, no solo entre los judíos los sumerios y semitas y los griegos, sino también en la India, donde ya hemos visto cómo el dios Krishna interviene en la batalla de Kuruksetra, en una guerra que también parece una estratagema para reducir el peligroso número de los hombres y su soberbia desmedida, quizá con más razón, porque en la India los dioses saben que un hombre que se entrega a una profunda meditación o tapás puede llegar a superar a cualquier dios en poder cósmico. No es extraño al observar el comportamiento de los dioses griegos e indios, pero también al Yahvé del Antiguo Testamento, que un pensador como James Mill, al examinar la relación entre el hombre y los dioses llegara a la conclusión de que la humanidad ha ido sumando rasgo a rasgo hasta lograr alcanzar la concepción más perfecta de maldad que la mente humana puede concebir, y que entonces «la ha llamado Dios y se ha postrado ante ella».[121]

Los griegos acusaron no solo a Zeus sino a otros dioses de la causa de la guerra de Troya, a Apolo por ser el protector de los troyanos y querer prevalecer sobre los griegos, a Hera y Atenea por el deseo de venganza, pero especialmente a Afrodita (y casi de manera asociada a Ártemis), movida por razones diversas: premiar a Paris por haberle dado la manzana de la discordia, castigar a Tindáreo por no ofrecerle un sacrificio adecuado o incluso porque una profecía aseguraba que si Príamo perdía el trono de Troya su lugar lo ocuparía Anquises, al que la diosa había amado y con el que había tenido a su hijo Eneas. Se cree que esta interpretación fue propuesta por el historiador Acusilao de Argos, del que no se han conservado las obras[122].

Una gran similitud entre muchos mitos que cuentan la rivalidad entre dioses y hombres[123] es el uso de la mujer como arma de destrucción masiva. Zeus usa a una mujer, Pandora, para castigar a los hombres y vengarse de Prometeo, probablemente también usa a una mujer, Erífile, para provocar la guerra de Tebas, y después a Helena para que se desencadene el conflicto definitivo que acabará con los grandes héroes y semidioses:

A unos la guerra funesta y el temible combate los aniquiló bien al

pie de Tebas la de siete puertas, en el país cadmeo, peleando por los rebaños de Edipo, o bien después de conducirles a Troya en sus naves, sobre el inmenso abismo del mar, a causa de Helena de hermosos cabellos.[124]

17.13. La mujer como maldición

Cuando Helena llegó a Troya ya había conocido a muchos hombres que la deseaban. La lista sería casi interminable si contamos a los pretendientes, con los que no se sabe si tuvo alguna aventura durante el tiempo en el que todos intentaron seducirla. Al contrario que en el mito indio de Draupadi y que en la mayoría de las disputas de los mitos griegos por una mujer, sorprende que los pretendientes de Helena no tuvieran que superar una prueba. Basta con recordar que Ulises, para conseguir casarse con Penélope, no solo contaba con la ayuda de Tindáreo, tío de la joven, sino que también tuvo que vencer a Icario, padre de Penélope, en una carrera.

Helena, además de las posibles aventuras con los pretendientes, estuvo con Teseo, con quien quizá fue madre de Ifigenia, con Menelao, tal vez con Proteo en Egipto, y con Paris en Troya, donde también fue pretendida por otros dos hijos de Príamo, Héleno y Deífobo, casándose con el último. Y se dice que tuvo un encuentro nocturno y fugaz con Aquiles.

Casi todos los hombres que se relacionan con Helena acaban su vida de manera trágica, por lo que ella es también un ejemplo de lo que se ha llamado la belle dame sans merci, la hermosa mujer sin piedad, una imagen de la muerte. Teseo acabó preso en el infierno poco después de secuestrarla y Atenas fue arrasada por sus hermanos, los Dioscuros; Paris murió en Troya, lo mismo que Deífobo; su pretendiente Héleno se convirtió en traidor y cómplice de la caída de Troya y de la muerte de su padre Príamo; Aquiles, su fugaz amante, también murió en la guerra que ella provocó, así como decenas de hombres que viajaron hasta tan remoto lugar tan solo para rescatarla. Es el propio Aquiles quien, tras la muerte de su

amigo Patroclo, define a Helena como «la estremecedora»,[125] algo que la propia Helena admite mientras llora junto al cadáver de Héctor, el hombre que siempre la defendió en Troya: «Ya no me queda nadie en la ancha Troya que sea tierno y amable conmigo, puesto que todos me aborrecen!».[126]

El único que parece salir indemne de su relación con Helena es Menelao, su primer esposo, con el que compartió el trono de Esparta tras la caída de Troya, aunque ya veremos que en este asunto también hay versiones divergentes.

17.14. Nueva defensa de Helena

El orador Isócrates, uno de los más célebres de Atenas junto a Demóstenes, escribió una Defensa de Helena, en parte como imitación del Elogio de Helena de Gorgias, aunque con la intención declarada de llevar a cabo la tarea que el sofista no había logrado: mostrar que Helena era inocente de todas las acusaciones. Una de sus líneas argumentales es que gracias a Helena los griegos se unieron y lucharon contra los bárbaros asiáticos, lo que evitó que se convirtieran en esclavos de aquellos déspotas. Como se ve, Isócrates no solo se anticipa en muchos siglos al concepto de despotismo oriental de Karl Marx, sino que escribe, como decía Fraenkel, de atrás hacia delante, al atribuir a los griegos que fueron a Troya un gobierno no despótico, trasladando de este modo a los tiempos legendarios la lucha de la democracia ateniense con los diversos déspotas de su época. También es discutible, como sugiere Isócrates, que la intención de aquellos «bárbaros» troyanos fuera conquistar los reinos griegos. En cualquier caso, la guerra por Helena representó en el imaginario posterior la primera muestra del conflicto entre Europa y Asia, no solo en el lado europeo o griego, sino también en el asiático, como muestra el hecho de que el rey persa Jerjes, antes de pasar al territorio continental griego se detuviera donde siglos antes había estado Troya para rendir honores a Príamo y a Héctor y prometer venganza por la caída de la esplendorosa ciudad. Es comprensible que, tras siglos de enfrentamientos entre griegos y persas, Isócrates trasladara el

conflicto hacia los tiempos más lejanos y considerara a Helena la heroína que por primera vez unió a los griegos.

La propia Helena adopta un argumento semejante al de Isócrates, aunque más ingenioso, en Las Troyanas de Eurípides, durante el enfrentamiento verbal que mantiene con Hécuba, que quiere convencer a Menelao de que mate a su esposa. Helena ofrece algunas razones paradójicas que prueban que ha sido beneficiosa para los griegos. La primera es que ella misma, en tanto que mujer más bella del mundo, fue el premio de Afrodita a Paris en el juicio de las tres diosas. La diosa cumplió su promesa, como sin duda lo habrían hecho las dos competidoras por la manzana de la discordia, Hera y Atenea. Pues bien, las promesas que estas dos diosas ofrecieron a Paris habrían significado la ruina de Grecia, pues Hera le prometió que los troyanos conquistarían Grecia, mientras que Atenea le propuso el dominio de los mares también para Troya. Puesto que Paris escogió la oferta de Afrodita, es decir, a Helena, eso tuvo como consecuencia el desenlace «feliz» de que han sido los griegos los que han destruido a los bárbaros, a pesar del sacrificio personal de la propia Helena:

En cambio, lo que hizo feliz a Grecia me perdió a mí, que fui vendida por mi belleza. Y se me insulta por algo por lo que debíais coronar mi cabeza.[127]

Helena ofrece un segundo argumento en su favor, que consiste en sostener que a primera vista ella ha sido la causa de la guerra, pero que siempre hay una causa de la causa, y aún otra causa, y otra causa anterior a cualquier causa. De este modo, Helena logrará convertirse a sí misma no en causa sino en efecto: es cierto que su rapto hizo que los griegos iniciaran las hostilidades, pero antes de que eso sucediera tuvo lugar el juicio de las tres diosas en el que Afrodita hizo su promesa a Paris; y antes de que eso sucediera la diosa de la discordia Eris lanzó la manzana en las bodas de Peleo y Tetis; y antes de que eso sucediera, Tetis se casó con Peleo, porque tanto Zeus como Poseidón habían renunciado a ella cuando les advirtieron que cualquier hijo nacido de Tetis sería superior a su

padre, profecía que se cumplió, pues su hijo Aquiles fue superior al ya extraordinario Peleo. De este modo, de causa en causa, podríamos retroceder hasta el Caos original y diluir la responsabilidad de Helena, que solo sería ya un último efecto provocado por muchas y lejanas causas. En su búsqueda de causas que la exculpen, Helena incluso culpa al rey Príamo por no haber matado a su hijo Paris, y así evitar la anunciada profecía de que aquel niño también se convertiría en la causa de la caída de Troya.

Luciano, en uno de sus Diálogos de los muertos, recupera el argumento en tono cómico, contando que Protesilao, el primer griego que pisó las llanuras de Troya y que murió, cumpliéndose una profecía, es sorprendido por el juez del infierno Éaco cuando intenta estrangular a Helena. Protesilao explica que ha intentado estrangularla porque fue por culpa de ella que él murió luchando en Troya, pero el juez de los infiernos le dice que más bien debería culpar a Menelao, que fue el que hizo que los griegos fueran a Troya para rescatar a Helena. Pero entonces interviene Menelao y dice que fue Paris el culpable, pues raptó a Helena y provocó la guerra inevitable. Pero entonces aparece por allí el propio Paris y dice que no fue culpa suya, sino de Eros, que hizo que se sintiera irresistiblemente atraído por Helena. Pero entonces Éaco le dice a Protesilao que quizá Eros es culpable de que Paris se enamorara de Helena, pero que el propio Protesilao es el causante de su muerte prematura por empeñarse en ser el primero en pisar tierra troyana, cuando la profecía decía que ese hombre moriría también el primero. Y entonces Protesilao admite que es cierto, pero que entonces las culpables son las Moiras, que tejieron su destino.

Este juego con las causas de causas ya dio origen en la antigüedad, gracias a Horacio, a la locución, que todavía se emplea hoy en día, «ab ovo», es decir, «desde el huevo», cuando algo se cuenta desde su origen mismo, en vez de in medias res (desde la mitad del asunto o con la historia ya empezada) o in extremis (desde el final). Ese huevo es, por supuesto, el de Leda, por la costumbre de algunos poetas y rapsodas de contar la guerra de Troya remontándose hasta el nacimiento de Helena.

---

84 Horacio, Sátiras (I, 3), en traducción de José Luis Moralejo

(Gredos). Verso generalmente suavizado en las traducciones, sustituyendo el coño por el amor, la mujer o la tentación: «Pues mucho antes de que naciese Helena, De guerra atroz y dura, Fue causa amor, y fuelo la hermosura» (traducción de Javier de Burgos). El original no deja lugar a dudas: «nam fuit ante Helenam cunnus taeterrima belli causa».

85 Homero, Ilíada.

86 Homero, Ilíada.

87 Homero, Ilíada

88 Homero, Ilíada

89 Homero, Ilíada.

90 Umberto Eco, Interpretación y sobreinterpretación.

91 Se lo cuenta el héroe Teucro a la propia Helena en la Helena de Eurípides. Dictis da en su Diario de la guerra de Troya una versión diferente de la ausencia de los Dioscuros y dice que estaban avergonzados de la conducta de su hermana y que por eso se negaron a participar en la expedición.

92 Homero, Ilíada.

93 Homero, Ilíada.

94 The Greek Anthology III.

95 Homero, Ilíada.

96 Homero, Ilíada.

97 Homero, Ilíada.

98 Homero, Ilíada.

99 Reading Eustathios of Thessalonike, de F. Pontani, V. Katsaros y V. Sarris.

100 Ver el capítulo «¿Traicionó Helena a los griegos?».

101 Varios autores sostienen que debió existir en época micénica un relato prehomérico, ya fuera oral o incluso escrito, que se transmitió de alguna manera través de la época oscura. Algunos suponen que pasajes como el Catálogo de las naves claramente proceden de este sustrato micénico, aunque fuera modificado posteriormente en muchos detalles.

102 T.W. Allen, «Dictys of Crete and Homer», Journal of Philosophy 31, 1912. (Citado en Dictis cretense, Diario de la guerra de Troya).

103 Homero, Ilíada.

104 Homero, Ilíada.

105 Daniel Tubau, El guión del siglo 21.

106 Platón, Las leyes.

107 Homero, Ilíada.

108 Homero, Ilíada.

109 Homero, Ilíada.

110 Homero, Ilíada.

111 Proclo, Resumen de Las Ciprias.

112 Trifiodoro, La toma de Ilión. También Higinio en sus Fábulas dice que fue Helena la que sostenía la antorcha, y no Sinón, como dicen otros.

113 Trifiodoro, La toma de Ilión.

114 Trifiodoro, La toma de Ilión.

115 Dictis, Diario de la guerra de Troya.

116 Dictis, Diario de la guerra de Troya.

117 Aristófanes, Lisístrata. Esta versión la comparten Íbico, y Lesques en La Pequeña Ilíada. También Eurípides en Andrómaca. Otra traducción: «Por lo menos Menelao, cuando vio las manzanas

de Helena desnudas desenfundó su arma, según creo» (versión de Lisístrata de Luis M.Macía Aparicio)

118 Eurípides, Helena.

119 Hesíodo, Catálogo.

120 Epopeya de Gilgamesh y Atraharsis.

121 John Stuart Mill, Autobiography.

122 Edgar John Forsdyke, Greece before Homer.

123 Daniel Tubau, Dioses contra hombres.

124 Hesíodo, Trabajos y días.

125 Homero, Ilíada, XIX, 325.

126 Homero, Ilíada, XXIV, 775.

127 Eurípides, Las troyanas.

18

SIDÓN II

18.1. Artesanía sidonia

Parece que a su regreso de Troya, como ya había hecho en el viaje de ida junto a Paris, Helena volvió a visitar Sidón, pero esta vez junto a Menelao, o al menos eso es lo que dice el rey de Esparta a Telémaco, el hijo de Ulises en la Odisea:

De entre los objetos valiosos todos que tengo atesorados en mi casa, te daré el que es el más bello y más preciado. Te voy a regalar una crátera bien tallada. Es toda de plata y sus bordes están recubiertos de oro. Es un trabajo de Hefesto. Me la obsequió el héroe Fédimo de los sidonios, cuando me hospedó en su hogar, en mi regreso hacia acá. Ésta es la que quiero regalarte a ti.[128]

---

128 Homero, Odisea.

19

CRETA

19.1. Una breve visita a la tierra de los mentirosos

Aunque esta etapa del viaje no es mencionada por otros autores, Dictis el cretense, que presume de haber participado en la guerra de Troya, asegura que Menelao y Helena se detuvieron allí y fueron recibidos con entusiasmo por todo el pueblo y quizá por el propio Dictis, que al parecer ya había llegado a Creta junto al rey Idomeneo.[129]

Sin embargo, se duda del relato de Dictis y se cree que se trata de una falsificación de tiempos del emperador Nerón. Sería, en consecuencia, una confirmación de la fama de mentirosos de los cretenses, que incluso dieron origen a una de las más célebres paradojas, la de Epiménides.

Epiménides, que es cretense, dice: «Todos los cretenses son mentirosos». Entonces, si Epiménides miente, los cretenses no son mentirosos, lo que es una contradicción, porque él lo es; pero si dice la verdad, entonces él tiene que ser un mentiroso y, por lo tanto, no es verdad que todos los cretenses sean mentirosos.

A pesar de que durante siglos se ha citado esta broma como ejemplo de paradoja, en realidad no lo es: si solamente algunos cretenses son mentirosos, entonces Epiménides puede ser un mentiroso y al mismo tiempo mentir sin caer en contradicción, pues no todos los cretenses son mentirosos (que es lo que él ha afirmado).

La conclusión es que tal vez Dictis fuera un mentiroso, pero que quizá algunas de las cosas que dice en su relato no sean mentira, es decir, que tal vez revelan detalles del mito original de Helena, como esta breve visita a Creta.

129 Dictis, Diario de la guerra de Troya.

20

NAUPLIA

20.1. Noticias de la familia

Helena y Menelao al regresar de Troya, antes de dirigirse a Argos o a Micenas, desembarcan en Nauplia, puerto de la Argólida.

Allí se enteran de la muerte de Agamenón, hermano de Menelao, a manos de su esposa Clitemnestra, hermana de Helena, que se confabuló con su amante Egisto. Clitemnestra vengó de este modo el sacrificio de su hija Ifigenia.

También les informan de la muerte de los dos asesinos, a manos de Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, ayudado por su amigo Pílades.

Así que, al llegar a tierras griegas, tanto Menelao como Helena saben que han perdido a un hermano y a una hermana, dos muertes más que los cronistas suelen cargar en la extensa lista de crímenes de Helena.

21

MICENAS O ARGOS

21.1. ¡Muera Agamenón y muera Helena!

A Helena no solo se la acusaba de haber provocado la más terrible guerra entre griegos y asiáticos que hasta entonces había tenido lugar, sino que era considerada culpable indirecta de la muerte de Ifigenia, la joven hija de su hermana Clitemnestra, y también de la del rey de Micenas Agamenón, asesinado por Clitemnestra en venganza; y también, en una tercera carambola mortal, es culpable de la muerte de la propia Clitemnestra, asesinada por su hijo Orestes, con la complicidad de su hermana Electra. Toda la sangre derramada en el palacio de Micenas, incluida la de la adivina troyana Casandra, que acompañaba a Agamenón como concubina, se atribuía de una u otra manera a Helena. Porque fue por su culpa por lo que se cometió el primer crimen, el de Ifigenia, y después se puso en marcha la rueda de la venganza, que ahora estaba a punto de aplastar a las dos últimas víctimas, precisamente coincidiendo con la llegada de Menelao y Helena a Argos, o tal vez a Micenas.

Orestes y Electra, sobrinos de Helena, eran esas dos últimas víctimas, pues el pueblo los quería condenar por la mayor de las impiedades, matar a una madre. El crimen de matar a un esposo, como había hecho Clitemnestra, era grave, pero mucho más lo era el de matar a un padre o a una madre, con los que se comparte la misma sangre. Por eso, a Orestes, tras matar a su madre, le persiguen las crueles Euménides (Erinias), diosas que le aterrorizan, le provocan espantosas visiones, le debilitan de día y de noche, no le dejan dormir y le llevan al borde de la locura.

Este último chasquido del engranaje sangriento de la venganza es el argumento del Orestes de Eurípides, que el dramaturgo sitúa en

Argos, aunque los autores antiguos y los expertos modernos no se ponen de acuerdo en si la acción tuvo lugar en Argos o en Micenas, ciudades que estaban separadas por apenas veinte kilómetros. En la obra de Eurípides, el pueblo de Argos ha decidido acabar con la vida de Orestes y Electra, y el momento de la sentencia se acerca cuando Menelao desembarca, se supone que tras su largo peregrinar tras la guerra de Troya, trayendo con él a Helena. Al conocer el crimen que han cometido sus sobrinos, aun sabiendo que lo hicieron para vengar la muerte de su propio hermano Agamenón, Menelao entiende que deben ser ajusticiados. Sin embargo, Electra y Orestes, convencidos por Pílades, deciden que, puesto que van a morir, al menos se llevarán por delante a la gran culpable, a Helena. Y también, por qué no, matarán a Hermione, la hija de Menelao y Helena. Organizan entonces el crimen, tendiendo una emboscada a Helena.

El desenlace de la obra ha sido considerado feliz y también un poco bufonesco, porque, tras la oportuna intervención de Apolo como deus ex machina, Orestes no mata a su prima Hermione, sino que se casa con ella y el propio Menelao lo acepta como yerno, mientras que Pílades se casa con Electra. El trono de Esparta, en definitiva, quedará en manos de Orestes, a pesar de su terrible crimen. Solo hay un detalle que chirría en este desenlace feliz, pues antes de que todo esto suceda, Helena ha sido asesinada por Orestes. ¿Es este, pues, el destino final de Helena? ¿Morir a manos de un Orestes enloquecido, de una Electra y un Pílades dominados por el odio y el rencor? ¿Ser degollada en el palacio de Argos después de haber sobrevivido a tantos peligros y aventuras?

La respuesta es no. No es ese su destino.

Como sucedía en Ifigenia en Áulide, cuando la joven se esfumaba en el instante en el que el sacerdote se disponía a acuchillarla, también la Helena que parece destinada a morir a manos de Orestes se diluye un instante antes de que el filo corte su garganta. El dios Apolo lo explicará después: Helena, del mismo modo que su sobrina (o hija) Ifigenia, habita ahora con los dioses junto a sus dos hermanos, Cástor y Pólux. Por cierto, antes de continuar, hay que señalar algo bastante sorprendente: los Dioscuros son adorados incluso hoy en día, pues son los famosos San Cosme y San Damián,

patrones de los marineros, que se aparecen en el mar en forma de fuegos de San Telmo. Quizá Helena los acompaña, como veremos más adelante.

En cualquier caso, y lo que es quizá más importante desde el punto de vista de la verosimilitud mítica, la versión de la muerte de Helena que nos cuenta Eurípides no se encuentra en ninguna otra fuente ni la menciona ningún otro autor, o al menos eso nos asegura Aristófanes el gramático en su resumen del drama.[130] En consecuencia, a no ser que algún nuevo desciframiento de un papiro nos revele otra cosa, parece que este cruel asesinato de Helena es una invención tardía de Eurípides. Más aliviados, tras esta escala en Argos, podemos continuar viajando con Helena hacia su patria.

---

130 Eurípides, Orestes.

22

ESPARTA

22.1. Los dos extranjeros

La escena tiene lugar en el palacio de Menelao, rey de Esparta, pero no antes de la guerra de Troya, sino después. Han trascurrido diez años desde que Troya fue destruida.[131] Helena y su esposo Menelao comparten la felicidad de gobernar un reino en paz. En este día celebran una boda doble, la de sus dos hijos, Hermíone y Megapentes.

El atrevido Paris, que sedujo y raptó a Helena veinte años atrás, ahora está muerto. Tan muerto como lo está su hermano Héctor, el guerrero que parecía invencible y cuyo cadáver fue arrastrado por el carro del vengativo Aquiles alrededor de los muros de Troya. Tan muerto como lo están su padre Príamo y su madre Hécuba; muerto como su hermano Deífobo, que ocupó el lecho de Helena cuando él murió. Muerto, en fin, como está muerta su hermana Casandra, la adivina a la que nadie creía y que, tras convertirse en esclava del general Agamenón, fue asesinada junto a él, el mismo día y a la misma hora, por Clitemnestra, la hermana de Helena.

Paris, el joven troyano que la raptó, es ahora tan solo un recuerdo para Helena, como lo son los espléndidos palacios de Troya y los altos muros que protegían la ciudad, desde los que veía luchar a dos ejércitos enfrentados por su causa. Han muerto ya tantos héroes, queda todo ya muy lejano ahora, mientras Menelao y su esposa celebran la doble boda de sus hijos. El fuerte Megapentes toma como esposa a la hija de Alector, mientras que Hermíone, que compite en belleza con su madre y con Afrodita, se casa con Neoptólemo, el hijo de Aquiles. De aquel Aquiles de los pies ligeros que también murió en las llanuras de Troya, a manos del propio

Paris, que atravesó su talón con una flecha certera. Paris, Deífobo, Menelao, quizá Aquiles… son algunos de los hombres en la vida de Helena, pero no son los únicos. Antes de casarse con el rey de Esparta, decenas de pretendientes habían intentado seducirla, entre ellos Ulises y Áyax el Grande. Y más atrás, en un tiempo tan lejano que es casi una bruma de la memoria, Helena fue raptada por otro gran héroe, Teseo de Atenas, el vencedor del Minotauro.

Helena no está en el salón cuando llegan los dos extranjeros. Vienen juntos, pero uno nació en la isla de Ítaca y el otro en Pilos. El rey Menelao, cumpliendo con las normas de la hospitalidad, se encarga de que los dos jóvenes se laven en sus espléndidas bañeras para quitarse el polvo y el sudor de un largo viaje. Después ordena que les sirvan deliciosos manjares y, aunque sin duda la curiosidad ya se ha despertado en él, espera a que descansen y sacien su hambre para preguntarles por su identidad. Los dos viajeros contemplan asombrados el palacio: la jarra de oro en la que se vierte el agua sobre fuente de plata para que se laven las manos, las copas, también de oro, el brillo esplendido de electro, marfil, plata y oro por todo el palacio. Uno de los jóvenes murmura que le parece estar en el Olimpo junto a Zeus. Menelao escucha el comentario y decide hablar, para negar que su palacio pueda competir con los de los dioses. Después, como si intuyera lo que va a suceder, revela su tristeza por la muerte de su hermano Agamenón y tantos héroes que cayeron en Troya, pero de manera especial por Ulises. Uno de los extranjeros, al escuchar ese nombre, comienza a llorar.

Y es entonces cuando Helena, en una entrada que podríamos calificar de película, si no fuera porque las películas no existían en tiempos de Homero, entra en el salón. El poeta no la compara con Afrodita, como ha hecho versos antes al hablar de su hija Hermione, sino con Ártemis, la diosa cazadora. Helena contempla a los dos jóvenes y enseguida reconoce unos rasgos familiares y, conmovida, exclama: «Nunca vi ni en mujer ni en varón semejanza con otros cual la muestra a mi vista este joven. Con pasmo lo miro y un retoño me parece ver del magnánimo Ulises. Yo diría que es Telémaco…».

Y, en efecto, el joven que llora es Telémaco, el hijo de Ulises, y el que lo acompaña es Pisístrato, hijo de Néstor de Pilos, el anciano

rey que luchó en todas las guerras y a todas sobrevivió. El momento de la revelación, lo que los griegos llaman anagnosis, desencadena el llanto en todos. Llora Menelao y llora Telémaco, llora Pisístrato y llora Helena.

Esta es la escena que nos muestra Homero al comienzo del canto IV de la Odisea. Y es entonces cuando Helena nos sorprende, al echar en el vino una droga capaz de hacer olvidar las penas incluso a quien hubiera perdido a su padre o a su madre o viera caer a su hermano o a su hijo querido delante de sus ojos. Homero asegura que la misteriosa droga, llamada nepentes (olvido) y que se ha identificado con el opio, se la dio a Helena, junto a otros remedios, Polidamna, esposa de Ton el de Egipto. ¿Pero es que Helena de Troya, que antes y después fue Helena de Esparta, se detuvo en Egipto al regresar de Troya? Lo sabremos más adelante, pero ahora detengámonos un instante para escuchar el relato que Helena decide contar a esa audiencia ahora más alegre gracias a su asombrosa pócima egipcia. Este relato que sale de los labios de Helena es uno de los testimonios más extensos que la antigüedad conservó de esta mujer que causó la más terrible guerra entre griegos y asiáticos, precedente de la que enfrentaría, quizá mil años más tarde, al joven Alejandro de Macedonia y al poderoso rey de los persas, Jerjes.

22.2. ¿Traicionó Helena a los troyanos?

«Esplendido es el regalo que has ofrecido a tu patria».

Lo que Príamo habría dicho cuando Helena reveló a los griegos como tomar Troya (Epigrama Anónimo de la Antología griega)[132]

En cuanto Helena inicia su relato en el palacio de Esparta y recuerda su encuentro con Ulises en Troya, descubrimos que es una excelente narradora, que puede competir con los aedos o recitadores que iban de pueblo en pueblo. No es extraño, pues es

una mujer que ha recorrido gran parte del mundo conocido, que ha tenido muchos amantes, que ha conocido poderosas ciudades y que ha presenciado costumbres diversas a lo largo de veinte años, desde el día en el que partió de Esparta en un barco pirata junto al troyano Alejandro o Paris. Sin embargo, esta elocuencia de Helena, que estaría muy justificada por su biografía y sus andanzas, en realidad es común a todos los personajes de Homero. Los violentos guerreros también muestran su elocuencia entre golpe y golpe o antes de disponerse a degollar a un enemigo. Son elocuentes las criadas y los sirvientes, son elocuentes los pastores, como sin duda lo fue Paris cuando criaba las ovejas en el monte, antes de saber que era hijo del rey de Troya y que tres diosas le iban a elegir como árbitro de sus disputas. Incluso el más despreciado de los aqueos, Tersites, es elocuente cuando insulta a los héroes que se reparten los despojos y las riquezas obtenidas en la guerra. La elocuencia iguala a todos los caracteres que desfilan por los versos bien medidos de Homero, así que no es extraño que en este pasaje de la Odisea también Helena sea elocuente, como ya lo fue en la Ilíada, cuando describió, a ruegos del anciano rey Príamo, uno a uno a los guerreros que sitiaban Troya. Sin embargo, más adelante descubriremos que Helena tiene más razones que muchos otros personajes de Homero para relacionarse con el arte narrativo, y que ella misma es muy consciente de su don.

Pues bien, así comienza el relato que Helena cuenta a su esposo y a los dos jóvenes, Telémaco y Pisístrato:

Así que ahora comed sentados en esta sala y gozad de la charla. Voy a contaros, pues, un suceso oportuno. No os relataré ni enumeraré cuántas proezas están en el haber del sufrido Odiseo, sino sólo algo que él acometió y soportó como bravo guerrero en el país de los troyanos, donde sufristeis penalidades los aqueos.[133]

Si pudiéramos contemplar el salón del palacio de Esparta, sin duda ahora veríamos los rostros expectantes de toda la audiencia ante las palabras de Helena:

Lacerándose a sí mismo con infamantes heridas, echándose sobre los hombros unos feos andrajos, semejante a un esclavo, se deslizó en la ciudad de sus enemigos. Al disfrazarse, parecía otro tipo, un mendigo, él que no era nada semejante en las naves de los aqueos. Con esta apariencia se introdujo en la ciudadela de los troyanos. A todos les pasó inadvertido. Y yo sola le reconocí, tal como era, y me puse a interrogarle. Él intentó zafarse con astucia. Pero cuando yo le hice bañarse y ungirse con óleo, lo revestí con vestidos y le di un solemne juramento de no revelar, ante los troyanos a Odiseo hasta que hubiera alcanzado sus raudas naves y sus tiendas, entonces él me reveló todo el plan de los aqueos. Y, tras de dar muerte a muchos troyanos con el bronce de ancho filo, regresó entre los aqueos, y les llevó abundante información. Mientras otras troyanas elevaban sus agudos sollozos, entonces mi corazón se alegraba, puesto que ya mi ánimo sentía deseos de regresar de nuevo a mi hogar y me arrepentía de mi locura, la que me había inspirado Afrodita cuando me arrastró hasta allí desde mi querida tierra patria, dejando a mi hija y mis aposentos y a mi esposo, que no es inferior a nadie ni en inteligencia ni en gallardía.[134]

El relato de Helena nos llama la atención por varias razones. Resulta curioso que anticipe en cierto modo el desenlace de la Odisea, pues Ulises, cuando el relato avance hacia su final, entrará de nuevo en un palacio, el suyo de Ítaca, disfrazado de mendigo y con la intención de llevar la muerte a quienes lo ocupan. Es lo que en una serie de televisión se llama una trama espejo: un tema, mecanismo o argumento que se repite dos o más veces en la narración, a veces para marcar un contraste, como los amores de los señores de la mansión y de la servidumbre, otras veces para facilitar la comprensión de los espectadores y prepararlos de manera subliminal para el verdadero desenlace.

Pero lo que nos interesa del relato es la confesión de Helena de que el amor hacia Paris ya había desaparecido, pues la Helena que protegió a Ulises en Troya añoraba su hogar, a su hija y a su marido incomparable. Quizá tras siete o diez años de convivencia descubrió que su raptor carecía de las virtudes que le atribuyó, como ya

hemos visto al asistir al duelo de Paris con Menelao, o quizá los ensalmos de Afrodita, capaz como la misma Helena de provocar emociones y placeres, aunque sin necesidad de pócimas traídas de Egipto, ya se estaban diluyendo. Pero el relato, ya sea sincero o hipócrita, parece un intento de lavar su imagen de traidora a los griegos, causante de guerras y esposa infiel. No fue ella, nos dice, sino Afrodita, la culpable de su amor irracional hacia Paris, y lo que es más, al ayudar y no denunciar al espía Ulises, también contribuyó a la victoria final de los griegos. De hecho, según Apolodoro, la colaboración no se limitó a esta primera entrada de incognito de Ulises en Troya, sino que también le ayudó cuando entró disfrazado junto a Diomedes para robar el Paladio, una estatua de Atenea que, según el adivino Héleno protegía y hacía inconquistable a Troya.[135]

22.3. ¿Traicionó Helena a los griegos?

Tras este relato, es Menelao quien habla. Sus primeras palabras dan la razón a Helena, lo que la hace inocente, pero lo que cuenta después más bien parece una acusación, pues explica que cuando los troyanos introdujeron el caballo en la ciudad, Helena se acercó a la ingeniosa trampa diseñada por Ulises. Allí, junto a su nuevo marido, Deífobo, hermano del difunto Paris, empezó a palpar el lomo del corcel de madera y a llamar por su nombre a Menelao, pero también a Ulises y a Diomedes, imitando la voz de sus esposas. Si ellos hubieran respondido, Troya se habría salvado, pues el engaño habría sido descubierto y el caballo habría ardido con todos los guerreros griegos escondidos en sus entrañas. Y a punto estuvo de responder uno de los griegos, Anticlo, pero Ulises lo impidió. Trifiodoro, que escribió seguramente hacia el siglo VI de nuestra era,[136] nos muestra esta escena con una viveza comparable a la de los antiguos cantores:

Tres veces dio la vuelta Helena en su torno y provocaba a los argivos citando por su nombre con tenue voz a todas las esposas de

bella cabellera de los aqueos. Y los de dentro tenían el corazón desgarrado por el dolor conteniendo en silencio prisioneras sus lágrimas; gemía Menelao al oír a la Tindareone [Helena], lloraba el Tidida [Diómedes] acordándose de Egialea y el nombre de Penélope turbó el corazón de Odiseo [Ulises]. Pero solo Anticlo, cuando recibió el acicate de Laodamía, abrió la boca e intentó responder; mas Odiseo dio un salto y, cayendo sobre él, oprimía con las dos manos la boca que se aprestaba a abrirse; y, sujetando su mandíbula con irrompibles e indisolubles ligaduras, apretaba con todas sus fuerzas; y el otro se debatía bajo la presión de las manos, tratando de escapar de los potentes lazos del silencio asesino. El aliento vital lo abandonó; y los demás aqueos lloraron por él con lágrimas furtivas, y, para ocultarlo, lo colocaron en el hueco costado del caballo después de haber extendido un manto sobre sus fríos miembros.[137]

La extraña intervención de Menelao dirige de nuevo las sospechas hacia Helena, aunque él se apresura a aclarar que su esposa actuaba movida por alguna divinidad: «Debió de incitarte una divinidad que quería dar gloria a los troyanos».[138] De este extraño modo termina el coloquio entre los reyes de Esparta y los dos visitantes.

Al día siguiente, Menelao le cuenta a Telémaco que, cuando regresaba de Troya junto a Helena se detuvieron en Egipto y que allí logro que el dios Proteo, de quien procede el adjetivo proteico, porque era capaz de cambiar de forma, le revelara cómo regresar a Esparta. Menelao preguntó al egipcio acerca de la suerte que habían corrido sus compañeros de Troya al regresar a sus hogares y Proteo le contó cómo murieron Áyax de Oileo y Agamenón, hermano de Menelao. También le reveló que Ulises vivía, pero que estaba retenido en la isla de Calipso. Además, Proteo prometió al rey de Esparta que al final de sus días viviría en los Campos Elíseos, junto al juez Radamantis.

En el relato acerca de su encuentro con Proteo, Menelao no menciona a Helena, que se supone que regresaba con él, y quizá guarda silencio acerca de un acontecimiento mucho más asombroso que sucedió en Egipto y que podría solucionar el inquietante dilema acerca de la culpabilidad o inocencia de su esposa. Quien sí nos

cuenta esa asombrosa revelación es Eurípides.

---

131 Curiosamente, hay un pasaje de la Ilíada en el que Helena dice que lleva veinte años en Troya.

132 The Greek Anthology III.

133 Dánaos: los griegos. Homero suele emplear los nombres dánaos, aqueos o argivos para referirse de manera general a lo que hoy consideramos los griegos.

134 Homero, Odisea.

135 Apolodoro, Biblioteca.

136 Durante mucho tiempo se pensó que Trifiodoro había vivido hacia el siglo

v

o

vi

y se lo consideraba imitador de Nonno, pero gracias a descubrimientos arqueológicos ahora se cree que es al revés y que Trifiodoro vivió hacia el siglo

iii

o

iv

. Su única obra conservada es una composición cuyo eje temático es la parte final de la guerra de Troya en la que se produce la entrada del ejército griego en la ciudad de Troya y su saqueo.

137 Trifiodoro, La toma de Ilión.

138 Homero, Odisea.

23

ISLA DE FARO

(Egipto)

23.1. Otro dios transformista

Cuando Menelao regresa de Troya junto a Helena, se ve obligado a detenerse en la isla de Faro, frente a las costas de Egipto, por culpa de vientos contrarios que le impiden hacerse a la mar durante veinte días. Debemos suponer que Helena estaba con él, puesto que regresaban juntos tras la guerra de Troya (aunque en la próxima etapa de nuestro viaje descubriremos que tal vez no era así).

Cuando la situación se hace insostenible y los víveres se agotan, Menelao, que es el que cuenta su asombroso relato a Telémaco en Esparta, recibe la ayuda de una divinidad marina, Idotea, que le dice que es hija de Proteo, súbdito de Poseidón, el dios del mar. La muchacha le explica cómo puede atrapar a su padre, que es un dios transformista, capaz de convertirse en cualquier animal o incluso en una llamarada, para que él le cuente no solo cómo regresar sino también el futuro que le espera. Sigue entonces una aventura muy similar a la de Ulises y el cíclope, pues Menelao y sus hombres se disfrazan con pieles de foca, del mismo modo que Ulises y los suyos se esconden bajo las ovejas de Polifemo. Proteo, como Polifemo, cuenta sus focas sin sospechar nada y entonces Menelao y sus hombres lo atrapan y no lo sueltan aunque se convierte en león, dragón, pantera, jabalí, torrente de agua y un árbol de altas ramas, hasta que se ve obligado a reconocer su derrota. Proteo cuenta entonces a Menelao que debe dirigirse a Egipto y hacer allí sacrificios a los dioses. Solo de este modo podrá llegar de nuevo a Esparta.

Proteo, además de aconsejarle acerca de su viaje, le cuenta qué ha

sucedido con algunos de sus compañeros de Troya y cómo su hermano Agamenón ha muerto a manos de Egisto, que ocupó su lugar como rey de Micenas. También le predice un fabuloso destino, que conoceremos al final de nuestro viaje con Helena. Pero ahora tenemos que retroceder de nuevo desde el presente de Helena en Esparta hacia su pasado, en lo que en el cine se llama un flashback, o dicho a la manera griega, una analepsis. De este modo descubriremos el gran secreto de Helena y de los dioses.

24

TUMBA DE PROTEO

(Egipto, ¿Menfis?)

24.1. El secreto egipcio de Helena

Tal vez tres años antes de que Telémaco y su amigo Pisístrato se encontraran en Esparta con Helena, sucedió algo que los dioses, siempre traviesos y a menudo crueles en su juego con los desdichados seres humanos, mantuvieron oculto durante más de quince años, dejando que griegos y troyanos se mataran en las llanuras de Troya. El secreto nos lo revela Eurípides en su tragedia Helena.

He escrito «tragedia», pero más se podría calificar la historia de tragicomedia o de novela o novelita, pues la trama es un enredo que no tiene nada que envidiar a las modernas telenovelas, tan aficionadas, por cierto, al deus ex machina como lo era Eurípides. Y además tiene final feliz.

El momento más emocionante de la obra tiene lugar cuando un extranjero que ha naufragado en las peligrosas costas egipcias llega a la tumba del sabio rey Proteo. Se trata de Menelao, que ha naufragado junto a un puñado de hombres y su esposa Helena. Llevan siete años intentando regresar a Esparta, los mismos que lleva Ulises, con quien bien podrían haberse cruzado en este largo peregrinaje, aunque no tenemos noticia de un acontecimiento tan curioso. A Ulises, si no nos fallan los cálculos, pues los mitos no siempre son precisos y fiables en el cómputo del tiempo, aún le quedan tres años de aventuras hasta reunirse con Penélope en su isla de Ítaca.

Pues bien, el rubio Menelao, tras naufragar en las costas del reino

de Teoclímeno, y tras dejar a sus hombres y a Helena en una cueva, se ha internado en el país en busca de ayuda, de víveres o quizá de una muerte inesperada. Llega al templete en el que se encuentra la tumba de Proteo y allí se da de bruces con Helena. ¿Con Helena? ¿Pero acaso no la dejó hace unas horas en la cueva y junto a sus hombres? Cuando Helena ve a Menelao, también se asombra, pues, según cuenta, le ha estado esperando durante diecisiete años, primero junto al rey Proteo, que cuidó de ella, y después intentando escapar de Teoclímeno, el heredero. Tras el reencuentro de los dos amantes, un poco frío al comienzo, tal vez debido a la comprensible desconfianza mutua, vienen las asombrosas explicaciones.

Helena asegura a Menelao que nunca ha estado en Troya. Cuando Paris la raptó, el barco se detuvo en las tierras de Egipto y el rey Proteo los acogió con gran hospitalidad, pero al descubrir que había sido raptada por el troyano, lo expulsó de su reino y juró cuidar de Helena hasta que su marido la reclamara. Pero, ay, su marido, el rubio Menelao, sin conocer este enredo, se fue a Troya a rescatar a Helena y permaneció allí durante diez años. Después, tras presenciar la muerte de tantos héroes, desde Aquiles y Áyax el Grande hasta Héctor o el propio raptor, Paris, Menelao recuperó a su esposa y los dos emprendieron el camino de regreso a Esparta. Sin embargo, ahora tiene delante a otra Helena, una Helena que asegura que nunca estuvo en Troya. Es absurdo, inconcebible, pues es imposible que haya dos Helenas. Pero la solución al enigma no tarda en llegar: la Helena que Paris llevó a Troya y que vivió allí diez años, que tuvo hijos con el joven troyano y que, tras su muerte, se casó con otro hijo de Príamo, Deífobo, era una falsa Helena, una copia hecha de nubes.

Ahora, aquí en Egipto, al coincidir las dos Helenas, la falsa Helena se diluye y desaparece para siempre, sin que Eurípides nos permita presenciar la insólita escena que sería un encuentro entre las dos, y sin explorar algunas cuestiones inquietantes: ¿cuál de las dos Helenas era más bella?, ¿envejecieron las dos de la misma manera durante esos diecisiete años?, ¿una vez que se disolvió como vapor en el aire, pudo echar de menos Menelao a esa falsa Helena de Troya a la que perdonó la vida ante los griegos iracundos cuando contempló sus pechos desnudos?

Pensemos por un instante en esta extraordinaria posibilidad, la del encuentro de las dos Helenas.

24.2. Helena y su doble

En el cuento de Primo Levi Algunos usos de la Mimette, un inventor construye una máquina que le permite duplicar a su amada esposa. De pronto tiene ante él a dos mujeres exactamente iguales. Sin embargo, poco a poco se van diferenciando, adquiriendo diferentes personalidades. Llega un momento en el que el inventor se da cuenta de que ama con pasión a la réplica y no tanto a su antigua mujer. Una de las razones de esta preferencia es que la réplica tiene mejor carácter. Es más alegre y se declara inmensamente feliz, mientras que su esposa cada vez es más gruñona y se muestra insatisfecha de su vida. La razón es comprensible: la réplica se siente muy feliz por haber entrado en la existencia. Antes no era, ahora es. Gracias a la máquina existe, así que no le importa tener un doble en la esposa del inventor. El punto de vista de la esposa es muy diferente: antes era única, ahora es un ejemplar más de una categoría. La situación supone un verdadero dilema para el inventor, que sigue queriendo a su esposa, aunque ahora prefiera compartir su vida con la réplica. El lector probablemente ya habrá imaginado la solución a este dilema, pero puede encontrarla en el cuento de Primo Levi.

El cuento de Levi y la Helena fantasma de Eurípides plantean un problema acerca de la identidad que se parece pero no es idéntico al problema de la identidad continua que tiene como protagonista al primer raptor de Helena, Teseo. Se trata del dilema conocido como «el barco de Teseo», porque se dice que el barco en el que Teseo regresó de Creta tras matar al Minotauro se conservó en Atenas como recuerdo de la hazaña durante siglos, pero que, como las piezas de la nave se iban deteriorando, poco a poco las iban sustituyendo por piezas nuevas, hasta que llegó un momento en el que del barco original que había partido de Creta ya no quedaba ni un solo centímetro. ¿Era aquel el mismo barco o era un barco diferente? Y si no era el mismo barco, ¿en qué momento dejó de

serlo? O como dice Diotima en el El Banquete de Platón y los biólogos actuales, ¿cómo podemos ser la misma persona si cada diez años todo nuestro cuerpo o todas nuestras células se renuevan?

Con la Helena fantasma el problema no es el de cómo la identidad se mantiene en el tiempo a pesar de los cambios sino el de la identidad duplicada. Tenemos dos Helenas exactamente iguales. Una se queda en Egipto con Proteo y otra viaja a Troya con Paris. Por un instante son la misma Helena, o al menos comparten los mismos recuerdos, pero minuto a minuto sus personalidades empiezan a diferenciarse.

La pregunta inquietante es: ¿no podría Menelao sentir mayor cariño hacia aquella Helena hecha de nubes que le contaba mil y una historias de Troya, que le hablaba del viejo Príamo, del poderoso Héctor, de todos aquellos combates que contempló desde las murallas? Con esa Helena de Troya que se disuelve en la nada cuando encuentra a la verdadera Helena en Egipto, Menelao podía compartir el recuerdo de aquellos diez años, aunque hubieran estado separados por los gruesos muros de Troya. También podrían recordar los siete años trascurridos en su intento de regresar a Esparta tras la toma de la ciudad. Sin embargo, con esta Helena de Egipto, no tiene nada que compartir de los últimos diecisiete años (o veintisiete según algunos cronistas). Tal vez ella le pueda contar las historias de la corte de Proteo y de su heredero, pero no podrá compararse con siete años de convivencia intensa en el mar. Al fin y al cabo, Menelao ha vivido casi más tiempo cerca de la Helena hecha de nubes que con su verdadera esposa, pues cuando Paris la raptó apenas llevaban diez años de matrimonio. Ahora, en Egipto, ante la nueva Helena, Menelao tiene que olvidar todo aquello que compartió con la Helena fantasma, los planes de futuro como reyes de Esparta, las emociones de todos los viajes que han hecho juntos, los momentos de amor y erotismo, todo ha desaparecido.

En fin, dejemos aquí las preguntas, puesto que Eurípides nos ha privado de esa escena asombrosa, la de la confrontación de las dos Helenas, y con ello de ciertos dilemas interesantes. Podemos disculpar este descuido, pero no resulta tan fácil perdonar que un dramaturgo como él se sujete tan dócilmente a una trama propia de una fábula ingenua en la que todo trascurre de manera tópica y sin

verdaderos conflictos emocionales. Se podría esperar de alguien tan aficionado a la polémica algo más complejo al jugar con este mito. Un Eurípides en buena forma podría haber insinuado que toda la historia de la Helena hecha de nubes es solo una fabulación de Helena, para así poder regresar a Esparta como inocente, una ingeniosa treta para que el resto de caudillos aqueos ya no la acusen de adúltera, matadora de hombres o destructora de ciudades. La escena podría transcurrir así: Menelao llega a las tierras de Teoclímeno con sus hombres y con Helena. Se refugian en la cueva y entonces Menelao, antes de salir en busca de ayuda o víveres, pacta con Helena que se escape sin ser vista y que se reúna con él. Después, con la complicidad de la hija de Proteo, la adivina Teónoe,[139] fabulan esta historia de una Helena hecha de nubes. Los marineros de Menelao, que no están en el engaño, jurarán que es cierto, que la Helena que se quedó con ellos en la cueva desapareció. Ellos serán los cómplices involuntarios de esta farsa, cuando se hagan de nuevo a la mar.

Pero la realidad de la Helena de Eurípides es la que es y, aunque nos parezca insatisfactoria, al menos nos ofrece una solución al conflicto de Helena la traidora e infiel esposa. Esa solución, hay que admitirlo, se parece a la trama de algunas series modernas que resuelven los conflictos recurriendo al truco de revelar que nunca sucedió lo que creíamos que había sucedido: alguien está muy enfermo y la curación parece imposible si no se consigue una extraña medicina; no se consigue la medicina, pero al final nadie muere… porque se revela que en realidad no estaba enfermo y que la máquina de diagnosis estaba estropeada. O bien: el protagonista se acuesta con su secretaria durante un viaje de negocios; la esposa, furiosa, está punto de ser también infiel… pero en el último momento se descubre que el protagonista intercambió su habitación con un compañero de trabajo, así que quien se acostó con la secretaria fue en realidad el amigo y no el esposo. Conflicto resuelto. Eurípides en su Helena nos propone algo parecido: Helena no fue infiel y no fue la culpable de una guerra que duró diez años y causó la muerte de los valientes guerreros… porque Helena nunca estuvo en Troya. El método es ingenioso, sin duda, aunque no fueron los modernos guionistas ni Eurípides quienes lo inventaron.

24.3. Estesícoro entona la palinodia

Antes de Eurípides y su Helena, la historia de la estancia de Helena en Egipto durante la guerra de Troya ya era conocida porque la había popularizado el poeta Estesícoro, que ha dado nombre a la expresión «entonar la palinodia» para referirse a alguien que se retracta de manera vehemente de algo que ha afirmado en una ocasión anterior.

Según parece, Estesícoro había compuesto un poema en el que aceptaba lo que ya decía Hesíodo:

Engendró Tindáreo una estirpe de hijas marcadas para la censura y de mala fama a través de la Hélade.[140]

Estas hijas fueron Clitemnestra y Helena, además de una tercera llamada Timandra. Se cuentan dos versiones para este fatal destino de las tres mujeres. Según la primera versión, el castigo se debió a un olvido:

Porque Tindáreo sacrificando una vez a todos los dioses solo se olvidó de Cipris [Afrodita], de amables dones; y ella, irritada con las hijas de Tindáreo, las hizo mujeres de dos bodas y de tres, e infieles al marido.[141]

La segunda versión, que tal vez es compatible con la primera, nos dice que cuando Afrodita vio la hermosura de las tres hijas, no pudo soportar los celos y quiso que la belleza les resultara fatal: «Afrodita de amable sonrisa, tras verlas, se puso celosa con ellas y las zambulló en la mala fama».[142] Así que cuando Afrodita le propone a Paris conseguir a la mujer más bella del mundo, está armando su esperada venganza.

De Helena ya hemos narrado parte de sus andanzas, de Clitemnestra sabemos que mató a su marido Agamenón cuando regresó de Troya, en complicidad con su amante Egisto. La tercera, Timandra, se casó con Équemo, pero lo abandonó por Fileo. Así que cuando Ulises encuentra en el infierno a Agamenón, el que fuera general de los aqueos, se lamenta de la suerte fatal asociada a las hijas de Tindáreo y que ha caído sobre los atridas Menelao y Agamenón:

¡Ay, de qué modo tan terrible aborreció Zeus a la estirpe de Atreo, por medio de los engaños femeninos, desde un comienzo! Por culpa de Helena perecimos muchos, y a ti Clitemnestra te urdía su trampa a lo lejos.[143]

Y lo mismo dice el pastor Eumeo a un extranjero en el que no es capaz de reconocer a su rey Ulises:

Sí que me habría beneficiado mucho mi señor, si aquí envejeciera. Pero murió. ¡Ojalá así muriera la estirpe de Helena por completo, que hizo doblar las rodillas de muchos guerreros![144]

Pues bien, Estesícoro escribió versos en los que acusaba a Helena de ser «bígama, trígama o abandonamaridos»[145] y poco después perdió la vista.

Según cuenta Pausanias, un tal Leónimo visitó la pequeña isla de Leuce y allí el fantasma del héroe Áyax de Oileo le curó de una herida en el pecho. Además, pudo ver a otros héroes, como Áyax el Grande, hijo de Telamón, o Patroclo, el amado compañero de Aquiles, y al mismo Aquiles, que residía allí, tras su muerte, casado ahora con la mismísima Helena. Y fue Helena quien le dijo a Leónimo que al regresar le contara a Estesícoro que había perdido la vista por haberla acusado falsamente, ya que ella, en realidad, nunca había estado en Troya.

Estesícoro compuso entonces un nuevo poema dedicado a Helena, la Palinodia, en el que declaró lo que había descubierto:

No es verdad ese relato: ni te embarcaste en las naves de hermosos bancos ni llegaste a la ciudadela de Troya.[146]

Después de retractarse, el poeta recuperó la vista, aunque hay quien piensa que nunca la perdió y que se trata de una metáfora nacida de un equívoco, pues parece que Estesícoro si cambio de opinión respecto a Helena, quizá porque tuvo que ganarse la vida en Esparta, donde Helena era adorada literalmente como una diosa, pero que nunca se quedó ciego de verdad, sino que tan solo dijo que ahora podía ver, de manera metafórica, como lo hace la protagonista ciega de Luces de la ciudad, de Charles Chaplin, al ver por vez primera el rostro de su benefactor, el vagabundo al que ella, cuando era ciega, había tomado por un millonario. Probablemente, el hecho de que Estesícoro recuperara la vista, mientras que su rival Homero era ciego (él no se había retractado tras acusar a Helena) no es casual, pues en la palinodia Estesícoro atacaba a Homero. También se dice que escribió una segunda palinodia, para reivindicar de nuevo la inocencia de Helena y esta vez atacar a Hesíodo.[147]

Aunque un poco más elaborada que la versión de Eurípides en su Helena, la palinodia o las palinodias de Estesícoro recurren al mismo sistema de negar que alguna vez existiera Helena… de Troya. En definitiva, ¿cómo va a ser culpable una mujer que no estaba allí mientras griegos y asiáticos se mataban en su nombre?

«¿Qué hay en un nombre?», se pregunta Julieta intentando detener un conflicto semejante entre los Montesco y los Capuleto, pero, en vez de cambiar el nombre de Romeo Montesco para que Julieta pueda amar a Romeo, Estesícoro propone que Helena de Troya es solo un nombre, bajo el que solo existe un fantasma hecho de nubes, para que Menelao y todos los griegos puedan no solo perdonarla sino aceptar su absoluta inocencia, o como dice la propia Helena en versos de Eurípides: «No era yo, sino mi nombre,

la única recompensa para la lanza de los helenos».[148] En un escolio o comentario a Licofrón, sin embargo, se nos dice que la idea del doble de Helena ya existía antes de Estesícoro y que la proponía el propio Hesíodo: «Sobre Helena, Hesíodo fue el primero que introdujo el fantasma».[149]

---

139 Al parecer, Teónoe e Idotea son la misma persona.

140 Hesíodo, en Catálogo de mujeres o Eeas.

141 En Lírica Griega Arcaica. Papiros de Oxyrrinco, 223. Este fragmento pertenecería a la primera Helena que escribió Estesícoro, no a las Palinodias.

142 Escolio al Orestes de Eurípides.

143 Homero, Odisea.

144 Homero, Odisea.

145 Escolio al Orestes de Eurípides.

146 Lírica griega arcaica (papiro de Oxyrrinco 192).

147 Según la versión de Horacio, fueron los hermanos de Helena, los que quitaron la vista a Estesícoro y después se la devolvieron, conmovidos por sus ruegos y su Palinodia (Epodo 16).

148 Eurípides, Helena.

149 Escolio a Licofrón

25

TEBAS

(Egipto)

25.1. Tebas de las cien puertas

En la antigüedad siempre había que aclarar si se estaba hablando de la Tebas de las cien puertas o de la Tebas de las siete puertas. La Tebas de las siete puertas era la capital de Beocia, región vecina a la del Ática (Atenas), en la que lucharon y murieron los padres de muchos héroes que acudieron a la guerra de Troya, como Tideo, padre de Diomedes, como nos cuenta Esquilo en Los Siete contra Tebas. La Tebas egipcia, la de las cien puertas, era una ciudad que competía en fama con la griega pero que resultaba exótica y lejana para los griegos, al menos hasta que comenzaron a asentarse allí para convertirla casi en una ciudad griega en territorio extranjero.

Pues bien, podemos sospechar que Helena y su esposo Menelao se contaron entre los primeros visitantes griegos, que quizá establecieron allí una pequeña comunidad o que crearon los primeros lazos de amistad. No es extraño, puesto que muy cerca de Tebas está la isla de Faro y probablemente también vivía por allí Proteo.

Ya hemos visto que Eurípides situaba la acción de su Helena en un lugar del Delta del Nilo no muy identificable en el que estaba la tumba de Proteo, y que nos hablaba de los reyes Teoclímeno y Proteo para contarnos la historia de la Helena fantasmal. Sin embargo, muchos siglos antes de que Eurípides estrenara su obra, Homero ya se refirió a un viaje a Egipto de Helena y Menelao, que sitúa en la Tebas de las cien puertas:

Para ella (Helena) enseguida preparó una silla muy repujada Adrasta, y Alcipe le trajo una alfombra de fina lana, y Filo le aprestó un canastillo de plata que le regalara Alcandra, la esposa de Pólibo, que habitaba en Tebas de Egipto, donde en los palacios atesoran muchísimas riquezas.[150]

¿Quiénes son Pólibo y Alcandra? ¿Son egipcios o griegos (micénicos)? Lo único que nos dice Homero es que dieron muchos regalos a Helena y Menelao:

Este le había dado a Menelao dos bañeras de plata, dos trípodes y treinta talentos de oro. Y por su lado su mujer ofreció a Helena espléndidos regalos. Le obsequió una rueca de oro, un canastillo redondo de plata, con los bordes recamados de oro. [151]

Los viajes de Helena por Egipto son muchos y confusos, pues parece que estuvo con Paris poco después del rapto, que quizá se quedó allí protegida por el rey Proteo mientras su fantasma viajaba a Troya, que pasó por la isla de Faro, en algún lugar del Delta en tiempos de Teoclímeno, en Tebas de las cien puertas y que se relacionó con muchas personas: Proteo, Teoclímeno, Teónoe, Polidamna, Ton, Pólibo, Alcandra… Parecen mostrar una relación entre las ciudades micénicas y Egipto muy frecuente y quizá no siempre cordial, pues en la Odisea también se cuenta como los hombres de Ulises saquearon ciudades egipcias.

---

150 Homero, Odisea.

151 Homero, Odisea.

26

RODAS

26.1. Venganza contra Helena

Algunos escritores que al parecer no desean que Helena y Menelao logren regresar de una vez a su palacio de Esparta, alargan el viaje, diciéndonos que tras pasar por Egipto se detuvieron, o más bien dieron un gran rodeo, para visitar la isla de Rodas. Nos lo cuenta Polieno, del que apenas se sabe nada, más allá de que escribió uno de los pocos libros de estrategia que se conservan del período grecolatino, las Estratagemas. Allí nos cuenta que tras pasar por Egipto, Helena y Menelao hicieron escala en Rodas, pero que la reina del lugar, Polixo, antigua amiga de Helena, al saber que ella viajaba en ese barco, quiso vengar a su marido Tlepólemo, que se había visto obligado a viajar a Troya por ser uno de los pretendientes de Helena, y que allí murió.

Polixo, enfurecida «corrió a las naves con todos los rodios, hombres y mujeres, provistos de fuego y piedras». Menelao intentó huir, pero los vientos impidieron hinchar las velas, así que escondió a Helena en el interior de la nave y puso todas las joyas de Helena a la esclava más bella y los rodios, creyendo que era Helena «arrojaron el fuego y las piedras contra la sierva y se retiraron».[152]

Estamos, en consecuencia, ante una nueva doble de Helena, que recibe el castigo justo o injusto, destinado a la verdadera.

Pronto regresaremos con helena a Rodas, para conocer una historia con un final desgraciado para la auténtica Helena.

---

152 Polieno, Estratagemas.

27

ISLA DE HELENA

27.1. Una isla llamada Helena

En su Helena, Eurípides nos ofrece una versión ligeramente diferente a la de Estesícoro del fantasma de Helena, que pone en boca de los propios hermanos de Helena, Cástor y Pólux.

Los Dioscuros explican que cuando Paris raptó a Helena ni siquiera llegó a Egipto con ella, pues fue rescatada por Hermes y sustituida por un fantasma antes de que el barco de Paris abandonara furtivamente Esparta:

Y el lugar donde se detuvo por vez primera el hijo de Maya [Hermes] en su viaje contigo a través del cielo, cuando te arrebató de Esparta para evitar tus bodas con Paris —me refiero a esa isla que, enfrente del Ática, se yergue como guardiana de sus costas—, en adelante se llamará Helena entre los mortales, ya que te recibió robada furtivamente de tu hogar.[153]

En oportuna nota se nos informa de que la raíz hel- del nombre Helena se relaciona con la forma verbal helein, que está conectada semánticamente con «robar», «arrebatar», «acoger», etc. Así, Helena sería «la robada», «la raptada», «la arrebatada», lo que explica el nombre de la isla. De este modo, Helena ni siquiera llegó a tener sexo con Paris antes de llegar a Egipto, con lo que su fidelidad a Menelao se mantenía por encima de cualquier sospecha. Algunos autores creen que, en su segunda Palinodia, Estesícoro lo que hacía era especificar que, en efecto, Helena ni siquiera había llegado a

Egipto con Paris, sino que fue sustituida antes siquiera de embarcar en el puerto de Esparta. En este caso, Eurípides se habría inspirado en esta segunda Palinodia para escribir su Helena.

Pausanias también confirma que el paso de Helena por allí es lo que explica que la isla recibiera su nombre, pero considera que la visita no tuvo lugar antes de la guerra de Troya, sino tras la conquista de la ciudad:

En esta isla dicen que desembarcó Helena después de la toma de Ilion, y por esto el nombre de la isla es Helena.[154]

---

153 Eurípides, Helena.

154 Pausanias, Descripción de Grecia.

28

RODAS II

28.1. Un final trágico

Todavía tenemos una última versión nacida de la incansable imaginación griega. Ya conocemos una versión del regreso de Menelao y Helena que los hace detenerse en la isla de Rodas, donde Helena se salva por poco de la muerte a manos de la reina del lugar, Polixo. Pero Pausanias dice que los rodios le contaron que Helena acabó viajando a la isla de Rodas y que allí fue traicionada y ahorcada.

Todo sucedió porque, tras la muerte de Menelao, Nicostrato y Megapentes, que según algunas fuentes no eran hijos de Helena sino de otra mujer y Menelao, la «persiguieron» y que ella huyó a Rodas. Allí se refugió junto a su amiga Polixo, que también había sido desterrada de la tierra argiva y que era reina de la isla durante la minoría de edad de su hijo. Polixo, como ya sabemos, era viuda de Tlepólemo, otro de los pretendientes de Helena, que había acudido a la guerra de Troya con nueve naves desde Rodas y que murió allí a manos de Sarpedón. Polixo, que culpaba en su fuero interno a Helena de la muerte de su esposo, fingió acogerla como a una amiga, pero preparó una venganza cruel. Hizo que varias de sus criadas se disfrazaran como las temibles Erinias, las diosas que persiguen a los malvados y culpables de crímenes, y les ordenó que atraparan a Helena mientras se estaba lavando y que la colgaran de un árbol. Así murió Helena, ahorcada en un árbol de Rodas.

Por fortuna para quienes amamos a Helena, Robert Graves considera que este mito es un burdo intento de explicar el culto a la Helena del roble («Helena Dendrita») en la isla de Rodas y que, no sabiendo cómo unir la presencia de Helena y su conexión con el

roble, crearon toda esa historia. Se podría decir que los rodios actuaron del mismo modo que ciertos pacientes que tienen los hemisferios cerebrales separados y que aseguran que han visto a un hombre ponerle la silla a un caballo y luego cabalgar sobre él, cuando lo único que se les ha mostrado son tres imágenes sucesivas: una silla de montar, un hombre y un caballo. No cabe ninguna duda de que muchos de los mitos que conocemos han surgido a través de un proceso semejante a partir de dos o tres elementos inconexos que alguien intentó hacer enlazar de algún modo y hacer comprensibles.

Helena es uno de esos personajes que han dejado aquí y allá destellos a veces inconexos de su presencia. En Esparta, pero también en Atenas, en Rodas y en Troya, en Egipto y en Sidón. Son muchos los lugares que recuerdan a Helena, pero es difícil saber si se trata de restos de un antiguo mito coherente que ahora no entendemos en todos sus detalles o si algunos de esos lugares quisieron añadir a Helena a sus atractivos, ya sea para atraer a visitantes o turistas como Pausanias, ya para establecer lazos de comunidad con un nuevo aliado recurriendo a un contacto legendario. Hoy en día sucede algo parecido en África, donde se intenta recuperar una antigua relación con China para justificar su presencia actual en la zona, a veces basándose en el hallazgo de una moneda China antigua en Nigeria, otras veces recurriendo a leyendas de origen dudoso.

Nos queda por visitar un último lugar para dar por terminado el periplo de Helena, al menos en carne mortal, pero el nombre de este lugar es un misterio.

29

ALGÚN LUGAR

29.1. Menelao abandona a Helena

Casi todos los mitógrafos están de acuerdo en que tras la guerra de Troya, aunque empleando muchos años en el viaje, Helena y Menelao regresaron a Esparta y reinaron allí, aunque hay alguna excepción, como un curioso papiro, fechado hacia el año 100 antes de nuestra era, que contiene un poema llamado Quejas de Helena, en el que ella misma se lamenta de su suerte:

Oh tú, que te revelaste grato

goce cuando me amabas,

cuando con lanza hostil

la ciudad de frigios destruiste

y solo de nuevo a la patria

transportar mi lecho querías.

Pero ahora sola me dejaste,

y abandonaste, cruel,

a la esposa que ejército danaida

persiguió,

por quien hija virgen

arrebatara Ártemis

como víctima a Agamenón.[155]

¿Dónde sucedió lo que se cuenta en este poema discordante? ¿En qué lugar Menelao decidió abandonar a su esposa después de haberla perdonado en Troya? ¿La abandonó en una isla, del mismo modo que Teseo abandonó a Ariadna en Naxos tras matar al Minotauro y escapar de Creta? ¿O acaso el anónimo autor se refería a que Menelao repudió a su esposa ya en Esparta, como hizo Jasón con Medea en Corinto? ¿O tal vez fue Menelao el que emprendió un último viaje, abandonando su propia tierra y dejando allí a Helena, como dicen algunas leyendas que también hizo Ulises con Penélope? No conocemos la respuesta, pero casi ninguna de las versiones del mito propone un final trágico, ni ahorcada en la isla de Rodas ni abandonada por Menelao, sino que, al contrario, imaginan una vida eterna para Helena, aunque no siempre junto a Menelao.

---

155 Tebtunis Papyri 1 3 en Poesía helenística menor. Poesía fragmentaria. El texto plantea otro enigma, además de los mencionados: la hija virgen que se menciona es sin duda Ifigenia, sacrificada por Agamenón, pero ¿se da a entender que es hija de la propia Helena?

30

LOS VIAJES DE HELENA

30.1. Una mujer viajera

Ahora que ya casi hemos terminado el largo periplo de Helena, podemos detenernos por un instante para examinar el carácter errante de nuestra heroína.

Los viajes de Helena de un lado a otro del mediterráneo han despertado las sospechas de algunos investigadores. Recordemos que su padre Tindáreo había sido expulsado del trono de Esparta por su hermano Hipocoonte, aunque lo recuperó gracias a la intervención de Heracles. Allí nace Helena, de una madre, Leda, que pudo tener padres etolios, corintios o de otros lugares de Grecia; o bien de otra madre, Némesis, seducida en la localidad ateniense de Ramnunte. Tiempo después, a los diez o doce años, Helena es raptada por Teseo, otro héroe viajero. Teseo, en efecto, nació en Trecén, en la Argólida, pero en su juventud atravesó el istmo de Corinto, que separa el Peloponeso de la Grecia continental, matando en su camino a todo tipo de bestias y bandidos; en Atenas fue reconocido como heredero legítimo por su padre Egeo y desde allí viajó a Creta para matar al Minotauro. De regreso, tras morir su padre, se convirtió en rey de Atenas. Es entonces cuando rapta a Helena, aunque los hermanos de la muchacha, Cástor y Pólux, hijos como ella quizá de Tindáreo o quizá de Zeus, la rescatan. De vuelta a Esparta, se la disputan todos los caudillos griegos, desde Patroclo, que vivía más allá de Tesalia junto a los mirmidones de Aquiles, hasta Ulises, procedente de la isla de Ítaca, en el mar que separa Italia y Grecia. Helena elige a Menelao, el más rico de todos ellos y hermano del rey de Micenas, Agamenón, casado con la hermana de Helena, Clitemnestra. Tiempo después es raptada de nuevo, ahora por el troyano Paris, que se la lleva a la costa de lo que con el

tiempo sería Turquía, a una poderosa ciudad que controla los estrechos y el paso al Mar Negro, Troya. En el camino, el barco se detiene en Egipto y Helena, quizá, permanece allí mientras su marido continúa la guerra para rescatar a un fantasma hecho de nubes. En cualquier caso, Paris, con Helena o sin ella, se detiene antes de llegar a Troya para saquear la gran ciudad fenicia de Sidón. El siguiente gran movimiento es el de todos los jefes aqueos que se dirigen a Troya. Tras una guerra que dura diez años y acaba con la potencia troyana, Helena regresa a su tierra de Esparta y allí reina junto al rubio Menelao, pero varios de los aliados de su marido mueren en un regreso sangriento, traicionados por sus esposas, como Agamenón, degollado, o Diomedes, que escapa hacia Italia. Ulises recupera el poder en su isla de Ítaca con dificultad y el troyano Eneas, el hombre que escapó de la ciudad arrasada junto a su hijo y su padre y que impulsaría, miles de años, después al niño Schliemann a buscar Troya, y que también serviría a Virgilio para explicar el origen de la poderosa Roma. Muchos otros héroes ya han muerto en las llanuras de Troya, como Aquiles, rey de los mirmidones, Tlepólemo, el rey de Rodas, o Áyax de Telamón, de la isla de Salamina.

Todo este movimiento sin fin de un lado a otro podría ser el lejano recuerdo de los movimientos incesantes de diversos pueblos que se enfrentan por el dominio del Mediterráneo y de las tierras que lo rodean. ¿Podría representar Helena a un pueblo que conquista diversos enclaves del Mediterráneo y que impone una nueva ley, no sin ciertas dificultades y vicisitudes? ¿Podría ser Helena la representante de los misteriosos Pueblos del Mar que hacia el año 1200 antes de nuestra era devastaron todo el mediterráneo, arrasaron Asia Menor, destruyeron el imperio hitita y llegaron hasta Egipto, que fue la única gran potencia capaz de frenarlos, como se conmemora en los grabados de Medinet Habu? ¿O tal vez ella representa a las primeras poblaciones griegas (y micénicas) que llegaron a Grecia, los argivos, dánaos, mesenios y aqueos, anteriores a la llegada de los jonios y los eolios y, por supuesto, a los dorios que se apoderaron de Esparta, la tierra de Helena. Hay que señalar que un aspecto llamativo de las obras de Homero es que solo menciona a los dorios en una ocasión en la Odisea, al hablar de tres tribus dorias asentadas en Creta, y nunca en la Ilíada, a pesar de que se supone que vivió en plena época doria, cuando los dorios

estaban asentados de manera especial en la tierra de Helena, Esparta.

Existen suficientes detalles significativos en la leyenda de Helena como para intentar lo que se llama una reconstrucción evemerista del mito de Helena, es decir, la búsqueda de rastros históricos en los mitos. Esta sugerencia ya fue tomada en serio por el hombre al que se considera padre de la historia, Heródoto de Halicarnaso.

30.2. La historia detrás del mito

Heródoto comienza su primer libro, titulado Clio, que es la musa de la historia, prometiendo que va a contar las guerras entre griegos y bárbaros. Busca entonces el origen de estos enfrentamientos y, confiando en lo que le cuentan los persas, propone una sucesión de conflictos, causados siempre por el rapto de mujeres.

Quienes comenzaron, dice Heródoto, fueron los fenicios, cuando en una visita a Argos, tras vender y comprar mercancías, raptaron a la hija del rey Ínaco, la joven Io. Y desde allí se fueron hacia Egipto.

La venganza se produjo cuando «ciertos griegos», probablemente cretenses, raptaron en la ciudad fenicia de Tiro a Europa, la hija del rey.

El tercer rapto lo cometieron también los griegos cuando en el célebre viaje de los Argonautas llegaron a la tierra de Eea, en la Cólquide (¿Georgia?) y raptaron a la hija del rey de los colcos, Medea.

Finalmente, una generación más tarde, para igualar de nuevo las cosas, los asiáticos o bárbaros, en esta ocasión procedentes de Troya, raptaron a la espartana Helena. Sin embargo, las cosas se complicaron porque los griegos no quisieron aceptar el rapto y promovieron una guerra implacable contra Troya. Heródoto nos dice que eso fue, en opinión de los persas, una reacción desproporcionada:

Los persas consideran que raptar mujeres constituye una felonía propia de hombres inicuos, pero piensan que tener empeño en vengar los raptos es de insensatos, y de hombres juiciosos no concederles la menor importancia, pues, desde luego, es evidente que, si ellas, personalmente, no lo quisieran, no serían raptadas.[156]

Al parecer, los fenicios, en lo que se refiere a su primer rapto, aseguraron a Heródoto que Io estaba embarazada sin saberlo su padre y que por eso decidió escapar por su propia voluntad con los fenicios. Quién sabe si los persas tenían razón y muchas de esas mujeres en realidad no fueron raptadas, sino que se unieron voluntariamente a extranjeros, ya fuera por atracción erótica o porque querían buscar con ellos una vida mejor. En algunos casos sabemos que fue así, como cuando Ariadna se fugó de Creta junto a Teseo y después unió su destino a Dioniso en la isla de Naxos.

Heródoto, por otra parte, también racionaliza el mito de la estancia de Helena en Egipto para convertirlo en historia verdadera. Asegura que en Menfis hay un templo del faraón Proteo y que en él se encuentra un santuario dedicado a Afrodita Extranjera, que él identifica con Helena, aunque otros piensan que se trataba más bien de la Astarté fenicia, diosa muy parecida a Afrodita. Heródoto asegura que al preguntar a los sacerdotes, le explicaron lo que había sucedido realmente con Helena. Le dijeron que tras el rapto, la nave se vio obligada a detenerse en la costa egipcia debido a unos vientos contrarios y que entonces algunos esclavos escaparon y denunciaron a Paris ante el guardián de una de las bocas del río, llamado Tonis. El guardián envió un mensaje al rey o faraón Proteo:

Ha llegado un extranjero de nacionalidad teucra [troyano] que ha cometido en Grecia un acto execrable: ha seducido a la esposa de su huésped y acaba de llegar, arrastrado por los vientos a tu tierra, con la mujer en cuestión y con muchísimas riquezas. ¿Debemos, pues, dejar que zarpe de aquí impunemente o quitarle lo que ha traído consigo?[157]

La respuesta de Proteo fue que retuvieran a Paris y lo llevaran junto a Helena a su presencia. Tras interrogarlo y no quedar satisfecho con sus explicaciones dijo Proteo:

Tú, ¡hombre de la peor calaña!, después de haber recibido hospitalidad, has cometido una fechoría sumamente rastrera. Te acercaste a la mujer de tu huésped, y, ni mucho menos contento con ello, encima la incitaste a abandonar su hogar y, [tras raptarla], te fuiste con ella. Pero eso solo tampoco te basto, no; llegas, tras saquear, además, la casa de tu huésped.[158]

Por fortuna para Paris, Proteo era un rey bondadoso y además había prometido por alguna razón «no matar a ningún extranjero», por lo que ordenó a Paris que abandonase sus tierras, pero se quedó con Helena y los tesoros en espera de que Menelao fuera a reclamarlo todo.

Esa es la razón, nos dice Heródoto de que cuando los griegos enviaron a las primeras embajadas para exigir la devolución de Helena, los troyanos les dijeran que no estaba allí. Al historiador le parecía absurdo que los troyanos se hubieran embarcado en una guerra semejante tan solo por una mujer:

Ni Príamo hubiera sido tan necio, ni sus hijos y demás deudos tan insensatos, que solo porque aquél [Paris] gozara de su Helena pusiesen a riesgo de balde sus vidas y las de sus hijos, y la salud y la existencia del estado.[159]

Parece razonable, sí, pero ¿cómo explicamos entonces que los griegos pusieran en riesgo sus vidas y quizá la supervivencia de sus propios estados por culpa de una mujer? Ya lo dice Aquiles a Agamenón y Menelao:

¿Por qué tienen que combatir los argivos contra los troyanos? [...] ¿No es acaso por Helena, de hermoso cabello? ¿Acaso son los Atridas los únicos mortales que aman a sus mujeres?[160]

Heródoto continua diciendo que en su opinión Homero conocía esta historia, pues en la Ilíada alude a los viajes de Paris por la costa fenicia tras el rapto de Helena, además de mencionar en la Odisea, como ya hemos visto, que Helena disponía de una maravillosa droga egipcia, nepente, que le había dado la esposa de Ton, en el que, como es obvio, hay que reconocer al Tonis del que habla Heródoto. Además, el propio Menelao dice que a su regreso de Troya los dioses retuvieron su nave en Egipto.

Aunque se ha dudado mucho de este relato de Heródoto y se cree que es una de las fabulaciones que hicieron que se ganara en la antigüedad el título de «padre de la mentira», en lugar de «padre de la historia», es significativo que existiera una ciudad llamada Tonis en la boca canópica del Nilo y que, en efecto, Homero hable de la relación de Helena con la esposa de Ton en Egipto. Por otra parte, las bocas canópicas del río Nilo deberían su nombre a uno de los hombres que viajaban con Menelao y Helena, el piloto llamado Canopo, el que se enamoró de Teónoe, hija del rey Proteo y hermano de Teoclímeno, el acosador de Helena. Canopo no correspondió al amor de la muchacha y no se sabe si fue por eso o por otra razón que murió por la picadura de una serpiente. Menelao enterró en Egipto a su piloto y llamó al lugar Canopo en su honor,[161] mientras que Helena lloró y con sus lágrimas hizo crecer una planta llamada helenio.

30.3. ¿Y si Helena no fuera una mujer?

A lo largo de este libro he hablado de Helena como si se tratara de una mujer. Pero quizá no lo fuera.

Quizá se piense que ahora pretendo dar un salto mortal narrativo y despojar a Helena de su condición femenina para proponer algún tipo de travestismo o transexualidad. No sería imposible, porque en la mitología de los griegos podemos encontrar personajes que han sido hombre y mujer en una o en varias vidas. Un tal Leucipo se disfrazó de mujer para estar cerca de su amada Dafne y sus amazonas y se libró por poco de ser despedazado por ellas cuando lo descubrieron. El filósofo Pitágoras recordaba sus vidas anteriores, en las que quizá incluso conoció o al menos contempló a Helena, pues fue el troyano Euforbo, al que mató Menelao. Más interesante es el caso del adivino Tiresias, que primero fue hombre, después mujer y finalmente hombre de nuevo. Cuando Zeus y Hera le preguntaron cuántas partes de placer obtenían el hombre y la mujer en el acto sexual, su respuesta fue que de cada diez partes nueve correspondían a la mujer y tan solo una al hombre, algo que los sexólogos de la actualidad parecen refrendar, al considerar el placer femenino muy superior al masculino, pero que no gustó nada a Hera.

Sin embargo, cuando me pregunto si Helena existió alguna vez no es mi intención revelar que Helena era un hombre en vez de una mujer. Tampoco me refiero a si Helena existió o no como ser humano, es decir, si se trata tan solo de una criatura imaginaria que habita en las leyendas y los mitos, a pesar de que nos hayamos acostumbrado a hablar de ella como si fuera un ente real. Discutir acerca de los motivos y deseos de una criatura legendaria, de lo que pensó o no pensó cuando navegaba con Paris hacia Troya o con Menelao hacia Esparta, es un asunto fascinante, del que hablaré más adelante, pero a lo que me refiero no es a que Helena sea o no mujer y tampoco a si existió en el mundo real o solo en los versos de los poetas. Me refiero a algo que ataca de manera mucho más radical el estatus ontológico de Helena y su definición como ser humano, ya sea ficticio o imaginario. Lo que me pregunto es si Helena no es una mujer, sino un símbolo, algo que ocupa el lugar de otra cosa, un código que esconde otro significado. ¿Pudo ser la más bella mujer de la Antigüedad tan solo una figura que oculta otra cosa?

30.4. La helenidad

Helena es en cierto sentido la helenidad, aunque tal vez ni ella ni ninguno de los que participaron en la guerra de Troya fueran helenos, griegos, jonios, eolios o dorios.

Ya hemos visto que cuando hablamos de Helena y Menelao como reyes de Esparta, quizá estamos cometiendo un error, pues la capital de Lacedemonia tal vez estaba en otro lugar, como Amiclas, una ciudad que quedó bajo el control de los dorios de Esparta hacia el siglo VI a.n.e., o tal vez en Terapne, aunque recientes excavaciones en Esparta y sus cercanías han reavivado la hipótesis de que la Esparta de Helena sí que estaba en el mismo lugar que la posterior.

Ahora bien, lo que sí parece indiscutible es que Helena pudo ser micénica, argiva o lacedemonia, incluso espartana tal vez, pero no era, por supuesto, doria, como sí lo fueron los espartanos posteriores. En cuanto a la helenidad, parece que es un concepto nacido posteriormente a la época de Troya, así que podemos preguntarnos qué sentido tiene considerar a Helena la creadora de la helenidad.

Pues bien, tiene sentido porque en su nombre se juramentaron diversos pueblos que hasta entonces se habían enfrentado en luchas constantes y que probablemente tenían diferentes orígenes étnicos, como los pelasgos, los beocios, los lapitas y los que ahora llamamos micénicos y que Homero llamaba aqueos, argivos o dánaos, además de los antepasados de los mesenios y los espartanos. Sea cual sea el origen étnico de los que lucharon contra Troya, esos pueblos habitaban el territorio de lo que con el tiempo sería la Grecia clásica, desde el Peloponeso al Ática y desde Tracia hasta Rodas.

Otra cuestión es la relación entre la Esparta de Helena y la Esparta en la que solemos pensar cuando hablamos de espartanos. Aquí sí que existe una clara discontinuidad, pues se cree de manera casi unánime que los antepasados de los espartanos de la época clásica son los dorios, un pueblo que habría llegado al Peloponeso, dominando todas las regiones excepto la Arcadia, entre ellas Esparta. En este sentido, aunque se considera que los dorios

también pertenecían al gran tronco griego, habrían sustituido, al menos en las capas altas de la sociedad a los argivos (de Argos), a los aqueos (de Micenas, Acaya y otras zonas del norte del Peloponeso) y… a los espartanos de Lacedemonia. Helena, en tal caso, pertenecería a una población anterior, también griega (aquea, argiva…) pero no doria.

Es cierto, en cualquier caso, que los griegos recordaban la invasión de los dorios como un regreso, el regreso de los Heráclidas, y que Heracles había sido quien, antes de ese regreso, situó a Tindáreo, padre de Helena, en el trono de Micenas. Así que cabe la posibilidad, pero no hay ninguna certeza ni indicio claro de ello, de que los micénicos fueran expulsados del Peloponeso poco después de la época de Helena y que regresaran siglos más tarde. Aunque la opinión más extendida hoy en día es que fueron los dorios los que al invadir el Peloponeso desplazaron a la antigua población micénica.

Sin embargo, ni siquiera es seguro que se produjese una invasión doria y algunos piensan que las destrucciones observadas se debieron a una sublevación de las clases pobres frente a las élites dominantes.

También se podría pensar en algo más complejo, al examinar las tensas relaciones y las extrañas bodas de las hijas de Tindáreo, Helena y Clitemnestra, con dos extranjeros, Agamenón y Menelao. Hay en todo ello, en la cesión del trono de Esparta a Menelao por parte de Tindáreo, en la fuga de Helena con un extranjero, en la extraña muerte de los dos poderosos hijos de Tindáreo, los dioscuros, en el sacrificio de Ifigenia por Agamenón, en el asesinato de Agamenón por Clitemnestra, en el de Clitemnestra por su hijo Orestes y en la boda de Hermione, hija de Helena, con Orestes, un continuo toma y daca, golpe y contragolpe entre los tindáridas (Helena, Clitemnestra y los dioscuros) y los atridas (Agamenón, Menelao y Orestes), que más que a matrimonios pacíficos suena a enfrentamiento entre dos familias o dos pueblos por el control del Peloponeso. Por cierto, en estas relaciones, para nada cordiales, entre atridas y tindáridas, hay que añadir que se dice que Agamenón mató cruelmente al primer esposo de Clitemnestra, Tántalo, y que se dice que Tindáreo fue el acusador en el juicio

contra Orestes por la muerte de Clitemnestra. Por otra parte, las luchas de los Dioscuros Cástor y Pólux y su muerte, que casi coinciden con el rapto de Helena, hacen pensar que se desencadenó un golpe doble, quizá concertado, contra la Esparta de Tindáreo, por parte de Agamenón y Menelao, que quizá obtuvieron sus tronos mediante la fuerza o la amenaza de usarla, y por parte de Idas y Linceo, que eran hijos del rey de Mesenia. Incluso se podría pensar que Helena no fue raptada sino que se casó legalmente con Paris, opinión que sostuvo al menos un autor, como veremos más adelante.[162] También en el resumen de las Ciprias, Proclo dice que cuando Paris desembarcó en el Peloponeso primero se detuvo en algún lugar de Lacedemonia (¿Amiclas?) donde fue muy bien recibido por los hijos de Tindáreo, es decir, por Cástor y Pólux. ¿Acudió Paris al rescate de una Helena casi secuestrada por Menelao?

Por otra parte, se podría pensar que los dorios que se hicieron con el control del Peloponeso dos o tres generaciones (entre cuarenta y ochenta años) tras la guerra de Troya eran los descendientes de los tindáridas, es decir, de los que gobernaban antes de que llegaran los atridas extranjeros, Agamenón y Menelao, y se hicieran con el poder al casarse (¿quizá por la fuerza?) con Helena y Clitemnestra.

En fin, también se ha propuesto que los dorios aprovecharon una invasión previa para hacerse con el territorio, pero que el primer golpe a los micénicos no lo dieron ellos. Los arqueólogos han encontrado indicios claros de que casi todas las ciudades micénicas sufrieron un colapso quizá unos ochenta o cien años después de Troya, con la excepción de Atenas, que fue el único lugar que resistió a los dorios o a los que abrieron el camino a los dorios.

Como se ve, los enigmas se amontonan en las investigaciones de historiadores y arqueólogos y las posibles interpretaciones se multiplican.

30.5. La identidad robada

La segunda relación de Helena con la helenidad, además de la que la hace responsable de la unión de aqueos, argivos y dánaos contra Troya, consiste en que la epopeya de esa guerra, cantada por Homero tres o seis siglos más tarde, fue también la marca de identidad de los sucesores del esplendor minoico-micénico, lo que conocemos como los griegos de la época oscura, la época antigua y la época clásica. Puede parecer sorprendente que un pueblo conquistador adopte los mitos y la identidad de un pueblo conquistado, o que quienes causaron o aprovecharon el colapso micénico se apropiaran de esa identidad, pero en realidad ese tipo de apropiaciones son bastante frecuentes, casi la norma. Los francos, una tribu germana, adoptaron la identidad gala, del mismo modo que los invasores el Imperio Romano adoptaron su religión, su cultura y muchas de sus costumbres. Los persas, los grandes enemigos de los griegos, que representaron a Asia contra Europa en el imaginario griego y latino durante más de un milenio, acabaron adoptando como héroe nacional a Al Iskander, que no es otro que Alexander Megas, es decir, Alejandro Magno. ¡Un griego como héroe nacional persa! Todavía en el siglo xx, cuando ya la civilización musulmana había arrasado los milenarios imperios de los persas y los partos, en Irán se recordaba al conquistador griego y se había olvidado a Ciro, Darío y Jerjes. En Europa sucedió lo mismo, pero a la inversa, pues un gran número de naciones adoptaron como antepasados precisamente a aquellos asiáticos con los que lucharon los griegos, los troyanos. No solo cuando Virgilio hizo remontar la fundación de Roma a los descendientes del troyano Eneas, sino cuando Francia se vio reflejada en otro troyano, Brutus, España en Teucro y los escandinavos, como nos cuenta Snorri Sturlusson, en Thor, que descendía ni más ni menos que de Tros, es decir, del padre de Ilio, fundador de Troya, bisabuelo de Príamo y tatarabuelo de Paris, el hombre que raptó a Helena.

Esta constante reivindicación de los ancestros troyanos quizá debería hacer que añadiésemos a Troya a los pueblos pertenecientes a la helenidad, en vez de considerarlo un enemigo exterior. Y eso nos permitiría considerar que Helena, más que una mujer, es, en efecto, la representante exacta de la helenidad, algo que podríamos quizá comparar con lo que en el territorio que con el tiempo sería China representó el llamado «Mandato del Cielo» de los Zhou. Aunque los Zhou poseían el Mandato del Cielo tras su victoria sobre

los Shang, es decir, la legitimidad para gobernar, no tenían suficiente poder como para ejercerlo desde su ahora débil reino, por lo que la representación de la defensa de la soberanía Zhou se cedía de manera transitoria a los estados más poderosos, que eran llamados hegemones o bawang. De modo semejante, podríamos pensar en Helena como un poder que pasa de reino en reino o como el dominio sobre el mar mediterráneo ejercido por parte de los pueblos minoico-micénicos.

¿Puede ser Helena algo así como el símbolo de la helenidad como su propio nombre parece indicar, al menos en una etimología apresurada, de una helenidad que va cambiando de mano en mano? ¿Podría ser Helena el emblema de la soberanía que cambia de manos, como los trípodes que en China representaban el poder Zhou y que se trasladaban allí donde el poder del momento se encontraba? ¿Podría ser Helena… los helenos? Es decir, los griegos. ¿Es solo una casualidad sonora la que une a Helena o al profeta troyano que quiso casarse con ella, Héleno, con los helenos? ¿Es solo casualidad que tanto Menelao como Paris se detengan en Egipto, como si estuvieran obteniendo el permiso de una gran potencia para ejercer sus venganzas, o que Menelao esté en Creta cuando Helena es raptada por Paris? ¿Podría ejercer Egipto, o quizá Creta, una función semejante a la que el Papa de Roma ejercía entre los reinos cristianos de la Edad Media o a la que el pequeño estado de los Zhou ejercía sobre estados que lo superaban en fuerza pero no en prestigio, nombrándolos representantes de su poder, al menos mientras fueran los más poderosos del momento, otorgándoles la custodia de los trípodes de bronce sagrados?

Y, por cierto, en la historia de Helena también encontramos un misterioso trípode de oro. Al parecer, el trípode fue un regalo del dios Hefesto a Pélope, el héroe legendario que dio nombre al Peloponeso. Menelao lo heredó, probablemente por ser esposo de Helena y obtener el reino de Tindáreo, y Paris se lo llevó a Troya junto con Helena. Finalmente, la propia Helena lo arrojó al mar al volver de Troya porque pensaba que sería motivo de continuas disputas, tal vez porque en el trípode había una inscripción en la que ponía «Para el más sabio» y Helena recordó que por una manzana destinada a «la más bella» de tres diosas se había armado la de Troya, la guerra. Siglos después el trípode fue rescatado del

mar por unos pescadores y, ya leyeran la inscripción o ya consultaran al oráculo de Delfos,[163] fue pasando de mano en mano por todos los sabios de Grecia, desde Tales de Mileto a Bías, Pítaco y Solón de Atenas, que decidió ofrendarla en el templo de Apolo en Tebas.[164]

30.6. El poder cambia de manos

Intentaré a continuación una reconstrucción a partir de los mitos de cómo el poder marítimo, tutelado o no por Egipto, el Imperio Hitita o Creta, se va desplazando por las tierras de Europa y Asia. Se trata de una reconstrucción puramente imaginaria de esos raptos o trasferencias de Helena, de la helenidad o de lo que se llama la talasocracia, el dominio sobre el mar, para la que me guío tan solo por los viajes de Helena y otros personajes estrechamente relacionados con ella.

En primer lugar, encontramos el poder marítimo que ejerce la Creta del rey Minos o de la dinastía minoica, poder e influencia que ha sido confirmado de manera indiscutible por los hallazgos arqueológicos…

…en un momento dado, ese poder es desafiado desde lo que siglos más tarde será Grecia, como muestra la muerte del toro de Minos (símbolo del poder cretense) por Egeo de Atenas…

…ese desafío a Creta quizá contó con la ayuda de una potencia extranjera, situada no muy lejos de Troya, pues Medea, la bruja del Mar Negro, vivió primero con Jasón en Corinto y después con el propio rey Egeo de Atenas…[165]

…pero Creta recuperó el poder y castigó la sublevación, lo que se simbolizaría en los cautivos atenienses entregados al Minotauro…

…aunque tiempo después surgió un nuevo poder procedente del Peloponeso, con Teseo, criado en Trecén, que se hace con el trono de Atenas, tras expulsar a Medea...

…Teseo, convertido en heredero (o usurpador) del trono de Atenas, desafía a Creta y mata al Minotauro…

…tras la caída del poder cretense, con la muerte del Minotauro y la fuga (¿o rapto) de Ariadna (hija del rey Minos de Creta) con Teseo…

…una potencia extranjera, representada por los atridas Agamenón y Menelao, quizá con la ayuda de Egipto, adquieren por casamiento (Clitemnestra y Helena) o por la fuerza, el control de gran parte del Peloponeso, en Esparta y en Micenas…[166]

…pero Atenas ambiciona el poder y reclama la «helenidad» o el dominio, con el rapto de Helena por Teseo…

…sin embargo, los espartanos reaccionan y recuperan el mandato gracias a los Dioscuros espartanos, Cástor y Pólux, que rescatan a su hermana Helena…

…los Dioscuros son eliminados y el poder en Esparta, y tal vez en Micenas, queda vacante…

…después Agamenón y Menelao asientan su poder en Micenas y Esparta al aliarse con poderosos pueblos helenos (aqueos, argivos, dánaos, arcadios, etc) y no helenos (lapitas) en el juramento de los pretendientes de Helena…

…pero otra potencia extranjera pretende hacerse con el mandato, cuando, desde Troya, el príncipe Paris rapta a Helena…

…aprovechando la visita de los atridas micénicos a Creta (o tal vez los atridas acuden a Creta en busca de legitimidad y/o ayuda)…[167]

…y para ello pide el consentimiento de uno de los grandes poderes dominantes de la época, Egipto…[168]

…o bien intentan sin éxito añadir a sus conquistas a Egipto, porque su verdadero aliado es el peor enemigo de Egipto: el Imperio hitita…

… Egipto sigue sosteniendo a los atridas, cuando muestra su apoyo a Menelao, reteniendo a Helena…

…los acontecimientos se hacen un poco confusos, Paris saquea Sidón y quizá Chipre…

…pero se puede aventurar que las potencias micénicas intentan derribar al poder que se ha hecho con el mandato o con el control del comercio, cuando Helena permanece en Troya…

…y golpean con todas sus fuerzas a la potencia extranjera y a sus aliados (hititas y pueblos de la costa turca como Mileto), con los ataques de los que habla Homero durante los diez años de la guerra en diversos lugares del Mediterráneo…

…finalmente, la potencia que rivaliza con los micénicos o helenos y que cuenta con la ayuda del gran poder rival de Egipto (el Imperio hitita) es derrotada (caída de Troya)…

…después saquean la costa de Asia Menor y tal vez las costas de Egipto, como podría rastrearse en la mitología con los saqueos de Asia Menor por los caudillos griegos tras la victoria sobre Troya, y por hallazgos arqueológicos que muestran destrucciones…

…quizá entonces cae Hattusas, la capital del Imperio hitita, bajo esa misma alianza o no mucho después, con la llegada de los Pueblos del Mar, que quizá penetran aprovechando la caída de Troya…

…finalmente, a su regreso, la confederación de pueblos victoriosa encuentra diversa fortuna, los espartanos se detienen de nuevo en Egipto, ya sea para intentar invadirlo y fracasar de nuevo, o bien para pedir la bendición del poder central, con la segunda estancia de Menelao en Egipto…

…quizá los micénicos, los que lucharon en Troya, son los Pueblos del Mar o tal vez ellos también son sus víctimas, pues los Pueblos del Mar pudieron aprovechar la debilidad micénica, tras el largo conflicto, para caer sobre Grecia, el Mediterráneo y Asia Menor…

…pero otros micénicos descubren que el largo conflicto ha sido aprovechado para apartarlos del poder…

…Agamenón es asesinado por Clitemnestra con la complicidad de Egisto…

…Diomedes emigra a Italia y tal vez lleva algo de la vieja cultura, quizá dando origen a los etruscos, pues se dice que Tindáreo, pariente cercano de Diomedes y padre de Helena y Clitemnestra, podría ser un nombre emparentado con el etrusco…

…otros consiguen recuperar el poder: Ulises en Ítaca y Cefalonia; Orestes, hijo de Agamenón al matar a su madre Clitemnestra…

…o quizá lo que sucede es que diversos pueblos caen sobre Grecia, acabando con el poder micénico y tal vez empujando a pueblos micénicos hacia Asía Menor, Egipto y quizá Italia y Sicilia…

Todo esto, la destrucción final que acaba con la civilización micénica, que hace que durante tres siglos desaparezca la escritura (el lineal B) y que Grecia entre en la llamada Edad Oscura quizá sucede dos o tres generaciones después del final del reinado de Helena y Menelao en Esparta, pues su genealogía, la de atridas y tindáridas se detiene en el nieto de Agamenón y Helena. Después, poco a poco, una cultura poderosa emerge, con Homero, Hesíodo, los Juegos Olímpicos (772 a.n.e.) y una nueva escritura para la lengua griega, el alfabeto griego inspirado en el fenicio.

30.7. Juegos evemeristas

La anterior es una de las posibilidades de reconstrucción histórica que nos ofrece un mito como el de Helena, reconstrucción muy discutible en casi todos sus detalles y que me he tomado como un simple juego, pero existen otras, algunas mucho más complejas. Son muchos los que han intentado descubrir en la mitología griega un lejano recuerdo de las invasiones no de uno sino de varios pueblos griegos o helenos, como los dorios, los jonios y los eolios, como hace Robert Graves en Los mitos griegos y en La diosa blanca.

En realidad este evemerismo acerca de Helena ya fue aplicado por el primer gran historiador griego, Heródoto, de quien procede la palabra historia. Ya lo hemos visto cuando examinamos cómo explicaba las primeras guerras entre pueblos europeos y asiáticos

como raptos sucesivos de mujeres, o a la inversa, los raptos de mujeres como metáforas de las guerras entre pueblos.

En cualquier caso, resulta muy significativo, como ya se ha dicho, que tanto Paris, cuando rapta a Helena, como Menelao, cuando regresa, se detengan en Egipto y que reciban los consejos de ese dios transformista llamado Proteo. ¿Era Egipto, quizá el Egipto de Ramsés III, la gran potencia de la época, ante la que todos los otros estados tenían que rendir cuentas? ¿Debían pedir permiso a Proteo o al faraón reinante para atacar o defenderse de estados vasallos del gran reino?

O quizá debemos pensar que las visitas de Paris y Menelao (siempre junto a Helena, no lo olvidemos) no fueron tan pacíficas, puesto que en las crónicas egipcias se enumera entre los Pueblos del Mar a los thekker y a los peleset, a los que se ha identificado con pueblos griegos o troyanos.

Los theker se han identificado con los troyanos o «teucros», pero también podríamos pensar que se relacionan con el héroe griego Teucro, hermano de Áyax de Telamón, ¡que precisamente se encuentra con Helena en Egipto en la Helena de Eurípides! ¿Qué hace allí? ¿Saquear quizá?

En cuanto a los peleset o filisteos (tan célebres por sus menciones en textos hebreos), se los ha relacionado con los micénicos o con los pelasgos, la población no griega anterior a los micénicos.

El hecho de que Menelao luche con Proteo y que reciba la ayuda de su hija Idotea (¿un vasallo traidor?) también resulta muy significativo. ¿Tienen algunos de estos movimientos de pueblos relación con la llegada o con la expulsión de Egipto de los misteriosos hicsos, los únicos invasores que se hicieron con el poder en Egipto durante varios siglos y que fueron expulsados hacia el año 1550, es decir, casi coincidiendo con el apogeo del poder cretense?

Todas estas hipótesis, en las que Helena parece jugar un papel muy importante son una manera de encontrar la historia bajo los mitos. Pero muchos estudiosos han preferido descubrir bajo el mito de Helena no la historia, sino otro mito. Un mito debajo del mito.

156 Herodoto, Historia 1. Clío.

157 Herodoto, Historia II. Euterpe

158 Herodoto, Historia II. Euterpe

159 Herodoto, Historia II. Euterpe.

160 Homero, Ilíada.

161 Lo cuenta Conon en la Bibliothèque de Photius (186. Récits de Conon). También Plinio el Viejo en Historia Natural.

162 Ver «De nuevo Egipto».

163 Esa es la versión que da Diógenes Laercio en la vida de Tales de Mileto. Carlos García Gual dedica un capítulo al trípode (“El trípode y los sabios») en su libro Los siete sabios... y tres más.

164 Plutarco: Vidas paralelas: Solón. La historia del trípode se cuenta, entre otros lugares, en Diógenes Laercio, Vidas y opiniones de los filósofos ilustres.

165 Al regresar de la Cólquide con Medea, los argonautas se detuvieron en Creta y allí Medea logró desactivar al temible gigante de metal que protegía la isla, Talos.

166 Resulta muy llamativo lo egipcios que suenan los nombres de Agamenón (Aka-Memnón) y Menelaos (Menes o Narner es el legendario fundador de Egipto).

167 Menelao viaja a Creta para el entierro de su abuelo Catreo y allí tiene una aventura con Cnosia (nombre sospechosamente similar a la capital de Creta, Cnosos), hija del rey.

168 Paris visita a Proteo, que le predice un desdichado final para su aventura.

31

HELENA DE LA LUNA

31.1. El huevo lunar

Ya hemos visto que existen varias versiones del nacimiento de Helena relacionadas con la fecundación de un huevo, ya sea por la espartana Leda o por la ninfa Némesis. Existe una última versión que asegura que la concepción de este huevo no se produjo ni en Esparta ni en la ciudad ática de Ramnunte, sino en un lugar mucho más insólito: la Luna.

Fue de la Luna de donde cayó el huevo que después fecundó Leda, nos dicen algunos cronistas, aunque el huevo en cuestión también habría sido puesto por Némesis.

Según Robert Graves, detrás de este mito se esconde el recuerdo de la época en la que los dioses masculinos no habían impuesto su dominio sobre las poblaciones pregriegas, que adoraban a la Diosa Madre. Los dioses masculinos habrían sido llevados allí por la cultura patriarcal de los griegos o helenos. Cuando se adoraba a la Diosa Madre, nos dice Graves, había un rito en el que ella perseguía al rey sagrado, una especie de títere al que se coronaba como soberano, pero al que se mataba al final de su reinado. Némesis sería entonces la diosa Luna y sus transformaciones las de los animales identificados con las estaciones: liebre, pez, abeja y ratón (o bien liebre, pez, pájaro y grano de trigo). Finalmente, Némesis atrapaba al rey sagrado y lo devoraba. En opinión de Graves, cuando cayó el matriarcado y se impuso el patriarcado, la persecución se invirtió, de tal manera que era ahora la diosa la que huía de Zeus. Se produjo así una identificación entre Némesis y Helena, siendo las dos representantes de la Luna, o bien siendo ambas la Luna misma: «Helena y Helle o Selene son variantes

locales de la diosa Luna».[169]

Quizá parezca que no hay razones para dar crédito a lo que nos dice Robert Graves o para pensar que detrás de Helena se esconda una diosa, pero la verdad es que sí hay motivo. En primer lugar, porque Helena, la infiel y traidora Helena, regresó con su marido a Esparta y reinó feliz. En segundo lugar, porque allí, en Esparta, fue adorada, no como una antigua reina, sino como una diosa. Eso es lo que descubrió el poeta Estesícoro cuando viajó a Esparta y esa parece ser la razón por la que entonó la palinodia y juró que Helena nunca estuvo en Troya. Para quienes viajaban a Esparta desde otras regiones, debía resultar sorprendente que la Helena que era acusada de ser la culpable de una terrible guerra por su infidelidad fuera allí adorada como una diosa junto a su marido, en el santuario del Menelaion.

En definitiva, según esta nueva interpretación, Helena, más que esconder el traspaso del poder, la helenidad o una migración de pueblos, podría ser un recuerdo de las antiguas diosas del mediterráneo, que fueron sustituidas por los dioses masculinos de la poderosa tríada representada por tres hermanos: Zeus, Hades y Poseidón, en quienes Robert Graves y otros mitólogos identifican a los pueblos jonios, dorios y eolios. Eso podría explicar la competencia entre dioses por hacerse con el control de diversas ciudades, como Atenas, por la que disputaron Poseidón (que representaría a los eolios) y Atenea (que representaría a los jonios).

Si releemos la Ilíada y anotamos los dioses que ayudan a los griegos y los que ayudan a los troyanos, el resultado es bastante sorprendente. Hera, la esposa de Zeus, y Atenea, su hija, están de parte de los griegos, pero de parte de los troyanos están casi todos los demás, como Poseidón, Apolo, Afrodita y el dios de la guerra Ares. Es decir, que una parte importante del panteón griego no apoya a los griegos, sino a los troyanos. El propio Zeus declara antes sus divinos colegas que su ciudad más amada es Troya, aunque finalmente aceptará permitir que sea destruida. Por otra parte, ya sabemos que Afrodita, partidaria de Paris y los troyanos, era adorada en Chipre y en otros lugares y que se relaciona con la diosa fenicia Astarté y la semita Ishtar y se han encontrado testimonios de su culto en lugares de Asía Menor, mientras que en

Micenas se han descubierto huellas de culto a Hera, la celosa esposa de Zeus que ayuda a los griegos. En cuanto a Atenea, parece significativo que en la Ilíada no se destaque por su ayuda a un rey ateniense como Menesteo, sino a un argivo como Diomedes o a un cefalonio como Ulises. Se ha dicho que ello se debe al pobre papel que Atenas jugaba en la época micénica, pero no es eso lo que nos dicen los mitos de Teseo, a quien se atribuye ni más ni menos que la caída del poder minoico. Más bien parece que Atenea considera que los reyes de Atenas son usurpadores, pues son los que han depuesto al propio Teseo.

En cuanto a la relación de Helena con la luna, Eustacio, un autor muy tardío (siglo xii) pero que al parecer tenía acceso a documentos muy antiguos, dice que la relación de Helena y la luna se debió a una mala lectura de Homero. Según él, como en la Odisea se compara a Helena con Ártemis, los autores posteriores, después de identificar a Ártemis con Selene (la Luna), hicieron de Helena un ser lunar «como si hubiera caído a la tierra de la Luna» y luego añadieron que, tras cumplir los designios de Zeus, es decir, acabar con la vida de miles de hombres, fue llevada de nuevo a su hogar, la luna.[170]

31.2. Helena, adivina

En la Odisea, cuando Telémaco está a punto de abandonar Esparta, tras su encuentro con la reina Helena y el rey Menelao, todos presencian una extraña escena. Aparece un águila que lleva entre sus garras una enorme oca blanca. Telémaco pide a Menelao que interprete el presagio, pero antes de que el rey pueda decir nada («meditaba entre sí Menelao que respuesta podía dar a ello acertada y discreta»), se le adelanta, sin pedir permiso, Helena, y dice:

Escuchadme, que voy a explicarlo según que en mi alma los eternos me inspiran y creo va a cumplirse: del modo que esta ave ha venido del monte en que está su progenie y su cuna y raptado a la oca

criada en la casa, tal Ulises, después de sufrir y de errar largamente, volverá a su mansión a tomar la venganza, si acaso no se encuentra ya en ella tejiendo ruinas a esos pretendientes.[171]

La seguridad con la que habla Helena, el hecho de que se adelanta a Menelao sin pedir permiso, su presunción de que la inspiran los eternos, todo parece señalar a Helena no solo como la verdadera reina de Esparta, sino también como una profetisa que está en comunicación directa e íntima con los dioses. Eso es lo que parece indicarnos un detalle curioso: la censura que ciertos copistas aplicaron a un pasaje de la Ilíada en el que se dice que Afrodita le acercó una silla a Helena: «Entonces la diosa Afrodita, amante de la sonrisa, tomó una silla para ella y la colocó frente a Alejandro».[172] Zenodoto eliminó este pasaje porque daba la impresión de que era la diosa la que estaba al servicio de Helena. Pero, al fin y al cabo, las dos son hijas de Zeus y, como recordó Aristarco, Afrodita había adoptado la figura de una sirvienta y Helena todavía no había reconocido a la diosa.[173]

Volvamos al salón del palacio de Esparta y al suceso que presencian Helena, Menelao y Telémaco, el águila que captura a la oca blanca. En primer lugar, resulta llamativo, que Helena presencie una escena como esta, puesto que es casi la imagen misma de cómo Helena fue concebida, cuando su madre, Leda o Némesis, transformada en oca o en cisne, fue atrapada por un águila. En segundo lugar, en respuesta al oráculo, el joven Telémaco promete de manera expresa que en Ítaca se adorará a Helena si su vaticinio se cumple:

¡Que así ahora lo decida Zeus, el atronador esposo de Hera! En tal caso, incluso allí, te veneraría como a una diosa.[174]

Este pasaje resulta muy significativo, puesto que parece un intento de justificar la presencia conocida de un culto a Helena en las islas de Cefalonia, y de manera especial en la Ítaca de Homero. Pero donde no cabe ninguna duda de que Helena fue adorada como diosa

es en Esparta, aunque fuera por quienes quizá acabaron con su dinastía, los dorios. ¿Adoptaron ellos un culto que ya existía, del mismo modo que los pescadores siguen invocando a los Dioscuros San Cosme y San Damián?

31.3. Helena, la tejedora

Los antiguos llamaron a Helena destructora de ciudades, de naves y de hombres, a partir de una discutible etimología. Se la consideró causante de la peor guerra que había conocido la humanidad y del primer gran enfrentamiento entre griegos o europeos y asiáticos. Fue puesta como ejemplo de la mujer infiel, de la mujer «de muchos hombres», de la belleza fatal que conduce a los hombres a la muerte el odio y la destrucción. Cuando en la Ilíada Homero nos la presenta tejiendo batallas, es muy posible que quienes oyeran o leyeran ese pasaje la imaginaran inevitablemente como una deidad maléfica que teje la vida de los hombres, a semejanza de las Moiras o las Parcas que tejen la vida de los seres humanos y que cortan sin piedad el hilo de su existencia, como dice el rey feacio Alcinoo aludiendo a Ulises:

Allí luego habrá de soportar todo cuanto su destino y las Parcas tejedoras le hayan devanado en su hilo, desde el momento en que lo diera a luz su madre.[175]

La fórmula se encuentra también en la Ilíada cuando Hera habla del héroe Eneas:

¡Ya sufrirá más adelante lo que la Moira hiló para él cuando su madre le dio a luz el día de su nacimiento![176]

A su vez, cuando Ulises cuenta a Alcinoo sus desventuras, recuerda cómo la maga Circe estaba tejiendo cuando llegaron allí sus hombres y cayeron en su trampa, poco antes de ser trasformados en cerdos:

Se detuvieron ante las puertas de la diosa de hermosas trenzas, y se pusieron a escuchar a Circe que, en el interior, cantaba con hermosa voz, al tiempo que tejía una gran tela, divina, como son las labores de los dioses, sutiles, llenas de gracia y esplendor.[177]

La propia Penélope, mujer fiel y de apariencia inocente, teje una tela para que los pretendientes acepten una demora en sus pretensiones. Se entregará como esposa a uno de ellos cuando la tela esté completa, pero debemos recordar que el tejido que preparan las manos de Penélope es una mortaja para Laertes, el padre de Ulises y esta evocación de un sudario y la inevitable matanza de los pretendientes quizá sea casual pero resulta muy sugerente.

En la Ilíada, Helena teje batallas de griegos y troyanos y es imposible no verse tentado a pensar en la metáfora de una diosa que teje el destino de los hombres que mueren por ella:

Tejiendo una doble tela de color púrpura, inmensa, sobre la que bordaba los muchos afanes de los troyanos, domadores de caballos, y los aqueos, de túnicas de bronce, que por ella sufrían a manos de Ares.[178]

También cuando Telémaco visita la corte de Esparta, Helena llega al salón y se pone a tejer en una tela, costumbre reservada, como se ve, a las mujeres y que hasta hace no mucho todavía era habitual contemplar en muchos lugares. Después, al despedirse, Helena entrega a su huésped un vestido multicolor que ella misma ha

tejido, para que lo lleve la esposa del joven en el día de su boda:

Helena se detuvo ante los arcones donde se guardaban los peplos multicolores que ella misma había tejido. Helena, la divina entre las mujeres, escogió y alzó en sus manos uno de ellos, el que era el más hermoso por sus bordados y el más amplio. Relucía como una estrella.[179]

En las excavaciones de Troya se ha encontrado una gran cantidad de ruecas, lo que parece indicar que tejer era una actividad muy común.

31.4. Helena, la llameante

En Helena, continuamente nos parece reconocer una dualidad entre una mujer serena, hermosa, seductora, gran narradora de historias y tejedora de sutiles telas y, al mismo tiempo, una representación de la fatalidad, una maldición enviada por los dioses contra los humanos y de manera especial contra los varones, la tejedora de sus destinos y la que los conduce a la muerte. Incluso encontramos esta dualidad cuando aparece junto a sus hermanos Cástor y Pólux en la triada de dioses protectores de los navegantes. Parece que al principio la costumbre era pensar que los tres hermanos se aparecían en forma de pequeñas llamas sobre sus embarcaciones, el conocido fuego de San Telmo, pero con el tiempo, mientras que los Dioscuros conservaron su carácter benéfico, en forma de dos llamas gemelas, cuando solo aparecía una llama entonces se trataba de Helena y su presencia tenía un carácter funesto, según nos cuenta Plinio el Viejo:

Hay también estrellas en el mar y en las tierras. Yo he visto durante las guardias nocturnas de los soldados que un resplandor en forma

de estrella se pegaba a las jabalinas ante la empalizada. También se posan en los mástiles de los navíos, así como en otras partes de las naves con una especie de ruido sonoro, como pájaros que pasan de sitio en sitio. Son de mal agüero cuando llegan solas, hundiendo y quemando los navíos si caen en el fondo de la carena. Pero si son dos, resultan favorables y anuncian un buen viaje. Ante su llegada dicen que se marcha aquella funesta y cruel estrella llamada Helena; por eso, le atribuyen a Castor y Pólux tal poder, y los invocan en el mar.[180]

Solino cuenta una curiosísima historia relacionada con estos fuegos o estrellas y la sangre menstrual de las mujeres, que es, en su opinión, algo monstruoso:

El grano por ellos contaminado [por los flujos menstruales] quedará estéril, el mosto avinagrado, las yerbas secas, los árboles perderán su fruto, la herrumbre atacará el hierro, el bronce ennegrecerá; si los perros lo prueban se volverán rabiosos, dispuestos a ocasionar daño con sus mordiscos, que comunican la locura.[181]

Ahora bien, algo bueno tiene esa sangre, nos dice Solino:

Encierra una sola cualidad que es claramente provechosa, a saber, que ahuyenta a la estrella Helena, peligrosísima para los navegantes.[182]

Solino no indica de qué manera había que usar la sangre menstrual en un barco para evitar o contrarrestar la llama fatídica de Helena.

Curiosamente, en China se adoraba a una diosa de los navegantes, Tianfei o Mazu, que también se aparecía en forma de llama en las tormentas, pero que tenía un carácter benéfico. El célebre almirante

Zheng He, que recorrió el mundo en sus barcos durante la dinastía Ming, aseguraba que la diosa se le apareció en una situación desesperada:

En medio de las aguas torrenciales ocurrió que, durante un huracán, repentinamente se vio una antorcha divina brillando en lo alto del mástil, y tan pronto como apareció esa luz milagrosa, el peligro se apaciguó.[183]

La asociación de Helena con el fuego de San Telmo nos recuerda aquella imagen suya sosteniendo la antorcha desde sus aposentos en Troya, guiando a los griegos hacia la ciudad, para que lleven a cabo la espantosa destrucción, la muerte sin piedad de casi todos sus hombres, la violación o secuestro como esclavas de casi todas sus mujeres. Una antorcha que anuncia la otra gran antorcha final en la que se convertirá la ciudad entera. Se cumplió así la profecía del adivino Ésaco, que, cuando Hécuba soñó que daba a luz una antorcha llameante, predijo que ese niño causaría la destrucción de Troya. El niño era, por supuesto, Paris.

31.5. Diosa de la vegetación cretense

La opinión de José Alsina Clota es que el mito de Helena es el recuerdo de una antigua diosa de la vegetación, uno de sus desdoblamientos:

Ariadna, Kore, Afrodita, Pasifae, Demeter, poseen una serie de rasgos comunes como Helena. Todas ellas son divinidades de la vegetación y de la fertilidad; todas ellas han sido raptadas, lo que en el lenguaje mítico simboliza la muerte de la vegetación; todas ellas conservan relaciones con el culto del árbol de origen egeo.[184]

El rapto de Helena se explicaría entonces no porque se refiera a un personaje histórico, ni siquiera porque muestre la costumbre (atestiguada más allá de los mitos) de raptar mujeres en la antigüedad, sino porque estas mujeres son la vegetación que muere en el invierno para reaparecer con la primavera. Ya conocemos el culto a Helena Dendritis en Rodas y se sabe que las muchachas espartanas ponían cintas a un árbol dedicado a Helena en las que se podía leer «Venérame, soy el árbol de Helena». Además, dice Alsina, en Quíos había una fuente dedicada a Helena y en la isla de Cránae estaban los Baños de Helena, y el agua estaba asociada, cosa que parece muy razonable, a la fertilidad. Para terminar, se dice que Helena misma fundó el templo de Elitia, diosa prehelénica de la fertilidad. Sin embargo, en contra de la opinión de Robert Graves, Alsina rechaza la etimología que relaciona a Helena con la diosa lunar Selene y dice que la verdadera razón de que fracasen todos los intentos de encontrar una etimología del nombre de Helena se debe a que no es un nombre griego, sino cretense. Coincidiendo con Nilsson,[185] Alsina considera que el mito de Helena es el eco de un mito minoico (cretense) del rapto de una diosa de la vegetación similar al de Perséfone, que es llevada a los infiernos por Hades.

Lamentablemente, el nombre de Helena no se ha encontrado en las tablillas de lineal B (micénicas) ni entre las palabras hasta ahora descifradas del lineal A, lo que debilita o al menos no contribuye a reforzar esta hipótesis.

El aspecto divino de Helena y su capacidad para reencarnarse fue recuperado por los pitagóricos, que reivindicaron su figura hacia el siglo vi a.n.e., insistiendo en su carácter de diosa o al menos criatura lunar, como lo era, según ellos, el propio Pitágoras.

Mucho tiempo después, de una manera realmente asombrosa, esta Helena divina, con ciertos rasgos pitagóricos, regresó gracias a un hombre llamado Simón de Gitta, hacia el siglo I de nuestra era.

Simón de Gitta, conocido como Simón Mago, se consideraba a sí mismo una reencarnación de Dios y aseguraba que en el principio de los tiempos su primer pensamiento se había encarnado en un principio femenino llamado Ennoia. Pero este principio femenino

fue atacado por los ángeles envidiosos, que crearon el mundo terrenal para encerrar a este pensamiento divino en un cuerpo de mujer. Esta mujer se fue reencarnando a lo largo del tiempo hasta que nació como Helena en Esparta y causó la célebre guerra de Troya. Después, el principio siguió reencarnándose hasta convertirse en una esclava prostituta de la ciudad fenicia de Tiro, también llamada Helena. Es allí donde la encontró finalmente Dios, encarnado a su vez en Simón el Mago, dedicándose a predicar junto a ella la verdadera revelación, pues ella, Helena, es también Sofía, la Sabiduría. La historia de Simón Mago, al que se considera el creador del gnosticismo, pero que solo nos ha llegado por sus detractores cristianos, es fascinante, pero queda fuera de los límites de este libro, aunque es quizá una lejana y muy deformada muestra de la pervivencia del mito de la Helena divina, hija del dios supremo, Zeus. Por otra parte, se ha llegado a sugerir, y aunque parezca extravagante no es por completo inverosímil, que Simón Mago no es otro que Pablo de Tarso antes de su conversión, como parece afirmarse en los escritos del siglo iv llamados pseudoclementinos de la secta ebionita. Si diéramos crédito a esta posibilidad, entonces encontraríamos a nuestra Helena como asombrosa inspiradora de un nuevo culto: el cristianismo.[186]

---

169 Robert Graves, Los mitos griegos.

170 Eustacio, Sobre la Ilíada de Homero.

171 Homero, Odisea.

172 Homero, Ilíada.

173 Kirk y otros, A commentary of the Iliad.

174 Homero, Odisea.

175 Homero, Odisea.

176 Homero, Ilíada.

177 Homero, Odisea.

178 Homero, Ilíada.

179 Homero, Odisea.

180 Plinio, Historia natural.

181 Solino, Colección de hechos memorables.

182 Solino, Colección de hechos memorables.

183 Inscripción de Zheng He en la Estela de Changle (Fujian), 1431.

184 José Alsina Clota, Helena de Troya. Historia de un mito.

185 Ver Albin Lesky, Historia de la Literatura Griega.

186 La hipótesis fue propuesta por Ferdinand Christian Baur en el siglo

y más tarde ha sido defendida por el pastor Hermann Dettering en El pablo falsificado y por el teólogo Robert M. Price.

32

EL MENELAION DE TERAPNE

(Lacedemonia)

32.1. Dos milagros de Helena

Pausanias dice que Helena y Menelao fueron enterrados en Terapne. Allí estaba el Menelaion, el santuario a Menelao, que los arqueólogos han desenterrado. En él se han encontrado decenas de figuritas, muchas de ellas femeninas, cuyo sentido no ha logrado descifrarse hasta el momento, pero que quizá tengan relación con algo que sucedió mucho después de los tiempos de la guerra de Troya, cuando Helena regresó de entre los muertos para llevar a cabo un milagro. La historia la cuenta Heródoto, un historiador que presume a menudo de incrédulo pero que aquí (y en otros pasajes de sus obras) muestra una gran confianza en historias sobrenaturales.

Se cuenta, dice Heródoto, que el rey Aristón de Esparta se enamoró de la mujer de su amigo Ageto. Esta mujer era la más hermosa de Esparta, pero no siempre lo había sido, pues de niña era feísima. Su nodriza, al ver lo preocupados que estaban sus padres por la fealdad de la niña, la llevaba todos los días al templo de Helena en Terapne, colocando a la niña ante la imagen de la diosa y rogando porque la hiciera hermosa. Un día, cuando la nodriza regresaba del santuario, llevando a la niña en brazos, se encontró con una mujer desconocida que le preguntó que llevaba en el regazo. La nodriza respondió que una niña, pero no quiso mostrársela a la mujer, al menos al principio, porque, tras insistir la desconocida una y otra vez, se la enseñó. La desconocida acarició la cabeza de la niña y aseguró que sería la mujer más bella de Esparta. A partir de ese día, los rasgos de la niña empezaron a cambiar, hasta que se convirtió

en una mujer de belleza insuperable. Es innecesario decir que aquella desconocida era la mismísima Helena.

El rey Aristón, para lograr casarse con esta mujer tan hermosa, le dijo a su amigo que podía escoger cualquiera de las posesiones de su palacio, y que a cambio él escogería algo que perteneciera a Ageto. Ya se puede imaginar que el sinvergüenza de Aristón eligió a la esposa de su amigo.

En cuanto al santuario consagrado a Helena, autores antiguos como Polibio, Tito Livio, Isócrates o Pausanias se refieren a él. Los arqueólogos han encontrado en una colina situada a cuatro kilómetros al sudeste de Esparta, junto al río Eurotas, las ruinas de ese santuario, datadas en el siglo V antes de nuestra era, que estaba sin duda consagrado a Menelao, a Helena y a sus hermanos Cástor y Pólux, los Dioscuros.[187] Sucede, además, que excavaciones recientes han sacado a la luz dos objetos con inscripciones. Uno de ellos es una jarra que es claramente una ofrenda, en la que se lee que un tal Deinis se lo dedica a Welenai y Menealwo. Se trata de un griego verdaderamente antiguo, pero en el que los nombres son, por supuesto, perfectamente reconocibles como los de Helena y Menelao. El otro objeto es un instrumento parecido a una horca o rastrillo, cuyo uso se ignora, pero en el que se lee una dedicatoria a «Welenai».

Se atribuye a Helena otro milagro, aunque este es más bien una maldición de ultratumba. Se dice que cuando Helena fue raptada por París, su esposo Menelao acudió al santuario de Delfos para saber cómo podría vengarse. Apolo le dijo que debía consagrar en el templo el collar de oro puro «que en otro tiempo le dio Cipris (Afrodita) a Helena». Así lo hizo Menelao y el collar quedó en Delfos hasta que el santuario fue saqueado y una mujer se llevó el collar de Helena. Esta mujer «que se distinguía por su lozanía y era una impúdica» en cuanto tuvo el collar se fugó con un ciudadano del Epiro, sin duda debido a la maldición asociada a la fuga de Helena, pues otra mujer se llevó del santuario el collar de Erífile y mató a su marido, del mismo modo que Erífile había causado la muerte de su marido Anfiarao.

32.2. Helena y los árboles

J.T.Hooker considera que la clave del culto a Helena como diosa se encuentra en aquel pasaje en el que Pausanias dice que Helena fue ahorcada en la isla de Rodas.[188] Ya hemos visto que Robert Graves decía que esa leyenda era un intento de explicar por qué se adoraba a Helena en Rodas y por qué en relación con un árbol, y sugería que los rodios adoraban a Helena Dendrita, del roble, opinión que comparte Hooker, quien añade que la confirmación se encuentra en los versos dedicados a Helena por el poeta espartano Teócrito en los que se dice que doce mujeres irán temprano en la mañana y que llevarán flores en una guirnalda a un plátano y que allí escribirán un mensaje para que lo puedan leer los viajeros: «Venérame, yo soy el árbol de Helena».[189] La hipótesis final de Hooker es que en la Esparta, Terapne o la Lacedemonia micénica o premicénica, antes incluso de la llegada de los dioses olímpicos, se adoraba a una diosa de la vegetación cuyo culto se asociaba a un árbol. Con la llegada de los nuevos cultos, esa diosa fue asociada a Ártemis, como indicaría el que se sitúe a la muchacha Helena en ritos que se celebran en el santuario de Ártemis Ortia cuando es raptada por Teseo. Del mismo modo, se asociaría a esa diosa Helena con Afrodita, de la que la considera hermana, por ser las dos hijas de Zeus, o al menos pariente divina, si preferimos creer que Afrodita nació de la espuma del mar al caer en ella los testículos de Urano cortados por su hijo Crono. Aunque Hooker no lo sugiere, si adoptamos este punto de vista podríamos llegar a sospechar que los continuos conflictos y extraños tejemanejes entre los extranjeros conocidos como los atridas Agamenón y Menelao, frente a Tindáreo, padre de Helena y Clitemnestra, o con el rey anterior, Egisto (amante después de Clitemnestra y cómplice del asesinato de Agamenón) podrían ser el recuerdo confuso de la lucha entre una población recién llegada y los habitantes del lugar. En este caso, de nuevo, Helena, la Helena original, la más antigua, no sería helénica o griega, quizá ni siquiera perteneciente a la más arcaica versión de los griegos, los micénicos.

32.3. Descifradores de mitos

Mark Edward Lewis ha mostrado de manera brillante cómo el mito del Emperador Amarillo (Huangdi), legendario fundador de China, fue variando según los intereses del momento y cómo sus consejeros, sus guerras, sus aliados, sus enemigos e incluso su cambiante carácter se iba adaptando a los intereses de cada época histórica.[190] Ejemplos como el anterior deben hacer que seamos precavidos al intentar descubrir por debajo de los mitos la historia oculta de pueblos, guerras y migraciones. Estos ejercicios de evemerismo son fascinantes pero también muy arriesgados, como el que cometió un tal Neocles de Crotona, que quiso explicar el nacimiento de Helena de un huevo a partir de la etimología de la palabra que servía para designar el piso superior de una casa, suponiendo que Helena había nacido en una de esas estancias.[191] La interpretación es casi menos creíble que la propuesta por Herodoro de Heraclea, para quien el huevo de Leda cayó de la Luna porque las selenitas ponen allí huevos quince veces más grandes que los nuestros,[192] pero, además, la etimología propuesta por Neacles ni siquiera es correcta.

El entusiasmo por una etimología o por un motivo común encontrado en un jarrón pintado y en una escena teatral nos puede llevar al error fácilmente. En la interpretación de un mito es frecuente mezclar versiones de épocas demasiado distantes, pero nunca hay que olvidar lo importante que es el contexto en el que se cuenta cada historia. Cada mitógrafo, cada poeta, cada dramaturgo y cada filósofo, al recurrir a la tradición, realiza diversas operaciones y cada una de ellas es una manipulación inevitable. En primer lugar, cada autor selecciona las partes del mito que le interesan, dejando de lado otras; en segundo lugar, cambia el orden cuando le conviene destacar un aspecto, como he hecho yo en este libro en alguna ocasión para crear más interés a la narración, o bien añade algún detalle que no estaba en el mito original, oculta, ilumina, ensombrece, deforma, juzga, establece nuevas relaciones de causa efecto, hasta que el material mítico original se adapta a sus intereses narrativos, morales, religiosos o políticos. Pero, a pesar de sus peligros y dificultades, el evemerismo en sus diversos grados es una pasión difícil de reprimir, como lo es el deseo de encontrar un sentido oculto a los relatos mitológicos, una clave que permita

descifrarlos todos como por arte de magia. Algunos han buscado en la mitología griega los restos de un antiguo culto a los árboles, otros creen que gran parte de los mitos tienen su origen en interpretaciones erróneas de dibujos en cerámicas de épocas más lejanas, otros aseguran que todo mito procede de un rito y no pocos que todo rito procede de un mito. Casi siempre se intenta desenterrar una mitología bajo la mitología, mitos más antiguos, primigenios, que habrían adoptado la forma amable y entretenida de las fábulas griegas, o las lejanas huellas de civilizaciones que desaparecieron, tal vez destruidas por los pueblos que adoraban a los dioses olímpicos, Zeus, Poseidón y Hades, Hera, Deméter y Hestia.

Entre las búsquedas de una clave única que permita descifrar todas las mitologías, la preferida en las últimas décadas ha sido la que intenta reconstruir una religión que no solo habría precedido a la griega, sino a todas, la del culto a la Diosa Madre. Ya hemos visto que Helena ocupa un lugar estelar en estas tentativas, en especial si consideramos, como es razonable, que la Luna es un astro y que Helena es la Luna.

32.4. El matriarcado original

En las últimas décadas se han publicado decenas de libros acerca de la Diosa Madre y el matriarcado original, hasta el punto de que el concepto ha pasado a la cultura popular, enfrentándolo al patriarcado o al ahora tan recurrente heteropatriarcado. Según quienes defienden la existencia de un antiquísimo matriarcado, la Diosa Madre, la Gran Diosa o simplemente la Diosa habría sido la deidad a la que adoraban las sociedades que existían antes de que belicosos y feroces guerreros llegaran con sus dioses masculinos, como Hades, Poseidón y Zeus. En esa cultura o civilización matriarcal, que habría sido especialmente relevante en todo el Mediterráneo, no se elogiaban los valores guerreros, sino las artes de la paz. James Frazer en La rama dorada y Robert Graves en La diosa blanca se mostraron partidarios de la hipótesis del matriarcado original, pero fue décadas más tarde cuando Marija

Gimbutas se convirtió en su principal representante después de publicar decenas de libros e investigaciones para demostrar el culto a la Diosa. Sin embargo, la primera propuesta había sido formulada mucho tiempo antes, en 1861, por Johann Jacob Bachofen.

Bachofen defendió la idea de que las sociedades humanas pasaban por tres fases sucesivas. La primera era el hetaerismo, donde reinaba la promiscuidad sexual y no se hacían distinciones claras entre lo masculino y lo femenino; la segunda era el matriarcado, durante el cual las mujeres dirigían la sociedad; finalmente, se imponía el patriarcado, en el que los varones se hacían con el poder. Bachofen pensaba que este proceso en tres fases era de peor a mejor, es decir, que el matriarcado era una fase primitiva e imperfecta que debía ser superada por el patriarcado. Los defensores posteriores de un matriarcado original convirtieron los defectos que Bachofen aplicaba a lo femenino en virtudes, reivindicando características como el cuidado de los hijos y el hogar, la pasividad, la falta de asertividad e incluso el conformismo, aunque las últimas tendencias intentan conservar la idea del matriarcado original y al mismo tiempo dotarlo de características antes consideradas masculinas, como la asertividad, la agresividad e incluso la crueldad, que reivindicaron algunas tendencias feministas, al darse cuenta de que aquellas ancestrales virtudes femeninas habían servido para mantener a las mujeres sometidas y sumisas.

La propuesta de un matriarcado original y de un culto a una Gran Diosa resulta muy sugerente, pero no existe a día de hoy ninguna certeza de que alguna vez haya existido, excepto en poblaciones muy localizadas y específicas. Por otra parte, el hipotético culto a una diosa o a una tríada o cualquier otra agrupación de divinidades femeninas no tiene por qué implicar la existencia de un matriarcado, entendido como el dominio de las mujeres en la organización de la sociedad. Se conocen algunas sociedades matriarcales, como la de los mosuo en China, y algunas de ellas han revelado ciertas virtudes a los ojos de nuestro temperamento moderno, aunque eso no prueba que cualquier matriarcado sea necesariamente mejor que un patriarcado. Pensar que las personas explotadas o discriminadas serán mejores cuando tengan el poder es una superstición contra la que ya nos advirtió Oscar Wilde en su

ensayo El alma del hombre bajo el socialismo. La injusticia, la discriminación o la pobreza no hacen mejores a los que las sufren, sino casi siempre peores. Si la pobreza y la explotación hicieran a las personas moral o intelectualmente superiores, entonces deberíamos recomendar a los pobres seguir viviendo en la miseria para que conservaran puras sus almas, además de felicitarlos por su inmensa suerte, de la que carecen los que no son pobres y se tienen que conformar con la vulgar riqueza. Nuestro pensamiento igualitario actual, no solo en lo que se refiere a hombres y mujeres, sino también entre pueblos y etnias diferentes, es el producto de siglos de civilización y de las reformas que se han producido en los últimos trescientos años, y en especial en las últimas cinco o seis décadas. Nada nos indica que en una sociedad primitiva, aunque fuera matriarcal, no hubiera existido, por ejemplo, el esclavismo o la guerra.

En cuanto a las cualidades masculinas o femeninas, resulta muy difícil saber cuáles de ellas son biológicas, más allá de las obvias, y cuáles son producto de la cultura. Tendremos que esperar todavía bastantes años, hasta que la igualdad entre hombres y mujeres sea plena, para empezar a distinguir los aspectos biológicos «femeninos» o «masculinos» en la especie humana. Ya hemos podido presenciar muchísimas veces, a medida que la igualdad aumentaba, que más y más mujeres penetraban en territorios supuestamente masculinos, tanto en el mundo del trabajo, como en el terreno de los sentimientos, en el de los deseos o en el de las pasiones, tanto para bien como para mal.

Y lo que es más importante, ni siquiera la certeza de un origen biológico tendría por qué ser una prueba de que se deba actuar siguiendo la naturaleza. Hombres y mujeres tenemos mucho de animales, puesto que somos animales, pero, como ya señaló Aristóteles, nuestra verdadera naturaleza quizá consista en no tener naturaleza, o al menos en no estar inevitablemente determinados por ella, como ratificó a finales del siglo xix la feminista Charlotte Perkins Gilman.[193] Lo natural y lo humano quizá no sean términos equivalentes y, en contra de quienes predican la vuelta a los instintos y lo natural, nuestra naturaleza biológica es casi seguro que favorece más el machismo que la igualdad entre los sexos.

32.5. Modelos de mujer

Helena era aficionada a la riqueza y Paris al placer; Odiseo era sagaz y Penélope prudente. Por eso, el matrimonio de estos fue feliz y envidiado, en cambio el de aquellos produjo a griegos y bárbaros una Ilíada de males.

Plutarco

, Deberes del matrimonio[194]

Helena fue en Grecia, o al menos en Atenas, un modelo de mujer que no había que imitar, la mujer infiel que abandona a su marido y a su hija. Frente a ella se ofrecía el modelo representado por Penélope, la mujer fiel, honesta, que espera pacientemente a su marido, que teje y desteje una tela para mantener a raya a los pretendientes, que protege y prepara a su hijo en espera del momento en el que su honor será restituido por Ulises. Los poetas como Homero eran los educadores de Grecia, al menos hasta que llegaron los filósofos, los dramaturgos, los sofistas y los oradores profesionales, así que las mujeres debían mirarse en el espejo de Penélope y no en el de Helena.

Si pensamos en la personalidad de Helena, podemos encontrar algunos rasgos que se han considerado tradicionalmente femeninos, como las artes de la seducción; la curiosidad, que perdió a Eva y a Pandora y que quizá llevó a Helena a compartir su vida con un extranjero desconocido; o la infidelidad y la poca confiabilidad, como la tentación que seduce a Eva y a Helena.

En Mesopotamía encontramos a una mujer, Shamhat, que en la Epopeya de Gilgamesh seduce al hombre salvaje Enkidu, y mediante la unión sexual y sus palabras, le hace descubrir que el mundo es más complejo y fascinante que el bosque en el que vive. Shamhat logra de este modo que Enkidu se interese por esa extraña cosa que

es una ciudad, la ciudad de Uruk. Tras conocer a Shamhat, el hombre bestia es dominado por la curiosidad y se civiliza, como prueba el que después de que Enkidu haga el amor con Shamhat los animales que antes vivían con él ahora rehúyan su compañía. El texto, en sus diferentes versiones sumerias o semitas lo expresa con toda claridad, pues tras seis días y siete noches de sexo sin fin:

Enkidu estaba débil y era incapaz de correr como antes. Pero había madurado. ¡Se había vuelto inteligente! Regresó para sentarse a los pies de la cortesana. Con los ojos clavados en su rostro comprendía todo lo que ella le decía.[195]

Estos defectos «femeninos», o al menos algunos de ellos, ahora los consideramos virtudes. La curiosidad nos parece una cualidad estupenda, a pesar de que durante la Edad Media fue un gran defecto propio de mujeres, casi prohibido («peligrosos novatores» se llamaba a quienes innovaban), pues era la causa del pecado original, de la manzana que Eva había cogido del árbol. También fue una manzana, la de Eris, la diosa de la discordia, lo que llevó a las tres diosas hasta Paris y a Paris hasta Helena y a los griegos hasta Troya, por culpa de la infiel Helena. Por lo tanto, Helena es un ejemplo de mujer que lleva a la perdición, «destructora de ciudades, matadora de hombres» como dijo Eurípides, intentando descifrar de este modo la etimología siempre discutida de nuestra heroína.

Hoy en día, nuestra opinión acerca de las virtudes y los defectos y de cómo han de comportarse hombres y mujeres ha cambiado y lo usual es elogiar a una mujer que, al menos en algunos aspectos, actúa como Helena y no como Penélope, a la que se considera pasiva y obediente, quizá de manera injusta, pues la Penélope de Homero es bastante compleja e interesante, capaz de enfrentarse casi en solitario a un ambiente hostil y agresivo. Pero Helena representa a la mujer activa, que parece capaz de tomar decisiones por sí misma, que aunque es un juguete en manos de los dioses también se rebela, que como reina de Esparta, no pide permiso a su marido para hablar, y que tiene aventuras eróticas con varios

hombres.

---

187 Herodoto, Historias.

188 J.T. Hooker, The Ancient Spartans.

189 Teócrito, Epitalamio de Helena.

190 Mark Edward Lewis, Writing and Authority in Early China.

191 Ateneo, Banquete de los eruditos.

192 Ateneo, Banquete de los eruditos.

193 Por ejemplo, en A man made world.

194 Plutarco, Moralia.

195 La epopeya de Gilgamesh.

33

ISLA DE LEUCE

O ISLA DE LOS BIENAVENTURADOS

(Lacedemonia)

33.1.Viajes de ultratumba de Helena

Los antiguos griegos no solo hicieron viajar a Helena a Egipto, Atenas o Troya cuando vivía, sino que después de su muerte le ofrecieron un improbable, aunque feliz último destino. Helena, nos dicen, vive y vivirá eternamente en los Campos Elíseos, un lugar paradisiaco cercano a la entrada del hades o infierno, llamada el Estanque de los Recuerdos. O quizá vive un poco más allá, en la Isla de los Bienaventurados, en la que habitan los que han nacido tres veces y tres veces han pasado ya por el Elíseo, lo que significaría que Helena también ha realizado esos saltos transmigratorios.

O tal vez, dicen otros, su verdadero hogar de ultratumba está en la isla de Leuce, en el Mar Negro y junto a la desembocadura del Danubio, en un lugar que hoy se llama Isla de las serpientes y que pertenece a Ucrania, aunque es reivindicada por Rumanía. En ese lugar lleno de bosques y de pacíficos animales, Helena disfruta de una existencia feliz junto a Aquiles, declamando versos de Homero a los héroes de sus epopeyas. Otros, en fin, dicen que su compañero allí es Menelao, pues Aquiles disfruta de la existencia eterna junto a Ifigenia, la sobrina o hija de Helena.

Homero elige como destino final de Helena los Campos Elíseos, «donde habita el rubio Radamantis», y como compañero a Menelao, o al menos eso es lo que el egipcio Proteo le predice a Menelao,

quien gozará de este privilegio precisamente gracias a Helena:

En ese lugar es dulcísima la existencia de los hombres. No existe allí la nieve ni el denso invierno ni jamás hay lluvia, sino que permanentemente envía el Océano las brisas del Céfiro de soplo sonoro para refrescar a los humanos. Porque tienes por mujer a Helena y por ella eres yerno de Zeus.

33.2. Materia de cantos venideros

No es extraño que los poetas llevaran a Helena a los Campos Elíseos, a la isla de Leuce o a la Isla de los Bienaventurados, si es que todos estos lugares no son el mismo lugar, y que allí imaginaran que se pasaba el tiempo recitando junto a Aquiles los versos de Homero a los protagonistas de la Ilíada y la Odisea. Ella, que había sido la causa de que Aquiles y Áyax, Eneas y Héctor, Paris y Príamo perdieran allí la vida, ahora podía compensarlos haciendo que disfrutaran de los versos que cantaban su fama imperecedera.

Pero algunos van más lejos y aseguran que Helena no solo recitaba los versos de Homero en la otra vida, sino que ella misma los inspiró. Helena parece anunciarlo en un pasaje de la Ilíada, al hablar con Héctor de la terrible guerra:

A los dos Zeus nos concedió un funesto destino con el fin de que seamos motivo de canto para los hombres venideros.[196]

Helena, diosa o reina, mujer o símbolo, sabía, como tantos supieron en la antigüedad, que la única inmortalidad posible es la que ofrece la poesía y la historia, como tan bellamente lo dijo Jorge Manrique en las Coplas por la muerte de su padre, y que también se expresa en el Julio César de Shakespeare, cuando Casio y Bruto se sienten protagonistas de la primera representación de una obra inmortal:

CASIO.— ¿Cuántas épocas a partir de este instante representarán nuestra elevada escena en naciones aún no nacidas y lenguas todavía ignotas?

BRUTO.— ¿Cuántas veces sangrará en la ficción César, que ahora yace junto al pedestal de Pompeyo, con menor valía que el polvo?[197]

Trescientos años antes de la unificación de China, en la época Zhou, el consejero Wu Zixu también era consciente de que en el momento preciso de su muerte, antes de suicidarse con la espada ritual, estaba accediendo a la inmortalidad:

Cuando hayan trascurrido cien generaciones desde este momento, los ministros leales sin duda verán en mí una lección.[198]

O como se dice en El laúd de Gassire, al recordar las hazañas de los héroes de Mali:

Las ciudades y los pueblos,

los héroes y los cobardes:

¡todo desaparecerá!

¡Solo mi canción sobrevivirá!.[199]

Fuera cual fuese el resultado de la guerra de Troya, Helena también sabía que sobreviviría y que siempre sería recordada en los cantos de los poetas, mientras que otros grandes héroes desaparecerían

para siempre de la memoria por no tener un poeta que cantara sus hazañas:

No fue Helena la laconia[200] la única que ardió prendada de los bien cuidados cabellos de un amante, del oro que tenía sus vestidos y de su regio lujo y su cortejo… Muchos fueron los hombres valerosos que antes de Agamenón vivieron; pero a todos, ni conocidos ni llorados, la larga noche los aplasta por no tener un vate sagrado que los cante.[201]

Cuando Alejandro Magno visitó Troya, la ciudad del otro gran Alejandro de la antigüedad, le ofrecieron la lira con la que Alejandro Paris había entonado sus cantos ante Helena, pero el conquistador macedonio la rechazó y pidió la de Aquiles, el hombre al que el propio Paris había matado al herirle con una flecha en el talón:

Cuando andaba recorriendo la ciudad y viendo lo que había de notable en ella, le preguntó uno si quería ver la lira de Paris, y él le respondió que éste nada le importaba, y la que buscaba era la de Aquiles, con la que cantaba este héroe los grandes y gloriosos hechos de los varones esforzados.[202]

Después, nos cuenta Arriano, se preocupó por la posibilidad de que sus propias hazañas no pasaran a la posteridad:

La tradición dice que Alejandro declaró que Aquiles era muy afortunado por haber tenido a Homero como heraldo de su fama de cara a la posteridad.[203]

A esta gloria la llamaban los griegos el kleos, el renombre imperecedero. Alejandro Magno se preocupa por el suyo, y también Aquiles y Héctor cuando saben que van a morir: ¿serán sus muertes dignas de ser recordadas o serán tan ignominiosas que nadie se acordará de ellas?

El kleos o renombre inmortal de Helena, sin embargo, es el de su poder destructor, el de la discordia (eris) que provoca entre griegos y troyanos. Porque, del mismo modo que la diosa Eris en persona causa la primera discordia entre las diosas Hera, Afrodita y Ártemis al lanzar una manzana, otra mujer, Helena, provoca la segunda discordia, ahora entre griegos y troyanos. También su hermana Clitemnestra representa un kleos de discordia en Micenas, al ensangrentar todavía más el árbol genealógico de los atridas y los tindáridas, que ya quedó salpicado con la sangre del sacrificio de Ifigenia.

Pero la relación de Helena con la poesía y su plena certeza de que ocupará un lugar en la memoria de hombres y mujeres, profecía que se ha cumplido después de quizá cuatro mil años, va más allá de aquellas palabras que Homero puso en boca de Helena, pues según una tradición, Helena misma fue la responsable directa de que las hazañas de los héroes se conservaran en los versos inmortales de Homero. Y no solo de manera metafórica.

En la antigüedad se decía, en efecto, que Helena había sido no ya la inspiración, sino la inspiradora de Homero, cuando se presentó ante él una noche y le ordenó componer versos sobre los que lucharon en Troya con la intención de que la muerte de aquellos héroes «fuera más envidiable que la vida de los demás».

Ahora bien, existe un problema para este encuentro entre Homero y Helena. Aunque los antiguos y Heinrich Schliemann creían que Homero había vivido durante la época de la guerra de Troya y algunos han supuesto que se retrató a sí mismo en el cantor Demódoco, que aparece en la Odisea, los historiadores y helenistas actuales rechazan con fervor unánime esa posibilidad y consideran que Homero solo pudo vivir entre 300 y 500 años después de la guerra entre aqueos y troyanos. De ser así, estamos obligados a suponer que la Helena que habló con Homero lo hizo, o bien por intermediación de las musas o bien desde ultratumba.

Si así, fuera, esa podría ser la solución a un enigma relacionado con la invocación a las musas en Homero. Homero en el primer canto de la Ilíada invoca a una diosa (thea), mientras que en el canto segundo invoca a las musas para que le dicten el catálogo de las naves de los caudillos aqueos. Los expertos se preguntan por qué se repite la invocación, en una ocasión a una diosa singular y en la otra ocasión a las musas. Lo habitual ha sido considerar que la primera diosa es una de las musas, ¿pero cuál de ellas? Calíope, dicen muchos. Ahora bien, ¿y si esa diosa (thea) no fuera una musa, sino la propia Helena de Troya? Es decir, ¿y si fuera la propia Helena la que hablara a través de Homero? Es una posibilidad fascinante, que nos hace contemplar a Helena de otra manera, no como la más bella de las mortales, sino como la hija de Zeus, y por tanto hermana de Afrodita, y como ellos diosa e inmortal, una diosa cuya misión fundamental consistiría en que no se olviden las hazañas de los héroes que murieron en Troya.

---

196 Homero, Ilíada.

197 William Shakespeare, Julio César.

198 Sima Qian, Shiji o Registros históricos.

199 Leo Frobenius, El Decamerón negro.

200 Laconia, manera latina de referirse a Lacedemonia o a Esparta.

201 Horacio, Odas.

202 Plutarco, Vidas Paralelas: Alejandro.

203 Arriano, Anábasis de Alejandro.

34

HELENA

MENIPO.— Solo veo huesos, sobre todo cráneos desnudos de carne, todos muy parecidos.

HERMES.— Pues esos huesos que tú tanto desprecias, fueron en vida, las personas más admiradas por todos los poetas.

MENIPO.— Bien; pero dime quién de ellos era Helena, pues yo no la reconozco.

HERMES.— Helena es el cráneo que tienes ante ti.

MENIPO.— ¿Qué? ¿Y por esto se equiparon las famosas mil naves con hombres de toda Grecia, perdieron la vida tantos griegos y bárbaros y se destruyeron tantas ciudades?

HERMES.— Eso es que no la conociste en vida, Menipo. De ser así, tú también dirías que no era censurable pasar cualquier pena por esa mujer.

Luciano

, Diálogos de los muertos

34.1 El viaje de la heroína

Los guionistas de cine y televisión, han probado todo tipo de estructuras y fórmulas para construir sus historias, como el paradigma de Field o la hoja de tiempos de Snyder, y han intentado dividir sus historias en tres, cuatro o cinco actos, creyendo que así imitaban a Shakespeare. Pero a los entusiasmos iniciales siempre

sigue un cierto escepticismo hacia los modelos que anteponen una fórmula dogmática a lo que se quiere contar. Tan solo hay un modelo narrativo que permanece, a pesar de las modas y tendencias cambiantes, el del viaje del héroe. Se trata de un esquema que tiene su origen en los mitos, pues se ha encontrado en las leyendas de personajes como Edipo y Teseo, pero también en los de Gilgamesh y Jesucristo, en Moisés y Rómulo y Remo o en Sargón de Acad y el héroe indio Karna. Aunque en el mundo del guion el viaje del héroe se popularizó cuando George Lucas aplicó las enseñanzas del mitógrafo Joseph Campbell en La guerra de las galaxias, después sistematizadas por Christopher Vogler en El viaje del escritor. Antes que todos ellos, ya Otto Rank, discípulo hereje de Sigmund Freud, había detectado esta estructura en El mito del nacimiento del héroe.

Campbell propone 17 etapas para el viaje del héroe, Vogler 12 y Rank un número de pasos variable, pero los momentos más importantes de esta aventura podrían ser:

1. La profecía del nacimiento del héroe.

2. El mundo ordinario.

3. La llamada de la aventura.

4. El héroe reticente.

5. El sabio maestro.

6. El arma secreta/Los planos de la fortaleza.

7. Entrada en el mundo extraordinario

8. Amigos y enemigos.

9. Pruebas y desafíos, primeros peligros.

10. Entrada en la gruta abismal.

11. El soplo de la muerte o muerte y resurrección.

12. El héroe mata a su padre.

13. El regreso a casa.

Si analizamos mitos como el de Edipo, encontraremos muchos de estos pasos, desde la profecía (el oráculo predice que Layo tendrá un hijo que lo matará) hasta la entrada en el mundo extraordinario (Edipo vive en su mundo ordinario y se dirige a Tebas), la muerte del padre (Edipo mata a Layo, sin saber que es su padre), la gruta abismal (el encuentro con la Esfinge) o la muerte y la resurrección (Edipo pierde el reino, se arranca los ojos y parte al destierro). También encontramos casi todas las etapas del viaje del héroe en el primer raptor de Helena, Teseo.

Ahora bien, el viaje del héroe es un esquema que, al menos a primera vista, se aplica preferentemente a héroes masculinos, porque precisa de cierta voluntariedad e iniciativa que les estaba vedada a las mujeres en casi todas las sociedades. Cuando pensamos en Penélope vemos a una mujer que es literalmente ganada por Ulises en una carrera contra su padre Icario, que después es llevada a la isla de Ítaca y que permanece en la casa familiar año tras año mientras su esposo va de aventura en aventura hasta que, veinte años después, regresa junto a ella. Durante todo ese tiempo Penélope educa a su hijo y mantiene a raya a los pretendientes con diversas artimañas, pero ella siempre se limita a reaccionar ante los actos de los demás y raramente toma la iniciativa. Ulises ni siquiera cuenta con Penélope para que le ayude en la venganza contra los pretendientes y prefiere que la convenzan de irse a dormir, para que al despertar descubra que todo está ya arreglado y que sus decenas de pretendientes han muerto en una noche de salvaje matanza entre Ulises, su hijo Telémaco y algún aliado más, como el pastor Eumeo. Tan solo en el momento final, cuando los dos esposos se reúnen por fin, Penélope toma la iniciativa y decide someter a Ulises a una última prueba para estar segura de que tiene ante sí a su marido y que no es víctima de un dios o una diosa engañadora, «como le sucedió a Helena».

A primera vista, Helena juega un papel tan pasivo como el de Penélope y es llevada de aquí allá por Teseo, por Menelao, por Paris

y de nuevo por Menelao. Es verdad, pero en Helena descubrimos ciertos rasgos que revelan a un personaje más activo de lo habitual en las mujeres de la antigüedad. En primer lugar, mientras que, en el caso de Penélope, su paso del mundo ordinario al extraordinario se reduce a viajar desde la corte de su padre a la de Ulises, Helena entra una y otra vez en mundos extraordinarios y conoce decenas de lugares en los que tiene que adaptarse a situaciones muy cambiantes. En la antigüedad, fueron decenas los autores que sospecharon, casi siempre en tono reprobatorio, que Helena se fue voluntariamente con Paris, que su papel fue activo y no pasivo. En su meticuloso análisis de la Ilíada, Walter Leaf señaló que tanto para Homero como para casi todos los autores, Helena no fue raptada por Paris contra su voluntad: «no era vista por los griegos como una víctima cuyos sufrimientos debieran ser vengados».[204] Teócrito incluso asegura en su Coloquio amoroso que fue ella la que tomó la iniciativa:

MUCHACHA.— A la virtuosa Helena, Paris la raptó, otro vaquero [puesto que cuidaba vacas].

DAFNIS.— Más bien fue Helena quien de buena gana conquistó con sus besos al vaquero.[205]

Sobre Helena también pesa una profecía familiar, uno de los rasgos del viaje del héroe según Otto Rank. También es capaz de superar todo tipo de pruebas y sobrevivir en ambientes hostiles. ¿Y cuál es su arma especial? Los autores siempre han dicho que es su belleza, por supuesto, y no cabe duda de que lo es, puesto que al mostrar sus pechos desnudos a Menelao o a los aqueos que quieren matarla logra que le perdonen la vida, pero quizá dispone de un arma superior: su arte de contar historias. Un arte que se intuye en la Ilíada cuando descubrimos que teje telas de batallas y que se revela con toda claridad en la Odisea en el encuentro con Telémaco, el hijo de Ulises en su palacio de Esparta.

Macrobio señaló, quizá de manera discutible pero sin duda con agudeza, que la droga nepente o del olvido no es una pócima traída

de Egipto, sino el arte mismo de contar historias:

Si analizas detenidamente la oculta sabiduría de Homero, aquel calmante que Helena mezcló con el vino, que aplaca el dolor y la cólera y hace olvidar todos los males, no era una hierba, tampoco una droga de la India, sino la ocasión de introducir un relato, que haciendo olvidar al huésped la tristeza, lo encaminó a la alegría.[206]

Y es cierto que resulta llamativo que Helena diluya en el vino una droga del olvido y que acto seguido se ponga a recordar los hechos del astuto y valeroso Ulises. ¿No se trataba de olvidar? Se ha interpretado que ese olvido lo es solo del dolor y de la pena, cualidades del opio, pero la interpretación de Macrobio resulta muy sugerente:

Exponiendo la gloria del padre y sus valerosas acciones una a una, hizo más alegre el corazón del hijo, y de este modo se creyó que había mezclado con vino un remedio contra la tristeza.[207]

Helena, que había sido defendida por Gorgias al considerarla víctima del logos, de la palabra, de los relatos engañosos de un príncipe extranjero, es ahora quien emplea el logos para aliviar las penas, pues, como dice Macrobio, ese es el poder de los relatos: «a unos los estimulas si les relatas ejemplos de valor, a otros de beneficios, a algunos de moderación» y muchos, al escuchar esos relatos «llegaron a enmendarse». Los modernos estudios en neurosiquiatría han confirmado las sospechas de Gorgias y de Macrobio y ahora sabemos que los relatos, el llamado storytelling, favorece la producción de diversas hormonas que a su vez estimulan sentimientos de empatía, odio o entusiasmo. Un veneno muy peligroso en manos de demagogos, pero una medicina en manos de una mujer sabia.

34.2. La teoría de la iluminación de Helena

El novelista Henry James propuso que para crear personajes interesantes se debe aplicar un método que él llamaba «teoría de la iluminación». El personaje, decía, es como una gran superficie oscura, en la que no distinguimos nada hasta que dirigimos sobre ella un foco, una pequeña luz, que ilumina una parte de ese gran lienzo negro. Después debemos iluminar otro lugar, tal vez alejado del primero, cerca de la esquina superior izquierda, y también otra pequeña zona allá abajo, y quizá una en la parte central. Sin embargo, nos dice James, nunca debemos aplicar un foco de luz potente que lo revele todo. Eso mataría toda ambigüedad y convertiría lo interesante y sugerente en trivial. Con esos lugares iluminados aquí y allá, el lector se hará una imagen del personaje que no será coincidente para todos los lectores, una imagen que quizá guarda muchos misterios, pero que, debido a ello, nos incita a seguir contemplando esas zonas iluminadas, a intentar descubrir las conexiones entre unas y otras. James dio una prueba magistral del método en su inquietante novela de misterio Otra vuelta de tuerca, en la que son posibles interpretaciones diferentes, según creamos a los niños, a la institutriz o al narrador. Algo parecido sucede con Helena. Su imagen completa se nos escapa y solo vemos a Helena de Esparta y a Helena de Troya, a Helena de Atenas y a Helena de Egipto, a Helena de Rodas, a Helena de Argos y a Helena de los Campos Elíseos. La descubrimos aquí y allá, y cada lugar nos ilumina un detalle de su personalidad.

Pero Henry James no se limitaba a decir que hay que iluminar solo ciertas zonas de la superficie total que es la vida y la personalidad de un personaje. Además, añadía que esas zonas obtienen su luz de una manera especial: son la luz que nos ofrece la mirada de otros personajes. Cada uno de los personajes que conoce a nuestro protagonista nos dice algo de él, o bien nos lo dicen las acciones de nuestro protagonista al relacionarse con los unos y con los otros, no siempre de la misma manera. A veces esos testimonios y esas relaciones son contradictorias, no encajan, chirrían de alguna manera, no parecen ajustarse a una única personalidad, pero eso

puede hacerlo todo más interesante, aunque a veces también nos provoque cierta frustración. En el caso de Helena, esos testimonios son los de todos los que conocieron a Helena desde Menelao a Paris, desde su hija Hermione a su padre Tindáreo, desde Príamo a Ulises, desde la joven Helena de Terapne a la Helena que habita en los Campos Elíseos. Todos conocieron a Helena y todos nos dicen algo de ella. Ahora bien, todos ellos nos hablan por persona interpuesta, sus voces nos llegan a través de intermediarios. No son los personajes que se han convertido en materia de cantos venideros, como Helena, Ulises, Penélope o Aquiles quienes nos hablan, sino que son quienes trasmiten esa materia: Homero y Hesíodo, Eurípides y Sófocles, Esquilo y Aristófanes, Dión de Prusa y Estesícoro, Proclo y los autores olvidados de las Ciprias, Isócrates y Gorgias, Coluto y Safo, Pausanias y Plutarco, Píndaro y Simónides. Todos ellos son los culpables de que nos interese Helena y de que estemos dispuestos a seguirla en sus viajes por todo el mundo conocido, pero cada uno de ellos tiene sus propios intereses y probablemente ninguno la conoció, si es que Helena existió, a no ser un Homero que hubiera vivido, como se creía en la antigüedad, en los tiempos de la Guerra de Troya, o un poeta o un bardo de la corte de Helena en Esparta, Amiclas, Terapne o cualquier otro lugar de Lacedemonia que hubiese recitado sus versos para ella o incluso que los hubiera aprendido de ella, como sugieren quienes dicen que Helena misma dictó sus versos a Homero.

Sea como sea, entre unos y otros, entre los héroes de la materia micénica, los poetas, los dramaturgos, los filósofos, los oradores, los historiadores y los rapsodas, nos han trasmitido, a lo largo de siglos de tradición oral y escrita, las luces que iluminan ciertas zonas, pero nunca la superficie completa, de esta mujer llamada Helena.

34.3. Asuntos de familia

Hemos viajado con Helena por decenas de lugares, puesto que han sido más de treinta las islas, ciudades, templos, palacios, pueblos y puertos que ella recorrió, y nosotros con ella. Sin contar esos caminos cambiantes que son los mares atravesados por las naves en

las que Helena viajó en su aventura hacia Troya y en su regreso final hacia Esparta. Hemos conocido a muchos hombres que la vieron, a decenas que intentaron conseguirla, a otros que compartieron algunos días o varios años de vida junto a ella. Los poetas y mitógrafos, los historiadores y los filósofos también nos han presentado en estos viajes a muchos de sus familiares, como si aplicaran la teoría de la iluminación de Henry James. Ya hemos conocido a su madre Leda y a sus dos padres, Tindáreo y Zeus, a su hermana Clitemnestra y a sus dos hermanos Cástor y Pólux, los Dioscuros; también a su hija Hermione y a su sobrina Ifigenia, a su también sobrino Orestes y a su cuñado Agamenón y a su tío Hipocoonte.

Es una familia compleja, que en ocasiones parece reflejar, más que a personas, a dinastías, o incluso a pueblos. Recordemos que la lista de abuelos y abuelas de Helena parecía mostrar el deseo de relacionarla con diferentes lugares o regiones. Podría tratarse de un fenómeno semejante al que encontramos en China cuando se habla del Emperador Amarillo (Huang Di), de Shennong o de Yan Di, el Emperador Llameante, a los que Nienhauser propone considerar clanes o linajes: los huangdi, los shennong y los yandi.[208] Los propios griegos de la época arcaica y clásica fueron conscientes de esa posibilidad y adaptaron, modificaron o añadieron genealogías para explicar sus diferencias, como la de un tal Helén, hijo a su vez de Deucalión, el hombre que sobrevivió al Diluvio. Helén, como es obvio, representaba a los helenos, su hijo Dorio a los dorios, Eolo a los eolios y, de los dos hijos de Juto, Ion a los jonios y Aqueo a los aqueos. Pero los griegos también tuvieron que explicar el origen de los dánaos y los argivos, que menciona Homero, y el de los peloponesios y los tebanos, por lo que recurrieron a otros personajes como Dánao, Cadmo o Pélope. A veces no es fácil saber si el personaje o la denominación llegaron primero y se adaptaron a un pueblo que llegó después o si más bien sucedió a la inversa, por ejemplo, en el caso de Heracles y los heraclidas, a los que también se identificó con los dorios. Un indicio de esta representación de clanes, familias o pueblos en la Grecia mítica es el hecho de que en la guerra de Troya los héroes casi nunca mueren tras retirarse heridos del campo de batalla, pues, por graves que sean sus heridas, acaban regresando a las llanuras de Troya, lo que sería perfectamente razonable si la Ilíada contuviera un lejano recuerdo

de cómo los diversos contingentes y aliados sufrieron reveses o éxitos militares, y que estos contingentes recibieran la denominación de un héroe. Cuando Aquiles se retira del campo de batalla, podemos pensar que quienes se están retirando son los mirmidones de la región de la Ftiótide, tal vez porque están preparando un ataque sorpresa como el que desencadenará más tarde Aquiles. También los egipcios eran aficionados a contar sus batallas personificando masas de miles de hombres en un faraón, como cuando Ramsés II presume de sus hazañas en la batalla de Kadesh en la que se enfrenta en solitario a 2500 carros que le rodean, en lo que sin duda supera a los héroes de la Ilíada:

Me puse delante de ellos y siendo como Montu los forcé a sentir el vigor de mi mano, en un momento, haciendo una carnicería entre ellos, atacados en el lugar. Uno de ellos, llamando a su compañero decía: «no es un hombre el que está entre nosotros, sino Set grande en fuerza [...] Huyamos ante él y salvemos nuestra vida, que podamos todavía respirar.[209]

Con Helena y sus pretendientes, sus maridos, sus amantes y sus parientes puede suceder algo similar y aunque tal vez algunos de esos personajes tuvieron existencia real, es decir, individual, también parecen simbolizar o representar acontecimientos, familias o movimientos de pueblos. Por otra parte, resulta muy difícil separar el lejano mito original, que en principio se remontaría a la edad micénica, de los añadidos posteriores tras la difusión de las obras de Homero, todas las adiciones, embellecimientos y modificaciones interesadas llevadas a cabo por otros poetas, dramaturgos, historiadores o filósofos. Por eso, la familia de Helena es un poco más amplia de lo que hemos visto hasta ahora si buscamos de manera concienzuda en las fuentes clásicas. Así que ha llegado el momento de conocer a casi todos los parientes (cercanos) de Helena.

De sus padres, Zeus o Tindáreo, y de sus madres, Leda o Némesis, ya he hablado bastante y aquí solo añadiré que cuando Helena regresó a Esparta su madre Leda ya estaba muerta, puesto que en la

Odisea Ulises cuenta que se la encontró en su visita al hades.[210] De sus hermanos Cástor y Pólux he hablado en varias ocasiones. También en este asunto son más las contradicciones y confusiones que las certezas. Llama la atención que, según cuenta Homero en la Ilíada, en el décimo año de la guerra de Troya Helena todavía no se haya enterado de que sus dos hermanos han muerto. A otros les ha resultado mucho más extraño que Cástor y Pólux participaran en la expedición de los Argonautas y que rescataran a su hermana cuando la raptó Teseo, porque haciendo los cálculos necesarios, tanto ellos como Helena, la supuesta niña raptada, debían tener por esas fechas unos sesenta años, puesto que salieron de los mismos huevos. En cuanto a la divinización y catasterismo, es decir, su conversión en estrellas, en el signo de Géminis o los gemelos, algunos dicen que se debió a que Pólux no quiso ser inmortal si no lo era también Cástor, pero otros aseguran que fue Helena la que logró que sus hermanos se convirtieran en divinidades inmortales. La hermana más célebre de Helena, Clitemnestra, ya sabemos cómo acabó, matando a su marido y siendo asesinada por su hijo. Pero helena tenía otras dos hermanas de las que apenas se dice nada. Una es Timandra, que ya sabemos que fue víctima de la maldición lanzada a las hijas de Tindáreo o a su abuela Perséfone, de ser mujeres de varios hombres, y tras casarse con el rey de la Arcadia, Équemo y darle un hijo, abandonó a su marido y se fue con Fileo, rey de Duliquio. Una hermana más era Febe de la que sabemos muy poco, más allá de que es mencionada en una carta de Hermínoe imaginada por Ovidio en la que se nos dice que tras el rapto de Helena todos lloraban: «El abuelo (Tindáreo) lloraba, lloraba su hermana Febe y sus hermanos gemelos».[211] La última de las hermanas se llamaba Filónoe, de quien Hesíodo dice que Ártemis la convirtió en inmortal, pero poco más se sabe de ella:

Filónoe, que en figura competía con las inmortales. A esta… la que con dardos goza hizo inmortal y libre de vejez por todos sus días.[212]

La mayoría de las tradiciones aseguran que Helena solo tuvo una hija, Hermíone. Algunos dicen que Nicostrato también era hijo suyo, aunque suelen coincidir en que Megapentes solo era hijo de

Menelao. En los escolios o comentarios al margen a la Ilíada y la Odisea, que se encuentran en las muchas copias que se trasmitieron de la obra de Homero, pero también en otros autores que trataron temas homéricos, como Eurípides, y que realizaron estudiosos o lectores de los que muchas veces no sabemos nada, se atribuyen a Helena hijos muy diversos. Unos dicen que Nicóstrato era hijo de Menelao y no de Helena pero que viajó a Troya con Helena y Paris, otros aseguran que este hijo se llamaba Plístenes y que habría viajado con ellos a Chipre, junto a otro hijo, este de Paris con Helena, llamado Áganos. Dictis dice que Helena tuvo al menos tres hijos con Paris, llamados Búnomo, Córito e Ideo y que los tres murieron al derrumbarse una techumbre cuando griegos y troyanos negociaban la paz.[213] Las variantes son muchas, pero aunque se sospecha que un gran número de ellas son invenciones tardías, tal vez alguna procede de una fuente antigua que se perdió pero a la que pudo acceder el escoliasta o comentador.[214]

También hemos visto que se dijo que Helena fue la madre de Ifigenia con Teseo, a la que se ha identificado con Ifianasa, a la que Homero menciona como hija de Agamenón y Clitemnestra, o con Ifimedia, que es el nombre que al parecer daba Hesíodo a Ifigenia. Pero lo habitual es considerar que Ifigenia, Ifinasa o Ifimedia son hija o hijas de Clitemnestra, la hermana de Helena.

Pero aquí no acaban los hijos posibles de Helena, porque también se dice que tuvo uno con Paris, llamado Córito:

Córito…a quien, sometida a un rapto, que acabó en himeneo, la Tindárida, con pena terrible, en mala hora engendró del boyero [Paris]. [215]

Sin embargo, lo más frecuente era hacer a este Córito hijo de Paris y de la primera mujer a la que amó, cuando todavía era un pastor en el monte Ida, la ninfa Enone. Se cuenta que cuando Enone supo que Paris había regresado a Troya con una mujer extranjera, envío a su hijo a la ciudad para avergonzar a su antiguo amante. Pero el hijo, que era tan hermoso como su padre, se enamoró de Helena y la

sedujo («ella lo aceptó de muy buen grado»). Paris, que no sabía que aquel joven era su hijo, mató a Córito.[216] Si fuera cierto que Córito era hijo de la propia Helena, entonces la aventura habría acabado en incesto. Algún autor dice que el hijo que Helena tuvo con Menelao no se llamaba Nicóstrato sino Marafio,

Tolomeo Hefestión, escritor cuyas obras se han perdido, pero que resumió Focio, aseguraba que Helena también tuvo una hija con Paris y que él quería llamarla Alejandra y ella Helena, pero que Helena ganó una partida de tabas y pudo elegir el nombre. También dice que la niña fue asesinada por Hécuba, la esposa de Príamo, cuando cayó Troya.

Tolomeo Hefestión nos cuenta también que Helena tuvo con Aquiles en la Isla de los Bienaventurados a otro hijo llamado Euforión, que era un joven con alas, que provocó por alguna razón la cólera de Zeus, quien lo fulminó con uno de sus rayos.

Entre los sobrinos y sobrinas de Helena, los más célebres son sin duda Orestes y Electra, que según algunas versiones planearon matar a Helena y quizá lo consiguieron, a no ser que los dioses la salvaran en el último instante.

En cuanto a su marido Menelao y su cuñado por partida doble Agamenón (puesto que era marido de su hermana y hermano de su marido), un examen atento de las relaciones parece revelarnos un conflicto permanente más que una relación amistosa. Todo parece indicar la lucha entre dos dinastías que quieren apoderarse del control del Peloponeso, y en especial de Lacedemonia y Argos: los atridas (Agamenón y Menelao) contra los Tindáridas (Tindáreo y sus hijos e hijas), también llamados Perseides, por ser Tindáreo nieto de Perseo, al que se consideraba fundador de Micenas y rey de Argos y de Tirinto.

En primer lugar, Tindáreo tiene dos hijos, Cástor y Pólux, destinados a heredar el trono de Micenas y quizá el de Esparta y de todo Argos o el Peloponeso, pero que morirán de manera prematura. En cuanto a sus hijas, se dice que Agamenón mató a Tántalo, el primer marido de Clitemnestra antes de casarse con ella y también al hijo recién nacido. Según algunas versiones, los Dioscuros (Tíndáridas) obligaron entonces a Agamenón a casarse

con Clitemnestra, según otras, esta unión fue más bien por la fuerza. Como sabemos, años después Agamenón mató a Ifigenia, su propia hija (la madre era Clitemnestra o quizá la propia Helena). Helena luego es pretendida por hombres de muy diversos reinos y finalmente se casa con Menelao, dicen que por sus inmensas riquezas, pero tiempo después lo abandona por un príncipe extranjero. Cuando Agamenón regresa triunfante de Troya es asesinado por la tindárida Clitemnestra, que a su vez es asesinada por su hijo Orestes, al que podemos considerar tanto atrida como tindárida, pero claramente partidario del padre. En cuanto a Helena gobierna en Esparta con Menelao pero también se dice que fue expulsada por sus hijos Nicandro y Megapentes, o al menos por uno de ellos, hijos de los que se solía pensar que no lo eran de Helena, sino de otra mujer con Menelao. Según esta versión, tras marchar al exilio, Helena se refugió en Rodas, donde murió ahorcada.

Finalmente Orestes, el hijo de Agamenón, se casará con Hermione, la hija de Helena, uniendo de nuevo (y quizá también por la fuerza) a las dos dinastías. Orestes, en consecuencia, acabaría reinando en Esparta, Micenas y Argos, aunque su hijo Tisámeno será expulsado del trono por los heráclidas.

Todos estos choques constantes entre las dos familias, estos acercamientos y alejamientos bien podrían indicar, más que amistosos enlaces matrimoniales, una sustitución dinástica de los tindáridas por los atridas.

34.4. Mujer de muchos hombres

En cuanto a los amantes, maridos, pretendientes y acosadores de Helena, además de los que ya han aparecido en estas páginas, como Teseo, Menelao, Paris, su hijo o hijastro Córito, Aquiles, tal vez Proteo y tal vez Teoclímeno, un rastreo meticuloso por las fuentes más extravagantes, como la Biblioteca de Focio nos ofrece algunos nombres más.

El primero de ellos es Peritanos, quien, según Tolomeo Hefestión,

era un arcadio que fue amante de Helena «cuando ella vivía con Alejandro en la Arcadia». Esta es la primera noticia de que Alejandro Paris hubiera visitado siquiera la Arcadia, pero Tolomeo nos informa de algo mucho más noticiable: Paris, llevado por los celos, castró al joven, y esa es la razón por la que los arcadios llaman a los castrados «peritanoi».[217]

De Enaróforo, el hijo de Hipocoonte, tío de Helena, que intentó violar a Helena cuando era una niña, ya he hablado, cuando conté la versión que exculpa a Teseo y asegura que Tindáreo llevo a su hija junto al héroe ateniense para protegerla de Enaróforo. Uno de los primeros poetas griegos, Alcman, parece que dedicó un largo poema a la guerra en la que Heracles mató a Hipocoonte y a sus hijos y devolvió el trono de Esparta a Tindáreo, y parece que el asunto del acosador Enaróforo se trataba allí, pero el poema se ha perdido. Los estudiosos también suponen que en una obra perdida de Esquilo llamada Proteo, quizá se planteaba un triángulo amoroso entre Menelao, Helena y el jefe de los sátiros Sileno.

Tolomeo Hefestión, según el resumen que de su Nueva historia o Historia Extravagante nos proporciona Focio, ofrecía una inmensa colección de noticias raras y datos extravagantes, entre ellas muchas relacionadas con Helena: que inventó junto a Paris el juego de azar en el que se emplean los dedos, que fue sacrificada junto a Menelao por Ifigenia, que su verdadero nombre era Eco, por su facilidad para imitar las voces, que el lugar llamado Sandalion de Esparta se llamaba así debido a la sandalia que cayó del pie de Helena cuando siguió a Paris, que la Helena a la que mató Orestes en realidad era su propia hermana, puesto que era otra hija de Agamenón y Clitemnestra llamada también Helena.

Tal vez detrás de estas anécdotas extravagantes se esconde algún detalle perdido del mito de Helena, por ejemplo, en la comparación con Eco debido a su facilidad para imitar las voces de otros, como cuando junto al caballo de madera habló con las voces de las esposas de los guerreros griegos. ¿Debemos entender que imitaba esas voces de manera literal, o tan solo sus acentos? ¿O más bien que Helena conocía muy diversos idiomas y dialectos y era capaz de hablar a cada hombre en el suyo? Es difícil saberlo, aunque existe un pasaje muy interesante en el Himno a Apolo en el que se

describe esa misma capacidad de imitar voces (¿tonos, acentos, lenguas, dialectos griegos?) que poseen las muchachas consagradas al dios Apolo:

De todos los hombres las voces y el tono imitar saben; diría cada uno que es él quien habla: así de bien a ellos se acomoda su hermoso canto.[218]

Este hermoso canto, este canto adecuado, que se adapta a lo que el oyente más desea escuchar, como cuando Helena borra la tristeza de Telémaco con su droga traída de Egipto y sus historias acerca de su padre Ulises, se ha comparado con razón con el canto de las sirenas, que atrae a los hombres a la perdición. Sin duda no es casual que aquí encontremos otra de esas repeticiones temáticas tan frecuentes en Homero: es precisamente Ulises quien, encerrado en esa prisión de madera que es el caballo de Troya, resiste al canto de Helena y ahoga a Anticlo, el guerrero que es atraído por el canto, mientras que en sus viajes se convertirá en el único hombre que escucha el canto de las sirenas, aunque atado firmemente al mástil, en esa otra prisión de madera que es un barco en medio de las olas furiosas.

34.5. Una mujer llamada Helena

Homero siempre ha representado a las mujeres como malvadas, engañosas y siempre igualmente fatales, ya sean virtuosas o perversas. Así, el adulterio de Helena causó un torrente de sangre, y la castidad de Penélope fue la causa de una terrible carnicería. Todas las desgracias de la Ilíada provienen de una sola mujer, y Penélope también es el tema de la Odisea.

Paladas en la Antología Palatina[219]

Cuando me propuse investigar el mito de Helena lo primero que hice fue establecer un límite claro a mis ambiciones y descartar cualquier pretensión de solución definitiva. Tampoco quise ocuparme de la influencia que el mito de Helena ha tenido en la posteridad y preferí limitarme tan solo a lo que los autores griegos y latinos nos han contado de ella. Quise hacer una fenomenología, una recolección de los fenómenos, de las apariencias y de las apariciones de Helena, con algunas gotas de psicología, historia, crítica literaria y sociología, pero no muchas. Me interesaba solo de manera secundaria la manera en la que Helena sirvió en Grecia como argumento para definir el papel de las mujeres en la sociedad, el amor o la belleza, del mismo modo que en Elogio de la infidelidad tomé como ejemplo a Penélope en relación con la fidelidad. Helena fue su modelo inverso, pues ella era lo que una mujer no debía ser, lo que toda mujer decente debía evitar.

La fiel Penélope esperó durante veinte años a su marido Ulises, guardando su lecho intacto, rechazando a los pretendientes, criando a su hijo para que estuviera preparado cuando llegara el momento de la venganza. Helena, por el contrario, era la mujer casquivana, la que, como su abuela Gorgófone y su hermana Clitemnestra, era capaz de estar con varios hombres, al menos cinco, pues ese es el sobrenombre que recibió Aquiles: «Pento», «el quinto».

Es innecesario señalar el injusto desequilibrio de una sociedad machista, como lo han sido casi todas, pues basta con pensar que Ulises en la Odisea tiene aventuras (aunque no siempre consumadas) con al menos cuatro mujeres: Circe, Calipso, Nausícaa y Penélope, a las que hay que sumar a Calidice y a Evipe. Sin embargo, a los diversos epítetos múltiples que se le aplican, como hombre de muchas tretas, hombre de muchos ardides, hombre de muchos recursos, no se le añade «hombre de muchas mujeres». Y lo que es más, si llegase a decirse de él que era un hombre de muchas mujeres, eso habría sido elogioso, como lo ha sido para casi todos los varones seductores, mientras que el mismo calificativo para una mujer la enviaba directamente a la categoría de las adúlteras, las golfas, las putas o las impúdicas.

La imagen negativa de Helena se mantuvo durante mucho tiempo, aunque ya hemos visto que no en todas partes, pues en Esparta era

recordada como una reina ejemplar e incluso como una diosa que se había convertido en estrella del firmamento, del mismo modo que sus dos hermanos Cástor y Pólux, que son los Gemelos, es decir, el signo zodiacal de Géminis. También hemos visto que en la Atenas de los filósofos Helena empezó a ser comprendida, quizá porque en esa época las mujeres también empezaban a ser vistas de otra manera. Platón estaba a favor de la educación de las mujeres, Epicuro las admitía como alumnas y el filósofo cirenaico y buscador del placer Aristipo incluso trasmitió la dirección de su escuela a su hija Areta. Se sospecha que Aspasia de Mileto aprendió con Gorgias elocuencia y que ella fue la verdadera autora de los magníficos discursos de su marido Pericles. Es cierto que estos movimientos en favor de la mujer no llegaron muy lejos y que en Grecia las mujeres nunca disfrutaron de una libertad comparable a la mujer romana.

34.6. ¿Odiaban los griegos a las mujeres?

La literatura fue más justa con las mujeres que la realidad histórica.

Carlos García Gual

220

Se ha llegado a decir que los griegos odiaban a las mujeres, que les gustaban más los hombres en todos los aspectos, incluido el sexual, y que soportaban a las mujeres solo porque eran imprescindibles para la procreación. Hay pasajes en Hesíodo que realmente asombran por su feroz misoginia y es cierto que las mujeres carecían de casi todos los derechos sociales de los que disfrutaban los hombres y que estaban sometidas al padre, al marido e incluso a los hermanos.

Es cierto, pero se olvida que esa era la norma en todas las culturas y civilizaciones y que sería difícil encontrar un lugar en el que las mujeres pudieran gozar de todo eso de lo que carecían en Grecia.

En Roma, sí, por supuesto, pero se trata de una cultura posterior y, por otra parte, fuertemente influida por Grecia, donde en la época helenística se observa un gran avance social de las mujeres. Podemos recordar a Hipatia, la filósofa y profesora y a la misma reina Cleopatra, que a pesar de su imagen exótica era la heredera de la dinastía más griega de Egipto, la de los Tolomeos, verdaderos promotores y mantenedores de la cultura y la erudición griegas en la Biblioteca de Alejandría.

Ya hemos visto que la práctica de los harenes no fue costumbre entre los griegos, aunque precisamente donde más la hallamos es en los tiempos de Helena, en la época micénica, pues Homero y otros mitógrafos nos hablan de las muchas mujeres de Príamo y de las concubinas de Agamenón, aunque no mencionan que las tuviera Menelao, ni siquiera durante la guerra de Troya. Ateneo llegó a sugerir que eso se debía al respeto que el hermano de Agamenón sentía hacia su esposa raptada. En Homero, como ha señalado Carlos García Gual en el prólogo a su magnífica traducción de la Odisea, se observa un gran respeto a las mujeres, que son siempre caracteres poderosos, a veces dominantes, como en el caso de Calipso, Circe o las sirenas, reinas que no se humillan ante sus maridos, como la feacia Arete, esposa de Alcinoo, Penélope frente a Ulises y la propia Helena en la corte de Esparta. Son a menudo atrevidas y asertivas, como la joven Nausícaa al encontrar desnudo a Ulises en sus costas o de nuevo Helena en diversas ocasiones, enfrentándose a su marido troyano Paris, colaborando con Ulises en el plan para conquistar Troya, encendiendo una antorcha en sus habitaciones para alertar a la flota griega o incluso jugando por un instante con la vida de los guerreros griegos escondidos en las entrañas del caballo de madera. Por no hablar de la poderosa presencia de diosas como Ártemis, Afrodita, la verdadera artífice de la guerra, Hera, que se opone a los designios del propio Zeus y lo engaña para que triunfen los griegos, y, por supuesto, Atenea, la diosa de ojos de lechuza, que en la Iliada alienta a Diomedes y Ulises en Troya, y en la Odisea a Ulises y Telémaco, trazando a menudo ella misma los planes que seguirán los héroes. Por otra parte, no solo Helena demuestra en diversas ocasiones que puede hablar con los hombres de igual a igual, sino que también lo hacen otras mujeres, como Andrómaca, la esposa de Héctor, que en el canto VI da a su marido consejos de estrategia militar:

Detén al ejército junto a la higuera, allí donde resulta más fácil asaltar la ciudad y la muralla es más franqueable, pues por ahí ya intentaron cruzar en tres ocasiones los mejores hombres.[221]

Algunos autores han identificado ese lugar con la parte de la muralla que construyó el mortal Éaco, como cuenta Píndaro, mientras que el resto fue edificado por Apolo y Heracles, y que ese lugar era, en consecuencia, el más débil. Arqueólogos como Dörpeld han llegado a asegurar que ese fue el lugar por el que Troya VI h fue conquistada en 1250 a.n.e., pues no dio tiempo a reconstruir las murallas tras una catástrofe natural o una invasión anterior.[222] Andrómaca, por cierto, significa «hombre luchador».

34.7. La discriminación de la mujer

en la Grecia mítica e histórica

Negar la discriminación de la mujer en Grecia, como en cualquier otro momento histórico, sería absurdo, pues basta con recordar que incluso en la época mítica las mujeres son tratadas como regalos de lujo o trofeos de victoria que se pueden llevar de aquí allá sin solicitar nunca su opinión, o como esclavas o siervas que también se consiguen o se intercambian a menudo casi como ganado o carne sexual. En la Ilíada vemos como Aquiles y Agamenón se enfrentan por una esclava, Briseida, no porque tengan en cuenta los sentimientos de esa mujer, sino porque le ha correspondido a uno o a otro en el lote. Se dice que cuando los griegos y los troyanos enviaron mensajeros al rey Poltis de los tracios, él dijo que lo mejor era que Paris devolviera a Helena y que a cambio él le daría dos bellas mujeres.[223] También Agamenón le ofrece a Aquiles en un momento dado todas las mujeres que quiera, aunque hay que añadir que también le ofrece esclavos, campesinos, campos y ciudades enteras.

Ahora bien, admitida la discriminación, el abuso y la violencia sobre la mujer en la Grecia mítica e histórica, sostener que la mujer vivía peor en Grecia, ya fuera en Atenas o en Esparta, que en cualquier otro lugar, resulta bastante arriesgado, porque parece claro que más bien sucedía al contrario, aunque se observan importantes diferencias entre la época micénica, la Grecia arcaica, la clásica o la helenística. Al recordar los nombres de tantas mujeres célebres de la antigüedad grecolatina e incluso de mujeres en la sociedad occidental, tanto en la Edad Media como posteriormente (una abundancia de figuras femeninas relevantes muy poco frecuente en otras culturas y civilizaciones) nos damos cuenta de que algunos hombres han llegado a ser recordados como «el esposo de…» o «el hermano de…», en contraste con esas mujeres llamadas «la esposa o la hermana de…». Aunque durante un tiempo la fama de Percy B.Shelley opacó la de su esposa Mary, es cierto que hoy en día la mayoría de la gente recordará a Mary W. Shelley como la autora de Frankenstein y a Percy como su marido, y que, además, cada vez más personas sabrán que Mary era hija de Mary Wollstonecraft la autora de Vindicación de los derechos de la mujer. Del mismo modo, Medea acabó superando en fama a su marido, Jasón, el héroe que organizó la expedición de los Argonautas, y Antígona a sus hermanos Eteocles y Polinices, los protagonistas del segundo asedio más célebre, el de la ciudad de Tebas. No cabe duda de que Penélope es la esposa de Ulises, porque sería absurdo intentar minimizar la importancia mítica y narrativa de este personaje, pero tampoco cabe duda de que Paris acabó siendo el esposo de Helena, como ya señalaba Plutarco:

Homero nombra muchas veces a Alejandro Paris «De Helena esposo la de rubias trenzas» no teniendo ninguna otra prenda por donde debiera ser alabado.

Y también Menelao es el esposo de Helena, un hombre que, a pesar de ser rey de Esparta es solo un personaje secundario en la trama. Por eso, dado el papel estelar de Helena en la guerra de Troya, que quizá Homero no destaca tanto como debiera, es una verdadera pena que se hayan perdido varias de las obras que la tenían como

protagonista casi exclusiva, como las de los cínicos Antístenes (Sobre Helena y Penélope) y Diógenes (Helena), que sin duda habría sido interesante leer, puesto que posiblemente los cínicos, cuyo nombre procede del insulto «perro» que ellos adoptaron con orgullo, se identificaban con esa mujer, desvergonzada, impúdica y poco convencional, como lo eran ellos, y que se llama a sí misma en varias ocasiones «perra» en la Ilíada.

34.8. Defensas imperfectas de Helena

En las defensas de Helena por Eurípides, Estesícoro, Gorgias o Isócrates hay algo que no acaba de resultar satisfactorio. Helena es perdonada más que comprendida y ese perdón depende de algún artificio dialéctico, como sostener que Helena nunca fue a Troya, que fue forzada por los decretos del destino o de los dioses, o que fue hechizada de algún modo por Afrodita, arrastrada contra su voluntad o dominada por el poder estupefaciente del logos, de la palabra, de los discursos engañosos. En todos los casos Helena quizá sea inocente, pero sigue siendo una víctima. Una víctima de las circunstancias, de los hombres o de los dioses.

Existe, sin embargo, otra manera de absolver a Helena y, al mismo tiempo no convertirla en víctima: aceptar que actuó siguiendo sus propios deseos. Para encontrar a esta Helena, debemos viajar de nuevo a Egipto, en esta ocasión llevados por Dión Crisóstomo. Crisóstomo asegura, en su Discurso Troyano, que consultó a los sacerdotes de Egipto y en concreto a los de Onufis para averiguar si era cierto lo que dijeron Estesícoro y Eurípides acerca de la estancia de Helena en Egipto, ya se tratara de una visita fugaz en su camino hacia Troya o que hubiera permanecido allí durante todos los años en los que una Helena hecha de nubes la sustituyó tras los muros de la ciudad de Príamo.

Los griegos tenían la costumbre de consultar a los sacerdotes egipcios cuando querían descubrir la verdad a partir de fuentes fiables. Ya lo hizo el primer historiador griego, Hecateo de Mileto, que se quedó asombrado al visitar los templos egipcios y descubrir

que sus genealogías se remontaban hasta más de cien generaciones, mientras que la de su propia familia solo podía retroceder dieciséis generaciones antes de encontrarse con un dios, es decir, con el inicio. Heródoto también obtuvo informaciones importantes acerca del rapto de Helena, aunque ya hemos visto que él las interpretó en otro sentido, como una crónica de las guerras entre griegos y asiáticos, cada una de ellas causada o simbolizada por el rapto de una mujer. También Platón buscó la sabiduría en Egipto y encontró allí la inspiración para su utopía o república ideal, cuando los sacerdotes le contaron la historia de una antigua civilización llamada Atlántida, que existió mucho antes de que los griegos dominaran el mar.

Dión asegura que el sacerdote de Onufis le dijo que la causa de todo este enredo a propósito de Helena se debía al amor de los griegos al placer, no porque Helena se fuera con Paris buscando placeres en una cama ajena, sino porque los griegos amaban escuchar historias falsas contadas por los poetas, mientras que en Egipto mentir en verso estaba sentenciado con la pena de muerte. A los griegos «la poesía los tienta a escuchar mentiras al igual que el vino lleva a un exceso de la bebida». Los egipcios, por el contrario, o al menos los sacerdotes, se conformaban con la sobriedad del agua y la claridad de la verdad.

El sacerdote comienza por contar a Dión algunas historias ya conocidas, como que Helena fue raptada por Teseo de Atenas y que los hermanos de la muchacha, Cástor y Pólux la rescataron y se llevaron como esclava a Etra, la madre de Teseo, y a Fisadie, hermana de Pirítoo.[224] Pero el relato empieza a diferir del tradicional cuando el sacerdote le explica que entre los pretendientes que llegaron a la corte del rey Tindareo para competir por la mano de Helena estaba el príncipe troyano Alejandro Paris, que había llegado allí con el beneplácito de su padre, Príamo, «que era rey de casi toda Asia». Paris sedujo a todos con su belleza, su apostura y con infinidad de regalos, traídos de los dominios de su dinastía, que se extendían desde Troya hasta Etiopía. Con estos y otros argumentos, a los que se sumó uno fundamental, el amor que Helena sentía hacia ese príncipe extranjero, se celebraron las bodas entre Paris y Helena y los dos regresaron felices a Troya: «y tanto Príamo como Héctor y todos los demás se deleitaron con aquella

boda y recibieron a Helena con sacrificios de acción de gracia y plegarias».

En esta historia contada por el sacerdote egipcio de Onufis vemos por primera vez a una Helena que ni es culpable ni es víctima. Una Helena que no abandona ni a su marido ni a sus hijos para irse a tierras lejanas y causar un conflicto que conmovió al mundo, pero que tampoco es víctima de un rapto ni se va obligada a vivir junto a un nuevo marido.

Lamentablemente, el relato de Dión es falso, es una completa invención.

Quizá alguien dirá que también son falsos los relatos de Homero y los de Estesícoro y los de Eurípides. ¿Acaso no mintieron todos al contarnos las andanzas de Helena? Es que ahora creemos que Helena fue una mujer de carne y hueso que hizo todo lo que nos describen los poetas, que son mentirosos debido a la naturaleza misma de su arte, y doblemente mentirosos por su condición de griegos? Sí, por supuesto, todo lo que tenemos de Helena son fábulas, al menos hasta que alguien demuestre lo contrario, y quizá Helena no sea otra cosa que un símbolo de la soberanía o de la helenidad o de las mujeres infieles, o tal vez sea una diosa casi olvidada o un personaje de ficción basado en una lejana Helena real, pero tan distante de ella como puede estarlo el famoso Mambrú que se fue a la guerra de los cuentos infantiles del Duque de Marlborough que pisó los campos de batalla de Europa entre los siglos xvii y xviii. Pero el Discurso troyano de Dión de Prusa añade a estas falsedades posibles una falsedad más extrema, pues se trata de un ejercicio retórico que consiste en defender, por el mero placer del juego y de la demostración de la elocuencia, causas indefendibles.

¿Es que entonces todas las defensas de Helena se convierten en un juego retórico, en un entretenimiento para asombrar a audiencias que solo buscan un poco de diversión fácil? Estesícoro, para lograr el aplauso de los espartanos que consideran a Helena una diosa, se inventa una fábula, Gorgias la defiende haciéndola víctima de la fuerza, del destino, de Afrodita o incluso del logos; Isócrates recurre a ella para jugar por un momento a ser Gorgias. Finalmente, Dión, que parecía su mejor valedor, nos cuenta el cuento de los sabios

egipcios de Onufis, aunque ni siquiera hay certeza de que Dión visitara alguna vez Egipto.

34.9. Helena, placer y dolor

Si la vida, como decía William Blake, está hecha de alegría y dolor, y si debemos aprender a convivir con ambas emociones, y si fuera cierto que alguien no puede considerarse feliz hasta conocer el momento de su muerte, como le dijo Solón al rey Midas ¿cuál es entonces el balance de la vida de Helena? Después de todas las vicisitudes por las que pasó, ¿valió la pena vivir? Y es más, siguiendo el precepto de Solón, ¿pensaría Helena al morir que su vida había sido desgraciada o feliz?

Es cierto que podemos imaginar que Helena fue un juguete de los elementos, llevada de un lugar a otro por sus maridos, sus raptores o sus dioses. A Atenas y Afidna por Teseo, al lecho espartano de Menelao, al troyano de Paris y Deífobo y tal vez a los egipcios de Proteo y Teoclímeno. Pero, dejando aparte los ejercicios retóricos de Isócrates, Eurípides, Gorgias, Dión o Estesícoro, también podemos imaginar, y las diversas variantes mitológicas nos dan licencia para ello, otra vida de Helena.

Podemos imaginar que Helena pudo ser raptada pero no violada por Teseo y que el héroe la respetó hasta que ella por propia voluntad quiso tener amores con él, que disfrutó con sus hermanos los Dioscuros de un amor fraternal sin condiciones, que no le disgustó conocer en Esparta a tantos hombres que pretendían su mano y que intentaban seducirla con todo tipo de promesas e historias traídas de tierras lejanas, que tal vez eligió ella al que más le gustaba, a Menelao, que se fue voluntariamente con el príncipe Paris de Troya y que tuvo amantes en las tierras de Egipto. En definitiva, que vivió mil y una aventuras, tan emocionantes y tan fieras como siempre han sido las aventuras de los hombres, quiero decir, de los varones: conquistas, batallas y muertes, en ciudades como Sidón, Atenas, Esparta, Troya, Argos o Micenas. También podemos imaginar que fue deslumbrada y deslumbró en la corte troyana, recibiendo el

cariño del anciano Príamo y el respeto del héroe más íntegro de todos, Héctor. Podemos creer también, puesto que estamos en el terreno de los mitos y los mitos así nos lo dicen, que incluso tuvo una breve pero inolvidable aventura con Aquiles durante el asedio y que también se casó por amor con Deífobo, al enviudar de Alejandro Paris, y que, cuando Troya fue conquistada, su amor por Menelao se renovó. Podemos imaginar, en fin, que tras siete años de viajes, que casi la igualan al aventurero Ulises, recaló en puertos maravillosos, visitó de nuevo Egipto y llegó sana y salva a Esparta, «más sabia que antes», que diría Kavafis, donde gobernó como una verdadera reina, casi en igualdad con su esposo Menelao, pues el derecho real le pertenecía a ella como hija de Tindáreo, recibiendo el respeto de todos, como muestra, de manera insólita para épocas posteriores, que interviniera en los asuntos políticos o en el desciframiento de presagios sin antes tener que pedir permiso a nadie para hablar. La prueba de su importancia es que cuando Estesícoro llegó a una Esparta que ya estaba evolucionando no tanto hacia un duro y disciplinado heteropatriarcado sino más bien hacia un no menos duro homopatriarcado varonil, todavía se rindiera culto a Helena como a una diosa y que todavía las mujeres pudieran hacer cosas que no estaban al alcance de las atenienses (o áticas, según el decreto del machista rey Cécrope). Y también, por supuesto, podemos imaginar que los viajes de Helena no siempre fueron felices, que sufrió todo tipo de violencias, desprecios y abusos pero que también fue capaz de sobreponerse a ellos y, del mismo modo que aceptamos que un varón sufra y sin embargo viva una vida satisfactoria e incluso feliz, tal vez lo mismo deberíamos pensar de una mujer como Helena. Quizá esta Helena, hecha de luces y sombras, como cualquier héroe de la antigüedad, como Ulises y como Aquiles, como Néstor y como Pericles, es también más interesante y creíble que todas las otras Helenas.

34.10. Helena o la belleza

Qué hermosa es esta imagen de Helena, el mismo bronce acentúa su gracia y sus encantos. Esta hermosa estatua exhala todos los fuegos del amor, como si estuviera viva.

Cristodoro de Coptos

225

Se cuenta que en una ocasión en Crotona decidieron contratar al gran pintor Zeuxis para que retratara a Helena. Él pidió que le enviaran a las mujeres más bellas y así lo hicieron. Todos se preguntaban cuál de ellas sería la elegida, pero Zeuxis se las llevó a todas a su taller y pintó a Helena eligiendo lo mejor de cada una de ellas, ofreciendo en su retrato a una mujer única porque no había ninguna que reuniera todas sus perfecciones. Para dejarlo claro, escribió junto al retrato estos versos de Homero:

No es de extrañar que lo troyanos y los aqueos, de buenas grebas, lleven padeciendo durante tanto tiempo tamaños dolores a causa de una mujer como ella, pues en su rostro se asemeja terriblemente a las inmortales diosas.[226]

Valerio Máximo se pregunta si el gran pintor «concedió tanto mérito a su mano» como para considerar que había alcanzado «tanta hermosura cuanta pudo producir Leda en su celestial parto u Homero con su divino talento» [227]. No podemos saber si Zeuxis lo logró porque tenemos la inmensa desgracia de no poder contemplar ninguna de las obras de Zeuxis y de los otros pintores de la antigua Grecia, entre ellas aquel retrato de Helena.

Isócrates, en su Elogio de Helena, que escribió, según él mismo asegura, para combatir los ejercicios sofísticos de Gorgias y otros autores, pero que en gran parte parece también un ejercicio sofístico, asegura que el rasgo más importante del mito de Helena es el de la belleza. De hecho, considera que la prueba de que Zeus amaba más a Helena que a su hijo favorito, Heracles, es que a él le dio algo tan vulgar comno la fuerza, mientras que a ella le concedió la belleza:

Y aunque Zeus se interesó muchísimo por el hijo de Alcmena (Heracles) y por los de Leda, amó a Helena mucho más que a Heracles, hasta el punto de que a este le dio la fuerza, que permite dominar a los demás por la violencia, y a ella, en cambio, le asigno la belleza que por naturaleza gobierna incluso a la misma fuerza».[228]

Puede parecer obvia esta relación de Helena y la belleza, pues ¿acaso no sabían ya todos que Helena era la mujer más hermosa del mundo? Pero Isócrates apunta más alto. La belleza que representa Helena no es solo la de una mujer sino que es uno de los elementos fundamentales de la existencia humana, algo en lo que coincidía Platón al señalar a lo bello, lo bueno y lo justo como las tres únicas cosas importantes. Dice Isócrates:

Las demás cosas que podemos necesitar, las queremos solo conseguir y no sufrimos por ellas más en nuestro espíritu; pero el deseo de lo hermoso nos es innato y tiene una fuerza mucho mayor que la reflexión, porque también el asunto es más importante.[229]

34.11. Helena o el amor

Después de Helena, la belleza en ti vuelve por segunda vez a la tierra.

Propercio

, Elegías

En los textos de quienes han defendido a Helena encontramos todo

tipo de argumentos. Muchos hacen de ella una víctima de las circunstancias, que es raptada, ya sea por la fuerza y la violencia de los hombres o la de los dioses, que es embrujada por el poder del logos o por el discurso de Paris, concebido por Gorgias como un poder tan irresistible como el de los dioses, o que cae bajo el hechizo de Afrodita, la diosa que en su terreno, es invencible. ¿Y qué terreno es ese? Es, por supuesto, el del amor. El amor y la atracción erótica.

Pero, incluso admitiendo que detrás de todo amor y erotismo se esconde Afrodita, ese amor podría considerarse también activo, y no simplemente un pasivo padecer. Esa fue la manera en la que una mujer, Safo, propuso la más vigorosa defensa de Helena, pero sin convertirla en una simple víctima sin voluntad. Safo lo hace en estos hermosos versos, en los que equipara lo más bello con el amor:

Dicen unos que una tropa de jinetes, otros la infantería

y otros que una escuadra de navíos,

sobre la tierra oscura es lo más bello;

mas yo digo que es lo que una ama.

Y es muy fácil hacerlo comprensible a todos:

pues aquella que tanto destacaba

en belleza entre todos los humanos, Helena,

a su muy noble esposo dejándolo tras sí

marchó a Troya embarcada

y en nada de su hija o de sus padres amados se acordó,

sino que la sedujo Cipris.

…Porque ahora me has hecho recordar a Anactoria,

que no está junto a mí,

y de ella quisiera contemplar su andar que inspira amor

y el centelleo radiante de su rostro

antes que los carruajes de los lidios

y antes que los soldados en pie de guerra.[230]

Para Safo, como dice Fraenkel, lo más bello es lo que amamos, pero lo es porque lo amamos, más que por su belleza misma:

Según Safo, Helena, la más bella y deseada de las mujeres, encontró una vida más bella con Paris que la que antes llevaba, y así pensó y actuó impulsada por el amor.[231]

Fraenkel, saltándose su propia norma de no escribir de adelante hacia atrás, compara a Safo con los primeros sofistas, pero lo hace porque considera que la poeta de Mitilene es la precursora de un pensamiento de gran profundidad filosófica y psicológica:

No deseamos lo que es bello en sí, sino que encontramos bello lo que deseamos. Esto anticipa en parte la tesis del sofista Protágoras según la cual el hombre es la medida de todas las cosas. No es raro que, en esta época, la poesía vaya por delante de la filosofía, preparándole el camino.[232]

Werner Jaeger también señaló la originalidad que supuso Safo, su

anticipación de temas propios de los grandes filósofos:

Parece como si el espíritu griego hubiera necesitado de Safo para dar el último paso en el mundo de la intimidad del sentimiento subjetivo. Los griegos debieron de sentir esto como algo muy grande cuando honraron a Safo, según dice Platón, como la décima musa.[233]

Y, sin embargo, de esta décima musa que fue Safo, apenas conservamos algunos poemas y una dispersa colección de fragmentos.

34.12. Helena, siempre la misma

y siempre cambiante

Antes de que Aristóteles dijera que, al contrario que los animales, la naturaleza del ser humano consiste en no tener naturaleza y creársela a sí mismo, ya lo dijeron Homero y Arquíloco, al advertirnos de que el hombre depende de lo que le envían los dioses cada día.

Helena, aunque casi siempre sea un juguete de los dioses o del destino, como lo es Ulises, es también un proyecto que se hace día a día y que cada día puede cambiar. Esa es quizá su mayor diferencia con Penélope. No la fidelidad de Penélope a un hombre, sino la fidelidad a un carácter y a un deseo más o menos permanente. Para Helena ningún hombre es el hombre definitivo. Su amor a Menelao parece diluirse cuando ve en Esparta al bello extranjero Paris, pero en Troya en varios momentos ella misma dice que el asiático ha dejado de interesarle o de parecerle un hombre digno de ser amado. Vuelve a sentirse atraída por Menelao y sospechamos que también por Héctor, y sin duda por Aquiles, si es cierta la versión de su encuentro secreto. Su vida cambia constantemente, del mismo

modo que cambia la del inquieto Ulises, por lo que no es extraño que en su moderna Odisea Nikos Kazantzakis decida unir los destinos de Ulises y Helena, aunque sea transitoriamente. Los dos representan, sea o no contra su voluntad, el cambio constante, la novedad, que quizá es una de las características fundamentales del mejor espíritu griego clásico. Este anhelo de novedad ya se descubre en la mitología, pues en el infierno los castigos más terribles no son las torturas o suplicios que sufren los condenados, sino la repetición. El peor suplicio para los griegos es no cambiar, repetir lo mismo una y otra vez. El soberbio Ixión gira eternamente en una rueda de fuego, Tántalo eternamente intenta atrapar los racimos que se acercan pero que luego se alejan, o beber el agua que le roza la barbilla pero que desciende en cuanto moja sus labios ansiosos. El titán Prometeo es castigado por Zeus a una pena cruel, al hacer que un águila le devore el hígado. Pero el suplicio no son las mordeduras de la bestia, sino que el acto se repita una y otra vez: que el hígado le crezca de nuevo, solo para volver a ser devorado otra vez y otra vez. Y por supuesto, el castigo más célebre, que Albert Camus revisitó, es el de Sísifo, condenado a subir eternamente una roca que vuelve a caer.

Es cierto que Penélope es astuta, ingeniosa y que no carece de virtudes, pero su vida es una continua repetición, al contrario que la de Helena, en la que lo único que se repite es el cambio constante. Si a Helena le hubieran preguntado, cuando ya reinaba en Esparta y los viajes por medio mundo quedaban atrás, si hubiera preferido ocupar el lugar de Penélope y esperar durante veinte años a que su marido regresara de la guerra, ¿qué habría respondido? Sospecho o quiero creer que hubiera elegido repetir su vida viajera. Porque Helena es el personaje que más se parece al inquieto Ulises, aunque de ella sabemos mucho menos que del astuto guerrero que da su nombre a la Odisea. Esta Helena de muchas formas, cambiante en la voz de cada poeta, dramaturgo o filósofo. nos sigue fascinando, precisamente, porque no se deja atrapar en una única definición, en un retrato inmóvil y, por lo tanto, sin vida.

---

204 Walter Leaf, The Iliad, edited with apparatus criticus, prolegomena notes, and appendices.

205 Teócrito, Coloquio amoroso (en Bucólicos griegos)

206 Macrobio, Saturnales.

207 Macrobio, Saturnales.

208 William Nienhauser en su traducción del Shiji de Sima Qian.

209 Poema de Pentaur, escriba de Ramsés II

210 «Y vi a Leda, compañera de lecho de Tindáreo, que del rey espartano engendró a dos hijos fuertes y audaces».

211 Ovidio, «Hermíone a Orestes» (Cartas de las heroínas)

212 Hesíodo, Catálogo de mujeres o Eeas.

213 Dictis, Diario de la guerra de Troya.

214 Joan Pagès Cebrián, Mytographus Homericus: Estudi i edició comentada.

215 Esta era al parecer la opinión de Nicandro en Sobre los poetas, tal como nos cuenta Partenio en Sufrimientos de amor.

216 Partenio de Nicea, Sufrimientos de amor.

217 Ptolémée Chennus [Tolomeo Hefestión] En la Bibliothèque de Photius [Focio].

218 Himno a Apolo (en Himnos homéricos).

219 Versión online en francés de la Anthologie Grecque de Friedrich Jacob.

220 «Entrevista a Carlos García Gual» en Diálogos reales e imaginarios (Cuatro ediciones)

221 Homero, Ilíada.

222 Kirk y otros, A commentary of Iliad.

223 Plutarco, «Máximas de reyes y generales» (en Moralia).

224 Higinio, Fábulas.

225 “Las estatuas del gimnasio público de Zeuxis” (en Friedrich Jacobs/ Félix Désiré Dehèque, Anthologie Grecque)

226 Homero, Ilíada.

227 Valerio Máximo, Hechos y dichos memorables. Los versos de Homero son de la Ilíada.

228 Isócrates, Defensa de Helena.

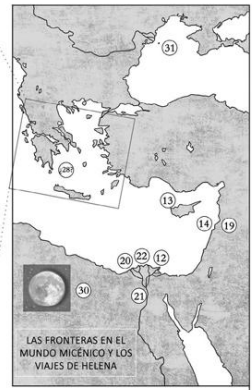
229 Isócrates, Defensa de Helena.

230 Safo, «Lo que una ama», en Poemas y testimonios.

231 Heinrich Fraenkel, Poesía y filosofía en la Grecia arcaica.

232 Heinrich Fraenkel, Poesía y filosofía en la Grecia arcaica.

233 Werner Jaeger, Paideia.



LOS VIAJES DE HELENA

1. Río Eurotas (Lacedemonia)
2. Ramnunte (Ática)
3. Templo de Artemis Ortia
4. Tegea (arcadia)
5. Atenas (Ática)
6. Afidna (Ática)
7. Cencreas (Acaya/Argos)
8. Terapne (Lacedemonia)
9. Amiclas (Lacedemonia)
10. Isla de Cránae (Lacedemonia)
11. Isla de Citera
12. Egipto
13. Chipre
14. Sidón
15. Troya
16. Áulide[1]
17. Troya II
18. Rodas
19. Sidón II
20. Isla de Faro (Egipto)
21. Menfis (Egipto)
22. Tenas (Egipto)
23. Creta
24. Isla de Helena (Macronisos)
25. Nauplia
26. Micenas/Argos
27. ¿Esparta? (Lacedemonia)
28. Algún lugar
29. Rodas
30. La Luna
31. Isla de Leuce

[1] *Helena no estuvo en Áulide, pero aquí fue donde se sacrificó a su sobrina (o hija según algunas versiones) Ifigenia.*

Figura I. La ilustración que despertó la vocación troyana del niño Schliemann, que Voltz tomó sin duda de los célebres Emblemas de Alciato.

Figura II. Una mujer que vivió en la misma época que Helena. Fresco de Micenas datado entre el 1300 a.n.e. y el 1200 a.n.e.

Figura III y IV. Guerrero con casco de colmillos de jabalí representado en Pilos y dos guerreros en un carro (hacia 1350 a.n.e.).

Figura V. Guerrero micénico representado en Hattusas, la capital hitita.

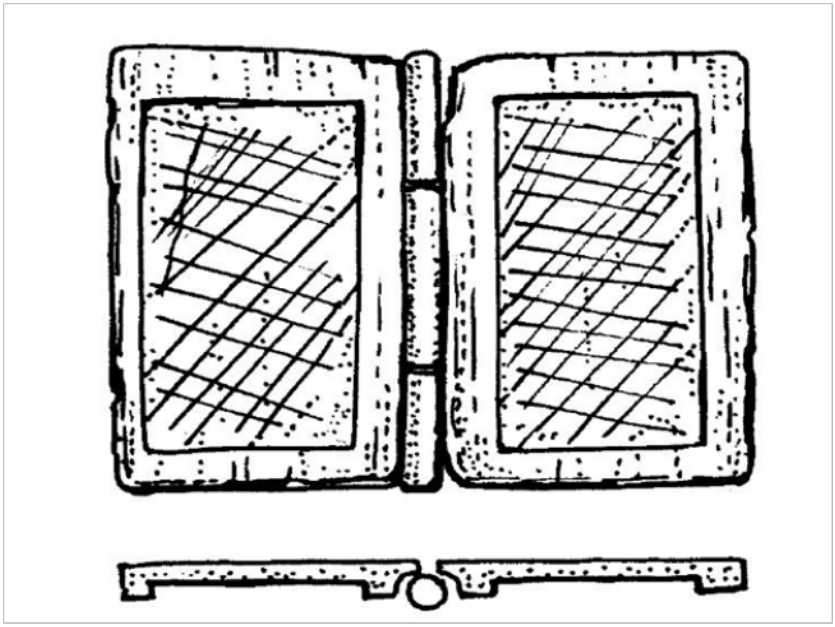


Figura VI y VII. Tablilla plegable que se cubría con cera para escribir, hallada en un naufragio cerca de la isla de Cos (1350 a.n.e.).

Figura VIII. Casco de colmillos siglos xiv/xiii a.n.e. (Museo de Atenas).

ANEXOS

HELENA EN LOS TEXTOS GRECOLATINOS

Acerca de las fuentes empleadas

En este libro he recurrido, como dije en la declaración de intenciones inicial, a todo tipo de fuentes grecolatinas para reconstruir la odisea de Helena, personaje fundamental en la guerra de Troya pero que, al parecer, no mereció una epopeya bajo su nombre. Aparece, eso sí, en todos los textos antiguos, desde Homero y Hesíodo hasta los trágicos griegos o los escritores bizantinos.

Como dije entonces, mi intención era escribir de atrás hacia adelante, es decir, buscar en los autores más tardíos las huellas de una tradición antigua, puesto que el propósito era reconstruir el mito original, me interesaba más encontrar en Eurípides o en otros autores las huellas de Homero o de poetas cuyos versos se han perdido, y no tanto el discutir el uso que el dramaturgo hace del mito de Helena para aplicarlo a los problemas de la Atenas de su época o en función de otros intereses artísticos, políticos o personales.

En consecuencia, no me he detenido, excepto de manera incidental, en consideraciones acerca de la mujer en la Grecia clásica, pues parece evidente que si Helena fue una mujer o una diosa micénica, las diferencias con las mujeres de Grecia fueron notables, pero también difíciles de calibrar, más allá de lo que nos dicen Homero y Hesíodo, autores de los textos más tempranos, pero aun así situados a una distancia de más de quinientos años de los acontecimientos protagonizados por Helena y sus hombres.

Lo que sí es seguro, y de ello hay diversos ejemplos a lo largo del libro, aunque no sea un tema en el que haya podido o querido detenerme, es que el mito de esa mujer llamada Helena influyó en

las mujeres de Grecia. A veces para mal, como ejemplo de la mujer casquivana, infiel, voluble, pero también en ocasiones de manera positiva, como modelo para una mujer que no renuncia a la aventura y que está segura de sí misma a pesar de todo. También influyó, sin duda, en la manera en la que los hombres se relacionaron con las mujeres y en la búsqueda de la belleza de los artistas griegos, que siempre la tuvieron como el ideal que intentaron alcanzar y que sin duda lograron en cientos de obras de arte que todavía hoy nos asombran. Todas ellas son en cierto modo un homenaje a Helena.

Soy consciente de que recurrir a testimonios de épocas tan diferentes, desde los escritos en lineal B del 1200 a.n.e. hasta textos latinos del siglo v o incluso bizantinos, es decir, un rango de fechas que cubre unos dos mil años, y mezclar en cada etapa del viaje de Helena unos y otros textos, es una amenaza tan seria a esta investigación que la expone a su completa invalidación. Además, como he dicho en diversas ocasiones, cada cronista, poeta, dramaturgo, orador, político o filósofo, recurre a Helena en función de sus propios intereses. Mezclar los datos de unos y otros, sacándolos fuera de su contexto, es un juego arriesgado. En mi defensa solo puedo decir que, en la medida de lo posible, siempre he intentado aclarar quién decía qué, para que los lectores interesados en los necesarios matices pudieran poner en cuestión cada testimonio y analizarlo, si así les interesa, en su contexto. Para ayudar a estos lectores en esa tarea y para que los menos familiarizados con el mundo griego puedan situar algunos datos, ofrezco a continuación una relación de los textos fundamentales que tratan de Helena y su época.

Para que la lectura sea agradable y no se convierta en una fatigosa enumeración de nombres y títulos, he recordado aquí los datos esenciales de la biografía de Helena. Los autores más relevantes son descritos con algo de detalle en su primera mención.

EL CICLO TROYANO

El ciclo troyano se puede dividir, y así se hacía ya en la antigüedad, en tres grandes fases: los precedentes de la guerra, la guerra de Troya y las consecuencias de la guerra. Los precedentes se recogen en las Ciprias, nombre que hace referencia a Chipre y a Afrodita, la causante principal del conflicto; la guerra se trata en la Ilíada, y las consecuencias son los nostoi o regresos, el mas famoso de los cuales es el de Ulises. Pero se cantaron o se escribieron muchas más historias, que, por desgracia, apenas se han conservado.

De especial importancia para el mito de Helena fueron varios poemas hoy perdidos que trataban de acontecimientos anteriores, coetáneos o posteriores a la guerra de Troya.

Ciprias

Las Ciprias contaban los precedentes de la guerra de Troya. Al parecer se trataba de un extenso poema comparable a la Ilíada o la Odisea. Se atribuyó a Homero, lo que es muy improbable, entre otras razones porque en la Iliada se dice que Paris y Helena llegaron a Troya tras pasar por Sidón, mientras que en las Ciprias se decía que el viaje apenas había durado tres días. Esa discrepancia no parece atribuible a un mismo autor, nos dice Heródoto. Otros autores a los que se atribuyó son Estasino de Chipre, Hegesias o Hegesino de Salamina, o bien Ciprio de Halicarnaso. Se conservan pocos fragmentos, pero por fortuna disponemos de un completo resumen elaborado por Proclo en su Crestomatia. Se considera que este Proclo no es el neoplatónico, sino Euticio Proclo que vivió en el siglo ii de nuestra era.

Se cree de manera casi unánime que, aunque cuentan hechos anteriores, las Ciprias se escribieron después de la Ilíada, seguramente con la intención de explicar todo lo que es mencionado pero no desarrollado de manera explícita por Homero y otros acontecimientos de los que ni siquiera habla, además de las causas de la guerra de Troya.

Según las Ciprias la causa de la guerra de Troya fue que la Tierra

pidió a Zeus que la librara del peso excesivo de la humanidad. Para disminuir el número de los hombres, Zeus provocó primero la guerra o guerras de Tebas y después la de Troya.

Alberto Bernabé data las Ciprias hacia los años 700 a 680 a.n.e.

Etiópida

En este poema perdido se trataba de acontecimientos de la guerra de Troya posteriores a los que cuenta Homero en la Ilíada. Entre ellos, la llegada de las Amazonas en ayuda de Troya y la lucha entre Aquiles y su reina Pentesilea, que acaba con la muerte de la amazona. Más adelante llega otro aliado de Troya, Memnón, que también muere a manos de Aquiles. Pero finalmente es Aquiles quien muere por una flecha de Paris. El poema terminaría con los Juegos en honor de Aquiles y una disputa entre Ulises y Áyax. No está muy claro si Helena jugaba un papel importante o secundario en esta obra.

Fechada por Alberto Bernabé entre el 725 y el 700 a.n.e., se atribuye a Arctino de Mileto.

Pequeña Ilíada

Obra atribuida a Lesques, perdida. Parece continuar donde la Etiópida había quedado, en la disputa entre Ulises y Áyax por las armas de Aquiles, que acaba de manera trágica, pues Áyax se suicida. Ulises captura a Héleno, que ha salido de Troya tras ser rechazada su candidatura a la mano de Helena. Mientras los griegos preparan la toma de la ciudad gracias a la información que les proporciona Héleno, en Troya Helena se casa con Deífobo. Ulises entra en Troya disfrazado y es reconocido por Helena, que le ayuda. Después se contaba la treta del caballo de madera y cómo los troyanos lo introducían en la ciudad, abriendo incluso una brecha

en la muralla.

En esta obra parece claro que Helena tenía un protagonismo bastante importante.

Fechada por Alberto Bernabé hacia los años 700 a 680 a.n.e.

El saco de Troya o Iliupersis

Se atribuye a Arctino. Los troyanos discuten acerca del caballo de madera pero al final se confían. Los griegos logran entrar en la ciudad y proceden al saqueo. Menelao mata a Deífobo y se lleva a Helena.

Alberto Bernabé lo fecha hacia el 725 a.n.e.

Los regresos

En estos poemas se contaban los regresos de los héroes de la guerra de Troya. Se han atribuido a poetas diferentes y eso hace sospechar que podía tratarse de quizá cinco poemas independientes.

De todos los regresos, el que nos interesa es el de Helena y Menelao, que llegan a Egipto con solo cinco naves, tras perder todas las demás. Parece que también se contaba cómo llegaban finalmente a Esparta.

Datado por Alberto Bernabé entre el 650 y el 625 a.n.e.

Otros poemas perdidos son la Alcmeónida, la Tesprócida y la Telegonía (hacia 570 a.n.e.), que no parece que pudieran aportar mucho acerca de Helena.

HOMERO

No cabe ninguna duda de que Homero es la figura más importante de toda la cultura grecolatina. La influencia de sus dos grandes poemas, la Ilíada y la Odisea, fue enorme, tanto desde el punto de vista de la información mitológica que contienen como desde el literario. Y, sin embargo, se tienen muy pocos o ningún dato fiable acerca de cuándo vivió o de dónde procedía. Ni siquiera se sabe si era realmente ciego, como cuenta la tradición. Muchos expertos piensan que Homero nunca existió y que se trataba de una escuela de cantores, los homéridas.

En la antigüedad se pensaba que Homero había vivido en tiempos de la guerra de Troya o un poco después, pero hoy en día esa posibilidad se ha descartado y se cree que vivió cientos de años después.

La Ilíada, que suele considerarse su poema más antiguo se sitúa hacia el siglo viii, al menos en una forma semejante a la conservada, porque pudo haber versiones anteriores, o parte de su contenido pudo trasmitirse a lo largo de generaciones de forma oral. Joachim Latacz sostiene que la llamada copa de Néstor de Pitecusas, datada en el 720 a.n.e., contiene una alusión a los poemas homéricos

El tiempo de los poemas homéricos es la época micénica, hacia los años 1600 a 1100 a.n.e., cuando los antepasados de los griegos empleaban la escritura llamada lineal B. Después vino la llamada , cuando la cultura micénica y su escritura desapareció, para volver a aparecer, ya en el siglo viii a.n.e. en una forma diferente, al adoptar los griegos una variante del alfabeto fenicio. Es decir que puede haber unos 500 años, como poco, entre la Ilíada y los acontecimientos que narra.

No se ha encontrado ningún texto en lineal B que se parezca ni remotamente a la Ilíada o la Odisea, aunque sí se han descifrado nombres de personajes y lugares que coinciden con los que aparecen en los poemas de Homero.

HIMNOS HOMÉRICOS

A pesar de su nombre se considera que Homero no escribió los Himnos homéricos.

Se trata de cantos dedicados a las principales divinidades del panteón griego, que recuerdan a los de los Vedas de la India, aunque los Himnos homéricos son más ligeros desde el punto de vista religioso, y probablemente también de mayor calidad literaria.

Se conservan entgre 32 y 34 himnos y es seguro que fueron escritos a lo largo de un amplio margen de fechas, pues el que se considera más antiguo, el Himno a Démeter, parece ser del siglo vii a.n.e, mientras que otros son claramente de época helenística o incluso más tardíos, como el Himno a Ares.

Helena no tiene un himno homérico dedicado a ella, pero sí sus hermanos, los Dioscuros.

HESÍODO

Hesíodo es, junto a Homero, el poeta y mitógrafo más antiguo y más importante de Grecia. No existe ninguna certeza acerca de cuándo vivió, pero lo más habitual es situarlo en el siglo viii.

Se conservan varias de sus obras, como la Teogonía, los Trabajos y días, el Escudo y el Catálogo de mujeres o Eeas, por desgracia muy fragmentario.

En Trabajos y días, Hesíodo dice que Helena era parte del plan de Zeus de acabar con la raza de los semidioses, nacidos de la unión de mortales y dioses. También dice en el Catálogo de las mujeres o Eeas que Afrodita se sintió celosa de la belleza de las hijas de Tindáreo (Timandra, Clitemnestra y Helena) y por eso las convirtió

en mujeres de varios hombres, es decir, en infieles.

EL MITO DE HELENA EN LOS TEXTOS

A continuación, siguiendo la cronología de acontecimientos del mito de Helena, se mencionan a los autores y textos fundamentales. No pretendo ser exhaustivo, sino más bien situar a los lectores no familiarizados con la cultura o la mitología grecolatina (pero solo en relación con Helena) y ofrecerles la posibilidad de profundizar e investigar por sí mismos. Ciertos aspectos que ya se tratan de manera exhaustiva en el ensayo, no los desarrollo aquí. Una disección del mito más exhaustiva y completa se puede encontrar en Helena. Mito y etopeya, de Antonio Ruíz de Elvira.

I. ANTES DE LA GUERRA DE TROYA

El ciclo troyano comienza mucho antes del rapto de Helena. Algunos lo hacen retroceder hasta su nacimiento, ab ovo (a partir del huevo del que surgió Helena), y otros se remontan incluso más atrás, a las bodas de Peleo y Tetis, o casi hasta el origen del universo a partir del Caos original. Hay que tener en cuenta que la cronología y la mitología no siempre son coincidentes: si la diosa Eris (la Discordia) lanzó la manzana entre las diosas en las bodas de Peleo y Tetis, entonces tuvieron que trascurrir por lo menos quince años hasta que llevaron esa manzana al pastor Paris, puesto que Aquiles era hijo de Peleo y todavía no había nacido. Así que tenemos que imaginar que no se trataba de una manzana comestible.

Son muchos los textos que tratan de los acontecimientos de la vida de Helena que preceden a su rapto por Paris y el comienzo de la guerra de Troya.

1. HELENA, HIJA DE LEDA O DE NÉMESIS

Ciprias

En las Ciprias se decía que su madre era Némesis, y que intentó escapar del acoso de Zeus trasformándose en diversos animales. Fue poseída finalmente en Ramnunte (en la región del Ática), cuando se había trasformado en una gansa.

Némesis, de Cratino (550 a 423 aprox. a.n.e.)

No se conservan obras de este comediógrafo, tan solo fragmentos. Una de ellas se llamaba precisamente Némesis y fue representada en el año 429 a.n.e. En fragmentos y menciones muy dispersos se entiende que decía que Némesis fue poseída por Zeus trasformado en un cisne, y que dio a luz un huevo que fue llevado a Leda, la esposa de Tindáreo, rey de Esparta, pero también hay un fragmento en el que no se sabe si le dice a Leda o a un personaje que la imita que debe hacer el papel de gallina para poner un buen polluelo.

Helena, de Eurípides

Eurípides es junto a Sófocles y Esquilo uno de los tres grandes trágicos griegos. Era ateniense y vivió aproximadamente entre los años 480 y 406 a.n.e. Aunque escribió más de 90 obras, solo se conservan 19 y muchos fragmentos. Al menos en estas obras, da la impresión de ser el dramaturgo que más se ha ocupado de Helena, aunque raramente el personaje es elogiado, sino que más bien es atacada por todos sus parientes y conocidos. Helena aparece, a veces jugando un papel relevante o protagonista, otras mencionada

de manera significativa, en Helena, Orestes, Ifigenía en Áulide, Ifigenia entre los tauros, Las troyanas, Hécuba y Andrómaca.

En su Helena (representada en 412 a.n.e.), Eurípides considera, por primera vez por lo que sabemos, que la madre de Helena es Leda y no Némesis. Pero el mito es muy similar, pues Zeus se convierte en cisne para fecundar a Leda y esta pone uno o dos huevos de los que nacen Helena y sus tres hermanos (Cástor, Pólux y Clitemnestra). Eurípides también dice que lo que hizo Zeus fue convertirse en cisne y fingir que huía de un águila para refugiarse en el regazo de Leda y entonces fecundarla.

Alejandra, de Licofrón

Licofrón vivió en el siglo iii a.n.e. De él se conserva un poema llamado Alejandra de una sofisticación literaria extrema, que es casi un código cifrado por sus enrevesadas alusiones y su erudición llena de enigmas. A pesar de ello, es una lectura muy interesante y a ratos entretenida y brillante, al menos para quienes estén algo familiarizados con la mitología grecolatina. Cuenta las profecías de Casandra, la hermana de Alejandro Paris (de ahí el nombre del poema). Este es un fragmento en el que Licofrón cuenta, a su enigmática manera, el nacimiento de Helena:

Y una antorcha también veo alada, que corre en pos de la paloma con el fin de raptarla, de la perra pefnea que engendró un buitre acuático encerrada en un huevo de cáscara redonda.

La antorcha es Paris, porque cuando su madre lo iba a dar a luz soñó que nacía una antorcha que destruía Troya. Helena es la paloma, raptada por Paris, y también es la perra pefnea (por el puerto de Pefno, en Lacedemonia). El buitre acuático es Zeus, por su trasformación en cisne, y el huevo de cáscara redonda es el que

fecundó Leda, dando nacimiento a Helena.

Catasterismos, de Eratóstenes

El geógrafo, astrónomo y matemático Eratóstenes, que vivió en el siglo iii a.n.e. en su obra Catasterismos (es decir, Constelaciones) explica el origen de los nombres que se dan a las constelaciones y en el capítulo XXV se ocupa del Cisne o Pájaro Grande y explica que el nombre procede de la figura que empleó Zeus para seducir a Némesis. Némesis, dice Eratóstenes, puso un huevo y, al romperse el cascarón, apareció Helena.

Fábulas y Astronomía, de Higinio

Higinio o Higino fue un esclavo español, probablemente nacido en lo que hoy es Valencia, que fue llevado a Roma por Julio César. Al parecer dirigió la Biblioteca Palatina y fue amigo de Ovidio. Solo se han conservado dos de sus muchas obras, las Fábulas y la Astronomía.

En la brevísima fábula 77, «Leda», se cuenta que Zeus poseyó a Leda como un cisne y que del huevo nacieron Helena y Pólux.

Sin embargo, en su Astronomía, Higinio entra en más detalles y cuenta que la constelación del Cisne recibe su nombre debido a una estratagema de Zeus para poseer a Némesis. Le dijo a Venus que se convirtiera en águila y él se convirtió en cisne. Némesis vio a un águila persiguiendo a un cisne y acogió a Zeus en su regazo para protegerlo. Después, cuando se quedó dormida, Zeus la poseyó y se elevó en el cielo, imagen que es el origen del nombre de la constelación. Por su parte, Némesis puso un huevo y Mercurio (Hermes) lo llevó a Esparta y lo dejó en el regazo de Leda. Allí nació Helena. Pero Higinio añade que otros piensan que lo que sucedió es que Leda mantuvo relaciones con Zeus y él la convirtió

en cisne.

Apolodoro, por su parte, dice que quien puso el huevo fue Némesis, pero que un pastor se lo llevó a Leda y que ella lo guardó en un arca hasta que nació Helena.

Ausonio dice, refiriéndose a los huevos: «Los gestó Némesis, pero fue Leda la que, como madre, los empolló».

Según Juan Malalas, Paléfato, que vivió en el siglo iv a.n.e, y que intentaba racionalizar los mitos en su Sobre fenómenos increíbles, decía que Leda fue infiel a Tindáreo con un hombre llamado Cicno (Cisne), hijo del rey de Acaya Ederión. Queda embarazada y da a luz a la vez a Cástor, Pólux y Helena.

2. LOS HUEVOS DIVINOS

Apenas me detendré aquí en los autores que tratan el complejo asunto de quién nace de qué huevo y cuántos huevos hay, aunque casi todos están de acuerdo en que Helena y Pólux son hijos de Zeus, mientras que Clitemnestra y Cástor lo son de Tindáreo.[234]

Epigramas, de Ausonio

Décimo Magno Ausonio nació en Burdigala, actual Burdeos, y vivió entre los años 310 y 395. Se conservan muchas de sus obras. En varias de ellas, como los Epitafios, menciona a Helena.

En uno de sus epigramas, se refiere a Cástor, Pólux y Helena como trillizos nacidos de un único huevo y vuelve a decirlo en su Grifo sobre el número Tres: «Son triples los rayos de Júpiter, y Cerbero, y el tridente y el triple huevo de Helena con sus hermanos».[235]

Plutarco dice que cayó un huevo del cielo; Ateneo, siguiendo a

Neocles de Crótona, que de la Luna, aunque también dice que según Clearco de Solos el huevo es una metáfora de la alcoba del piso alto.

3. EL RAPTO DE HELENA POR TESEO DE ATENAS

Muchos cuentan que Helena, siendo niña, fue raptada por el rey Teseo de Atenas, el vencedor del Minotauro.

Biblioteca y Epítome, de Apolodoro

Existe un gran misterio acerca de quién fue y en qué época vivio Apolodoro, también conocido como Pseudo-Apolodoro, pues se ha llegado a la conclusión de que no es el Apolodoro de Atenas con el que se identificó. En cualquier caso, se cree que vivió hacia el siglo i o ii de nuestra era. Su Biblioteca es una compacta y completísima fuente de información acerca de los mitos griegos. La Biblioteca se completa con el Epítome, que algunos atribuyen al bizantino Juan Tzetzes

Según Apolodoro, Helena tenía doce años cuando fue raptada por Teseo.

Biblioteca histórica, de Diodoro de Sicilia

Diodoro de Sicilia o Sículo vivió aproximadamente entre el año 90 y el 55 a.n.e. Escribió una historia monumental en cuarenta libros, de los que se conservan unos quince.

Según Diodoro, Helena tenía diez años cuando fue raptada por Teseo.

Teseo, de Plutarco (en Vidas paralelas)

Plutarco dice que, según Helánico de Rodas, Helena tenía siete años cuando fue raptada y Teseo cincuenta. Ella estaba danzando en el templo de Ártemis Ortia cuando llegaron allí Teseo y su amigo Pirítoo. La llevaron a Atenas y de allí a Afidna.

Helena, de Higinio

En esta fábula (la número 79), Higinio cuenta el rapto de Helena por Teseo y su rescate por sus hermanos, los Dioscuros (Cástor y Pólux).

4. IFIGENIA, HIJA DE HELENA

Según algunas versiones, Ifigenia no sería hija de Clitemnestra, sino de su hermana Helena.

Descripción de Grecia, de Pausanias

La descripción de Grecia de Pausanias es algo así como una guía para viajeros de la época romana que visitaran Grecia

Según Pausanias, Estesícoro, Euforión y Alejandro Etolo consideraron a Ifigenia hija de Helena.

Duris de Samos

Parece que el historiador Duris, cuya obra se ha perdido, aseguraba que Ifigenia era hija de Helena y no de su hermana Clitemnestra.

5. LOS PRETENDIENTES DE HELENA

Según todos o casi todos los autores, Helena atrajo la atención de los reyes y héroes de la época, que acudieron a Esparta para intentar casarse con ella, lo que puso en apuros a su padre Tindáreo, que no sabía como emparejar a su hija sin que los rechazados se ofendieran.

Catálogo de las mujeres, de Hesíodo

Hesíodo menciona a los siguientes pretendientes:

Alcmeón, Anfíloco, Áyax de Telamón (Áyax el Grande), lefenor, Filoctetes, Idomeneo, Licomedes, Menelao, Menesteo, Ulises, Podarces, Protesilao, Toante y probablemente Áyax de Oileo (Áyax el Pequeño).

Sin embargo, el texto es muy fragmentario y podría haber muchos más.

Los pretendientes de Helena, de Higinio

Se enumeran los pretendientes de Helena en la fábula 80 de Higino:

Antíloco, Ascálafo, Ayante Oileo, Anfímaco, Anceo, Blaniro, Agapénor, Ayante Telamonio, Clitio el ciáneo, Menelao, Patroclo, Diomedes, Peneleo, Femio, Nireo, Polipetes, Elefénor, Eumelo, Esténelo, Tlepólemo, Protesilao, Podalirio, Eurípilo, Idomeneo, Leonteo, Talpio, Políxeno, Prótoo, Menesteo, Macaón, Toante, Ulises, Fidipo, Meriones, Megete, Filoctetes.

Higino advierte, sin embargo, de que otros autores antiguos dan otros nombres.

Los pretendientes de Helena en Apolodoro son:

Odiseo, hijo de Laertes; Diomedes, hijo de Tideo; Antíloco, hijo de Néstor; Agapénor, hijo de Anceo; Esténelo, hijo de Capaneo; Anfímaco, hijo de Cteato; Talpio, hijo de Éurito; Meges, hijo de Fileo; Anfíloco, hijo de Anfiarao; Menesteo, hijo de Peteo; Esquedio y Epístrofo, hijos de Ífito; Políxeno, hijo de Agástenes; Peneleo, hijo de Hipálcimo; Leito, hijo de Aléctor; Áyax, hijo de Oileo; Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares; Elefénor, hijo de Calcodonte; Eumelo, hijo de Admeto; Polipetes, hijo de Pirítoo; Leonteo, hijo de Corono; Podalirio y Macaón, hijos de Asclepio; Filoctetes, hijo de Peante; Eurípilo, hijo de Evemón; Protesilao, hijo de Ificles; Menelao, hijo de Atreo; Áyax y Teucro, hijos de Telamón; y Patroclo, hijo de Menecio.

6. LA ELECCIÓN DE MARIDO Y LA TRETA DE ULISES

Se discute si fue Helena la que eligió marido o si fue su padre. Pero muchos coinciden en que Ulises le dijo a Tindáreo que hiciera prometer a todos que aceptarían la decisión y que acudirían en defensa del elegido si algún día lo necesitaba.

Tindáreo, de Higinio

En la fábula 78, Higinio cuenta cómo el padre humano de Helena, Tindáreo, aconsejado por Ulises, hizo jurar a los pretendientes que aceptarían que Helena misma eligiera entre ellos a su esposo. Y que después de las bodas entregó al elegido, Menelao, el reino de Esparta.

También Eurípides y Aristóteles dicen que ella pudo elegir a su marido.

7. LA BODA DE HELENA Y MENELAO

Helena se casó con Menelao, algunos dicen que en Esparta, otros que en Amiclas o en Terapne.

Canción de boda para Helena

(Epitalamio de Helena), de Teócrito

Es la canción que las compañeras de Helena entonan en honor a ella durante la noche de bodas con Menelao.

8. EL JUICIO DE PARIS

Según la mayoría de las tradiciones, Paris era hijo del rey Príamo de Troya, pero como un oráculo predijo que ese niño causaría la ruina de la ciudad, fue abandonado en el monte Ida. Un día se presentaron ante él las diosas Atenea, Hera y Afrodita, para que

decidiera cuál de ellas merecía la manzana de Eris, la Discordia.

El juicio de Paris en Higinio

En su fábula número 92, Higinio cuenta el juicio en el que el pastor Paris tuvo que decidir a quién le entregaba la manzana que la Discordia (Eris) lanzó entre las diosas Juno, Minerva y Venus,[236] en la que estaba escrito «para la más bella». Paris elige a Venus porque la diosa le promete a Helena, que es, a su vez, la mujer mortal más hermosa. También cuenta el rapto de Helena, en el que se incluye a las esclavas Etra (la madre de Teseo) y Tisadie.

Ilíada, de Homero

En la Ilíada se menciona el Juicio de Paris, pero no se dice nada de la manzana ni de la diosa de la Discordia (Eris).

Acusilao

Según Acusilao, Afrodita hizo que Paris deseara a Helena para así provocar la guerra de Troya y favorecer a Eneas, el hijo de Anquises y de la propia Afrodita, que, de este modo, podría convertirse en rey de la ciudad.

Otros autores

En las Ciprias se mencionaba el juicio de Paris.

Antonio Ruíz de Elvira nos ofrece una lista exhaustiva de otros autores que mencionan este acontecimiento fundamental para el futuro de Helena: Cratino y probablemente Sófocles en dramas satíricos perdidos como Eris, Crisis y Poimenes; Eurípides en varias de sus obras; Isócrates en su Defensa de Helena; Apolodoro, Propercio, Ovidio, Higino, Silio Itálico, Luciano, Apuleyo, Ausonio, Libanio, Coluto, Draconcio, Rufino, Juliano, Mavortio, Servio, Salustio, los Mitógrafos Vaticanos y varios epigramas incluidos en recopilaciones como la Antología Palatina. [237]

9. PARIS, PRETENDIENTE DE HELENA

Dión de Prusa ofrece una versión sorprendente en su Discurso troyano, pues dice que Paris no secuestro a Helena ni ella huyó con él, abandonando a su marido Menelao, sino que Paris fue uno de los pretendientes. Como era el mejor de todos ellos, dotado de gran hermosura y quizá incluso heredero de un poderoso reino, tanto Tindáreo como su hija lo prefirieron a todos los demás y las bodas se celebraron de manera oficial.

10. EL RAPTO DE HELENA POR PARIS

Paris visita Esparta y es acogido por Menelao y Helena. Los motivos de la estancia de Paris no son siempre que viaje allí con la intención de raptar a Helena. Antonio Ruíz de Elvira resume las principales versiones:

Para recuperar a su tía Hesíone, que fue raptada por Telamón, el padre de Áyax, tras una expedición de castigo a Troya cuando allí reinaba Laomedonte, el padre de Hesíone y Príamo (lo opinan Draconcio, Servio, Lactancio Plácido, Alcidamante y los Mitógrafos Vaticanos).

Para regresar con Hesióne y de paso también con Helena (Dares

Frigio).

Para ofrecer un sacrificio a Apolo (Juan Malalas).

Como pretendiente de Helena (Dión de Prusa).

Invitado por Menelao o incluso viajando con él desde Troya (diversos escolios o comentarios)

Para raptar a Helena (casi todos los demás autores).

11. ESTANCIA DE PARIS EN AMICLAS

Las troyanas, de Séneca

En el drama de Séneca Las troyanas, cuando Paris llega a Lacedemonia primero se hospeda con los Tindáridas en Amiclas, antes de viajar a Esparta.

12. LA AUSENCIA DE MENELAO

Eurípides asegura, tanto en Las troyanas como en Ifigenia en Áulide y en Andrómaca, que Menelao no estaba en Esparta o que se ausentó después de la llegada de Paris. Según Apolodoro, para asistir a los funerales de su abuelo Catreo. Lo mismo opinaban Dares Frigio y Dictis Cretense y probablemente Coluto, además de Ovidio en sus Cartas de las heroínas.

El rapto de Helena, de Coluto

Para Coluto, Helena queda seducida por la belleza de Paris y es ella misma la que le pide que se la lleve con él a Troya.

13. HELENA SEDUCIDA POR LA BELLEZA

En Las Troyanas y en Ifigenia en Áulide, Eurípides dice que Helena quedó impresionada por la belleza de Paris.

Cartas de las heroínas, de Ovidio

(«Paris a Helena» y «Helena a Paris»)

En sus Cartas a las heroínas el escritor latino Ovidio imagina cartas que los personajes de la mitología se envían unos a otros. Entre estas cartas, se incluye una supuestamente enviada por Paris a Helena, con la intención de seducirla, y la respuesta de Helena, en la que se muestra que ha caído bajo el encanto del troyano y está dispuesta a ser raptada y abandonar Esparta.

Coloquio amoroso, de Teócrito

En un diálogo entre Dafnis y una muchacha se asegura que Helena se fue voluntariamente con Paris.

El rapto de Helena, de Coluto

Tampoco Coluto duda de los encantos de Paris, por lo que casi se

podría decir que fue él, y no Helena, quien, con su fatal belleza, lanzó mil naves al mar, causó la destrucción de ciudades y provocó la muerte de miles de guerreros. Así describe Coluto el efecto que Paris provocó en Helena:

Y no se saciaba de mirarlo, creyendo a veces ver en él al áureo hijo de Citerea (Eros), el protector del tálamo; pero en seguida se dio cuenta de que no se trataba de Eros: pues no observó la aljaba con las flechas. Otras muchas veces, por la belleza de su rostro de hermosos ojos, le parecía estar mirando al rey de las viñas (Baco o Dioniso); pero no distinguía el abundante fruto de las vides desparramado por su gracioso cuello.

«Lo que una ama», de Safo

Se considera que Safo vivió entre el 650 o 610 y el 580 a.n.e.

Safo de Mitilene fue llamada por Platón «la décima Musa». Su influencia fue enorme en la época grecolatina, llegando hasta Catulo y Horacio, e incluso posteriormente, pues en el siglo xvi todavía Ronsard imitaba sus poemas. Se cree que su obra se conservó durante mucho tiempo, incluso hasta la adopción del cristianismo por Roma, pero ciertas tradiciones aseguran que comenzó a ser despreciada o considerada inmoral e incluso destruida por los cristianos, pero no hay certeza de ello.

En su poema «Lo que una ama», Safo recuerda cómo Helena abandonó a su marido y a su querida hija Hermíone llevada por el amor y eso le sirve para concluir que la belleza suprema es la de aquello que amamos. No se deduce de ello, como a veces se dice, que solo es bello lo que amamos, y tampoco que la belleza no pueda ser amada, sino que lo que afirma Safo es que la pasión amorosa encuentra en su objeto la máxima hermosura, sean cuáles sean las características aparentes de dicho objeto o persona.

14. HELENA EMBARCA CON PARIS

POR LA FUERZA O VOLUNTARIAMENTE

Por lo general, Helena embarca con Paris, ya voluntariamente o ya obligada por el troyano, pero sin que Esparta sea atacada o saqueada. En algunos casos, sin embargo como en la Eneida de Virgilio o en la Historia de la destrucción de Troya, de Dares Frigio, o en Diario de la guerra de Troya, de Dictis Cretense, se dice que Paris atacó y saqueó Esparta, pero la mayoría de los autores, entre ellos Homero, consideran que Helena se fue voluntariamente con el troyano.

Coluto en El rapto de Helena dice que es Helena la que pide a Paris que se la lleve con ella:

Llévame a hora mismo de Esparta y acompáñame a Troya. Te seguiré como lo ordena Citerea (Afrodita), la reina de las bodas. No temo a Menelao cuando Troya me vea.

Muchos excusan a Helena atribuyendo su marcha con Paris a un decreto divino al que no podía resistirse de ninguna manera, ya sea por voluntad de Zeus o de Afrodita. Entre ellos están Homero, las Ciprias (por voluntad de Afrodita), Eurípides en Las troyanas y Andrómaca, y Virgilio en la Eneida.

Otros autores dicen que Helena fue raptada contra su voluntad, como Servio y Lactancio Plácido.

Una versión que se separa de todas las demás es la que mencionaba Eustacio, según la cual Helena se fue con Paris porque Afrodita hizo que el troyano tuviera la apariencia de Menelao.

Encomio de Helena, de Gorgias

El sofista Gorgias escribió un célebre Encomio o Elogio de Helena, en el que pretendía demostrar de manera ingeniosa pero contundente, que Helena no era culpable de la guerra de Troya y que no pudo obrar libremente.

En este elogio a Helena, se dice que Helena pudo embarcar con Paris por cuatro causas: por la fuerza física de paris, por el designio de los dioses, por la pasión invencible hacia Paris despertada por Afrodita o, finalmente seducida por el logos, es decir, por los discursos de Paris. En todos los casos, opina Gorgias, Helena sería inocente.

15. HELENA ABANDONA A SU HIJA HERMÍONE

Suele haber unanimidad en que cuando Helena se fue con Paris dejó en Esparta a su hija Hermíone (pero que se llevó varias esclavas y sirvientes, como Etra, la madre de Teseo).

Coluto es uno de los pocos autores que se detiene a contar la tristeza de la niña Hermíone al descubrir que su madre se ha ido:

Niñas, ¿adónde ha ido mi madre dejándome en tan terrible pena, ella que ayer, cogiendo conmigo las llaves del cuarto, se metió en mi cama y durmió a mi lado?.

Coluto dedica la parte final de El rapto de Helena al dolor de Hermíone, quien, finalmente, recibe en sueños la visita de su madre, que le dice que ha sido raptada por Paris y engañada por Afrodita:

«Afligida hija, no me censures, que he sufrido cosas terribles; el hombre mendaz que vino ayer me ha raptado después de la unión armoniosa de Afrodita, la de hermosos cabellos».

16. EL RAPTO EN CITEREA

En el Diario de la guerra de Troya de Dictis Cretense se dice que el primer encuentro entre Helena y Paris tiene lugar en la isla de Citerea y que los dos son dominados por una pasión incontenible, y que Helena se va voluntariamente con el troyano.

17. HELENA Y PARIS CONSUMAN SU AMOR

En las Ciprias, Helena y Paris se acuestan ya estando en Esparta, pero en Homero se dice que eso sucedió en la isla de Cránae.

Licofrón en su Alejandra dice que la unión amorosa tuvo lugar en la isla llamada Helena, en las costas del Ática.

18. EL SIMULACRO O FANTASMA DE HELENA

Algunos autores, en especial Estesícoro y Eurípides en su Helena y su Electra, aseguraron que Helena nunca fue a Troya y que fue sustituida por una copia idéntica, que viajó con Paris y permaneció en la ciudad durante diez años. Helena, mientras tanto, estuvo en Egipto, en la corte del rey Proteo y/o de su hijo Teoclímeno. Según algunas versiones, la otra Helena ya sustituyó entonces a la verdadera en Esparta, mientras que otras sostienen que eso sucedió cuando Menelao y Helena se detuvieron en Egipto.

Alejandra, de Licofrón dice que el fantasma sustituyó a Helena después de que la verdadera y Paris consumaran su amor en la isla que con el tiempo se llamaría Helena, frente al Ática. Además, señala un aspecto curioso: que Paris se da cuenta del engaño y que intenta que vuelva la verdadera Helena. Lo dice así Licofrón, no tan crípticamente como es su costumbre:

En vano, pues, tu lira tañerás en ayunas con cantos que ninguna recompensa hallarán y llorando a tu tierra ya una vez incendiada volverás estrechando con tus brazos la imagen de la pleuronia Tíade de los cinco maridos.

La pleuronia Tíade es Helena, puesto que es descendiente (muy lejana) de Pleurón por parte materna y tíade porque participa en los cultos báquicos (las Tíades eran sacerdotisas del dios Dioniso).

19. HELENA SE QUEDA EN EGIPTO

Autores como Ausonio dicen que Helena no estuvo en Troya, sino que fue retenida por el rey de Egipto y devuelta a Menelao cuando terminó la guerra de Troya, pero no menciona al fantasma o doble de Helena.

Los nueve libros de la Historia, de Heródoto

Heródoto, considerado el padre de la historia, vivió entre el 484 y el 425 a.n.e. Escribió una larga, pero muy amena historia que un editor alejandrino dividió en nueve libros, cada uno dedicado a una de las musas. En varios de ellos se refiere a Helena, en especial en Clío y en Euterpe.

Heródoto asegura que los sacerdotes egipcios le contaron que Helena nunca fue a Troya, porque cuando Paris se detuvo en Egipto, el rey o faraón del lugar le reprochó haber quebrantado las normas de la hospitalidad en su visita a Esparta y se quedó con Helena y los tesoros robados, con la intención de devolverlo todo a Menelao. Por eso, Heródoto también considera que Helena se quedó en Egipto junto a Proteo, pero no que fuera sustituida por un fantasma en Troya.

20. SIDÓN Y CHIPRE

Varios escolios, comentarios a obras como la Ilíada o la Odisea, mencionan la estancia de Paris y Helena en Sidón y/o en Chipre, ya fuera debido a una tempestad o para esconderse durante un tiempo. Según Dictis, Paris mató al rey de Sidón y se llevó sus riquezas.

21. BODA EN TROYA CON MENELAO

Aunque a su llegada a Troya Menelao y Helena son recibidos con temor y desconfianza, varios autores, como Dictis o Esquilo, en su Agamenón, dicen que allí se celebró de un modo magnífico la boda entre Paris y Helena.

22. LA MUERTE DE LOS HERMANOS DE HELENA

En las Ciprias y en otros lugares se dice que Cástor y Pólux no acudieron a rescatar a su hermana porque habían muerto luchando contra otra pareja de hermanos, Idas y Linceo.

Ilíada, de Homero

En la Ilíada no se cuenta cómo murieron, pero sí se dice que ya estaban bajo tierra, al menos en el décimo año de la guerra.

23. EL SACRIFICIO DE IFIGENIA

Ifigenia en Áulide, de Eurípides

En esta obra se cuenta el sacrificio de Ifigenia, la hija de Agamenón y Clitemnestra, que según algunas versiones en realidad era hija de Helena. Este sacrificio era necesario, según los adivinos, para que las naves pudieran zarpar del puerto de Áulide, donde estaban detenidas por vientos contrarios.

Helena no sale muy bien parada en la obra, pues se la considera culpable del espantoso sacrificio. Eurípides nos muestra a la hermana de Helena renegando de ella, cuando Clitemnestra le dice a Agamenón que no es justo sacrificar a su hija Ifigenia para recuperar a una esposa adúltera, su propia hermana:

He dado a luz, después de tres muchachas, a este niño (Orestes), y una de ellas tú cruelmente vas a quitármela. Y si alguien te pregunta por qué la vas a matar, ¿qué le contestarás? O puedo responder tus motivos: «Para que Menelao recobre a Helena». Según tú, sí, está bien que nuestros hijos paguen el precio de una mala mujer. ¡Las cosas más odiosas las compramos con las más queridas!.

También Licofrón, en su estilo enigmático y oscuro, dice que Ifigenia era hija de Helena:

Y, después de raptar cual lobo a la novilla malcasada y privada de sus dos familiares palomas.

El lobo es Paris que rapta a la novilla malcasada (Helena) y las dos palomas que quedan en Esparta son Hermíone, hija de Helena y Menelao, y su también hija Ifigenia (a la que tuvo con Teseo).

II. LA GUERRA DE TROYA

24. LA CÓLERA DE AQUILES

Ilíada

En esta obra, que se atribuyó casi unánimemente a Homero, se cuenta lo que sucede en Troya desde que Aquiles se enfada con el rey Agamenón porque le ha quitado una esclava hasta el momento en el que el rey de Troya Príamo acude a la tienda de Aquiles para que le devuelva el cadáver de su hijo Héctor. Se trata, por lo tanto, de un pequeño fragmento temporal de la larga guerra de Troya, que duró al menos diez años. Por eso se ha llamado también La cólera de Aquiles, aunque este héroe comparte el protagonismo con muchos otros, como Diomedes, Ulises, Héctor, Eneas, Agamenón, Menelao y, por supuesto, Helena.

Suele considerarse que la Ilíada pudo ser escrita, más o menos tal como la conocemos, hacia el siglo viii antes de nuestra era, aunque no existe ninguna certeza al respecto. Como señala Jaume Pòrtulas, hasta el siglo v-vi a.n.e. no se encuentra la mención del nombre de Homero para referirse al autor del poema, y no es hasta el siglo v a.n.e. que Heródoto se refiere al poema con el nombre de Ilíada.[238]

Puesto que en la Ilíada apenas se cuenta nada de los largos años que duró la guerra de Troya, otros autores intentaron rellenar los huecos, a menudo basándose en las alusiones que se hacen en la Ilíada a acontecimientos que preceden a la cólera de Aquiles, y en la Odisea a los que siguen a la muerte de Héctor, que incluyen la muerte del propio Aquiles, de Paris, el esposo de Helena y la toma de la ciudad.

Agamenón, de Esquilo

Esquilo es uno de los tres grandes trágicos griegos y el más antiguo. Vivió aproximadamente entre los años 525 y 456 a.n.e. Aunque escribió más de 80 obras solo se conservan siete y muchos fragmentos. Su obra perdida Los constructores de tálamos tal vez estaba dedicada a la boda de Helena con Menelao, mientras que Proteo probablemente tenía relación con la estancia de Helena en Egipto durante la guerra de Troya. En las obras conservadas apenas aparece Helena, pero en una de ellas, el Agamenón, su presencia, aunque sea tan solo en las menciones de otros personajes, es muy poderosa.

Es en esta obra donde se establece una etimología, al parecer errónea, que hace a Helena «destructora de naves». El pasaje merece la pena ser reproducido íntegro:

¿Quién le dio el nombre de Helena con absoluta verdad? ¿Acaso alguno a quien no vemos que con su previo conocimiento de lo dispuesto por el destino rige su lengua ajustada a esa suerte? Dio el nombre de Helena a la casada que fue disputada, que causó la guerra. Luego fue, de modo adecuado a su nombre, destructora de barcos, de hombres y pueblos, que abandonando la delicia y riqueza de sus cortinajes, se hizo a la mar bajo el soplo del Céfiro de la tierra nacido, y numerosos varones, cazadores armados de escudo, tras el rastro invisible de los remos, arribaron a las frondosas riberas del Simunte, debido a sangrienta Discordia.

En otro extraodinario pasaje se compara a Helena con el cachorro de un león que al crecer se convierte en una bestia peligrosa y fatal:

Igual que cuando un hombre cría en su casa un cachorrillo de león no amamantado del todo y aficionado aún a la ubre materna, que en los comienzos de su vida es manso, trata con amor a los niños y sirve a los viejos de distracción —muchas veces alguien lo tiene en brazos como si fuera un niño de pecho, y, mientras, dirige a la mano sus ojos brillantes moviendo la cola impulsado por su vientre vacío—, pero, luego que el tiempo pasa, demuestra el instinto que ha recibido de sus padres, y, a quienes lo criaron, les devuelve el favor con la calamidad de matar sus ovejas y se prepara un festín sin que nadie lo invite, con lo que la casa se inunda de sangre —dolor que no pueden sus habitantes combatir—, terrible azote causante de innúmeras muertes. Un sacerdote de la Ruina que un dios ha enviado es lo que ha sido criado en la casa.

25. EL MATRIMONIO CON PARIS

Según algunos autores, la convivencia de Paris y Helena es feliz, mientras que otros dicen que tuvieron muchos problemas conyugales.

Ilíada, de Homero

En la Ilíada, Helena a veces parece estar muy bien con Paris, pero también se enfada con él cuando ve la cobardía que demuestra al enfrentarse a Menelao. Pero, como Homero dice que la diosa Iris infunde en Helena el deseo de su primer esposo Menelao, hay que

suponer que ya lo había perdido hasta ese momento. Aunque después también será Afrodita quien renueve en Helena el deseo hacia Paris.

26. ENCUENTRO AMOROSO CON AQUILES

Se dice que Helena y Aquiles tuvieron un encuentro sexual después de que Tetis hiciera que su hijo Aquiles tuviera un sueño erótico con Helena.

En su Alejandra, Licofrón llama a Aquiles «el quinto», pues se supone que es el quinto amante de Helena, tras Teseo, Menelao, Paris y Deífobo, aunque parece una inconsistencia, puesto que Aquiles fue el cuarto amante, ya que Deífobo se casó con Helena tras la muerte de Paris, quien ya antes había matado a Aquiles. Por lo tanto, «el quinto» sería Deífobo. Sin embargo, si hablamos de maridos en vez de amantes, que es lo que parece hacer Licofrón, entonces Aquiles sí que es el quinto marido, pues lo fue en su vida de ultratumba, en la Isla de los Bienaventurados o la isla de Leuce.

También en las Ciprias se mencionaba este encuentro entre Helena y Aquiles.

27. HELENA Y HÉCTOR

Homero siempre muestra en la Ilíada a Helena y a Héctor tratándose con respeto y admiración, en especial por parte de Helena, que en una ocasión parece querer o bien seducir a Héctor o bien hacer que se distraiga del combate para ayudar a los griegos; o bien, en fin, ser amable con un hombre al que admira.

28. MUERTE DE PARIS

Cuando Paris muere a causa de una flecha lanzada por Filoctetes, Helena queda viuda.

Posthoméricas, de Quinto

Se sitúa a Quinto entre los siglos iii y iv. La obra cuenta los acontecimientos de la guerra de Troya a partir de la muerte de Héctor, es decir cuando termina la Ilíada. Concluye cuando los héroes griegos regresan a sus reinos, es decir, cuando se inicia la Odisea. Es un amplísimo y entretenido poema en el que Helena aparece, pero quizá no tanto como debiera.

Quinto cuenta que Helena llora desconsoladamente por la muerte de Paris, pero que, para sus adentros, tenía otras inquietudes:

¡Marido, que eras para mí, para los troyanos y para ti mismo un gran azote, has muerto de forma miserable y a mí me has dejado en medio de una odiosa calamidad, pues ya no me queda sino esperar a ver desgracias aún más devastadoras!... Todos ante mí se estremecen y todos aborrecen mi existencia, y no sé dónde refugiarme, pues, si huyo al campamento de los dánaos, al instante se verá mi cuerpo maltratado, y si aquí me quedo, me rodearán las troyanas y los troyanos, y al punto estas, cada una por un lado, me van a hacer pedazos; mi cadáver no lo cubrirá la tierra, sino que lo devorarán los perros y las veloces bandadas de aves.

28. BODA CON DEÍFOBO

Dos hijos de Príamo se disputan a Helena, Héleno y Deífobo. Como

se considera que, una vez muerto Héctor, el más fuerte y valiente de los troyanos es Deífobo, es él el que se casa con Helena.

Alejandra, de Licofrón

Este autor se refiere a la boda de Helena con Deífobo, aunque también señala que no se trata de la verdadera Helena, sino de su fantasma o doble creado por los dioses.

29. HELENA AYUDA A ULISES EN TROYA

En la Odisea la propia Helena cuenta a Telémaco, el hijo de Ulises, como ayudó a su padre cuando entró en Troya disfrazado de mendigo. Aunque ella lo reconoció, no reveló su identidad y le ayudó a preparar los planes para la toma de la ciudad.

Al parecer, en la Pequeña Ilíada se contaba que tras esta primera entrada, Ulises regresó con Diomedes para robar el Paladio, también con la ayuda de Helena.

31. EL CABALLO DE TROYA

Para lograr entrar en Troya, los griegos fingen que se hacen a la mar, pero dejan un gigantesco caballo de madera en el que se esconden los mejores guerreros. Con diversos engaños, logran que los troyanos introduzcan el caballo en la ciudad. Llegada la noche, los guerreros saldrán del caballo y comenzará el saqueo.

32. HELENA JUNTO AL CABALLO

TRAICIONA A LOS GRIEGOS

Odisea, de Homero

Menelao cuenta que Helena se acercó al caballo y que imitó las voces de las mujeres de los guerreros que allí estaban escondidos y que casi consiguió que revelaran su presencia, lo que habría significado su muerte y la salvación de Troya.

La toma de Ilión, de Trifiodoro

Durante mucho tiempo se creyó que Trifiodoro había vivido hacia el siglo v o vii de nuestra era y que era un imitador de Nonno y sus Dionisiacas, pero la lectura de un papiro ha dado la vuelta a la influencia y ahora se piensa que Trifiodoro vivió hacia el siglo ii o iv de nuestra era y que fue él quien influyó en Nonno. Solo se conserva una obra de Trifiodoro, La toma de Ilión, que podría haber sido influida por la Pequeña Ilíada de Lesques, hoy perdida.

Trifiodoro coincide con Homero y cuenta que Helena fue llevada por Afrodita junto al caballo y que allí, estando junto a ella su nuevo marido Deífobo, dio tres veces la vuelta alrededor del caballo e imitó las voces de las mujeres. Finalmente, tiene que intervenir la diosa Atenea para evitar la perdición de los griegos:

Desgraciada, ¿hasta dónde te llevan tus crímenes y el deseo de lechos ajenos y la locura de Cipris?... ¿Todavía ayudas a los troyanos?

33. HELENA AYUDA LOS GRIEGOS

DESDE TROYA CON UNA ANTORCHA

Diversos autores cuentan que Helena encendió una antorcha en sus habitaciones para que los barcos escondidos de los griegos pudieran llegar a Troya y unirse a los guerreros escondidos en el caballo de madera.

La toma de Ilión, de Trifiodoro

Este autor cuenta que cuando Helena traicionó a los griegos imitando las voces de sus mujeres junto al caballo de madera, fue detenida por la diosa Atenea, que le ordenó: «Retírate, sube al piso superior de tus habitaciones y acoge a las naves de los aqueos con propicio fuego». Helena obedece y esa noche enciende una antorcha en su habitación para guiar a los barcos, uniéndose a la que Sinón enciende desde la tumba de Aquiles.

Fábulas, de Higinio

El autor incluye la antorcha de Helena en su enumeración de «Antorchas funestas».

34. EL SAQUEO DE TROYA

En muchas obras se contaba de manera detallada el saqueo de Troya (como la Pequeña Ilíada, Historia de la destrucción de Troya

y El saco de Troya o Iliupersis). En todas o casi todas aparece o es mencionada Helena.

Las troyanas, de Eurípides

La ciudad ya ha sido saqueada y las troyanas van a ser sorteadas para que se conviertan en esclavas de los vencedores. Entre ellas están Andrómaca, Hécuba, Casandra, Políxena y la propia Helena, a la que Menelao promete matar más adelante, tal como le pide Hécuba, la viuda del rey Príamo. Helena se defiende de una manera que algunos han considerado convincente y otros, sofística. Los ataques a Helena son, como suele suceder en las obras de Eurípides, descomunales, como esto que dice la adivina Casandra:

Oh brote de Tindáreo,[239] nunca has sido hija de Zeus. Afirmo que has nacido de numerosos padres: de Alástor[240] primero, después de Envidia, de Asesinato, de Muerte y de cuantos males produce la tierra. A voces afirmo que Zeus nunca te engendró, ruina de muchos bárbaros y griegos. ¡Así te mueras! Con tus hermosos ojos has perdido vergonzosamente las ilustres llanuras de los frigios.[241]

35. LA MUERTE DE DEÍFOBO

Casi todos los autores están de acuerdo en que los griegos no acogieron a Helena amablemente, pues la consideraban culpable de todas sus desgracias. Muchos la despreciaron, otros quisieron lapidarla, las mujeres la acusaban de la muerte de sus maridos y, en su Orestes, Eurípides dice que Helena se esconde del pueblo en Argos por temor a su reacción.

Posthoméricas, de Quinto de Esmirna

Una excepción notable es Quinto de Esmirna, que cuenta cómo Helena se dirige avergonzada hacia las naves griegas, temiendo la reacción de todos, que, efectivamente, están en contra de ella. Pero, como sucede en la Ilíada cuando Helena pasa ante los ancianos de Troya, cuando todos los griegos contemplan la hermosura indescriptible de Helena y olvidan sus sentimientos de odio al instante.

III. DESPUÉS DE LA GUERRA DE TROYA

Tras la conquista y saqueo de la ciudad de Troya, los derrotados parten al exilio y los vencedores regresan a sus tierras. Se conoce a esto como los nostoi o regresos (nostos en singular). El nostos más famoso es el de Ulises hacia su isla de Ítaca que se cuenta en la Odisea. Se suele pensar que entre el rapto de Helena y su rescate trascurren diez años, pero la propia Helena dice en la Ilíada que lleva ya veinte años en Troya. Esto quiere decir que pasan unos 27 años hasta que Menelao y Helena llegan por fin a Esparta.

OTROS ASESINATOS

SUPUESTAMENTE POR CULPA DE HELENA

Las culpas y los crímenes atribuidos a Helena no terminan con la guerra de Troya, sino que todavía dejan un largo reguero de sangre.

36. EL SACRIFICIO DE POLÍXENA

Hécuba, de Eurípides

Después de la toma de Troya, el ejército griego se detiene en Tracia para rendir honores a Aquiles. El espectro del héroe exige entonces el sacrificio de Políxena, una de las hijas de Hécuba, la viuda del rey Príamo. En la obra se menciona a Helena varias veces, como cuando Hécuba revela que cuando Ulises entró en Troya disfrazado, no solo Helena sino también la propia Hécuba lo descubre, pero las dos lo protegen y no revelan su presencia, lo que resulta bastante inverosímil en el caso de la reina troyana. Hécuba dice que a quien hay que sacrificar no es a su hija Políxena, sino a la propia Helena. El matrimonio de Helena y Paris es considerado una calamidad causada por un genio maligno que llevó a Troya a su destrucción, «ese matrimonio que no fue matrimonio, sino calamidad de un espíritu maligno». Se supone que la calamidad es Helena y que el espíritu maligno es ella misma, o bien la diosa Eris (la Discordia) o la propia Afrodita.

37. EL ASESINATO DE AGAMENÓN

Y EL DE CLITEMNESTRA

Clitemnestra, durante la ausencia de Agamenón se ha unido a Egisto. Al regresar su marido lo asesina en venganza por el sacrificio de su hija Ifigenia. También mata a Casandra, la adivina hija de Príamo. En venganza, Orestes matará a su propia madre Clitemnestra.

Electra, de Eurípides

Después de asesinar a su marido Agamenón, Clitemnestra entrega a su propia hija a un campesino, para que no tenga hijos de sangre noble que puedan reclamar el trono. Allí la encuentra su hermano Orestes y la rescata. Los dos planean entonces el asesinato de su madre. Encontramos de nuevo ataques a Helena por parte de sus familiares, como el de su sobrina Electra, cuando se dirige a su madre Clitemnestra:

Justo es que atraigan alabanzas la belleza de Helena y la tuya; ambas sois hermanas, casquivanas las dos e indignas de Cástor. La una se perdió por dejarse raptar de buen grado y tú has perdido al mejor hombre de Grecia [Agamenón].

Sin embargo, también en esta obra, como en su Helena, Eurípides dice que Helena no fue a Troya, sino que viajó allí un fantasma o simulacro: «Zeus envió a Ilión[242] un simulacro de Helena para enzarzar a los humanos en disensiones y muertes».

38. LOS SACRIFICIOS DE IFIGENIA

Ifigenia entre los tauros, de Eurípides

La premisa de la obra es que Ifigenia no murió cuando fue sacrificada por su padre Agamenón, sino que fue sustituida por un ciervo y llevada por Ártemis al país de los tauros (en la actual Crimea) donde se convirtió en sacerdotisa de la diosa, encargada de sacrificar a cualquier griego que pasara por allí. Uno de esos griegos es su hermano Orestes, al que en el último momento reconoce. Ifigenia decide salvar a Orestes y escapar con él.

Eurípides añade en esta obra un nuevo pariente que detesta a Helena (que se suma a su hermana Clitemnestra, sus hermanos

Cástor y Pólux, sus sobrinos Orestes y Electra, su padre Tindáreo, su suegra Hécuba, su cuñada Andrómaca o su esposo Menelao); en este caso, se trata de su sobrina Ifigenia (que según algunos es su propia hija), que al parecer ha rogado muchas veces tener la oportunidad de sacrificar a Helena en el altar:

Ojalá respondiendo a las preces de mi dueña, Helena, la querida hija de Leda, abandonara la ciudad de Troya y diera por venir aquí donde —su pelo rociado con lustración sangrienta— muriera a manos de mi dueña recibiendo castigo equitativo!

39. EL ASESINATO DE ANDRÓMACA

Andrómaca, de Eurípides

La obra se representó en 425 a.n.e. La acción trascurre tiempo después de la guerra de Troya. Andrómaca, la viuda de Héctor se ha convertido en esclava y esposa de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, quien, tras tener un hijo con ella, se casa con Hermíone, la hija de Menelao y Helena. Menelao y su hija Hermíone quieren matar a Andrómaca y a su hijo aprovechando la ausencia de Neoptólemo, pero poco a poco la trama se complica.

Aunque Helena no aparece en la obra sí es mencionada varias veces, casi siempre para considerarla culpable de todas las desgracias de unos y otros, como en este pasaje en el que Peleo, padre de Aquiles, habla con Menelao y dirige un durísimo ataque contra Helena y lamenta de paso la educación demasiado liberal que reciben las mujeres espartanas:

Ni aunque quisiera, podría ser casta una de las muchachas

espartanas, las cuales, tras abandonar sus casas, tienen carreras y palestras, insoportables para mi, en comunidad con los jóvenes, con los muslos desnudos y los peplos sueltos. ¿Hay que admirarse, entonces, de que no forméis mujeres castas? Habría que preguntarle eso a Helena, que, abandonando tu hogar, se fue de juerga desde tu palacio con un hombre joven hacia otro país. ¿Y, luego, a causa de ella reuniste un ejército tan numeroso de helenos y los condujiste hacia Ilión? ¿Por la que tú no debiste mover una lanza, escupiéndola al descubrir que era malvada, sino dejar que se quedara allí dando un salario para no recibirla jamás en tu casa?

Por su parte, Menelao defiende a su mujer y dice que no se fue con Paris por su libre voluntad sino forzada por los dioses, y que por eso le perdonó la vida tras la caída de Troya:

Helena sufrió, no por su voluntad, sino a causa de los dioses, y ése fue el mayor beneficio que causó a la Hélade. Pues, a pesar de ser desconocedores de las armas y de la batalla, los griegos tomaron la senda del valor. La experiencia es para los mortales la maestra de todas las cosas. Y si al llegar yo a la vista de mi mujer me contuve para no matarla, actuaba con cordura».

40. MENELAO RECUPERA

A LA VERDADERA HELENA

Ya hemos visto que, según varios autores, Helena nunca llegó a Troya, sino que fue sustituida por un fantasma, quedándose la verdadera Helena en Egipto. Tras la guerra de Troya, Menelao se detiene en Egipto y descubre a la verdadera Helena.

Helena y las Palinodias, de Estesícoro

Estesícoro nació en Sicilia, probablemente en Hímera, hacia el año 630 a.n.e. Parece haber sido un poeta de grandísima importancia, incluso capaz de competir con Homero y crear una escuela propia de cantores. De los 26 libros que se le atribuyen apenas se conservaban fragmentos, pero desde hace unas cuantas décadas su obra aumenta constantemente gracias a la lectura de nuevos papiros. Aún así, es muy fragmentaria, por desgracia, porque está claro que Helena era uno de los personajes recurrentes en sus poemas.

Al parecer, Estesícoro escribió un poema titulado Helena en el que contaba la versión tradicional, según la cual ella se fue voluntariamente con Paris a Troya. Se dice que perdió entonces la vista y que solo la recuperó cuando escribió uno o quizá dos poemas, las Palinodias, en los que se disculpaba ante Helena y contaba la verdad de lo que sucedió: Helena nunca fue a Troya, sino que permaneció en Egipto durante toda la guerra. En Troya vivió un fantasma o simulacro suyo. Otros autores compartieron esta explicación, aunque no es seguro que influidos tan solo por Estesícoro.

Helena, de Eurípides

En esta obra se cuenta cómo Menelao y Helena regresan desde Troya y se detienen en Egipto. Allí Menelao encuentra a la verdadera Helena, por lo que el fantasma que le acompañaba y que vivió en Troya durante al menos diez años se disuelve.

41. EL SACRIFICIO DE HELENA

La propia Helena se convierte en víctima de un sacrificio casi consumado.

Orestes, de Eurípides

Cuando Agamenón regresó a Argos o Micenas, fue asesinado por su esposa Clitemnestra, la hermana de Helena, en venganza por el sacrificio de Ifigenia. Orestes, para vengar a su padre, mata a su madre Clitemnestra y a partir de ese momento es perseguido por las crueles diosas Erinias, que atormentan a quienes cometen crímenes familiares. Cuando el pueblo de Argos está a punto de ejecutar a Orestes, llegan allí Menelao y Helena, tras su largo viaje de regreso después de la conquista de Troya. Orestes y su hermana Helena, con la ayuda de Pílades, deciden matar a Helena. Cuando Orestes va a degollarla, Helena desaparece, salvada por Apolo. Tampoco en esta ocasión Helena recibe un buen trato por parte de Eurípides y es un personaje sin grandeza y casi inmoral. El propio padre de Helena, Tindáreo, reniega de su hija al hablar con Menelao:

Y a Helena, tu esposa, jamás la alabaré, ni le dirigiría la palabra. No te envidio a ti que, a causa de una perversa mujer, fuiste a la tierra de Troya.

42. LA REINA HELENA

En contra de la opinión de Eurípides, la mayoría de los autores consideran que Helena regresa a Esparta con Menelao y que los dos reinan en paz, al menos hasta la muerte de Menelao.

Odisea, de Homero

En la Odisea se cuenta el regreso del héroe Ulises, en griego Odiseo (de ahí el nombre del poema) a su tierra de Ítaca, que le lleva diez años. Pero en la Odisea también se cuentan algunos acontecimientos de la guerra de Troya que no aparecen en la Ilíada, como la toma de la ciudad, así como los viajes de Telémaco en busca de su padre.

Cuando el hijo de Telémaco sale de Ítaca para buscar noticias de Ulises llega a Esparta y allí es recibido por Menelao y Helena, que ahora reinan en paz, pero que también tuvieron un accidentado regreso que les llevó a navegar de un lado a otro del Mediterráneo durante al menos siete años. Se cuenta aquí su paso por Egipto.

43. MUERTE EN LA ISLA DE RODAS

Se mencionan dos visitas de Helena a la isla de Rodas una vez terminada la guerra de Troya.

Estratagemas, de Polieno

En este tratado de estrategia, escrito por Polieno, que vivió en el siglo ii, y que es uno de los pocos que se conservan, junto con la Poliorcética de Eneas Táctico, se dice que Menelao y Helena se detuvieron en Rodas y que la población quiso matarlos en venganza por la muerte de su rey Tlepólemo en Troya (era uno de los pretendientes de Helena). Sin embargo, mataron a una esclava a la que Menelao había vestido como a Helena.

Pausanias en su Descripción de Grecia cuenta otra visita de Helena a Rodas más trágica, pues creyendo que allí sería acogida por su

antigua amiga Polixo, fue ahorcada, ya que la reina quería vengar la muerte de su esposo Tlepólemo.

44. HELENA EN EL OTRO MUNDO

Autores como Apolodoro o Pausanias decían que tras su muerte Helena vivía en la Isla de Leuce o Isla Blanca, o en la de los Bienaventurados, que tal vez sea el mismo lugar.

IV. OTRAS OBRAS,

OTRAS INTERPRETACIONES

45. HELENA COMO SÍMBOLO

O ALEGORÍA EN METRODORO DE LÁMPSACO

Según Filodemo, Metrodoro de Lámpsaco,[243] seguidor del filósofo Anaxágoras, interpretaba a los personajes de la mitología como símbolos o alegorías. Decía que Aquiles era el sol, Helena la tierra, Paris el aire interior o respirado por el hombre y Héctor la luna. De este modo, en el mito de Helena y la guerra de Troya se escondería una compleja simbología que explicaría fenómenos naturales.

Defensa de Helena, de Isócrates

Isócrates fue un famoso orador que vivió entre el 436 y el 338 antes de nuestra era. Entre sus muchas obras, una de las más destacadas es esta ingeniosa Defensa de Helena en la que intenta demostrar de

diversas maneras que Helena no merecía los ataques de que era objeto.

46. SÓFOCLES

Resulta sin duda sorprendente la ausencia de Sófocles, el tercer gran trágico griego, junto a Eurípides y Esquilo, de este libro. Pero sucede que Helena está ausente en las obras conservadas de Sófocles. Probablemente se debe a un cúmulo de casualidades, puesto que sí parece que Helena aparecía en muchas de sus obras hoy perdidas. Por desgracia solo se conservan siete de las quizá 130 obras que escribió Sófocles.

Parece evidente que Helena tenía un papel importante en obras como Alejandro (es decir, Paris), los Antenóridas, que debía tratar de los descendientes de Antenor, un anciano troyano partidario de los griegos, La reclamación de Helena, seguramente centrada en los primeros intentos de rescate pacífico de Helena, El rapto de Helena, Las bodas de Helena, Hermíone (Hermíone era la hija de Helena), Las lacedemonias o Tindáreo (el padre de Helena).

Esta simple enumeración hace que nos demos cuenta y nos lamentemos de la inmensidad de textos y obras que se han perdido de la cultura griega, y en concreto relacionados con el mito de Helena.

---

234 Antonio Ruíz de Elvira examina con todo detalle las diversas variantes en Helena, mito y Etopeya.

235 Cerbero es el perro que vigila la puerta del Infierno y que tiene tres cabezas, el tridente es el de Neptuno o Poseidón.

236 Nombres latinos de Hera, Atenea y Afrodita.

237 Antonio Ruíz de Elvira, Mitología clásica.

238 Jaume Pòrtulas, Introducció a la Ilíada.

239 Helena es brote de Tindáreo porque es su hija.

240 Demón o genio de la venganza.

241 Los frigios son los troyanos.

242 Ilión es Troya.

243 Al que no hay que confundir con otro Metrodoro de Lámpsaco, un siglo posterior.

BIBLIOGRAFÍA Breve

Se ofrecen aquí tan solo los títulos que he empleado de manera intensa en este ensayo y que pueden resultar más útiles a los lectores interesados en Helena y su mito.

Alcman. Lírica griega arcaica, poemas corales y monódicos.

Alsina Clota, José. Helena de Troya. Historia de un mito (versión digital).

Antología Palatina. (1978). Tomo I. Gredos.

—. (2004). Tomo II. Gredos.

Apolodoro. (1985). Biblioteca. Gredos.

Aristófanes. (2007). Lisístrata. En: Comedias III. Gredos.

Arriano. (1982). Anábasis de Alejandro. Gredos.

Ateneo. (1998-2006). Banquete de los eruditos I-X. Gredos.

Atraharsis (ver Bóttero, Jean).

Ausonio. (1990). Epigramas. En: Obras II.

Biblia (Biblia de las Américas, versión digital).

Bottéro, Jean y Samuel Noah Kramer. (2004). Cuando los dioses hacían de hombres. Akal.

Bucólicos griegos. (1986). Manuel García Teijeiro y María Teresa Molinos Tejada (eds.). Gredos.

Campayo, Ramón. (2015). Desarrolla una mente prodigiosa.

Editorial EDAF.

Coluto. (1987). El rapto de Helena. En: Licofrón; Trifiodoro y Coluto. Alejandra. La toma de Ilión. El rapto de Helena. Gredos.

Castleden, Rodney. (2005). The Mycenaeans. Routledge.

Dares Frigio. (2001). Historia de la destrucción de Troya. Gredos.

Deger-Jalkotzy, Sigrid/Irene S. (2006). Lemos: Greece. From the Myeneaean Palaces to the Age of Homer. Edinburgh Leventis Studies.

Dictis Cretense. (2001). Diario de la guerra de Troya. Gredos.

Diodoro de Sicilia (1981-208). Biblioteca histórica I-XVI.

Diógenes Laercio. (2007). Vidas y opiniones de los filósofos ilustres (traducción de Carlos García Gual). Alianza.

Dión de Prusa. (1998). Discurso troyano. En: Discursos I-IX. Gredos.

Eco, Umberto. (1997). Interpretación y sobreinterpretación. Cambridge University Press.

El libro de Job (ver Biblia).

Esquilo. (1986). Agamenón. En: Tragedias. Gredos.

Epopeya de Gilgamesh. (2015). Edición de Jean Bottéro. Akal.

Estesícoro. Palinodias (ver Lírica griega arcaica)

Eurípides. (1986). Andrómaca. En: Tragedias. Gredos.

—. (1986). Hécuba. En: Tragedias. Gredos.

—. (1986). Helena. En: Tragedias. Gredos.

—. (1986). Las troyanas. En: Tragedias. Gredos.

—. (1986). Orestes. En: Tragedias. Gredos.

—. (1986). Las suplicantes. En: Tragedias. Gredos.

Focio. Bibliothèque de Photius (versión digital en francés).

Forsdyke, Edgar John. (1956). Greece before Homer. Max Parrish.

Fraenkel, Heinrich. (1993). Poesía y filosofía en la Grecia arcaica. Visor.

Fragmentos de épica griega arcaica. (1979). Edición de Alberto Bernabé Pajares. Gredos.

Frazer, James. (2011). La rama dorada. FCE.

Salvador González, José María. (2015). Per aurem intrat Christus in Mariam. Aproximación iconográfica a la conceptio per aurem en la pintura italiana del Trecento desde fuentes patrísticas y teológicas. ‘Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones, 20.

Génesis (ver Biblia).

Gorgias. (1996). Encomio de Helena. En: Sofistas. Testimonios y fragmentos. Gredos.

Graves, Robert. (1985). Los mitos griegos. Alianza editorial.

Gimbutas, Marija. (2014). Diosas y dioses de la vieja Europa. Siruela.

Heródoto. (1992). Historia. Gredos.

Hesíodo. Catálogo de mujeres o Eeas. En: Obras y fragmentos.

—. (1978). Obras y fragmentos. Alianza.

—. (1992). Historia. Gredos.

Higinio. (2008). Fábulas/Astronomía. Akal.

—. (2009). Fábulas. Gredos.

Homero. The Iliad: a commentary (ed. G.S.Kirk).

—. (1900). The Iliad (ed. con aparato crítico, prolegómena, notas y apéndices por Walter Leaf. Macmillan).

—. (1976). The Iliad (ed. de A.T.Murray). 1ª edición en 1925. Biblioteca Clásica Loeb.

—. (1978). Himnos homéricos/ La Batracomimquia. Gredos.

—. (2013). Odisea (tr. de Carlos García Gual). Alianza.

—. (2017). Ilíada (tr. de Óscar Martínez García). Alianza.

Horacio. (2008). Odas, Canto secular, épodos (tr. de José Luis Moralejo). Gredos.

Hooker, J.T. (1980). The Ancient Spartans. J.M. Dent & Sons Ltd.

Íbico (ver Lírica griega arcaica).

Isócrates. (1979). Defensa de Helena. En: Discursos I. Gredos.

Jacobs, Friedrichs; Félix Désiré Dehèque. Anthologie Grecque (versión francesa del libro de Jacobs).

Jaeger, Werner. (2001). Paideia. FCE.

La Ilíada latina. (2001). Gredos.

Lempriere. (1788). A Classical Dictionary containing a full Account of all the Proper. Names Mentioned in Ancient Authors.

Lesky, Albin. (1989). Historia de la Literatura Griega. Gredos.

Lesques. (1979). La pequeña Ilíada (ver Fragmentos de épica griega arcaica). Gredos.

Lewis, Mark Edward. (1999). Writing and Authority in Early China. State University of New York Press.

Licofrón. (1987). Alejandra. En: Licofrón; Trifiodoro y Coluto. Alejandra. La toma de Ilión. El rapto de Helena. Gredos.

Lírica griega arcaica, poemas ciorales y monódicos. (1980). Gredos.

Luciano. (1988-1997). Diálogos de los muertos. En: Obras Completas. Gredos.

Poesía helenística menor (poesía fragmentaria). (1994). (ed. de José A. Martín García). Gredos.

Lord, Albert. (2019). The Singer of tales. HUP.

Macrobio. (2010). Saturnales (ed. de Fernando Navarro Antolín). Gredos.

Mill, John Stuart. (2018). Autobiography. Oxford World's Classics.

Mossé, Claude. (1990). La mujer en la Grecia clásica. Nerea.

Mytographus Homerus: estudi i edició comentada. Edición de Joan Pagès Cebrian (tesis doctoral).

Nicandro. Sobre los poetas (ver Partenio, Sufrimientos de amor).

Lírica Griega Arcaica. Papiros de Oxyrrinco, 223.

Osborne, Robin. (1996). Greece in the marking 1200-479 BC. Routledge.

Ovidio. (1994). Cartas de las heroínas. Gredos.

Partenio. (1981). Sufrimientos de amor. Gredos.

Pausanias. (1994). Descripción de Grecia. Gredos.

Perkins Gilman, Charlotte. (2014). The man made world. JPM.

Platón. (1999). Las leyes. En: Diálogos VIII. Gredos.

Plinio el Viejo. (2010). Historia natural. Gredos.

Plutarco. Alejandro (ver Vidas paralelas)

—. Deberes del matrimonio (ver Moralia).

—. Máximas de reyes y generales (ver Moralia).

—. Teseo (ver Vidas paralelas).

—. (1996). Vidas paralelas.

—. (1995). Moralia.

Poema de Pentaur. Escriba de Ramsés II.

Poesía helenística menor. (1994). Edición de José A. Martín García. Gredos.

Polieno. (1991). Estratagemas (junto a Poliorcética de Eneas Táctico). Gredos.

Pontani, Katsaros, F. y Sarris, V. (2017). Reading Eustathios of Thessalonike. Trends in Classics.

Pòrtulas, Jaume. (2009). Introducció a la Ilíada. Alpha.

Proclo. Resumen de las Ciprias (ver Fragmentos de la épica griega arcaica).

Propercio. (1997). Elegías. Gredos.

Quinto de esmirna. (2004). Posthoméricas. Gredos.

Rank, Otto. (1961). El mito del nacimiento del héroe. Paidós.

Redfield, james. (1992). La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Ilíada. Destino.

Ruíz de Elvira, Antonio. (1982). Mitología clásica. Gredos.

—. «Helena. Mito y etopeya».

Safo. (2004). Poemas y testimonios. Acantilado.

Sima Qian. (2018). Shiji o registros históricos. Edición de William Nienhuser. The grand scribe's records of Ssu-ma Ch'ien. Indiana University Press.

Simónides. (1980). Ver Lírica griega arcaica, poemas corales y monódicos. Gredos.

Sofistas. Testimonios y fragmentos. (1996). Gredos.

Solino. (2001). Colección de hechos memorables. Gredos.

Teócrito. Canción de boda para Helena (Epitalamio de Helena). En: Bucólicos griegos.

—. Coloquio amoroso. En: Bucólicos griegos.

Tolomeo Hefestión. Historia Extravagante (ver Focio).

Trifiodoro (1987). La toma de Ilión. En: Licofrón; Trifiodoro y Coluto. Alejandra. La toma de Ilión. El rapto de Helena. Gredos.

Tubau, Daniel. El guión del siglo 21. Alba.

—. Elogio de la infidelidad. Ediciones Evohé.

Valerio Máximo. (2003). Hechos y dichos memorables. Gredos.

Vogler, Christopher. (2002). El viaje del escritor. Ma Non Troppo.

Whitman, Cedric h. (1958). Homer and the heroic tradition. OUP.

Wilde, Oscar. (2016). El alma del hombre bajo el socialismo. El Viejo Topo.

Wood, Michael. (1998). In Search of the Trojan War. UCP.

Zheng He. Estela de Changle.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

No se incluye en este índice la palabra «Helena», puesto que este personaje aparece en todas las páginas del libro.

A Classical Dictionary, 51, 350.

Ab ovo, 159, 310.

Acad, 2257.

Academia platónica, 49.

Academo, 48, 49.

Acadios, 79.

Acaya, 51, 57, 58, 74, 212, 314.

Acusilao de Argos, 154, 319.

Admeto, 54, 317,.

Afidna,47, 49, 284, 316.

Afrodita, 33, 73, 78, 79, 80, 84, 85, 89, 90, 95, 97, 99, 103, 106, 119, 131, 132, 133, 134, 136, 138, 140, 142, 144, 153, 157, 158, 172, 173, 176, 177, 189, 190, 207, 227, 229, 235, 241, 242, 255, 256, 278, 281, 284, 289, 305, 310, 319, 324, 325, 332, 335, 339.

Agamenón, 24. 32, 53, 55, 58, 60, 65, 75, 76, 922, 107, 110, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 127, 128, 145, 149, 165, 167, 168, 171, 173, 179, 182, 190, 201, 202, 204, 208, 213, 214, 218, 219, 221, 242, 254, 265, 269, 2270, 271, 273, 277, 279, 329, 339, 340, 343

Agamenón (de Esquilo), 23, 328, 330.

Agapénor, 54, 58, 317.

Agástenes, 54, 317.

Agatón, 86.

Ageto, 239, 240.

Agustín de Hipona, 83.

Al Iskander, 215.

Alaksandu, 114.

Alcandra, 194.

Alcestis, 81.

Alcibíades, 86.

Alcínoo, 82, 230, 231, 277.

Alcmeón, 317.

Aléctor, 54, 172, 317.

Alejandra, 270, 312, 326, 332, 334.

Alejandro, 316.

Alejandro (Alejandro Paris), 77, 84, 90, 92, 106, 114, 115, 127, 131, 132, 138, 174, 229, 254, 255, 272, 280, 282, 285, 312, 346.

Alejandro Magno, 27, 174, 215, 254, 255.

Alejandro de Pleurón, 51, 121,

Algunos usos de la Mimette, 185.

Alsina Clota, José, 235.

Amazonas, 72, 185, 210.

Amiclas, 59, 71, 74, 75, 77, 211, 214, 264, 318, 321.

Anábasis de Alejandro, 255.

Analepsis, 182.

Anaxágoras, 345.

Anceo, 54, 317.

Andrómaca, 278, 336, 340, 341.

Andrómaca (Eurípides), 81, 148, 312, 321, 324, 340.

Anfiarao, 54, 241, 317.

Anfiloco, 54, 314, 317.

Anfímaco, 54, 58, 317.

Anquises, 25, 79, 154, 319.

Anténor, 111, 130, 346.

Antenóridas, 346.

Anthologie Grecque, 274, 286.

Anticlo, 178, 274.

Antígona, 280.

Antíloco, 53, 54, 57, 317.

Antímaco, 65, 111, 112.

Antístenes, 280.

Antología Palatina, 274, 320.

Apolo, 98, 114, 136, 140, 153, 168, 169, 217, 227, 241, 273, 278, 321, 343.

Apolodoro, 38, 53, 177, 314, 315, 317, 320, 321, 345.

Apolodoro de Atenas, 315.

Apuleyo, 320.

Aqueo, 74, 265.

Aqueos, 22, 23, 57, 58, 74, 75, 88, 89, 112, 126, 127, 128, 140, 141, 144, 175, 176, 178, 179, 189, 190, 205, 212, 214, 219, 231, 256, 260, 265, 287, 336.

Aquiles, 53, 57, 63, 65, 79, 114, 117, 118, 130, 143, 144, 145, 146, 151, 155, 158, 171, 172, 184, 191, 204, 208, 251, 252, 254, 255, 263, 266, 270, 272, 275, 279, 285, 286, 291, 306, 307, 310, 329, 330, 332, 336, 338, 341, 345.

Arcadia, 45, 57, 58, 74, 75, 212, 268, 272.

Arcadios, 219, 272.

Arctino, 306, 307.

Arene, 40.

Ares, 33, 54, 79, 127, 140, 227, 231, 309, 317.

Areta, 276.

Arete, 277.

Argivos, 51, 58, 140, 175, 178, 205, 208, 212, 214, 219, 265.

Argólida, 51, 58, 165, 203.

Argonautas, 206, 218, 267, 280.

Argos, 51, 53, 57, 58, 74, 104, 110, 112, 120, 154, 165, 167, 168, 169, 206, 212, 263, 271, 285, 330, 337, 343.

Ariadna, 41, 202, 217, 218, 235.

Aristarco, 50, 229.

Aristófanes, 81, 148, 169, 263.

Aristón, 239, 240.

Aristóteles, 83, 247, 291, 318.

Arjuna, 142, 151.

Ártemis, 41, 43, 80, 81, 84, 97, 98, 119, 120, 122, 123, 153, 173, 201, 227, 242, 255, 268, 278, 316, 340.

Ascálafo, 54, 317.

Asclepio, 53, 54, 58, 318.

Asia, 77, 111, 118, 156, 205, 215, 217, 220, 221, 227, 283.

Asimov, Isaac, 18.

Aspasia de Mileto, 86, 276.

Astarté, 80, 97, 207, 227.

Astronomía, 313.

Ateísmo, 119.

Atenas, 37, 41, 47, 47, 48, 49, 50, 58, 59, 60, 73, 74, 75, 78, 80, 83, 84, 86, 99, 129, 155, 156, 172, 200, 203, 214, 217, 218, 219, 226, 227, 248, 251, 263, 276, 279, 282, 284, 285, 303, 315, 316.

Atenea, 53, 78, 80, 83, 84, 85, 136, 138, 140, 145, 153, 157, 177, 226, 227, 278, 319, 335, 336.

Ateneo, 37, 38, 53, 243, 277, 315.

Ática, 37, 38, 47, 58, 59, 83, 84, 151, 193, 197, 212, 225, 311, 326.

Atreo, 54, 120, 190, 318.

Atridas, 55, 110, 190, 209, 213, 214, 218, 219, 220, 221, 242, 255, 271, 272. 186, 193.

Auriga, 69, 142.

Aurora, 79.

Ausonio, 40, 314, 320, 327.

Auswichtz, 120.

Áyax de Oileo, 54, 179, 191, 317.

Áyax de Telamón, 23, 27, 53, 54, 55, 59, 63, 128, 135, 172, 184, 191, 204, 222, 252, 306, 307, 317, 318, 320.

Bachofen, Johann Jacob, 245.

Baco, 322.

Banquete de los eruditos, 38, 243.

Baños de Helena, 99, 235.

Baricco, 136.

Batia, 40.

Belerofonte, 66.

Bernabé, Alberto, 306, 307, 308.

Bhagavad Gita, 142.

Bías, 217.

Biblioteca (de Apolodoro), 38, 53, 177, 315.

Biblioteca de Alejandría, 277.

Biblioteca de Focio, 272.

Biblioteca histórica, 50, 315.

Borges, Jorge Luis, 19.

Bottéro, Jean, 80.

Briseida, 279.

Browne, Thomas, 117.

Bruto, 253.

Búnomo, 269.

Burdeos, 314.

Burdigala, 314.

Butler, Samuel, 81.

Caballos de Troya, 145, 146, 147, 177, 273, 274, 278, 307, 334, 335, 336.

Caballos, 54, 55, 56, 80, 117, 118, 150, 178, 179, 200,

Cadmo, 265.

Calcodonte, 54, 317.

Calipso, 82, 179, 275, 277.

Campayo, Ramón, 67.

Campbell, Joseph, 258.

Campos Elíseos, 179, 251, 252, 263.

Canción de boda para Helena, 71, 318.

Capaneo, 54, 317.

Cartas de las heroínas, 268, 321, 322.

Casandra, 145, 146, 167, 171, 312, 336, 339.

Casio, 253.

Castleden, 64. 65, 66.

Cástor, 32, 39, 47, 48, 68, 72, 120, 128, 129, 169, 197, 203, 213, 214, 219, 232, 233, 240, 265, 267, 271, 276, 282, 312, 314, 316, 328, 339, 340.

Çatal Höyük, 116.

Catálogo de las naves (en la Ilíada), 67, 130, 136, 256.

Catálogo de mujeres, 189, 268, 309.

Catasterismos, 313.

Catreo, 85, 93, 95, 219, 321.

Catulo, 323.

Cécrope, 83, 84, 286.

Cefalonia, 58, 221, 229.

Centauros, 69.

Cerbero, 48, 315.

Cerigo, (ver Cítera), 98.

César, Julio, 88, 253, 313.

China, 52, 69, 111, 150, 200, 216, 234, 242, 246, 253, 265.

Chipre, 103, 104, 220, 227, 269, 305, 327.

Ciprias, 47, 100, 103, 106, 122, 129, 143, 144, 213, 263, 305, 306, 311, 319, 324, 325, 328, 332.

Cipris (Afrodita), 73, 189, 241, 289, 335.

Circe, 82, 231, 275, 277.

Ciro,119, 215.

Cisne, 31, 32, 37, 38, 84, 229, 311, 313, 314.

Citera, 97, 98, 99, 103,

Citerea (ver Afrodita), 103, 322, 324, 325.

Ciudad de Dios, 83.

Cleopatra, 277.

Clitemnestra, 32, 39, 43, 55, 76, 79, 92, 118, 121, 122, 123, 149, 150, 165, 167, 171, 189, 190, 204, 213, 214, 218, 221, 242, 255, 265, 267, 269, 271, 273, 275, 310, 312, 314, 316, 328, 339, 340, 343.

Clitio, 54, 314.

Cnosos, 58, 61, 62, 66, 69, 137, 219.

Colcos, 206.

Coleridge, Samuel Taylor, 117.

Cólquide, 206, 218.

Coluto, 85, 263, 320, 321, 322, 324, 325.

Copa de Néstor, 308.

Coplas por la muerte de su padre, 253.

Corinto, 51, 57, 202, 203, 218.

Córito, 269, 270, 272.

Corono, 54, 318.

Cos, 59.

Cránae, 95, 98, 138, 235, 325.

Cratino, 38, 311, 320.

Crestomatia, 306.66,

Creta, 41, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 69, 75, 85, 93, 95, 106, 128, 163, 164, 186, 203, 205, 207, 216, 217, 218, 219, 260.

Crimea,340.

Crisótemis, 121.

Cristianos, 18, 19, 34, 35, 92, 118, 216, 237, 323.

Cristodoro de Coptos, 286.

Critias, 86.

Crono, 78, 97, 242.

Cteato, 54, 317.

Cuando los dioses hacían de hombres, 80.

Cuba, 100.

Cypris (ver Afrodita), 103.

Dafne, 210.

Dánao, 110, 265.

Dánaos, 133, 137, 175, 205, 212, 214, 219, 265, 333.

Daniel (profeta), 119.

Dares Frigio, 98, 321, 323.

Darío, 27, 215.

Darwin, Charles, 151.

Dawkins, Richard, 90, 91.

Defensa de Helena, 42, 86, 87, 156, 288, 289, 320, 345, 346.

Deidamea, 31.

Deífobo, 144, 145, 147, 155, 171, 172, 177, 184, 284, 285, 307, 322, 334, 335, 337.

Demóstenes, 156.

Descripción de Grecia, 37, 38, 51, 99, 121, 198, 316, 345.

Deucalión, 74, 152, 265.

Deus ex machina, 168, 183.

Diágoras de Melos, 119.

Diálogos de los muertos, 158, 257.

Diario de la guerra de Troya, 106, 110, 112, 129, 136, 137, 148, 163, 269, 323, 325.

Dictis Cretense, 106, 110, 112, 129, 136, 137, 148, 163, 164, 269, 321, 323, 325, 327.

Diluvio, 152, 265.

Diógenes Laercio, 217.

Diógenes, el cínico, 280.

Diomedes, 33, 53, 54, 58, 97, 112, 142, 149, 177, 178, 193, 204, 221, 227, 278, 317, 329, 334.

Dión de Prusa, 59, 263, 281, 284, 320, 321.

Dione, 97.

Dionisiacas, 335.

Dionisio, 63, 207, 322, 326.

Dios, 19, 26, 32, 33, 34, 87, 88, 91, 120, 153, 236.

Diosa Madre, 116, 225, 244.

Dioscuros, 32, 39, 42, 48, 49, 57, 58, 68, 129, 155, 169, 197, 213, 219, 230, 233, 240, 265, 271, 285, 309, 316.

Discordia, 78, 154, 157, 158, 249, 255, 310, 319, 331, 339.

Discurso troyano, 59, 281, 284, 320.

Dorios, 74, 75, 205, 211, 212, 214, 222, 226, 229, 265.

Draconcio, 320, 321.

Dragones, 69.

Draupada, 150.

Draupadi, 150, 151, 155.

Duris de Samos, 316.

Éaco, 158, 278.

Ébalo, 40.

Eco, 236, 273.

Edad Media, 137, 216, 249, 279.

Edipo, 139, 154, 257, 258.

Eea, 206.

Efialtes, 153.

Egeo, 47, 203, 218, 235.

Egipcios, 112, 115, 194, 219, 266, 281, 282, 284, 327.

Egipto, 69, 101, 103, 113, 155, 173, 177, 179, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 189, 193, 194, 195, 197, 198, 200, 204, 205, 206, 207, 209, 213, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 251, 261, 263, 274, 277, 281, 282, 284, 285, 307, 326, 327, 330, 342, 343, 344.

Egisto, 76, 165, 182, 190, 221, 242, 339.

El alma del hombre bajo el socialismo, 246.

El gen egoísta, 91.

El laúd de Gassire, 253.

El mito del nacimiento del héroe, 258.

El mundo de Homero, (John Freely), 98.

El rapto de Helena, 50, 84, 101, 209, 213, 219, 235, 268, 282, 310, 315, 316, 319, 320, 321, 322, 324, 325, 338, 346.

El rey Lear, 139.

El saco de Troya, 307, 336.

Electra, 81, 1167, 168, 169, 270, 326, 339, 340.

Eléfenor,54, 317.

Eliade, Mircea, 100.

Élide, 58, 74.

Elitia, 235.

Elogio de la infidelidad, 275.

Emblemas (de Alciato), 296.

Emperador Amarillo, 242, 265.

Emperador Llameante, 265.

Enaróforo, 272.

Encomio de Helena, 87, 92, 324.

Eneas, 25, 79, 142, 154, 204, 215, 230, 252, 319, 329.

Eneas Táctico, 344.

Eneida, 323, 324.

Enkidu, 248, 249.

Enlil, 152.

Ennoia, 236.

Enone, 270.

Eolios, 74, 205, 211, 222, 226, 265.

Eolo, 63, 74.

Eos, 79.

Ephemeris (ver Diario de la guerra de Troya), 106, 136.

Epiménides, 163.

Epístrofo, 53, 54, 317.

Epitalamio de Helena (Teócrito), 22, 71, 241, 318.

Época oscura, 69, 136, 215.

Epopeya de Gilgamesh, 153, 248, 249.

Eratóstenes, 313.

Erewhom (Samuel Butler), 81.

Erífile, 154, 241.

Erinias, 167, 199, 343.

Eris, 78, 158, 249, 255, 310, 319, 320, 339.

Eros, 158, 322.

Ésaco, 234.

Escolios, 268, 321, 327.

Escudo, 131, 309, 331.

Esfinge, 258.

España, 100, 215.

Esparta, 22, 31, 32, 37, 40, 41, 47, 49, 51, 53, 55, 56, 59, 64, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 83, 84, 95, 97, 98, 99, 110, 112, 148, 149, 156, 161, 168, 171, 172, 173, 174, 175, 179, 181, 182, 183, 184, 187, 191, 195, 197, 198, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 210, 211, 212, 213, 219, 221, 225, 226, 228, 229, 231, 236, 239, 240, 241, 250, 254, 261, 263, 264, 267, 271, 272, 273, 276, 277, 279, 280, 285, 286, 291, 292, 307, 311, 313, 316, 318, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 329, 338, 344.

Esquedio, 53, 54, 317.

Esquilo, 18, 23, 139, 193, 263, 273, 311, 328, 330.

Esténelo, 54, 317.

Estesícoro,51, 86, 100, 189, 190, 191, 192, 197, 198, 226, 263, 281, 283, 284, 285, 286, 316, 326, 342.

Estratagemas, 195, 344.

Eteocles, 280.

Etiopía, 283.

Etiópida, 306, 307.

Etolia, 40, 57.

Etra, 47, 50, 85, 112, 282, 319, 325.

Euforbo, 210.

Euforión, 270.

Euforión de Calcis, 51, 121, 316.

Eumelo, 54, 55, 317.

Euménides, 168.

Eumeo, 190, 259.

Eurípides, 18, 20, 23, 24, 55, 77, 81, 82, 86, 122, 123, 129, 139, 148, 149, 151, 157, 168, 169, 179, 183, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 192, 193, 197, 198, 222, 249, 263, 268, 281, 283, 284, 303, 311, 312, 318, 320, 321, 322, 324, 326, 328, 336, 337, 338, 339, 340, 343, 344, 346.

Eurípilo, 54, 317, 318.

Eurítemis, 31.

Éurito, 54, 317.

Europa, 77, 118, 156, 215, 217, 283.

Europa, hija del rey de Tiro, 35, 206,

Eurotas, 31, 32, 41, 240.

Eustacio de Tesalónica, 20.

Euticio Proclo, 306.

Evans, Arthur, 61.

Evemerismo, 222, 243, 244.

Evemon, 54.318.

Fábulas, 32, 53, 147, 282, 313, 336.

Fantasma o simulacro e Helena, 186,187, 192, 194, 197, 204, 326, 327, 334, 339, 342, 343.

Faro (isla), 181, 193, 194. 204, 206, 207, 209, 227, 236.

Feacios, 82.

Fédimo, 161.

Femio, 54, 317.

Fenicia, 80, 97, 105,

Fenicios, 107, 137, 206.

Fidipo, 54, 59, 317.

Fileo, 54, 190, 268, 317.

Filoctetes, 53, 54, 317, 318, 333.

Filodemo, 345.

Filónoe, 40, 79, 268.

Fisadie, 282.

Flashback, 182.

Fraenkel, Ernst, 18, 19, 64, 156, 290.

Frazer, James, 245.

Freud, Sigmund, 134, 258.

Frigia, 122, 132.

Frigios, 107, 151, 201, 337.

Ftiótide, 266.

García Gual, Carlos, 217, 276, 277.

Géminis, 130, 267, 276.

Georgia, 206.

Gilgamesh, 79, 257.

Gimbutas, Marija, 245.

Glauco, 31, 63.

Gloster (en El rey Lear), 139.

Gnosticismo, 237.

Goethe, J.W., 18.

Gorgias, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 127, 156, 261, 262, 263, 276, 281, 284, 285, 287, 288, 324.

Gorgófone, 40, 79, 144, 275.

Graves, Robert, 37, 63, 81, 100, 200, 222, 225, 226, 235, 241, 245.

Grecia, 17, 18, 19, 27, 31, 34, 37, 38, 51, 57, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 69, 74, 78, 82, 83, 98, 99, 100, 101, 117, 119, 121, 122, 128, 132, 150, 157, 198, 203, 204, 205, 207, 212, 217, 218, 220, 221, 248, 257, 265, 275, 276, 277, 279, 287, 303, 304, 309, 316, 339.

Guylforde, Richard, 98.

Hades, 48, 58, 226, 236, 244, 245, 251, 267.

Halicarnaso, 205, 306.

Harén, 111, 277.

Hattusas, 220, 299.

Hecateo de Mileto, 281.

Héctor, 50, 77, 109, 111, 125, 126, 127, 137, 141, 142, 143, 145, 155, 156, 171, 184, 186, 252, 255, 278, 283, 285, 291, 329, 330, 332, 333, 340, 345.

Hécuba, 23, 109, 125, 149, 157, 171, 234, 270, 316, 336, 338, 340.

Hécuba (Eurípides), 81, 312, 338.

Hefesto, 79, 161, 217.

Hegesias, 305.

Hegesino de Salamina, 305.

Hélade (Grecia), 53, 122, 140, 151, 189, 341.

Helánico de Rodas, 316.

Helén, 74, 265.

Helena (Eurípides), 23, 24, 77, 151, 183, 188, 189, 192, 193, 197, 198, 222, 311, 326, 343.

Helena (isla), 197.

Helenidad, 55, 211, 214, 215, 216, 217, 219, 226, 283.

Héleno, 144, 145, 155, 177, 216, 307, 334.

Helenos, 27, 55, 107, 151, 192, 211, 216, 219, 220, 222, 225, 265, 341.

Hera, 78, 85, 96, 103, 106, 138, 153, 157, 210, 227, 229, 230, 244, 255, 278, 319.

Heracles, 40, 48, 49, 53, 54, 74, 203, 212, 265, 272, 278, 287.

Hércules (ver Heracles), 74.

Hermes, 38, 78, 197, 257, 313.

Hermíone, 56, 77, 85, 109, 168, 171, 172, 173, 213, 263, 265, 268, 271, 323, 325, 329, 341, 346.

Herodoro de Heraclea, 243.

Heródoto, 28, 69, 77, 112, 113, 205, 206, 207, 208, 209, 222, 239, 240, 282, 305, 327, 330.

Hesíodo, 20, 26, 27, 33, 38, 40, 77, 97, 100, 122, 152, 154, 189, 192, 221, 263, 268, 269, 276, 303, 309, 317.

Hesíone, 320, 321.

Hestia, 80, 244.

Hetaerismo, 245.

Heteropatriarcado, 83, 244, 286.

Higinio, 32, 38, 39, 53, 54, 55, 147, 282, 313, 314, 316, 317, 318, 319, 336

Hipálcimo, 54, 317.

Hipocoonte, 40, 49, 203, 265, 272.

Hisarlik, 26, 28, 60.

Historia de la destrucción de Troya, 98, 323, 336.

Historia Extravagante, 273.

Historia Natural, 209, 233.

Hititas, 56, 66, 113, 114, 115, 220.

Hobbes, Thomas, 146.

Homero, 18, 19, 20, 22, 24. 25, 26, 27, 28, 38, 50, 58, 60, 63, 64, 65, 66, 67, 77, 81, 82, 88, 89, 92, 95, 97, 98, 100, 103, 106, 107, 109, 112, 121, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 145, 155, 161, 173, 174, 175, 176, 179, 190, 191, 194, 205, 209, 212, 214, 220, 221, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 250, 251, 252, 255, 256, 260, 261, 263, 264, 265, 267, 268, 269, 274, 277, 278, 280, 283, 287, 291, 303, 305, 306, 308, 309, 319, 323, 324, 325, 328, 329, 330, 332, 335, 342, 345.

Homopatriarcado, 286.

Hooker, J.T., 241, 242.

Horacio, 101, 125, 159, 192, 254, 323.

Huangdi, 242, 265.

Hurritas, 115.

Íbico,148.

Icario, 40, 155, 259.

Ida (monte), 77, 85, 270, 319.

Idas, 49, 129, 213, 328.

Idomeneo, 54, 55, 59, 63, 128, 136, 163, 317.

Idotea, 185, 188, 223.

Ifianasa, 121, 269.

Ificles, 54, 318.

Ifigenia, 24, 51, 52, 57, 82, 116, 118, 120, 121, 122, 123, 149, 155, 165, 167, 169, 202, 213, 251, 255, 265, 269, 271, 273, 316, 328, 329, 339, 340, 343.

Ifigenia en Áulide, 81, 122, 123, 169, 312, 321, 322, 328.

Ifigenia entre los tauros, 312, 340.

Ifimedia, 269.

Ifinasa, 269.

Ífito, 53, 54, 317.

Ilíada, 18, 21, 22, 23, 24, 27, 33, 50, 57, 58, 63, 64, 65, 66, 73, 81, 88, 92, 95, 97, 103, 106, 109, 111, 112, 114, 126, 127, 128, 130, 131, 132, 133, 134, 136, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 145, 148, 150, 155, 171, 175, 205, 209, 227, 229, 230, 231, 248, 252, 256, 260, 266, 267, 268, 274, 278, 279, 281, 287, 305, 306, 307, 308, 309, 319, 327, 328, 329, 330, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 344.

Ilios, 114.

Ilitia, 51.

In extremis, 159.

In illo tempore, 100.

In medias res, 159.

Inanna, 79, 80, 97.

India, 56, 111, 119, 141, 150, 151, 153, 261, 309.

Indoeuropeos, 56, 64, 115.

Infidelidad, 23, 85, 92, 95, 96, 226, 248, 275.

Infierno (Hades), 48, 155, 158, 190, 251, 292, 315.

Inquisición, 118.

Io, 206.

Ideo, 269.

Ion, 74, 265.

Irán, 215, 241.

Ishtar, 80, 97, 227.

Isla Blanca, 345.

Isla de los Bienaventurados, 251, 252, 270, 332.

Isócrates, 41, 42, 87, 156, 157, 240, 263, 281, 284, 287, 288, 320, 345.

Isullanu, 80.

Ítaca, 58, 76, 117, 172, 176, 184, 204, 221, 229, 259, 338, 344.

Ítaca (Kavafis), 105.

Italia, 204, 221.

Ixión, 292.

Jaeger, Werner, 290.

James, Henry, 262, 263, 264.

Jenófanes, 81.

Jerjes, 27, 59, 156, 174, 215.

Jesucristo, 17, 120, 257.

Jonios, 74, 205, 211, 222, 226, 265.

Juegos de Realidad Alternativa, 141.

Juicio de diosas, 84.

Juliano, 320.

Julieta Capuleto, 192.

Julio César, 88, 253, 313.

Juno, 319.

Júpiter, 32, 40, 315.

Juto, 63, 74, 265.

Kadesh (batalla), 266.

Karna, 257.

Kavafis, Constantino, 105, 285.

Kazantzakis, Nikos, 18, 291.

Kirk, G. S., 134, 229, 278.

Krishna, 142, 153.

Kuruksetra, 142, 153.

La diosa blanca, 222, 245.

La reclamación de Helena, 346.

La toma de Ilión, 147, 148, 179, 198, 335, 336.

Laberinto de Creta, 59.

Lacedemonia, 71, 74, 77, 95, 128, 211, 212, 214, 239, 241, 251, 254, 264, 271, 313, 321.

Lactancio Plácido, 321, 324.

Laertes, 53, 231, 317.

Laodicea, 121.

Laofonte, 31.

Laomedonte, 114, 320.

Las bodas de Helena, 59, 77, 117, 121, 144, 346.

Las fenicias, 81.

Las lacedemonias, 346.

Las suplicantes, 346.

Las Troyanas, 23, 81.

Latacz, Joachim, 308.

Layo, 258.

Leaf, Walter, 260.

Leda, 23, 31, 35, 37, 38, 39, 40, 51, 56, 79, 129, 159, 203, 225, 229, 243, 265, 267, 287, 311, 312, 313, 314, 340.

Leibniz, G. W., 88.

Leito, 54, 314.

Lempriere, 51.

Leonteo, 54, 314, 315.

Leontinos, 86.

Lesques, 112, 148, 307, 335.

Leuce (isla), 191, 251, 252, 332, 345.

Leucipe, 31.

Leucipo, 210.

Levi, Primo, 185, 186.

Lewis, Mark Edward, 242.

Libanio, 320.

Licofrón, 112, 192, 312, 326, 329, 332, 334.

Licomedes, 317.

Licópolis, 85.

Linceo, 49, 119, 213, 328.

Lineal A, 61, 62, 63, 137, 221, 236, 304, 308, 309.

Lineal B, 61, 62, 64, 115, 236.

Lisístrata, 148.

Loci (método memorístico), 67.

Logos, 34, 90, 92, 93, 127, 261, 281, 284, 288, 324.

Lord, Albert, 68.

Los constructores de tálamos, 330.

Los mitos griegos, 37, 63, 222, 226, 315.

Los nueve libros de la Historia, 113, 206, 207, 208, 327.

Luciano, 84, 158, 257, 320.

Luvita (lengua), 62, 115, 116.

Macaón, 53, 54, 58, 317, 318.

Machismo, 247.

Macrobio, 261, 262.

Mahabarata, 141.

Malalas, Juan, 314, 321.

Malthus, Robert, 151.

Mandato del Cielo, 216.

Manrique, Jorge, 253.

Mar Negro, 204, 218, 251.

Marafio, 270.

Maratón, 27, 49.

María (Virgen María), 17, 34, 92.

Marlowe, Christopher, 18.

Marx, Karl, 141, 156.

Matriarcado, 83, 226, 244, 245, 246.

Mavortio, 320.

Mazu, 234.

Medea, 202, 206, 218, 280.

Medea (Eurípides), 81.

Medinet Habu, 205.

Mediterráneo, 66, 203, 204, 205, 216, 220, 226, 245, 344.

Megapentes, 171, 172, 199, 268, 271.

Meges, 54, 317.

Megete, 54, 317.

Mellaart, James, 115, 116.

Memes (genes culturales), 90, 91, 92.

Menard, Pierre, 19.

Menealwo, 240.

Menecio, 54, 318.

Menelaion, 64, 226, 239.

Menelao, 32, 53, 54, 55, 56, 58, 71, 73, 74, 75, 76, 77, 85, 86, 93, 95, 98, 99, 104, 106, 107, 110, 111, 112, 117, 121, 126, 127, 130, 131, 132, 133, 135, 138, 139, 144, 146, 147, 148, 149, 155, 156, 157, 158, 159, 161, 163, 165, 167, 168, 171, 172, 173, 177, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 190, 192, 193, 194, 195, 198, 199, 201, 202, 204, 208, 209, 210, 211, 213, 214, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 228, 229, 239, 240, 242, 251, 252, 259, 260, 263, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 277, 280, 284, 285, 291, 307, 317, 318, 320, 321, 324, 326, 327, 328, 329, 330, 332, 335, 336, 338, 334, 341, 342, 343, 344, 345.

Menesteo, 54, 55, 58, 227, 317.

Menipo, 257.

Meonia, 132.

Mercurio, 313.

Meriones, 54, 65, 317.

Metrodoro de Lámpsaco, 345.

Micenas, 32, 40, 55, 58, 60, 62, 63, 66, 75, 76, 118, 121, 123, 149, 165, 167, 168, 169, 182, 204, 212, 219, 227, 255, 271, 285, 297, 343.

Micénicos,56, 64, 66, 68, 73, 75, 76, 113, 194, 212, 214, 216, 219, 220, 221, 223, 242.

Midas, 284.

Mileto, 86, 221, 220, 276, 282, 306.

Mill, James, 153.

Minerva, 319.

Ming, 234.

Minoicos, 64.

Minos, 59, 63, 218.

Minotauro, 41, 69, 172, 186, 202, 203, 218, 315.

Mira, 115.

Mirmidones, 53, 57, 204, 266.

Mitanni, 115.

Mitema, 152.

Mitilene, 290, 323.

Mitógrafos Vaticanos, 320, 321.

Mnemosine, 90.

Moiras, 159, 230.

Moisés, 257.

Monstruos, 69.

Montu, 266.

Muksus, 115.

Murko, Matias, 68.

Musas, 90, 147, 256, 327.

Musulmanes, 42, 111.

Nausícaa, 82, 275, 277.

Naxos, 41, 202, 207.

Némesis, 37, 38, 39, 40, 56, 203, 225, 226, 229, 267, 311, 312, 313, 314.

Neocles de Crotona, 243, 315.

Neptuno, 315.

Nereo, 101.

Néstor, 27, 53, 57, 60, 63, 173, 286, 308, 317.

Nicandro, 269, 271.

Nicóstrato, 199, 268.

Nienhauser, William, 265.

Nietzsche, Friedrich, 19.

Nilsson, 236.

Noé, 152.

Nonno, 178, 335.

Nostoi (regresos), 305, 338.

Occidente, 111.

Odisea, 25, 27, 63, 64, 66, 73, 81, 89, 103, 109, 134, 136, 140, 145, 149, 150, 161, 173, 175, 176, 179, 190, 194, 205, 209, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 252, 256, 261, 267, 268, 274, 275, 277, 278, 291, 292, 303, 305, 308, 309, 327, 300, 330, 334, 335, 338, 344.

Odiseo (ver Ulises), 27, 53, 112, 175, 176, 178, 248, 317, 344.

Oileo, 54, 179, 191, 317.

Olimpiada, 28.

Olimpo, 35, 96, 97, 133, 138, 140, 153, 172.

Onufis, 281, 282, 283, 284.

Orestes, 165, 167, 168, 169, 213, 221, 265, 268, 270, 271, 273, 328, 339, 340, 343.

Orestes (Eurípides), 123, 168, 169, 190, 312, 337, 343.

Oto, 153.

Otra vuelta de tuerca, 262.

Ovidio, 85, 268, 313, 320, 321, 322.

Oxyrrinco, papiros, 137, 189, 191.

Pablo de Tarso, 237.

Paladas, 274.

Paladión, 145.

Palamedes, 112, 117.

Paléfato, 314.

Panteidula, 31.

Paris, 23, 50, 60, 77, 78, 84, 85, 87, 88, 90, 92, 93, 95, 98, 99, 101, 103, 104, 105, 106, 109, 111, 112, 114, 125, 126, 130, 131, 132, 133, 134, 137, 138, 142, 144, 145, 147, 148, 154, 155, 157, 158, 159, 161, 171, 172, 174, 177, 184, 186, 187, 190, 194, 197, 198, 204, 207, 208, 209, 210, 213, 214, 215, 216, 217, 219, 220, 222, 227, 234, 240, 248, 249, 252, 254, 259, 260, 263, 269, 270, 272, 273, 278, 279, 280, 282, 283, 284, 285, 288, 290, 291, 305, 306, 310, 312, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 338, 341, 342, 345, 346.

Parry, Milman, 68.

Partenio, 269, 270.

Partos, 215.

Patriarcado, 83, 226, 244, 245, 246.

Patroclo, 53, 54, 55, 57, 65, 144, 155, 191, 204, 317, 318.

Pausanias, 37, 38, 51, 55, 56, 97, 99, 121, 191, 198, 199, 200, 239, 240, 241, 263, 316, 345.

Peante, 54, 318.

Pefno, 313.

Peleo, 78, 79, 144, 158, 310, 311, 341.

Peleset, 222.

Pélope, 145, 217, 265.

Peloponeso, 41, 49, 57, 58, 63, 73, 74, 75, 145, 203, 212, 213, 214, 217, 218, 219, 270, 271.

Peneleo, 54, 317.

Penélope,27, 55, 56, 76, 88, 89, 150, 155, 178, 184, 202, 231, 248, 250, 259, 263, 274, 275, 277, 280, 291, 292.

Pentesilea, 306.

Pequeña Ilíada, 112, 148, 307, 334, 335, 336.

Pericles, 18, 86, 276, 286.

Peritanos, 272.

Perkins Gilman, Charlotte, 247.

Persas, 27, 59, 73, 157, 174, 205, 206, 215.

Peteo, 54, 317.

Pílades, 165, 168, 169, 343.

Pilos, 57, 60, 62, 66, 172, 173, 298.

Píndaro, 42, 101, 263, 278.

Pirítoo, 41, 42, 43, 45, 47, 48, 54, 57, 59, 282, 316, 318.

Pirra, 117.

Pítaco, 217.

Pitágoras, 210, 236.

Piteo, 47, 50.

Platón, 20, 49, 86, 139, 140, 186, 276, 282, 288, 290, 306, 323.

Plinio el Viejo, 51, 209, 233.

Plístenes, 269.

Plutarco, 47, 48, 49, 217, 248, 254, 263, 279, 280, 315, 316.

Podalirio, 53, 54, 58, 317, 318.

Podarces, 317.

Poema de Pentaur, 266.

Poesía helenística menor. Poesía fragmentaria, 112, 121, 201.

Poesía y filosofía en la Grecia arcaica, 18, 64, 290.

Polibio, 240.

Pólibo, 194.

Polidamna, 173, 194.

Polieno, 195, 344.

Polinices, 280.

Poliorcética, 344.

Polipetes, 54, 55, 59, 317, 318.

Políxena, 336, 338.

Políxeno, 54, 317.

Polixo, 195, 199, 345.

Poltis, 279.

Pólux, 32, 39, 47, 48, 68, 72, 120, 128, 129, 169, 197, 203, 213, 214, 219, 232, 233, 240, 265, 267, 271, 276, 282, 312, 313, 314, 316, 328, 340.

Pòrtulas, Jaume, 330.

Poseidón, 35, 55, 78, 83, 84, 114, 152, 158, 181, 226, 227, 244, 245, 315.

Príamo, 23, 77, 88, 101, 109, 110, 111, 112, 115, 118, 125, 127, 128, 130, 141, 145, 149, 154, 155, 156, 158, 171, 174, 175, 184, 186, 208, 215, 252, 263, 270, 277, 281, 283, 285, 319, 321, 329, 334, 336, 338, 339.

Proclo, 103, 106, 122, 143, 144, 263, 306.

Prometeo, 154, 292.

Propercio, 21, 72, 73, 137, 288, 320.

Protágoras, 290.

Proteo, 155, 179, 181,182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 193, 194, 207, 208, 209, 219, 222, 223, 252, 272, 273, 284, 326, 327, 330.

Protesilao, 54, 158, 159, 317, 318.

Protoo, 54, 317.

Pseudo-Apolodoro, 315.

Pueblos del Mar, 66, 104, 205, 220, 222.

Quejas de Helena, 201.

Radamantis,179, 251.

Ramnunte, 37, 203, 225, 311.

Ramsés II, 266,

Ramsés III, 222.

Rank, Otto, 258, 260.

Remo, 257.

Rodas, 59, 60, 195, 196, 199, 200, 202, 204, 212, 235, 241, 263, 271, 316, 344, 345.

Roma, 204, 215, 216, 277, 313, 323.

Romeo Montesco, 192.

Rómulo, 48, 257.

Ronsard, 323.

Rubicón (río), 88.

Rufino, 320.

Ruíz de Elvira, Antonio, 310, 314, 320, 345.

Sacrificios humanos, 52, 117, 118, 119.

Safo, 17, 263, 289, 290, 291, 323.

Salamina, 27, 53, 59, 204, 306.

Salustio, 320.

San Cosme y San Damián, 169, 230.

San Telmo (fuego), 169, 232, 234.

Sargón, 257.

Sarpedón, 199.

Schliemann, Heinrich, 26, 28, 29, 60, 62, 115, 204, 256, 296.

Scopas, 67, 68.

Selenitas, 243.

Servio, 320, 321, 324.

Set, 266.

Shakespeare, William, 82, 139, 253, 257.

Shamhat, 248, 249.

Shang (dinastía china), 56, 69, 216.

Shelley, Mary W., 280.

Shelley, Percy B., 280.

Shennong, 365.

Shiji, 253, 265.

Sicilia, 50, 86, 221, 315, 342.

Sidón, 105, 106, 107, 161, 200, 204, 220, 285, 305, 327.

Sima Qian, 253, 265.

Simón de Gitta (ver Simón Mago), 236.

Simón Mago, 236, 237.

Simónides, 67, 68, 100, 264.

Sinón, 146, 147, 336.

Sirenas, 117, 274, 277.

Sísifo, 31, 292.

Sobre Helena y Penélope, 280.

Sobre los poetas, 269.

Sócrates, 18.

Sofia (esposa de Heinrich Schliemann), 26.

Sofía (Helena como sabiduría), 237.

Sófocles, 18, 139, 263, 311, 320, 346.

Solino, 233, 234.

Solón, 217, 284.

Stalin, Iosif, 19.

Sufrimientos de amor, 269, 270.

Taigeto (monte), 72.

Tales de Mileto, 217.

Talos, 218.

Talpio, 54, 317.

Tammuz, 80.

Tántalo, 213, 271, 292.

Tebas (Beocia), 28, 29, 57, 58, 60, 152, 154, 193, 217, 258, 280, 306.

Tebas (Egipto), 85, 193, 194,

Telamón, 23, 53, 54, 59, 191, 318, 320.

Telémaco, 117, 161, 173, 175, 179, 181, 183, 228, 229, 231, 259, 261, 274, 278, 334, 344.

Ténedos (bahía), 111.

Teoclímeno, 184, 187, 193, 194, 209, 272, 284, 326.

Teócrito, 22, 71, 241, 260, 318, 322.

Teodicea, 88.

Teogonía, 309.

Teónoe, 188, 194, 209.

Terapne, 53, 59, 74, 144, 211, 239, 241, 263, 264, 318.

Termodonte (río), 72.

Tesalia, 53, 57, 87, 204.

Teseo, 41, 42, 43, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 54, 57, 58, 63, 85, 112, 120, 121, 129, 155, 172, 186, 202, 203, 207, 218, 219, 227, 242, 257, 258, 259, 267, 269, 272, 282, 284, 285, 315, 316, 319, 325, 329, 332.

Tesprócida, 308.

Testio, 31, 32.

Tetis, 78, 79, 144, 158, 310, 332.

Teucro, 23, 54, 129, 215, 222, 318.

Teucros, 222.

The Mycenaeans, 64.

The Singer of tales, 68.

Thekker, 222.

Tianfei, 234.

Tideo, 53, 58, 193, 317.

Tifón, 69.

Timandra, 40, 79, 189, 190, 268, 310.

Tindáreo, 31, 32, 37, 39, 40, 41, 47, 49, 54, 55, 56, 59, 75, 77, 79, 90, 119, 154, 155, 178, 189, 190, 203, 212, 213, 214, 217, 221, 242, 263, 265, 267, 268, 271, 272, 282, 285, 310, 311, 314, 317, 318, 320, 337, 340, 343, 346.

Toante, 54, 317.

Tirinto, 66, 271.

Tiro, 206, 236.

Tisadie, 319.

Tito Livio, 240.

Titono, 79.

Tlepólemo, 54, 59, 195, 199, 204, 317, 344, 345.

Tolomeo Hefestión, 270, 272.

Tolomeos, 277.

Ton, 173, 194, 209.

Tonis, 207, 209.

Trabajos y días, 33, 154, 309.

Tracia, 212, 338.

Tracios, 81, 279.

Transexualidad, 210.

Travestismo, 210.

Trecén, 41, 47, 50, 203, 218.

Trifiodoro, 147, 148, 178, 179, 335, 336.

Trípodes, 194, 216.

Troyanos, 22, 33, 62, 107, 109, 112, 113, 114, 115, 126, 127, 130, 133, 139, 143, 146, 148, 149, 151, 153, 156, 157, 174, 175, 176, 177, 179, 183, 208, 215, 222, 227, 231, 255, 256, 269, 279, 287, 307, 333, 334, 335, 337.

Tucídides, 28, 86.

Turquía, 26, 59, 204.

Tzetzes, Juan, 111, 315.

Ulises, 18, 27, 53, 54, 55, 58, 65, 76, 89, 105, 111, 117, 128, 130, 135, 145, 146, 147, 149, 150, 155, 161, 171, 172, 173, 174, 176, 177, 178, 179, 181, 183, 190, 194, 202, 204, 221, 227, 228, 230, 231, 248, 259, 261, 263, 267, 274, 275, 277, 278, 280, 285, 286, 291, 292, 305, 306, 307, 317, 318, 329, 334, 338, 344.

Urano, 97, 242.

Uruk, 249.

Utanapishti, 153.

Ventris, Michael, 62.

Venus, 313, 319.

Vidas y opiniones de los filósofos ilustres, 217.

Vindicación de los derechos de la mujer, 280.

Virgilio, 79, 204, 215, 323, 324.

Vogler, Christopher, 258.

Welenai, 240.

Wheeler, 99.

Wilde, Oscar, 17, 246.

Wilios, 114.

Wollstonecraft, Mary, 280.

Wood, Michael, 29.

Wu Zixu, 253.

Yahvé, 153.

Yalmeno, 54, 317.

Yan Di, 265.

Zeus, 22, 23, 31, 32, 35, 37, 38, 39, 40, 41, 45, 47, 52, 78, 88, 89, 96, 97, 99, 113, 129, 130, 131, 132, 136, 138, 141, 151, 152, 153, 154, 158, 172, 190, 203, 210, 226, 227, 228, 229, 237, 242, 244, 245, 252, 256, 265, 267, 270, 278, 287, 292,306, 309, 311, 312, 313, 314, 324, 337, 339.

Zeuxis, 286, 287.

Zheng He, 234.

Zhou (dinastía china), 69, 216, 253.

Ziusudra, 152.

******

Maldita Helena

terminó de digitalizarse en las oficinas

de Ménades Editorial en septiembre de 2019, muchos

años después de que Helena no provocase

la guerra de Troya

***